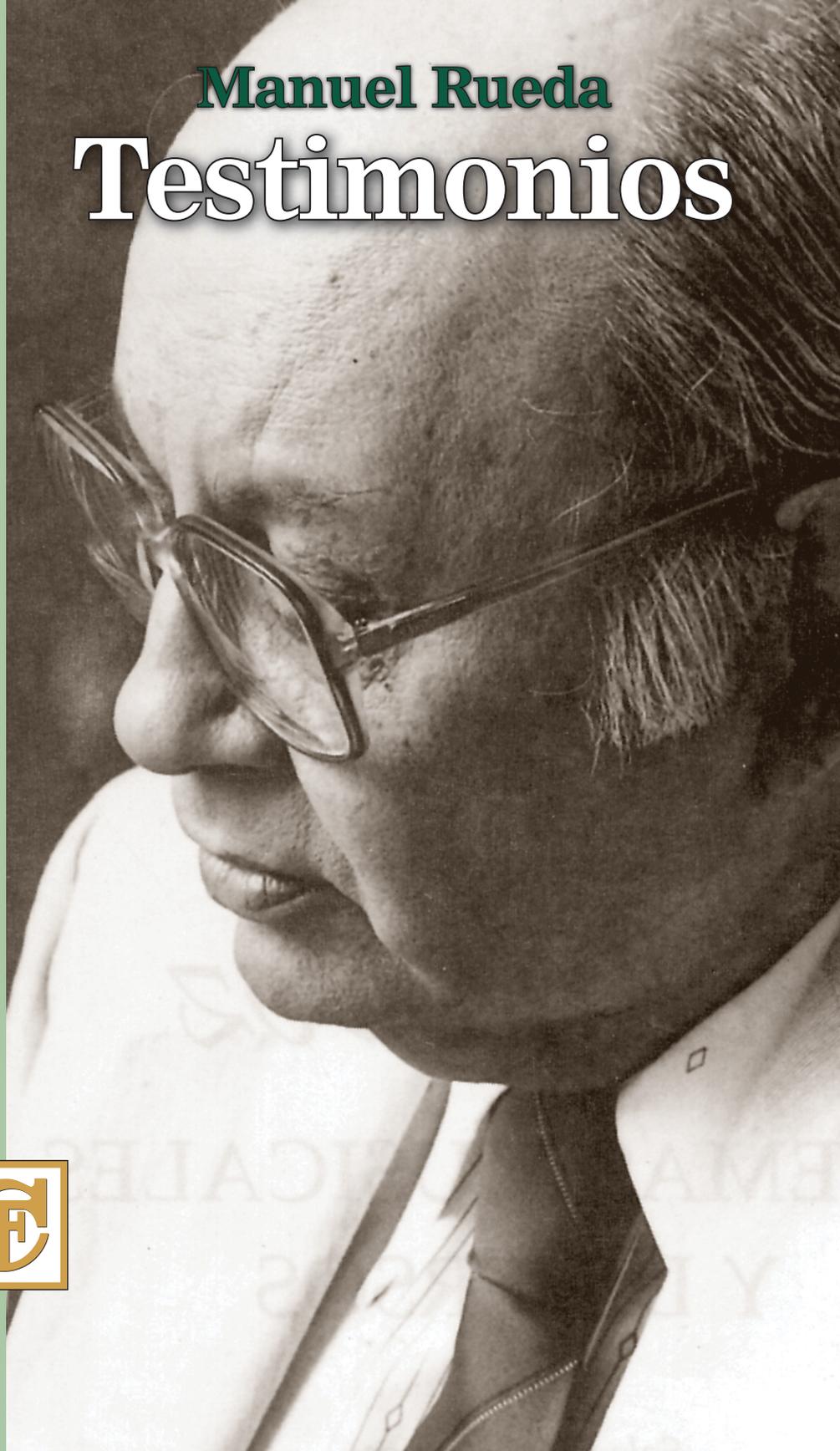


Manuel Rueda
Testimonios

Fundación Corripio, Inc.



Manuel Rueda
TESTIMONIOS

Colección Prisma

Coordinación general y edición al cuidado de:
José Alcántara Almánzar

Corrección:

Jacinto Gimbernard, Miriam Veliz y José Alcántara Almánzar

Diagramación y diseño de portada:

Humberto Martínez

Fotografía de la portada:

Jaime Enrique de Marchena

Impresión:

Editora Corripio, S.A.S.

Calle A esquina Central

Zona Industrial de Herrera,

Santo Domingo, República Dominicana

Primera edición: abril de 2015

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización del editor.

Impreso en la República Dominicana

Printed in the Dominican Republic

Fundación Corripio, Inc.

COMPROMETIDOS CON LA CULTURA

Manuel Corripio García (+)
PRESIDENTE FUNDADOR

José Luis Corripio Estrada
PRESIDENTE

Ana María Alonso de Corripio
VICE PRESIDENTA

Lucía Corripio de González
SECRETARIA

Manuel Corripio Alonso
VOCAL

José Alfredo Corripio Alonso
VOCAL

Ana Corripio de Barceló
VOCAL

Julio César Castaños Guzmán
VOCAL

Manuel Rueda (+)
DIRECTOR FUNDADOR

Mons. Óscar Robles Toledano (+)
ASESOR FUNDADOR

Jacinto Gimbernard Pellerano
DIRECTOR EJECUTIVO

Pilar Albiac Morlanes
ADMINISTRADORA

Jorge Tena Reyes
ASESOR FUNDADOR

José Alcántara Almánzar
ASESOR

Contenido

9. Presentación
11. Aída Gómez de Ripley
12. Alberto Bass
14. Alexis Gómez Rosa
18. Ana Silfa Finke
20. Andrés L. Mateo
24. Ángel Haché
26. Ángela Hernández Núñez
33. Arístides Incháustegui
37. Armando Almánzar
39. Aura Marina del Rosario
41. Basilio Belliard
43. Blanca Delgado Malagón
47. Bruno Rosario Candelier
67. Carmen Imbert Brugal
69. Catana Pérez
72. César Iván Feris
76. Danilo de los Santos
82. Edith Hernández
83. Elsa Núñez
84. Emigdio Valenzuela y Sonia Medina
87. Farida Diná
89. Fernando Cabrera
93. Fernando Peña Defilló
95. François Bahuaud
96. Frank Báez
101. Freddy Ginebra Giudicelli
104. Geo Ripley
106. Héctor Brea Tió
110. Hugo Tolentino Dipp
117. Ida Hernández Caamaño
123. Iván Domínguez
124. Iván García
130. Ivonne Haza
132. Jacinto Gimbernard
136. Jeannette Miller
140. Jorge Severino y Mary Loly Pérez

142. Jorge Tena Reyes
148. José Alcántara Almánzar
165. José Antonio Molina
167. José Báez Guerrero
170. José Chez Checo
172. José Enrique García
179. José Luis Corripio Estrada
181. José Rafael Lantigua
188. José Rafael Sosa
190. Josefina Fondeur de Blonda
191. Juan Carlos Mieses
198. Juan Freddy Armando
202. Julio César Castaños Guzmán
204. Julio de Windt
205. Ligia Ramírez
208. Lillyanna Díaz
211. Lucero Arboleda
214. Luis Beiro Álvarez
221. Luis O. Brea Franco
231. Lupo Hernández Rueda
233. Manuel García Arévalo
239. Manuel Mora Serrano
250. Marcio Veloz Maggiolo
254. Margarita Auffant
256. Margarita Baquero de Reid
258. Margarita Miranda-Mitrov
259. María de Fátima Geraldés
261. María Irene Blanco
262. Maritza Florentino y Félix Fernández
265. Mateo Morrison
270. Miguel Ángel Fornerín
274. Miguel Collado
277. Minerva Isa
285. Miriam Veliz
287. Naya Despradel de Láncer
289. Ramón Díaz
290. Soledad Álvarez
296. Tony Raful
299. Vladimir Velázquez

Presentación

La Fundación Corripio, Inc., se enorgullece de poner en manos del público este libro de testimonios sobre el eximio músico y escritor Manuel Rueda (1921-1999), su fundador y director durante muchos años, con ocasión del reconocimiento póstumo que se le tributa al dedicarle la Feria Internacional del Libro de Santo Domingo 2015, en justo homenaje a su obra creadora y a sus extraordinarios aportes al desarrollo de la cultura nacional.

Manuel Rueda es un caso único en el panorama de las artes y las letras dominicanas. Nació en Monte Cristi, la lejana provincia fronteriza de la banda noroeste, pero estaba llamado a ser un artista del mundo, tanto en la música como en la literatura, y su voz constituyó una referencia indispensable en todo el ámbito cultural del país durante medio siglo. Después de su partida, su obra crece y se hace cada vez más necesaria como paradigma para las actuales y futuras generaciones.

Rueda fue una autoridad indiscutible como pianista, compositor, poeta, dramaturgo, crítico, narrador, folklorista y editor, entre otros muchos campos, como puede verse en la cronología que aparece al final de este libro, y lo que sorprendía en él no era solo la vastedad de su saber, sino la hondura y la excelencia en todo lo que hacía. El espectro de su obra va desde la más depurada expresión clásica, como lo prueban sus hermosos sonetos y sus encantadores villancicos, hasta la más revolucionaria innovación contemporánea, según lo revelan sus contribuciones pluralistas.

Este libro contiene los testimonios personales de numerosos músicos, escritores, intelectuales, amigos, discípulos y admiradores de Manuel Rueda, ordenados de acuerdo con el primer nombre de los respectivos colaboradores. Algunos son escritos objetivos de las obras del ilustre autor y otros son anécdotas de sus relaciones con el medio cultural. Los testimonios más ínti-

mos y emotivos constituyen apreciaciones de su carácter, o demostraciones del más entrañable afecto que sembró y dejó entre los suyos. Todos forman un poliedro en el que se refleja el hombre; un documento, en fin, que recoge el más sentido homenaje de admiración y cariño al gran artista, cuyo recuerdo perdurará entre nosotros.

Vivo y palpitante.

Jacinto Gimbernard
Director ejecutivo

Aída Gómez de Ripley

A mi primo Manolo

Desde niña yo le oía decir a mamá que cuando Manuel nació en Monte Cristi, mis abuelos, sus abuelos, Manuel Rueda (dominicano) y Dolores Ibáñez (cubana), fueron a conocerlo. Fue el primer nieto, pocos años después nació mi hermana Anatilde, quien fue la primera nieta; seguí yo y luego los hijos de mi tío Raúl.

Conocimos a nuestro primo hermano cuando vino con su mamá a vivir a la capital, siendo un adolescente muy conservador, pero recuerdo las veces que llegaba a casa a pedirle a su «tía Anatilde», mi mamá, que lo dejara tocar el piano porque su tía Grecia le había cerrado el suyo (era uno de esos pianos viejos que tenían llave y adornos para poner velas y alumbrar la partitura musical). Tengo entendido que ese piano era de nuestro abuelo y abuela se lo regaló. Cuando esto sucedía, recuerdo la cara de satisfacción de mamá al verlo y oírlo tocar y pensaba y decía de lo mucho que hubiera disfrutado, al igual que ella, su padre, el abuelo, quien también era músico.

El piano se lo cerraban porque él nada más quería estar tocándolo y descuidaba los estudios de la escuela.

Cuando a mi hermana Anatilde la inscribieron en el Liceo Musical, él consideró que debía venir a buscarla para ir juntos, pero a Anatilde no le gustaba la idea porque su prioridad no era la música, sino los estudios del colegio.

El tiempo pasó, nosotros nos fuimos para Colombia y Manolo para Chile. Volvimos a reunirnos y siempre fue muy cariñoso con sus tías y con nosotras, sus primas, hasta el final, como cuando éramos muchachos.

Alberto Bass

Manuel Rueda, inolvidable promotor de la cultura dominicana

En los finales del siglo XX, la República Dominicana vivió momentos de efervescencia cultural, debido a la confluencia de un grupo de intelectuales progresistas que amaban su trabajo y cuya laboriosidad constante sirvió de modelo a los jóvenes de esa generación que luchaban por crear las bases de una sociedad justa e igualitaria.

A decir verdad, cada Estado, no importa sus intereses, posee tres factores que inciden en su desarrollo: lo económico, lo político-jurídico e institucional y lo ideológico. Cabe plantear el hecho, justamente en el plano de la ideología, la religión, la ciencia, la tecnología, el arte y la cultura, donde juegan un papel de primer orden.

Por tales motivos, debemos de admitir el surgimiento de los suplementos y clubes culturales que en su época cumplieron con su rol revolucionario, *Isla Abierta* del periódico *Hoy*, dirigido magistralmente por Manuel Rueda y el suplemento *Aquí* de *La Noticia*, auspiciado por Mateo Morrison, entre otros órganos de prensa. En esos medios se dieron cita lo mejor del intelecto nativo y extranjero; allí se expresaban los conceptos más variados sobre el acontecer cultural nacional e internacional.

En ese aspecto, Manuel Rueda, quien además de gran poeta era músico de profesión, dio cabida a las artes plásticas, ilustrando los textos con las imágenes del arte dominicano. Varios suplementos fueron dedicados a mi producción pictórica, donde además se expresaba textualmente la motivación para plasmar las pinturas que aparecían en el periódico, dando así al lector una publicación didáctica.

Nunca antes habíamos tenido la oportunidad de confraternizar con tantos intelectuales de valía. Manuel Rueda creó movimientos

estéticos, sus pluralemas y su discurso poético generaban controversias en un ámbito que se resistía a los cambios; a él, como innovador, lo recordamos como amante de su hermoso país. Manuel vivirá en el alma de quienes le conocieron por su talento, franqueza, amor al trabajo y por sus aportes a los jóvenes de su época.

Como contrapartida a ello, hoy casi todos los suplementos han desaparecido. Vivimos una etapa marcada por la violencia y el clientelismo político; nuestra sociedad intenta ser envilecida por el agiotismo de comerciantes inescrupulosos, la corrupción en todos los niveles y la impunidad de una justicia tuerta, capaz de aplicar todo su rigor al desposeído de la fortuna.

No obstante, la cultura representa un conjunto de acciones y comportamientos que definen el perfil de los pueblos. En tal virtud, tenemos la responsabilidad de honrar a todos aquellos héroes de la ciencia y el arte, quienes sin el mínimo estímulo económico, dieron su legado a la patria. Estas nobles acciones nos sirven de coraza para combatir a esos malos y perversos dominicanos, que el patricio Juan Pablo Duarte pidió que fueran escarmentados y que hoy, a falta de autoridad, se han expandido como una epidemia.

Más aun, el ejemplo de Manuel Rueda y su desaparecido suplemento *Isla Abierta*, cantera de talento, junto a los demás suplementos de aquel tiempo, sentaron las bases para que el dominicano común pueda discernir sobre aspectos fundamentales del arte y la filosofía.

Cuando escuchábamos a Manuel Rueda, sus conceptos no volaban por el aire, se impregnaban en las mentes de los espectadores; gran charlista, expositor de nuevas ideas, esas dotes le conferían a su personalidad valores únicos e inconfundibles.

Debo dejar bien claro que en momentos de crisis moral y económica, los hombres y mujeres que luchan día a día por la emancipación social se convierten en una reserva espiritual. Se necesita promover cambios para dar a nuestra nación la dignidad que necesita, para ser amada y respetada por nativos y extranjeros.

Alexis Gómez Rosa

Bajo los almendros de la Pasteur

Durante la Guerra Fría posterior a la muerte de Rafael Leonidas Trujillo, Manuel Rueda, el admirable poeta y escritor de la Poesía Sorprendida, fue algo menos que una persona *non grata* para la generación de post-guerra del 65.

Una opinión tras bastidores que no todos compartían. Un comentario entre dientes que ignoró siempre el poeta, solo explicable por la pasión de la ceguera política cuyo manto encubrió el rigor de su reciedumbre poética.

La historia personal de Manuel Rueda González, objeto de insanos comentarios, la ventiló profusamente la promoción anterior (la de Miguel Alfonseca, René del Risco, Juan José Ayuso, Jeannette Miller y Antonio Lockward) que no le regateó méritos ni desaprovechó, tampoco, la menor oportunidad para decir lo verdadero y lo falso y, entre ambos extremos, trazar la caricatura de sus debilidades ideológicas, al entender de ellos y de otros «cabezas calientes».

Manuel Rueda era un hombre de pasión (en ebullición siempre), que lo hizo asumir posiciones verticales contra la mediocridad, los lugares comunes y la instrumentación literaria y es precisamente por eso (el pasado es presente), un referente obligado del quehacer escritural en la República Dominicana.

Fiel a esa característica, el creador del Pluralismo se convirtió en el cedazo que separó el grano de la paja: de un lado la literatura; del otro lado, un intento de hacer literatura. Con él aprendimos a validar el arte por el arte; a ver que la literatura tiene un fin en sí misma, que la patria de un escritor es la lengua.

Recuerdo que en una ocasión Miguel Alfonseca me dijo: «Si quieres conocer y dominar el arte de la poesía, visita a Manuel Rueda». Y pude comprobar en mis años de amistad con el maes-

tro su amplia visión de humanista y en el manejo del verso, la precisión de su escalpelo crítico.

Pocas personas he conocido con una dedicación milimétrica a la experiencia creadora, como Manuel Rueda, que convertía una simple y circunstancial lectura de poesía en un taller literario que, con los años, me vi reproducir en el diálogo amistoso o en el convivio selectivo por él patrocinado.

De su parte, esta convivencia se podía poner color de hormiga: difícil, muy difícil, hasta llegar al enojo o dar término a una amistad, como cuando le mostré la *Antología de la poesía hispanoamericana actual* (1987), del peruano Julio Ortega, que no lo incluyó, quizás, por desbordar el propósito de su proyecto aunque sí se refirió al Pluralismo en la introducción a mi poesía.

Craso error mío.

«¿Cómo puede aparecer en una antología el discípulo y no el maestro?», me espetó de forma cruda y altanera, sin detenerse a sopesar mi esfuerzo en divulgar su nueva propuesta creativa. Resulta inexplicable que Rueda no entendiera, pero sí entendía, el carácter antojadizo y medalaganario de los antólogos, tarea que varias veces le tocó desempeñar.

Pese al disgusto, la sangre no llegó al río.

Finalmente se impuso la medida y la sabiduría de un hombre que había envejecido en el amor a la poesía –necesario es decirlo–, en la que puso a circular monumentos de excelencia en todos sus afluentes.

Puedo asegurar que quienes abrevamos en la fuente de su conocimiento ganamos una luminosa enfermedad: el celo extremo por la palabra escrita que arrastra y sella la palabra revelada, dicha, sorprendida en *las personas del verbo*, para decirlo con un hermoso título de Jaime Gil de Biedma.

De ahí el temor ante la letra impresa que me hace trabajar atezado por la duda (haciendo equilibrio sobre el filo de la navaja),

y en lucha con los accidentes del lenguaje en los que agonizo sin fin. Eso también explica, después de preguntar Rueda repetidas veces: «¿A quién estás leyendo?», mi frecuente visita a los clásicos antiguos y contemporáneos (Borges: de la mano del *Diccionario de autoridades*, otro clásico), a quienes leíamos y analizábamos en prolongadas tertulias mañaneras y luego, en la casa, el incesante *work in progress* de las tareas autoasignadas.

El poeta Ledesma, Luis Manuel, lo supo y lo sabe. No puede olvidar lo que vale fecundar una idea poética a orillas del Ozama, mientras se imprime *El Caribe* y esperamos que doña María Ugarte nos publique unos poemas ya filtrados por el ojo clínico del poeta Rueda.

Era nuestra la noche.

Caminando por la avenida Independencia, desde su residencia, íbamos rumiando los versos con los que de un poeta a otro, Rueda y Mises Burgos se saludaban:

*Padre y maestro mágico, liróforo celeste
que al instrumento olímpico y a la siringa agreste
diste tu acento encantador.*

Lector apasionado y bibliómano posesivo, Manolo era la extraña combinación de un hombre curioso acicateado por el conocimiento («y tuve hambre de espacio y sed de cielo», decía su admirado Rubén), y un centinela del conocimiento mismo, se me ocurre pensar. Todo despertaba en él su entusiasmo. La música como la literatura; la antropología como el folclor.

Goloso, egoísta, acaparador, daba la impresión de que ambicionaba ser el depositario de la experiencia humana. Igual característica descubrí en Nicanor Parra (aunque sólo en la parte material), porque me sorprendió, arrebatándome en su casa de Nueva York las *Indeterminaciones* de John Cage (*Indeterminacy: New Aspect of Form in Instrumental and Electronic Music*, 1959), pese a que le ofrecí una copia de ellas. Pero él quería el original,

con su estuche grande para *longplay*, las fotos del pianista con su *flattop* y el estuche negro forrado en tela. Recuerdo con Rueda una situación similar. Su cara de perplejidad ante la fotocopia que le ofrecía en regalo de *Renga* (poema de origen japonés, a cuatro voces, integrado por textos de Octavio Paz, Jacques Roubaud, Eduardo Sanguineti y Charles Tomlinson), que le había dado a conocer en la versión rectangular, amarilla, de hermoso diseño nipón que ya él atesoraba desde el día de mi regreso al país. El cambio del libro fotocopiado por su original parecía imposible, como finalmente sucedió.

Egoísmo del genio: siempre se cree merecedor de todo.

Por otro lado, tenemos en Manuel Rueda un poeta generoso, celebrante de lo insólito y nuevo siempre que hiciera diana en la excelencia, que promovía y recomendaba de manera entusiasta el talento creador sin importar el sello ideológico que lo acogiera. Un poeta vanguardista en el *corset* de un hombre del Renacimiento; paradójicamente, un tanto enchapado a la antigua, que se sintió de una pieza y maravillado entre los *ready made* de Marcel Duchamp, a lomo de un imperturbable soneto del que nunca se desmontó.

Ana Silfa Finke

Manuel Rueda

Hablar sobre la vida y obra de un personaje tan relevante como Manuel Rueda no es tarea fácil. De su carrera como pianista, escritor, profesor y directivo han hablado destacados intelectuales nacionales y extranjeros, relatando magistralmente las excelentes cualidades que él poseía, razón por la cual, se tratará de dar un enfoque intimista a la siguiente semblanza, basada ante todo en este extraordinario ser humano que pudieron conocer y valorar las personas que disfrutaron de su amistad.

La singularidad de Manuel Rueda como pianista se debía sin duda, tanto a su maestría técnica, como a la excelencia de su interpretación, cualidades necesarias para descollar un instrumentista; pero además estaba dotado de una carismática personalidad musical que demostraba con vehementes y sutiles movimientos corporales (de acuerdo al carácter de las obras) en sus ejecuciones que despertaban en la audiencia una gran emoción, demostrada en los delirantes aplausos de pie que le ofrecían. Es que como él expresaba en ambientes relajados de tertulias: (cita de memoria) «Los secretos de una óptima ejecución no se revelan sólo por el dominio técnico-musical; lo más importante es la comprensión del contenido expresivo de la obra por medio de la inteligencia y la sensibilidad».

Para destacar a Manuel Rueda escritor, se seleccionaron las sabias palabras que el eximio violinista, escritor, historiador y filósofo, maestro Jacinto Gimbernard emitiera con motivo de la puesta en circulación del libro *Una voz* (edición póstuma) por la Fundación Corripio en el año 2001, en donde resume magistralmente los méritos de Manuel Rueda: «Tenemos aquí, junto a nosotros, el pensamiento universalista de un prodigioso, completo y cumplido servidor de las artes, Manuel Rueda, maestro

del sonido hondo de la música, de la poesía, del teatro, en fin, de las más altas expresiones de lo trascendente que el humano puede alcanzar, quien nos deja en sus escritos, excelentes muestras de su pensamiento inteligente, ingenioso y docto».

En cuanto a su rol de profesor de piano, basta mencionar algunos pianistas que se formaron bajo su estricta dirección, como Miriam Ariza, María de Fátima Geraldés, María Irene Blanco, Iván Domínguez, entre otros, que se destacan en diferentes áreas de la música (solistas, música de cámara, profesores, etc.) que brillan con luz propia, pues están dotados de las excelencias musicales necesarias para representar la generación de relevo del maestro.

Manuel Rueda, director del Conservatorio Nacional de Música, tuvo el mérito no sólo de organizar la máxima institución musical, sino todo el sistema musical del país que abarcaba todas las escuelas de música, liceos musicales y escuelas de Bellas Artes oficiales, a través de la Ley No.109-67, promulgada por el Congreso de la República Dominicana y en donde se proclamaba al Conservatorio Nacional de Música como el organismo rector de la música en República Dominicana. Durante los años bajo su dirección el Conservatorio era considerado la universidad de la música.

Al finalizar estas consideraciones es importante destacar el aspecto humano del «Profe», como le decían afectuosamente sus alumnos. Manuel Rueda, para sus allegados era una persona sensible, solidaria, leal, ingenuo (a veces) y buen amigo. Amaba intensamente a su madre, tías y familiares. Se distinguía por ser un excelente anfitrión. Era una persona amena, cuya risa recia y contagiosa lo hacía parecer un niño grande.

Santo Domingo, D. N.

Marzo 9, 2015

Andrés L. Mateo

El Manuel Rueda que conocí

Entre las «vacas sagradas» de la cultura dominicana, Manuel Rueda era, en apariencia, el más temible. Culto en extremo, a veces cortante y pasional, el punto de vista favorable proveniente de su magisterio reconocido era como la consagración inevitable. Muchos acudían a él, pero eran pocos los que se iban complacidos. Sus juicios eran siempre demoledores, sustentados, doctos y fluidos. Porque, sin ningún género de dudas, dominaba con destreza los grandes temas de la cultura, y era, además, un gran creador.

Pero esa «vacca sagrada» de la cultura dominicana acarrea en su juicio el más constructivo de los pareceres. Si Manolo asumía el ejercicio del criterio, lo hacía indagando hasta el fondo, analizando, empleando la descomposición analítica. Fue minucioso hasta el cansancio.

Recuerdo una noche del año 1978 cuando leíamos en su casa de la calle Pasteur mi primera novela: *Pisar los dedos de Dios*, y al terminar él se paró de su asiento y dio dos vueltas en el salón. Corpulento, escrutador, me miró con unos ojos desguarnecidos, y yo temblé de pies a cabeza. Con la mano en la mejilla me dijo que una novela era como la transcripción de un costado del mundo que se había empotrado en mi propia experiencia, pero que ese costado del mundo no quedaba duplicado en la obra, sino que lo que había ocurrido era una transformación, una metamorfosis. El instrumento de esa transformación creativa era la capacidad que tiene la lengua de inventar mundos ficticios. Su interés era siempre salvar la especificidad de la obra literaria, colocarnos frente al compromiso de la construcción del texto de la ficción con una conciencia cabal del instrumental lingüístico. Nunca olvidaré que aquella noche leímos la novela completa, de un tirón; y aunque no es una novela de largo aliento, me pareció

un gesto muy condescendiente el interés que le había despertado la lectura y la devoción con la que seguía los detalles de la narración durante todo el tiempo transcurrido, siendo él una «vaca sagrada» que inspiraba tanto temor.

Conmigo estaban José Alcántara Almánzar y Aura Marina del Rosario, y antes de terminar los juicios con los cuales juzgaba lo leído me dijo enfáticamente: «Aunque hay una narración lírica sería bueno que aplacaras un poco al poeta que te impide narrar. Narra más, cuenta, despliega la descripción, que la lírica se resienta; pero narra». He seguido al pie de la letra sus instrucciones, y fue allí que supe el cuidado que ponía cuando orientaba o proponía sus ideas. Maestro tenaz, inflexible y certero, nunca decía nada de lo que no estuviera profundamente convencido.

Fue un artista e intelectual completo. Uno se perdía literalmente oyéndolo hablar de poesía, de narrativa, de historia o de música. Y no era un portador pasivo de sus saberes, sino que hacía con ellos pirotecnias innovadoras que provocaban la tradición instaurada. Yo recuerdo lo orgulloso que se ponía cuando nos leía las expresiones populares que había recogido por los caminos del pueblo. Él que era un consumado intérprete de la música clásica. Retruécanos, adivinanzas, juegos populares infantiles, etc., manifestaciones de la cultura popular que su espíritu empinado sobre la «alta cultura» valoraba como reliquias. Los recitaba de memoria, hacía conexiones estróficas y rítmicas, así como de contenido, con textos de la cultura universal. Ese hombre tan culto era un fervoroso de las manifestaciones de la cultura popular.

Hablando con entusiasmo de sus investigaciones sobre la cultura popular fue que descubrí lo infundado del elitismo que muchos le atribuían. Manolo amaba las creaciones del pueblo, su exquisita formación como músico clásico le proveía de un instrumental apropiado para valorar las expresiones populares, y es por ello que su producción como investigador de la cultura

popular dominicana alcanza una alta significación. Además, en este terreno, su producción literaria produjo arquetipos de enorme trascendencia histórica. Sus *Cantos de la frontera* descubren la configuración de un personaje histórico: el rayano. No fue la sociología la que describió esa angustia existencial del hombre limítrofe entre fronteras, fue la poesía, su poesía, la que asumió ese desgarramiento del ser cuya naturaleza dual lo clavaba en la perplejidad y la incertidumbre. Había que tener mucho valor personal, y mucha preparación intelectual, para situarse por encima de ese memorial de agravios que constituye la historia de Haití y la República Dominicana, y descubrir a un ser concreto y circunstanciado que habitaba la frontera sin ser nombrado. Y no hablo de su *Makandal* porque sería llevar la provocación a un extremo. Pero ahí está su obra, ahí está su poesía, ahí está el hombre y la mujer que el verso poderoso empezó a develar. Antes que la historia y la sociología, fue el poema. Nadie sino Manuel Rueda definió al rayano. Y lo clavó en el poema, en la historia.

Y hay un aspecto de su fértil vida intelectual que no deberíamos olvidar: su espíritu inconformista. Si hay un intelectual dominicano cuyas insatisfacciones lo llevaron a innovar, ese es Manuel Rueda. En la literatura, por ejemplo, había trabajado todos los géneros. El teatro, la poesía, la narrativa. Su obra investigativa incluía la música y las manifestaciones de la cultura popular, como ya hemos dicho. Pero en él todo tenía un sentido dialéctico, todo confluía en una teoría, en una idea, en una posibilidad de ampliar el universo de sentidos del arte. El mejor ejemplo es su movimiento artístico llamado Pluralismo, que incendió la pradera del convencionalismo de la forma tradicional de escribir y de percibir la escritura, y puso en jaque todos los postulados formales sobre los cuales descansaba la práctica de la escritura de la época. Todavía no hemos estudiado en profundidad los efectos de su propuesta en la cultura dominicana, pero

el Pluralismo integró lenguajes diversos de la comunicación artística, y expandió las formas de plasmar la escritura, y la manera de leerla. Después del Pluralismo, ya nada fue igual.

En lo personal, es mucho lo que debo a Manuel Rueda. Debo bastante, sobre todo, a su rigor. Porque no fue nada complaciente, y porque todo el universo de su saber se abría a las muchas interrogantes que nosotros teníamos. Conversar con él siempre fue para mí una cátedra viva, y hoy lo evoco del mismo modo, vivo, palpitante, apasionado.

Ángel Haché

Conocí a Manuel Rueda en 1966, a raíz del estreno de su obra teatral, *Entre alambradas*, estrenada en el Palacio de Bellas Artes, y en el devenir de los años, mi admiración por él como artista y persona fue creciendo. Él también sentía un gran aprecio por Elsa, mi esposa, y por mí. Tuve el honor de realizar una ilustración de un cuento suyo que apareció en una de las ediciones de Casa de Teatro, y estuve al tris de actuar en otra de sus obras teatrales, un clásico de la dramaturgia nacional, *El rey Clinejas*, montada por nuestro gran director, ya fallecido, Rafael Villalona, quien al final de los ensayos fue nombrado director del Teatro Popular del Centro en Santiago. El proyecto continuó en esa ciudad, pero desgraciadamente, mis compromisos como profesor de Dibujo no me permitieron trasladarme a la Ciudad Corazón.

La sociedad tiene además una deuda con Rueda, pues hasta la fecha, todavía no se ha llevado a escena su obra ganadora del premio Tirso de Molina, otorgado en España, me refiero a *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, de cuyo montaje ha habido varios intentos.

No quiero abundar sobre sus logros en varias facetas del arte: en la música como excelente pianista y compositor, galardonado dentro y fuera del país; como poeta, creador del Pluralismo; novelista; cuentista; ensayista; antólogo y su inmenso interés por proyectar nuestro arte y cultura como director de uno de los mejores suplementos culturales, *Isla Abierta*, del periódico *Hoy*, en el que en varias ocasiones recibí su apoyo para promocionar mis exposiciones de pintura, con gran despliegue de fotos de los cuadros, acompañado de textos críticos. Su vasta cultura lo llevaba a desentrañar nuestro folklore, tanto en el teatro como en la música.

TESTIMONIOS

Me atrevería a decir, sin temor a equivocarme, que hay una palabra que define la excelencia y dominio de todo lo que significa el legado que aportó a nuestra cultura. Esa palabra es: GENIO.

Ángela Hernández

Manuel Rueda y el anhelo de comprensión total

Contadas fueron las veces que tuve el privilegio de compartir con él. Pero para mí era un amigo a distancia. Los puentes de este vínculo, sin él saberlo, fueron erigidos por el cuento *El gallo*, por *Las metamorfosis de Makandal*, por el *Manifiesto del Pluralismo* y por sus escritos en *Isla Abierta*.

Lo distinguieron atributos de los que en mí despiertan espontánea admiración. Era un escritor del que lamento no haber estado más cerca. Alguien de quien se aprenden cosas difíciles de encontrar: rigor, profundidad, flexibilidad imaginativa, un sexto sentido para la belleza y el ritmo subyacente en todo, bagaje cultural, capacidad para distinguir el detalle cualitativo de las cosas. Un hombre que daba la impresión de carecer de resistencias mentales o ideológicas a la hora de crear. Que forjó su carrera y forjó su vida con el reposado fervor de una inteligencia brillante que no permite que le levanten muros alrededor (muros como los descritos por el poeta Cavafis). Una carrera rica, polifacética, poblada de música, de poesía y fieles amistades. Hecha a fuerza de trabajo constante y consagración.

De las pocas ocasiones en que coincidí con él destacan tres. La primera, en la casa del escritor José Alcántara, quien nos invitó a una cena en honor al novelista Abel Posse y su esposa. Una velada como pocas. Daba gusto seguir la conversación entre Manuel Rueda, José Alcántara, Ida Hernández y el huésped extranjero. De ese día me resulta fácil evocar la atención que ponía el director de *Isla Abierta* a las palabras de los demás, su gentileza, su tacto; sus elogios a los manjares preparados por Ida, a los cuales estaba acostumbrado por su larga amistad con esta familia.

La segunda vez veíamos un documental histórico-político en el cine Lumière. Yo había ido con mis mellizos, Cristabel y Gior-

dano, de unos seis años por entonces. No habían pasado diez minutos desde el inicio de la proyección, cuando se escuchó una protesta infantil, seguida de las risas de todo el que lo oyó: «¡Mami, tú nos engañaste. Dijiste que veníamos a ver una película y esto no es más que noticias!». Era la voz de mi hijo, fastidiado por las imágenes en blanco y negro. Manuel Rueda estaba sentado justo detrás de nosotros. A los pocos minutos, me tocaba la espalda y me entregaba unas barras de chocolate. Sin dudas, un gesto hermoso. A la salida, él me hizo un comentario breve sobre la publicación de mis cuentos, también algunas amables preguntas sobre mis hijos. Me sorprendió, pues ignoraba que me conociera a ese grado. Colegí que era un observador atento de todo lo que surgía y se movía en el medio cultural dominicano.

Una imagen poderosa del poeta que conservo en la memoria corresponde a la extensa lectura que llevó a cabo de *Las metamorfosis de Makandal*, en la sesión del Pabellón de Poesía que denominamos «Poesía Gourmet», en el contexto de la Feria Internacional del Libro, en 1999. (Este exitoso pabellón fue dirigido por José Enrique García, Lourdes de Cuello y quien escribe). Posiblemente fue esta la última lectura pública de poesía que hiciera Manuel Rueda. El público le escuchó embelesado. Con todo y su estatura intelectual, proyectaba una cierta sencillez y circunspección. Así lo percibí. (Esa presentación fue filmada. Es una pena que no aparezca).

Pluralismo

Muchos son los contenidos que despiertan la atención en la extensa y polifacética obra de Manuel Rueda, intelectual que puede figurar entre los más importantes de la región en la segunda mitad del siglo XX (y que figuraría si dominicanos y dominicanas poseyéramos una mejor autoestima como pueblo en el terreno cultural e intelectual). Entre su múltiple quehacer de poeta, na-

rrador, dramaturgo y músico, en mí ha provocado especial interés su manifiesto del Pluralismo (1974) y los conceptos que funde para crear esta propuesta estética. De modo que a ello quiero referirme en los siguientes párrafos.

Manuel Rueda es el creador del más original de los movimientos literarios dominicanos y también el más difícil de seguir (o de ser cultivado) por lo mucho que exige en cuanto a bagaje intelectual, alcance de miras y capacidad de conjunción de expresiones diversas del pensamiento y la intuición artística.

Hálito de una poética en la que puedo percibir hilos finísimos de orígenes muy distintos: enciclopedismo, modernidad, vanguardia, caribeñismo... Una híbrida flor del espíritu que filtra tiempos y disciplinas, para devenir en síntesis, en convergencia. Uno de esos raros remedios ideados para contrarrestarla carga de fragmentaciones. Implícita una actitud vital emparentada con la de los surrealistas que se saltaron convenciones para abrirse a un conocimiento intuido en los sueños, las experiencias mediúmnicas, escritura automática, la revelación de vasos comunicantes y de formas ignoradas de relación entre las cosas, etc.

El Pluralismo, en otro entorno más receptivo y más abierto a los frutos del intelecto y la creación, posiblemente habría generado un fuerte sacudimiento; y a lo mejor hasta escuela.

Quien fuera director de *Isla Abierta* llevó a cabo un aporte a la cosecha de las vanguardias del siglo XX. Un aporte cuya magnitud está por puntualizarse a través de pertinentes estudios comparados. No titubeo para decir que merece mucho más atención de la que ha recibido. Escritores, artistas, músicos y poetas suscribieron el Manifiesto Pluralista, pero cabe preguntar: ¿cuántos lograron comprender sus fundamentos y apropiarse de algunos de ellos? En verdad, sus postulados no son nada fáciles de trasladar a la hoja en blanco, a la construcción con palabras y signos. Lo que no quita que en ellos se vislumbre poder para desmontar

cortafuegos y relativizar arreglos restrictivos. Potencial para liberar la imaginación.

Si bien el Pluralismo no consiguió un número apreciable de partidarios, su impacto no se puede pasar por alto. Aunque para algunos consistió en una suerte de travesura intelectual, sus efectos sobre la poesía de ese tiempo y sobre las generaciones siguientes pueden advertirse en los canales sinuosos y oblicuos que suelen seguir este tipo de ideas en un país poco dado a reconocer y aquilatar el genio y el ingenio nativos.

Perturbador, atípico en el panorama de las letras dominicanas, el Pluralismo fue una convocatoria a la renovación, que parecía volar alto sobre las circunstancias políticas dictatoras de «lo correcto» en materia de forma y fondo de la obra. En eso consistió: una provocación a «lo correcto», a lo restrictivo, a lo preestablecido, a lo esperado (de poetas y artistas). Un golpe de oxígeno que habría de influir de algún modo incluso a quienes descalificaron la propuesta o la ignoraron, o bien la achicaron al someterla a un enfoque sociológico.

La creación, sin olvidar todas las variables de época, funda sus propias lógicas, su (por fortuna) propia y mudable ley. Eso es lo que muchos olvidaron.

Quien crea (poesía, arte, música o ficción) no puede aplacar al aventurero o aventurera que le habita. No puede evitar desnudarse de cuando en cuando de todos los ropajes para experimentar en su piel, y en cuerpo y mente, para experimentar en su imaginación, las ráfagas y las nimias sutilezas del mundo, del universo, del instante gélido, del instante fuego, del soplo de dolor, de las maravillas de todos los inicios.

En cuanto a la poesía, definida por Octavio Paz como aventura espiritual, el asombro implícito prospera en esta voluntaria desnudez. Que es angustia y es desasosiego y es vacío. Y más aún, es embriaguez, enlaces múltiples, movilidad, amor no descifrable.

De algún modo que no es ni tiene que ser claro, la poesía influye sobre la política, sobre las ciencias, sobre el desenvolvimiento cotidiano, sobre la imaginación. Pero eso sucede solo si la poesía excede las demarcaciones y se confunde con la libertad. Los poetas y las poetisas de mayor lucidez, quienes en sí mismos encarnan poesía, descubren la plantita de hierba en las fisuras del murallón vetusto, sueltan las bandadas de la utopía, respiran en la mirada, perfilan aperturas, las cuales, a la larga, serán aprovechadas por todos. Experimentan estrategias para hacer valer «el olvidado asombro de estar vivos»¹. Manuel Rueda concibe el Pluralismo en el momento oportuno. Él ve el imperativo de síntesis, de fusión, el sendero lleno de resonancias y sentires, la fragmentación y las promisorias posibilidades. Y perfila una propuesta que se despliega desde un interesante concepto simultaneidad. Esto es particularmente llamativo si tomamos en cuenta que la mecánica cuántica se halla en ascenso (aunque para casi todo el mundo es todavía asunto extraño y privativo de un puñado de científicos) y la misma parte de un sorprendente hecho: la luz, al mismo tiempo, puede comportarse como onda y como partícula a la vez, «una rareza cuántica» que ha sacudido los cimientos de nuestra concepción de la realidad física.

La simultaneidad y aquello que solo puede «leerse» (para no decir «comprenderse», que viene a ser demasiado) aceptando su naturaleza paradójica cobran tremenda relevancia.

Da la impresión de que Manuel Rueda no estaba ajeno a los hallazgos y construcciones teóricas de la Física, la cual estudia la energía de las partículas subatómicas y modela visiones del tiempo tan fascinantes como turbadoras (¿O se trata de pura coincidencia?). Observemos. Para su creador, el Pluralismo es «un ensayo de

1. Octavio Paz, en un verso del poema *Piedra de sol*.

simultaneidades». En un pluralema, «leer un bloque significará moverse, no sólo hacia adelante, sino hacia atrás, hacia arriba, hacia abajo y en diagonal, lográndose todas las combinaciones que el ánimo, el capricho o la agudeza del ojo deseen». Se establece que un «bloque poético multidimensional [...] abre el espacio a nuevas dimensiones».

De este modo, según alcanzamos a apreciar, no solo la música y la poesía conocidas son convocadas a una integración dinamizadora, con impacto sobre la percepción, sino que también la física moderna aporta sus resonantes a esta llamativa propuesta. Incluso las nuevas conjeturas y definiciones científicas del tiempo parecen hallar cierto eco en la plataforma del Pluralismo.

«Confiad en la naturaleza del murmullo»², aconsejaron los surrealistas, decididos a «liberar el pensamiento de una servidumbre más dura» para devolverlo al camino de la comprensión total³. La visión de Manuel Rueda se alinea con la búsqueda del punto prefigurado por este movimiento de vanguardia, el de mayor influencia y derivaciones en el siglo XX. ¿Qué punto es este, que en el plano material acaso encuentre su equivalente en el punto de apoyo que pedía Arquímedes para mover el mundo? «Todo induce a creer que en el espíritu humano existe un cierto punto desde el que la vida y la muerte, lo real y lo imaginario, el pasado y el futuro, lo comunicable y lo incomunicable, lo alto y lo bajo, dejan de ser vistos como contradicciones»⁴, señala André Bretón. Punto proteico. Punto de simultaneidades. Puede ser el *Aleph* de Borges, lo mismo que el *Primero sueño* de sor Juana Inés, una piedra de rostros

2. André Bretón, «Secretos del arte mágico del Surrealismo». *Manifiestos del surrealismo*, Madrid, 1974. 2da. Ed. Ediciones Guardarrama, p. 50.

3. André Bretón, *Segundo manifiesto*. O.cit., p. 163.

4. Idem, p. 162.

bañados de luz por la nostalgia, una paloma concebida en medio del fuego de artillería que se inmortaliza en un caligrama de Apollinaire, el *Pez soluble* de Bretón, un haiku de Basho, un pluralema de Manuel Rueda...

Y es que el autor de *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, como su *Makandal*, también devenía proteico como sus sonidos y se revelaba en las letras a que dio forma.

Marzo 2015

Arístides Incháustegui

Manuel Rueda, mi amigo querido

Al pensar en Manuel Rueda, extrañamente mi recuerdo de él se mueve entre dos extremos: un período inicial de temor irracional hacia su personalidad en mis primeros años de estudiante en el Conservatorio y luego, un gran cariño con un intenso matiz de ternura hacia el final de su vida.

Aquel gigante de voz tonante y autoritaria, que tenía fama de hacer llorar a sus alumnos, había llegado de Chile con la aureola de prestigiosos premios de música y literatura. Su primer contacto con el medio dominicano fue como una especie de revolución artística: hizo música de cámara, conciertos con la Sinfónica, recitales como solista, fue acompañante de los más connotados cantantes o instrumentistas que nos visitaban y con Carlos Piantini, presentó un inolvidable programa de sonatas. En verdad su presencia había causado un innegable impacto en el medio artístico dominicano y verlo tocar era una experiencia nueva, porque él proyectaba el placer que le producía hacer música al piano.

Para 1956 el Conservatorio Nacional de Música fue mudado al recién inaugurado Palacio de Bellas Artes, y allí me tocó presentar el examen del cuarto nivel de canto, frente a un jurado que estuvo integrado por Manuel Simó, director de esa institución docente, Manuel Rueda, profesor de los cursos superiores de piano y, naturalmente, Dora Merten, nuestra profesora de canto.

Nunca he olvidado mi nerviosismo al cantar frente a esos tres maestros, pero parece que en esa ocasión la suerte me acompañó, y al final, Manuel Rueda felicitó calurosamente a mi profesora Dora Merten y, dejando de lado el protocolo, se levantó y me abrazó, con gran amabilidad, diciéndome que el examen había culminado con notas sobresalientes. A partir de ese momento

mi percepción sobre él cambió de manera radical, y ya nunca más su presencia volvió a inspirarme temor.

Nuestros destinos tomaron rutas diferentes y a cada regreso mío al país yo seguía manteniendo mi relación de trabajo con el maestro Vicente Grisolia, tanto en el aprendizaje de nuevas obras como en recitales públicos, debido a sus indiscutibles destrezas de acompañante.

Recuerdo que en un viaje que realicé para cumplir compromisos artísticos, invitado por el maestro Manuel Simó, ya para entonces director de la OSN, se me acercó Manuel Rueda, el maestro de maestros, y con la mayor sencillez me comentó que a él le gustaría que hiciéramos música juntos. Verdaderamente, esa inesperada oferta suya, aunque no pude aceptarla en lo inmediato, me había sobrecogido, y como debía regresar a Estados Unidos, sólo atiné a contestarle que en un futuro próximo hablaríamos sobre esa propuesta tan enaltecida.

Algún tiempo después, a mi regreso definitivo al país, se inició entre nosotros una fructífera relación artística que perduró por muchos años y ambos, motivados por nuestro común amor a lo dominicano, fuimos formando un importante repertorio de obras de autores nacionales que interpretábamos en cada una de nuestras presentaciones, dentro y fuera del país. Rueda podía convertir las más sencillas canciones de nuestros autores en verdaderas expresiones de recital, sin reclamar la paternidad de esas partes de piano que tanto hacían por la música dominicana.

Con el dominio absoluto que Manolo tenía del folklore, compuso diversas tonadas para nuestros recitales y la más importante de ellas, la *Tonada del hombre con pena*, me la dedicó de manera muy especial. Con esa carga afectiva que nos unió en un propósito común, la interpretamos en el Palacio Nacional, en julio de 1982, en una de las misas ofrecidas por el descanso del alma de nuestro querido don Antonio Guzmán Fernández, re-

cién fallecido unos días antes. Esa experiencia de arte, casi mágica para mí, teniendo a Manolo al piano tan emocionado como yo, la considero como uno de los puntos culminantes de mi carrera artística.

Años antes había viajado a Cuba y a México con la soprano Ivonne Haza y con Manuel Rueda para unas inolvidables presentaciones de carácter oficial, y con el trato continuado, la amistad personal y artística entre Manolo y yo fue haciéndose cada vez más íntima.

Manuel Rueda González y Luis Rivera González eran parientes muy cercanos. Mientras ensayábamos para un homenaje a Luis Rivera y su música, vi a Manolo acogerse a las indicaciones de don Luis para poder acompañar a Casandra Damirón en ese evento. Aunque él no estaba acostumbrado a las libertades del arte popular, en esta oportunidad, debido a la calidad de Casandra como intérprete de la música de don Luis, su esposo, él siguió al pie de la letra las pautas que le trazaba el compositor y así, Casandra y Manolo pudieron entenderse, conciliando sus diversos estilos. Ella, libre y repentista y él, atento a sus improvisaciones rítmicas, que hasta entonces lo habían eludido por su formación académica y el apego a las formas del arte clásico. Ahí vi que Manolo, cuando era enfrentado con la razón, transigía sin reparos, y con entusiasmo, se amoldaba a las circunstancias.

La llegada de Blanca Delgado Malagón a nuestras vidas, en los primeros años de la década del ochenta, le trajo un nuevo matiz a mi relación con Manolo. Él, que toda la vida había sido un enamorado de la belleza y la inteligencia, vio en Blanca a una «musa entrañable» –como lo dejó escrito de puño y letra en una de sus dedicatorias personales a ella– y a partir de entonces, pude apreciar cómo Manolo fue suavizando sus comentarios ante la presencia de Blanca, mientras la literatura iba ocupando la mayor parte del tiempo que antes le dedicábamos a la música, y él, como un mago,

nos guiaba por los más íntimos vericuetos del alma... del cariño, con actitud hábil y paternal. Fue ahí cuando se inició para Blanca y para mí nuestra etapa editorial y, estimulados por él, nuestras investigaciones terminaron en libros que él enriquecía con sus iluminadores comentarios y pertinentes consejos.

Al pasar el tiempo, llegó el momento en que la salud de Manolo comenzó a disminuirse hasta niveles alarmantes que parecían presagiar el final de su vida. Como parte de su tratamiento, sus médicos le indicaron unas inyecciones que debían ser aplicadas en horas de la madrugada y él, recordándose de mis años de estudios de Medicina, me pidió que fuese a cumplir esa honrosa misión para mí. Manolo, para quien el sueño de las madrugadas y las primeras horas del día eran algo sagrado, ahora me esperaba despierto y alerta, sin una queja, para cumplir fielmente lo indicado por sus médicos, y, sin palabras, con una profunda mirada de agradecimiento, con un fuerte apretón de manos me despedía hasta la siguiente mañana. Me complació mucho que nuestro esfuerzo diera buenos resultados y que él lograra superar la crisis de ese momento.

Cuando ya sintió que el final de su vida se acercaba definitivamente, rompiendo con todas las características de su inercia habitual, hizo todas las diligencias necesarias para adquirir un terreno próximo a unos que Jacinto Gimbernard y yo habíamos comprado previamente en el Cementerio Cristo Redentor, para él poder descansar junto a Marina, su adorada madre, encargándome Manolo todo lo referente a su inhumación. Es por ese compromiso contraído con él hace tantos años, que cada vez que voy al cementerio a visitar a mis familiares fallecidos, nunca dejo de pasar por la tumba de Manolo, quien aunque al principio me había parecido un personaje atemorizante, con el tiempo llegó a ser uno de mis amigos más queridos en el Arte, en la vida y en la muerte.

Armando Almánzar R.

El hombre de Makandal

Quien escribe, por culpa de los hados o quién sabe por cuál capricho del destino, ha alcanzado una edad bien avanzada. Por esos mismos caprichos, gozo de muy buena salud, sigo cumpliendo con la crítica cinematográfica puntualmente todos los sábados en el Listín, y asistiendo al programa *Cineastaradio* todos los días y al *Matutino alternativo* junto a esa excelente mujer que me ha acogido durante años y años, la doctora Carmen Imbert Brugal.

Y, como cosa de milagro, sigo ganando algo de dinero.

Todo ello es probable que constituya la envidia de mucha gente y, por supuesto, les doy la razón porque no es algo muy frecuente.

Pero hay cosas muy buenas que, de todos modos, tienen su lado molesto, que cuesta aceptar.

Andar en la vida años y años me ha hecho sentir en grado sumo los sufrimientos de los demás; he tenido que ver cómo se esfuman queridos familiares, amigos de infancia, otros no tan lejanos pero con los cuales establecí relaciones que esperaba más perdurables.

Y una de esos dejados dolorosamente en el camino fue, sin lugar a dudas, don Manuel Rueda.

Por supuesto, no formé parte de su grupo más íntimo, como lo eran Avilés Blonda, José Alcántara Almánzar, don Héctor Incháustegui Cabral y otros.

En aquellos años 90, cuando se mencionaba su nombre, era con respeto, había un dejo de admiración al mencionársele, y yo lo sentía así.

A fines de esa década, don Manuel nos hizo llamar a Arturo Rodríguez y a mí, y lo que hablamos con él, y la forma como discurrió esa conversación, todavía me llena de orgullo.

Porque cuando un intelectual de la talla de ese señor me pide ayuda, a mí, que en aquella época ya era bastante conocido como escritor, pero que, a su lado, seguía siendo un enano literario, es un detalle inapreciable.

Don Manuel nos dijo que estaba por editar un tomo de cuentos para niños, y quería que nosotros contribuyéramos a la culminación de ese propósito.

Lo hicimos, claro que lo hicimos, yo algo atarantado porque mi temática siempre ha sido la corrupción, el crimen, el sufrimiento y la muerte, y mis cuentos y novelas andan harto alejados de la mentalidad infantil. Sin embargo, escribí *De vuelta a las mariposas* y *El hombre que brillaba*, y todavía me parece escuchar su voz resonante cargada de alegría cuando pudo leerlos y decirme que, por supuesto, figurarían en el mentado tomo.

En algunas ocasiones, en esa época, escuché personas hablar de que Manuel Rueda sufría de ciertos exabruptos, que respondía de mal talante en ocasiones. Sobre ello tendría que decir que en todas las oportunidades que tuve la suerte de intercambiar con él, su trato fue poco menos que exquisito, que me trataba de igual a igual, que siempre tenía para mí una sonrisa, una frase elogiosa, que hablaba de mis cuentos desde su altura haciéndome sentir como un genio porque, cuando alguien con sus probadas dotes te elogia por tu obra literaria, siendo él lo que ya era, eso vale, por lo menos para mí, más que todo el dinero del mundo.

Chismes, necedades, siempre se dirán de todo aquel que se destaca por su valor creativo. Para mí, la breve amistad que sostuve con él vale mucho, y por ello conservo y atesoro su recuerdo.

Vuela, vuela Makandal, que, por muy lejos que estés, siempre vivirás entre nosotros, en nuestros corazones, en la memoria de todo un pueblo que sabe honrar a sus mejores hombres.

Aura Marina del Rosario

Recuerdos

¿Cómo no tenerlo presente si está en todos los detalles de mi vida?, si desde temprano ese verso inolvidable de «el asiduo café de las mañanas» de *Visiones de la tierra* me lo trae en el recuerdo; igual era al terminar esos almuerzos domingueros en su casa en compañía de su madre y de sus tías y luego, nuestro retiro a su estudio. Él tocando el piano y yo leyendo algún libro, pero tarareando algún pasaje de mi predilección de lo que él tocaba.

Otras veces él me daba la primicia de algo que estaba escribiendo y en algún momento yo le pedía que me repitiera esa parte, él me complacía y decía entonces: «Porque usted no es que haya leído tanto, pero tiene un oído literario que hay que ponerle atención», y entonces seguía la lectura.

Y hablando de leer, ¡qué voz tenía!, ¡qué entonación!, y no hablemos de cuando leía poemas. Yo lo digo y lo repito, que he sido una privilegiada. No lo olvido cuando me leyó aquel poema de Pessoa dedicado a su padre, el cual me emocionó tanto que alguna vez le pedí que me lo repitiera y él me complació.

Para él eran un deleite esos postres que yo me empeñaba en preparar para llevar todos los domingos a su casa. Él los disfrutaba todos, pero tenía sus preferencias, por ejemplo, ese «suspiro real» del cual él me habló cuando lo probó en una cena en la Embajada de España y tanto me lo alabó que yo empecé a intentar a hacerlo poco a poco hasta conseguirlo y que él me dijera que estaba perfecto. Yo entonces me sentía muy halagada por haberlo complacido.

A veces, a media mañana me llamaba por teléfono: «Aura Marina, si puede venir ahora, que estoy componiendo algo para que usted me lo vaya cantando», y yo le decía: «En un momento estoy allá» (entonces los carros públicos iban y venían por todas partes

sin restricciones), y yo llegaba presurosa a gozar de esas maravillas, como fue esa vez que tuvo la inspiración de ese hermoso villancico *Navidad, luz del mundo*. (Él estaba invitado por el Departamento de Estado norteamericano para grabar varias de sus obras, así que iba a estar fuera por más de un mes), y él tocando y yo cantando «nos une el cielo, también el mar, yo iré contigo, tú conmigo irás». Esa fue una primicia indecible.

Nunca faltábamos a los conciertos, los cuales disfrutábamos a plenitud, porque con nuestros oídos de músicos apreciábamos todos los detalles, sobre todo lo perfecto, pero cuando algo no estaba bien nos dábamos con el codo al mismo tiempo. Todavía, no hace mucho tiempo, que uno de los empleados sencillos del Teatro que tiene mucho tiempo ahí me dijo: «Ay, cuando la veo a usted enseguida recuerdo al profesor Rueda, porque ustedes eran inseparables». Yo le sonreí y le di las gracias por su amabilidad.

Su final, del cual no hubiera querido hablar, pero que no puedo eludir, se produjo tan de improviso que en apenas cuatro días todo terminó. Yo fui todos los días a verlo en la clínica, pero además estuve en la noche víspera de su partida. Me acerqué a su lecho de moribundo, él me tomó una mano y me dijo que había confesado y comulgado. Le contesté que eso era lo que me tenía feliz y de saber que había sido con el padre Rafaelito Bello Peguero, nuestro amigo, a quien yo le había puesto en conocimiento de la situación. Al otro día, el último, yo no me sentí con valor, pero ahí estaba Miriam Ariza que fue para él como una hija y con quien me estuve comunicando a cada hora y le pedí: «Cuando ocurra lo último, me avisas y yo voy para allá enseguida», y ella me avisó. Cuando llegué a la clínica ya lo habían llevado a la morgue. Allí estuvimos con él, Miriam Ariza, su hija Maribel, Jacinto Gimbernard y yo hasta llevarlo a la funeraria. Lo demás es pasado, pero yo no podré olvidarlo nunca, porque él vive en mi corazón.

Basilio Belliard**Sobre Manuel Rueda**

Manuel Rueda sintetizó, con su obra literaria, múltiples facetas creativas, que lo retratan como un hombre de letras renacentista en los tiempos modernos. Músico, poeta, dramaturgo, periodista, ensayista, folklorista, antólogo y narrador, Rueda encarnó un espíritu intelectual, al fundir pensamiento, cultura y estilo, en una sola personalidad creativa. Su obra poética experimentó una transformación estética, que va de la tradición a la vanguardia, desde la escritura de sonetos –*Las noches*– hasta *Con el tambor de las islas*, libro con que lleva a la práctica sus ideas estéticas, postuladas en la poética del Pluralismo, movimiento fundado por él mismo, en 1974, en que hizo una conjunción entre la música, la poesía y la pintura, cuya herencia mayor se remonta al concretismo del Brasil y a los caligramas de Apollinaire, de la poesía cubista francesa de vanguardia. De modo pues, que Manuel Rueda siempre tuvo conciencia de las transformaciones estéticas del discurso artístico y literario de su tiempo, y de los caminos de la ficción.

Su recia personalidad se forjó a la luz de la Poesía Sorprendida –donde fue un benjamín–, hasta constituirse en líder y mentor del Pluralismo, que abandonó para continuar sus búsquedas estéticas individuales, como buen indagador y rebelde de las formas verbales de la postvanguardia. Rueda fue un hombre de vasta cultura, amante de lo clásico y lo popular, conocedor de la tradición y la modernidad. Apasionado por el saber, y de ahí su temperamento curioso en la mejor tradición aristotélica. Devoto de la palabra bien dicha y cazador de espacios imaginarios, buceador de las fantasías visionarias, Rueda encarnó el carácter perfeccionista de la obra, que se cincela a pulso de talento y creatividad. De ahí su exigencia consigo mismo y con los demás.

Creador, director y animador durante años del suplemento sabbatino del diario *Hoy, Isla Abierta*, que hizo historia en la vida cultural dominicana, Rueda sentó precedentes, rigor y excelencia en sus páginas. Su legado, por tanto, es crucial y ejemplar en el siglo XX dominicano. Siempre puso a prueba su talento individual frente a la tradición, y desafió los géneros literarios. Por eso los cultivó todos, lo que hace de él un espíritu intelectual abierto y desafiante; fue, pues, un buscador de espacios expresivos, de libertad imaginativa. Ponía a arder la palabra, en su búsqueda de perfección estética, con un dominio sorprendente. Pasaba de la prosa al verso, o del drama al relato, con insólita facilidad expresiva. Autor de una obra vasta y densa, no así grave. Nos legó libros de poesía de circular perfección: *La criatura terrestre*, *Las edades del viento*, *Congregación del cuerpo único* y *Las metamorfosis de Makandal*, acaso su obra más acabada y ambiciosa. Su teatro fue quizás la faceta de mayor facturación formal y estética –a mi juicio– como lo revelan sus piezas: *La trinitaria blanca*, *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* y *El rey Clinnejas*. También su faceta de narrador, como lo logró de manera unánime con su novela *Bienvenida y la noche* y con *Papeles de Sara y otros relatos*. De este autor de prosa sensible y verso festivo podrían decirse no pocas palabras que lo retraten y definan como escritor e intelectual, de pensamiento estético forjado a base de experiencias de lectura, investigación y escritura, siempre ascendentes y lúdicas, que expresan conciencia de oficio. Su obra supura savia silenciosa, expresa la sonrisa de sabiduría arcaica y revela el temperamento consciente de la obra que anhela promesa de perfección y búsqueda estética.

Blanca Delgado Malagón

Mis recuerdos de don Manuel Rueda

Si alguna vez tuviera que escoger mis personajes inolvidables, don Manuel Rueda ocuparía lugar de primacía entre ellos.

Lo conocí en los primeros años de la década de los ochenta a través de su gran amigo y compañero en el arte Arístides Incháustegui, y hasta ese momento no había tenido la oportunidad de tratar de cerca a un intelectual de su calibre y de tantas facetas sobresalientes.

Don Manuel era un anfitrión que se alegraba enormemente al recibir a sus amigos queridos y desde el primer día que visité su casa me hizo sentir como si yo hubiera sido una amiga de siempre, a la que comenzó a leerle sus nuevas obras, o a sorprenderla tocándole al piano piezas que a él le eran entrañables. En cierta ocasión, en su estudio, lo vi llorar emocionado, al acompañar al piano a Arístides en uno de los tres *Sonetos del Petrarca*, musicalizados por Liszt, durante el ensayo de un recital de canciones de arte que ambos preparaban y que lamentablemente nunca llegó a presentarse. Después de aquella experiencia tan reveladora, puedo dar testimonio de hasta qué punto don Manuel sentía la música y de su desinhibición al expresar su emoción estética ante los compañeros de arte tan queridos por él.

Varios momentos de nuestra relación de amistad los atesoro como hitos en mi vida.

Una vez nos comentó sobre algunos episodios vividos durante su primera infancia, en su casa solariega de San Fernando de Monte Cristi, y su intención de recogerlos en un libro, mezcla de realidad y ficción, por tratarse de las memorias de un niño de seis años que era él mismo. Después de numerosas reflexiones suyas, la obra finalmente se hizo realidad como *Bienvenida y la noche: crónicas de Monte Cristi*, y su edición fue merecedora del Premio

Nacional de Literatura en 1995. Guardo como un bello recuerdo el haber estado presente cuando Arístides le proporcionó a don Manuel algunas precisiones históricas para la elaboración de estas crónicas, y ambos quedamos profundamente agradecidos de él cuando nos dedicó la edición de *Bienvenida y la noche*.

Tras las múltiples lecturas que don Manuel nos había hecho de las dos jornadas del *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, él nos concedió el privilegio de mecanografiarle, editar y empastarle amorosamente en piel la copia definitiva de la versión que sería llevada a España por su entrañable amigo José Alcántara Almánzar, para participar en el XXV Premio Teatral «Tirso de Molina». Poco después, un día de diciembre de 1995, el mismo don Manuel nos invitó a su casa para que estuviéramos con él antes del mediodía, cuando se esperaba la anunciada llamada desde Madrid informándole oficialmente el veredicto final del concurso. Generosamente había querido compartir con nosotros ese momento, para hacernos partícipes de la alegría que lo embargaba por haber recibido su obra el máximo galardón de ese prestigioso concurso, algo de tanta trascendencia para él, como para nuestro país.

Otro episodio inolvidable de mi relación con don Manuel está vinculado a su gran poema *Las metamorfosis de Makandal*. Asistí a las lecturas de sus diferentes partes, en enriquecedoras sesiones que celebrábamos con una arepa de maíz preparada por mí, con gran placer, en cada ocasión, y que don Manuel disfrutaba enormemente, haciéndola acompañar de un delicioso té, servido en su mejor vajilla de porcelana.

En esas lecturas, las ancestrales resonancias de la voz de don Manuel parecían insuflarle vida al proteico personaje que va manifestándose en sus múltiples expresiones en ese friso poético, y que él lograba hacerlo comprensible con la propiedad de su lectura. Fueron estas unas sesiones verdaderamente sobrecogedoras en las que

–lo confieso–, pude entrar en contacto con un nivel de creatividad en la poesía dominicana que yo desconocía hasta entonces.

El proyecto de los álbumes de postalitas *Nuestros monumentos y Nuestros monumentos por dentro*, publicados por el periódico *Hoy*, en 1992, año del Quinto Centenario del Descubrimiento de América, fue una idea de don Manuel Rueda. Él nos invitó a elaborar los textos de los dos álbumes, seleccionar las ilustraciones y adentrarnos en la historia de nuestro país para convertirla en materia de consumo masivo, para lo que nos brindó en todo momento su apoyo incondicional y su sabia asesoría en el arte de la edición, lo que nos ha servido enormemente en nuestros trabajos posteriores.

Pero nuestra cercanía a él alcanzó ribetes familiares cuando nos invitó a que lo acompañáramos a la clínica donde se le practicaría una operación de cataratas. En esa etapa de su vida, la visión ya se le había disminuido a niveles alarmantes y, de manera casi imperceptible, prácticamente había perdido la noción real del color; todo lo veía en tonalidades ambarinas.

Tal como habíamos acordado con él, lo llevamos a la clínica el día señalado, permanecemos en la sala de espera durante la intervención y al salir del quirófano, lo acompañamos durante su recuperación, antes de ser dado de alta.

Todavía con los ojos vendados, en su ansiedad post-operatoria, inmóvil en el lecho, don Manuel comenzó a conversar con nosotros, más bien a monologar, y recuerdo que durante esas horas que estuvimos con él en la penumbra de la habitación, en un momento dado nos habló del *Romancero español* que había aprendido en su niñez y de pronto comenzó a recitar aquellos poemas tan antiguos, sin titubear, con una voz que parecía salirle del alma.

Llegó entonces el momento de retirarle el vendaje de los ojos recién operados y nos tocó ser testigos de su euforia al descubrir de nuevo que el mundo no era de color ámbar, sino que tenía luz

y otros colores. Su reacción fue como la de un niño que acaba de recibir su mejor regalo: ¡el azul del cielo y la luz! ¡de nuevo la luz! Su operación había sido un éxito...

Arístides y yo, emocionados, en silencio, habíamos tenido el privilegio de presenciar el renacer a la luz de nuestro querido y admirado amigo, precisamente él, que tanta luz nos había regalado a los dominicanos.

Por eso, mi recuerdo de don Manuel Rueda, un ser a la vez complejo y sencillo, en ocasiones impredecible, pero generoso y encantador al mismo tiempo, será siempre para mí de signo positivo, y sé que él será una figura irreplicable para el país, porque en don Manuel confluyeron una serie de factores personales, artísticos e intelectuales, no comunes en este tiempo y mucho menos por esta latitud nuestra.

Bruno Rosario Candelier

La huella telúrica y metafísica en
La criatura terrestre de Manuel Rueda

«Entonces yo supe por la muerte
que había prisa por vivir».

(Manuel Rueda)

A Roxana Amaro,
Expresión de la llama consentida.

Tuve el privilegio de conocer y tratar a Manuel Rueda, uno de los espíritus superiores de las letras dominicanas. Nació en 1921 en Monte Cristi, donde vivió los primeros diez años de su vida, acunado por el calor afectivo de sus familiares y el vigía dormilón que cual silencioso dromedario desde el mar parece cuidar a su pueblo amado.

Los primeros diez años de vida son fundamentales en la existencia humana, ya que desde ese estadio inicial el apoyo afectivo, la formación espiritual y educación moral forjan la personalidad mediante el influjo de la tierra y la onda espiritual de la cultura, aliento que perfila y da sentido a la condición humana. Esa huella primordial vivida en la infancia conforma la idiosincrasia individual y alienta las inclinaciones intelectuales, psicológicas y conductuales de los hombres y los pueblos. En el caso de Manuel Rueda, que se nutrió de la savia de la tierra y el aire de ese pueblo sosegado, se operó un singular fenómeno, como reveló en la obra que se inspira en las vivencias de su infancia, como se aprecia en la poesía de *La criatura terrestre* y la ficción de *Bienvenida y la noche*.

En el poemario *La criatura terrestre*, una de las obras primordiales de la lírica dominicana, están plasmadas las huellas de su

terruño natal con las entrañables vivencias de su infancia, como también se manifiestan el impacto de la experiencia infantil en la sensibilidad y la conciencia del autor.

Las vivencias que marcan la psicología de la persona generan huellas insoslayables que pautan el desarrollo del intelecto, la imaginación y la sensibilidad, de tal manera que quienes se crían en campos y pueblos, crecen estimulados por historietas de leyendas y fantasmas, por cuentos de brujas y aparecidos que alucinan con episodios fantásticos y ocurrencias espeluznantes. Como revela Manuel Rueda en *La criatura terrestre*, afloran escenas macabras, fenómenos tremebundos, sucesos sorprendentes que sacudían la quietud pueblerina y alteraban la apacible vida familiar.

Cuando de pequeños íbamos a los ríos, o maroteábamos en las fincas de las plantaciones cercanas, y escuchábamos relatos increíbles de cuentos de caminos, nos estremecían las travesuras de duendes y fantasmas que se paseaban por las noches, y supimos de ciguapas que se metían en las cocinas a buscar alimentos, y de perros que parecían lobos aullantes en medio de la noche inmensa; entonces, el miedo se adueñaba de nuestra imaginación y la soledad se poblaba de leyendas y sueños. Así visualizo a la persona lírica de *La criatura terrestre*, inspirada en el caudal de las vivencias infantiles de Manuel Rueda en un pueblo fantasmagórico y mágico como el Monte Cristi de los años 20 del siglo XX. De ahí la recreación en este portentoso poemario de los recursos compositivos de inspiración criollista, simbolista y mágico-realista.

Las vivencias que Manuel Rueda atesoraba en sus alforjas mentales, que revela y describe en la lírica de *La criatura terrestre* mediante la creación de imágenes apocalípticas inspiradas en la vida y la historia de su Monte Cristi natal, evidencian el impacto de la intrahistoria pueblerina y casera en la mentalidad de un niño con sensibilidad caudalosa y abierta. El propio Manuel Rueda

da nos contó algunas de esas vivencias en su pueblo natal, y con él paseamos por las calles montecristeñas en ocasión del homenaje que el Ateneo Insular organizó en su honor con los poetas interioristas, y cuando me correspondió presentar *La criatura terrestre*, poemario donde evoca las historias y leyendas de sus antepasados, nos comentó las fabulosas historias relatadas por las tías que fraguaron su imaginación infantil con episodios familiares que dan cuenta de una fecunda imaginería que nuestro poeta asume, evoca y transmuta poéticamente al describir los hechos que moldearon su sensibilidad estremecida y su inteligencia sutil, revelando la intuición y la memoria del valioso escritor dominicano.

El poemario que dio a conocer con el nombre de *La criatura terrestre*, impreso en la capital dominicana en 1963, recoge la intrahistoria local de su pueblo amado y contiene una dimensión metafísica de alto vuelo lírico, estético y simbólico. Ahora bien, ¿qué particularidad tiene *La criatura terrestre*, singular obra escrita por un poeta que evoca su infancia y articula sus imágenes con el lenguaje de la lírica culta? ¿Qué atributos le dan categoría de obra maestra a esta singular creación poética cuya temática se inspira en hechos de la infancia? No se trata de una obra popular sino culta, con una carga literaria impregnada de imágenes y símbolos sugerentes, plasmada con el caudal de formas y recursos compositivos que entrañan los altos niveles de alusiones crípticas y referencias culturales, porque Manuel Rueda tenía una sólida formación intelectual y una clara concepción estética, por lo cual pudo escribir una obra literaria de alta significación y trascendencia. Nuestro agraciado poeta supo desde niño que sería artista, inclinación de su sensibilidad estética que canalizó en la música, el teatro, la poesía, la narración y el ensayo, variopinta vocación que asumió con particular entrega, de manera que, ya adulto, escribió narraciones, ensayos y poemas en cuya sustancia temática recrea el pasado, revive su Mon-

te Cristi natal y da cauce a sus intuiciones y vivencias mediante la evocación y el recuerdo atesorado en su memoria, como también lo hace con Santiago de Chile, ciudad donde estudió música, o canaliza los conocimientos que plasmó en diversas obras estando en Santo Domingo, donde se radicó y se incorporó al grupo de la Poesía Sorprendida.

En su poesía fluyen las vivencias de su infancia, experimentadas en su pueblo amado. Y al contar las historias y leyendas que conoció en su terruño natal y el impacto que forjó la realidad telúrica y familiar en la gestación de su sensibilidad espiritual, podemos apreciar la huella de las vivencias entrañables en esa etapa inicial de su vida, que rememora en la edad adulta para asumirla como sustancia de su creación, convirtiendo esas vivencias en sustancia significativa, emotiva y trascendente. Cuando un hecho particular se convierte en una experiencia que marca nuestro psiquismo para siempre, al recordar ese hecho, perfilar los episodios de emoción y sorpresa que se vivieron en la infancia, el creador busca la manera de valorar esa experiencia, que con su talento intuitivo asume y encauza a través del arte y la creación poética, mediante una obra a la que le imprimió calidad estética y categoría literaria paradigmática y ejemplar.

En nuestra condición de países integrantes de la cultura de Occidente, somos herederos del humanismo de la antigua Grecia, donde se trataba a los escritores con singular veneración porque entonces se creía que los poetas eran elegidos de los dioses en su calidad de interlocutores de los mensajes provenientes de la sabiduría cósmica o de la Divinidad, canalizando en su obra el torrente de verdades de la cantera infinita. Las potencias del Universo, a las que llamaban Musas, usaban a los poetas como amanuenses del Espíritu para transmitir las señales de la sabiduría espiritual de la memoria cósmica, que tenían variadas vías y maneras de plasmarse a través del arte,

el pensamiento, la intuición y la espiritualidad, de un modo especial mediante la creación poética o la inspiración musical. Menciono la música y la poesía porque Manuel Rueda era músico y poeta. Escribió varios libros de poesía y ficción, partituras musicales y obras teatrales. No solo fue un destacado cultor de la palabra, sino también un fino artista del piano y un compositor musical.

El poemario que el ilustre montecristeño dio a conocer con el nombre de *La criatura terrestre* sobresale por la belleza de sus imágenes y el trasfondo de su contenido, aspectos claves de la genuina creación poética. Ese fue su primer libro y en la primera obra de creación de poesía o ficción suelen manifestarse la clave de la obra futura de un autor, ya que en la *opera prima* se manifiesta el talante de la sensibilidad del autor de manera singular y diáfana. En *La criatura terrestre* hallamos la impronta de Monte Cristi en este grandioso artista y escritor dominicano. La significación emocional, espiritual y cósmica de Monte Cristi en la sensibilidad espiritual y estética de Manuel Rueda se aprecia en el influjo de la tierra, en la huella del hogar y el impacto del ambiente y la cultura de ese pueblo en su espíritu. El lugar donde nacemos suele inyectar, mediante los fluidos de la tierra y los efluvios del aire, el aliento de la naturaleza y la energía del ambiente y del espacio, singular fuerza telúrica y numérica que conforma nuestra sensibilidad y troquela nuestro espíritu. Se trata de una operación física y metafísica: una inyección física a través de los alimentos que nos nutren; y una inyección metafísica a través del aliento espiritual de la cultura, que fraguan el alma y marcan la dimensión interior con su peculiar acento, pues hay una entrañable relación, física y espiritual, que determina nuestra sensibilidad y configura nuestra alma con el espacio circundante allí donde crecemos, razón por la cual experimentamos de manera inminente e inexorable un vínculo entrañable con la tierra y el hogar que nos vio crecer. De tal manera, que todo el mundo experimenta,

por esa relación con el terruño natal y la huella familiar, un especial sentimiento de empatía por su pueblo, sus parientes y relacionados en cuya virtud siente que su pueblo es el mejor del mundo en razón del vínculo empático entre su espíritu y la realidad física de su entorno, lo que produce una conexión entre la sensibilidad del autor, la tierra, su historia, su gente y su cultura.

Los antiguos romanos inventaron una palabra para referirse al impacto que recibe nuestra sensibilidad con el influjo de la tierra. Del vocablo latino *telos/teluris*, se formó la palabra *telúrica* para aludir al influjo físico y espiritual que la tierra imprime en la sensibilidad. De ahí la fuerza del aliento telúrico, con su impacto emocional, afectivo y espiritual en nuestra conciencia. Ese influjo de la tierra tiene efectos que repercuten en nuestra manera de ser de un modo intenso, que hasta físicamente los dominicanos se distinguen de los haitianos, así como los mexicanos se diferencian de los norteamericanos, distinción que se opera no solo por la diferencia del lenguaje y la cultura, sino por la configuración de la tipología física. La tierra impacta en nuestra sensibilidad, modifica nuestro talante en virtud de aliento telúrico, de tal manera que la primera manifestación que apreciamos en la poesía de Manuel Rueda es la huella de la tierra, como se aprecia en su creación lírica y estética.

La primera huella entrañable que repercute en la sensibilidad es el aliento telúrico, es decir, la fuerza de la tierra y el agua procedente de sus fluidos, físicos y tangibles, así como los efluvios metafísicos e intangibles, provenientes del aire y del fuego. Una manera de comunicar poéticamente lo que la tierra y el mar de Monte Cristi imprimieron en la sensibilidad y la conciencia de Manuel Rueda, como se manifiesta en la lírica de *La criatura terrestre* o en la narrativa de *Bienvenida y la noche*, es la presencia de su suelo natal y su historia local en su poesía y su ficción. Monte Cristi marcó su sensibilidad espiritual y estética, ya que

el primer influjo es el impacto que la tierra, el agua, el fuego y el aire ejercen en la sensibilidad y la conciencia, que marcan para siempre a la persona, física y metafísicamente. Una huella física y metafísica en atención al influjo material y espiritual, como se aprecia en los estos versos de *La criatura terrestre*:

*Bajo su fuerza estoy.
No lo conozco
pero sé que él me sabe aquí,
me espera con los brazos desnudos,
¡verdaderos!
Dar al hombro a las ráfagas: nacer.
Pasar por entre un cerco de dolores
hasta dar con luz.
Alguien cantaba y lloraba.
Me izaban a la vida con vendas,
me extraían de la tierra
como a una piedra dulce y soñolienta.
Levantaba los brazos y era el cielo,
los follajes secretos que entreabrían
de pronto sus caminos donde sólo yo pasaba,
absoluto, sin recuerdos, ceñido a una tormenta,
a un confuso revuelo de cobijas y relámpagos,
anegado en la sangre y en la leche,
buscando con los pies la santa tierra
que me había subido por los poros
hasta darme el sabor que había en mi lengua
antes de todos los sabores, antes,
como lo que me sube en una oleada de verdad
cuando canto y estoy solo,
y amo y me olvido y canto
y busco al hombre por su olor*

*y llevándolo a mis labios siento que me completo,
que era eso lo mío, mi sabor, la tierra entera.*

Ese sabor lo traje.

Fueron luego los alimentos.

*Fue la luz primero junto al sabor a leche, sangre y miedo.
Junto al sabor de tierra que ya había en mi boca nutrido,
fue el hallazgo de la luz y la leche en los mellizos
vasos que en el amor se rebosaban.*

*Y me aprendí la vida en aquel blanco rocío paladeado,
gota a gota extrayendo delicias de pezones adoloridos,
hondos recipientes por mi voracidad trizados,
cuencos que perdieron belleza entre mis labios.*

*Brazos me levantaron e hice el viaje cantado,
sostenido, aupado, en rueda de parientes,
de un valle a una montaña,*

*de un regazo a otros senos respirantes,
pataleador, ligero, amonestado por varones barbados,
por mujeres que dejaban caer en mis orejas
frases de amor, palabras desvaídas,
cual si quieran penetrarme prontamente,
marcarme con sus señas, dar a mi cuerpo
el color de sus afanes.*

*Silabeador, gorjeante, sorprendido
entre tantos conjuros y domésticos ritos de buen vivir.
Sentí a los seres desde el amanecer, y aún dormidos,
extendiéndose en brazos y quejumbres,
peinándose sin ojos,*

sólo dedos sonámbulos bajando por las greñas.

Me aprendí la palabra y abrí el tiempo con ella.

¡Mi poder! El sí y el no,

las silabas y el mundo conquistado.

Fui el nombrador de cosas ya nombradas.

Hay un segundo aliento impactante, presente en la poesía de Manuel Rueda. Ese aliento fluye en cada criatura en virtud de un poderoso influjo espiritual que recibimos a través del aire y el fuego. A ese influjo espiritual le llamo aliento numénico, palabra que se deriva del vocablo griego *numen*. Para los antiguos griegos, el *numen* era la fuerza espiritual que recibimos del aire, porque a través del aire nos llega una onda, un efluvio, un aliento que nutre nuestra alma de un modo intangible. Misteriosamente, no sabemos cómo llega a nuestro interior, pero es una realidad el influjo del aire en nuestra sensibilidad y en nuestra conciencia. En la mentalidad de los individuos y los pueblos, en la esencia de todas las culturas, existe un aliento numénico. Es decir, la fuerza del *numen* inyecta una energía espiritual procedente del Cosmos. Como criaturas de la Creación, formamos parte de la totalidad de lo viviente. Tenemos una constitución física y metafísica, de carácter corporal y espiritual. Por eso tenemos una personalidad física y una personalidad metafísica. A través de la dimensión espiritual recibimos el influjo del aire, de la trascendencia, que es el aliento espiritual del numen. Es importante saber cómo el creador de poesía y ficción, además de la dimensión social y estética, halla una dimensión física y metafísica para explicar su relación con lo viviente, vinculación que se plasma en la creación poética, nexo que es consecuencia del aliento telúrico y numénico en la sensibilidad. Esa relación con la dimensión material y espiritual de lo viviente es el aliento que se canaliza a través de la tierra, del agua, del fuego y del aire. El poeta decía que el aire que pasaba sobre él era el tiempo. Veamos cómo lo expresa Manuel Rueda en *La criatura terrestre*:

*Era el momento decisivo de mirar
y decirle a todo: «Espera»,
y de saber cuán bueno era que nada nos esperase.*

*¡Oh mundo renovado!
¿Por dónde estaba el agua entonces?
¿Dónde fluía de otros senos pétreos, ella,
la arrulladora y ágil, la dormida de sí,
del propio son, de él despertada,
donante y gananciosa: aire, luz, suelo,
fundidos en el sorbo que nos quema y anonada?
¿De dónde provenía, viajera?
Huraña y mansa, mas vertiendo su cantinela
en viejos tinajones que exudaban frescura,
el agua muerta de no ser por la queja de su entraña,
por el silbido agudo de sus ecos,
su diapasón vibrado por el aire.
Así el jarro la toca, y ¡qué gemido!
Luego le conocí los derrotes, los boscajes y brechas,
sus nidales de emplumado animal que borbotea,
sus cavernas que huelen a luciérnagas
donde el cuerpo se pudre si se aquieta
y donde el pensamiento echa su moho secular.
El silencio es hondo y blando allí,
duerme en los vellos secretísimos,
hunde el gris en el hueso y lo amedrenta.
Llegué entonces al río de mi infancia.
Volví entonces al mar: hombres y barcos,
lucha del horizonte con mis ojos.
Las gaviota y el pez, las blancas velas,
los cabeceantes botes
(sus vaivenes a flor de agua),
¡cuán lentos y vacíos!
y el sol duro en la calma fluctuadora.
¿Qué cosa era esperada por la tácita ladera fluvial?
¿Qué entre las rocosas derivaciones*

*y las sacudidas del oleaje?
¿Alguien debía venir?
Si alguien salir, al fin, ¿hacia qué lados?
Fue la historia del agua lo que tuve,
su secreto temblando en ese vaso primero, natural,
que alguien le daba a mi garganta cada día.
Goce de agua y de canto que mi sed quería.
Y me puse a crecer junto a las aguas.
Algo pasaba sobre mí: era el aire.
Algo pasaba sobre mí: era el tiempo.
El cauce apresurado de los hombres,
la corriente incolora que los sume
en la noche otra vez, entre los valles,
en oscuras orillas donde se oye
aletear a los monstruos, en caminos
donde los reyes postran su corona
y el mendigo se sienta a descansar,
a descifrar el viento entre sus ropas.*

Una manera singular de señalar y perfilar la huella de la tierra, el agua, el fuego y el aire en la sensibilidad y la conciencia, la forma como los elementos naturales imprimen su impacto en el talante físico y espiritual del sujeto contemplativo, que se profundiza en el vínculo entrañable que, desde su intimidad, establece el poeta con la esencia y el alma de lo viviente. Esa es una vertiente extraordinaria en esta valiosa obra de Manuel Rueda, *La criatura terrestre*, dimensión que se vincula con la faceta religiosa de la cultura y la espiritualidad. Manuel Rueda era un hombre religioso, como lo somos los que hemos recibido una orientación espiritual desde la infancia en el hogar. Rueda escribía y trataba de plasmar en su obra el aliento religioso de su sensibilidad. Uso la palabra «religioso», con el sentido metafísico que ese vo-

cable entraña, no en el sentido ordinario, ritual y doctrinario, de una confesión dogmática. La religiosidad, en su sentido filosófico, se refiere a la conexión que nuestra sensibilidad establece con la totalidad de la Creación, con la esencia del Cosmos, con la Energía interior del Universo. La palabra «religión» significa ‘conexión’, ‘vínculo’, ‘ligazón’, pues de la palabra latina *religare*, ‘ligar’, ‘unir’, viene religión. El Universo es un entramado único, articulado y compacto, mediante la sustancia física y espiritual que lo conforma. Todo el vínculo entrañable que experimentamos desde la sensibilidad profunda con la esencia del Universo alienta la sensibilidad y la conciencia. Ese vínculo con la sustancia de lo viviente alienta el arte, la ciencia, la filosofía, la religión, la poesía y la espiritualidad. Por tanto, quien ha desarrollado su sensibilidad estética y espiritual plasma esa vinculación entrañable con la esencia de lo viviente, sintiéndose uno con la esencia de la totalidad. Esa es una enseñanza que la poética conlleva, cuando se manifiesta esa relación en la conformación de la poesía metafísica, como se plasma en esta singular obra poética de Manuel Rueda:

*Como frutos guardados en bandejas de alabastro,
como tierra abonada a los sonidos,
así oía laúdes en corrientes de plata reclinados.*

Y volcanes seráficos:

*toda la geología, los perfiles del astro, mar,
el mar meciendo tu riqueza de navío que no arriba,
que mece, que es cadena azul, que es muslo azul,
ágil sobre otro muslo tembloroso.*

*Esa eclosión del agua,
esa pradera de diamante que late,
esos espesos fondos donde la luz
es el esfuerzo de la velocidad y de la sombra
en un último golpe de premura,*

TESTIMONIOS

*han espesado el germen hasta el grito,
hasta tallar el hueso, el esqueleto amargo.
Allí es dureza la distancia,
blancura el ímpetu de la gaviota
y la ola quietud, vuelo, esperanza.
¡Oh esqueleto del mar,
blancor intenso y escondido!
¡Oh mar, de ti salía como los viejos fósiles,
a hacerme una carne a la luz grata del cielo,
chorreando gotas claras y veloces.
Y otra vez las bodegas, los silencios.
Y entonces los ramajes, el arribo frutal, las bendiciones.*

El poeta no vivía al margen de la realidad histórica y sociocultural de su pueblo. Siendo un hombre culto, valoraba lo popular como expresión del alma nacional, según quedó evidenciado en su libro *Adivinanzas dominicanas* y en el cultivo de expresiones folclóricas, como los trabalenguas y las jerigonzas, cuyo juego de palabras introdujo en los textos pluralistas de su obra *Con el tambor de las islas*. Era un estudioso de las expresiones populares y cultas con las que procuraba asimilar, como efectivamente asimiló, la onda espiritual de su cultura y penetrar, como efectivamente lo hizo, en la raíz de la lengua para apreciar la honda dimensión humana, estética y metafísica:

*Fue saber que había hombres y mujeres
diseminados por la tierra,
seres con su destino en las espaldas,
hijos de los caminos y de las montañas.
Fue saberlo y dolerle el corazón al punto.
Fue saberlo y contemplarse,
tener vergüenza de sus languideces,*

*de los leves pañuelos y los albos trajes almidonados,
del zapato crujiente y lucidor de los domingos
cuando las niñas vuelan y sonríen
en bandadas de pliegues y oriflamas,
picoteando los granos, arrobadas
en el río sonoro que las lleva
a crecer entre flores y carmines.
¿Qué era aquello sino la eterna lucha
por ser jóvenes siempre, por tener aleteando
la dicha junto a lámparas crepusculares?
La familia entera empeñada en hacernos otro suelo
que el de abajo,
y los hombres caminando sobre la tierra.
Y en la casa aromas de naranja y canela,
y los rosales en las macetas,
y el canario piando junto al piano,
y los hombres verdaderos sobre la piedra,
afuera, a sol y viento, combatidos y duros,
con sus llagas lamidas por el polvo y la intemperie.
En la casa los ángeles y lejos, cerca, los hombres,
las criaturas huérfanas, la criatura terrestre, verdadera...*

El poema engarza el aliento emocional y la belleza lírica al sentido trascendente de una realidad que se asume como sustancia de un acento estético, metafísico y simbólico. Cuando el poeta se estremece entra a un nivel de significación emocional, de sensibilidad estética y de hondura interior que supera la medianía conceptual. Entonces puede articular, mediante imágenes arquetípicas, una visión metafísica de lo viviente. Una faceta importante en su obra es esa onda espiritual que ilumina la conciencia. Es la dimensión interna y esencial de lo existente, la dimensión profunda de cuanto existe con la que el poeta se sien-

te penetrado por la energía de lo viviente, emocionalmente com-
penetrado con el alma de las cosas, visceralmente encadenado
con las flores y el agua, con la tierra y su gente, con las emocio-
nes espirituales y la connotación estética que experimenta desde
el hondón de su interioridad. Se trata de canalizar una singular
relación con lo viviente. Los niños, los místicos y los primitivos
(y dicen algunos que también los locos), tienen una singular ca-
pacidad para entrar en sintonía con la esencia de las cosas. Los
niños tienen una sensibilidad abierta y empática hacia todo lo vi-
viente. Y los contemplativos y los iluminados también tienen esa
especial sintonía con lo real, con la esencia de las cosas, en cuya
virtud establecen una peculiar relación con la realidad esencial
de cosas, hechos y fenómenos cuando la energía interior de su
conciencia entra en comunión con la energía interior de la cosa;
entonces, se despierta la chispa de la creatividad; entonces, se da
un fenómeno especial de conciencia que la sensibilidad capta y
la mente desata activando la capacidad creativa para testimo-
niar esa singular vivencia de la conciencia, que la palabra for-
maliza en la creación poética, como lo evidencia este hermoso
poemario de Manuel Rueda. Por esa alta percepción de las cosas,
escribió Rueda en otra parte de este memorable poemario:

*Yo empecé a ver el rostro de los míos.
Existían.
Vivían de morirse
sobre comodidades extinguidas,
sobre almohadones que ya nadie usaba
y salones cerrados donde,
único huésped,
se enseñoreaba el polvo,
el lento polvo de la provincia
que filtraba por las paredes con sus alas finas*

*y aquietábase allí en los pañolones bordados por difuntas,
en los labios apenas sonreídos de los dioses familiares:
matronas olvidadas, generales valientes
cuyos actos de valentía hundiéronse en la historia.
Así pasaba el polvo como un poco de olvido más.
Y yo entreabría apenas los cortinajes para verlos,
quietos en sus tumbas de hoy...*

Dije al principio que Manuel Rueda escribió este libro amasando la sustancia del recuerdo y amamantando los fantasmas de cuanto vivió como niño en Monte Cristi. Eso es lo que el autor formaliza en este libro. Recordar lo que vivió en la infancia para darle forma y sentido a sus vivencias entrañables. Él no escribió este libro para los niños, sino que hizo uso de sus vivencias infantiles para provecho de los adultos y, desde su condición de adulto, desde su condición de hombre sensible, le dio sentido estético y cauce metafísico a esas vivencias de la infancia. Cualquier escritor puede hacer lo mismo, recoger el pasado, amasar las obsesiones y vivencias y convertirlas en sustancia de la creación. Ahora bien, la obra de creación tiene naturalmente un sentido, porque se escribe con un fin. Recientemente vi un anuncio por la televisión de un vehículo hecho en una fábrica de Norteamérica. Se trataba de un carro o coche de la marca Chevrolet y ese anuncio me impactó, porque el vehículo habla y dice: «Sin ti, somos solo máquina». Me llamó la atención esa frase por la implicación significativa de lo humano inherente en su mensaje. El sentido que las cosas tienen obedece a una valoración humana, y ese sentido, que debemos captar y valorar, se funda en lo que hacemos. El sentido que las cosas tienen, el sentido que debemos exprimirle a lo viviente, tiene un fin, como toda obra humana. Hay que tratar de buscar el sentido a lo que decimos y hacemos. La

literatura tiene sentido, como lo tiene la poesía, el arte, la religión, la filosofía y la espiritualidad.

Cuando Manuel Rueda publicó el poemario *Por los mares de la dama*, se lo presenté en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago, y tanto le gustó esa presentación, que me invitó a presentar tan agraciado libro en la Biblioteca Nacional de la capital dominicana y, en testimonio de su gratitud, me postuló en 1981 a un sillón de la Academia Dominicana de la Lengua, donde me recibió con un discurso formidable.

Con motivo del homenaje nacional que le organicé en Santiago de los Caballeros por el aporte de su grandiosa obra, ante el imprudente exabrupto de un poeta que cuestionó sus textos experimentalistas, a pesar de su evidente amargura, dio notaciones de una respetuosa tolerancia a cuestionamientos adversos a su posición estética.

Manuel Rueda tenía una clara conciencia de su misión como escritor, intelectual y artista. El sentido de su vida ya estaba configurado en *La criatura terrestre*. ¿Cuál es el sentido de ese singular poemario del destacado poeta? El título del libro refleja lo que somos, una criatura terrestre con ansias de eternidad. En la tierra moran las criaturas terrestres, como los hombres y las bestias. ¿Cuál es el sentido de este poemario, uno de los textos sobresalientes de la lírica dominicana? Enseñarnos que la vida tiene un alto derrotero que comienza en el pasado de nuestra infancia, con el aliento de la tierra, la impronta familiar que conforma nuestra conciencia en el hogar y que han de estar siempre presentes en nuestra vida.

La criatura terrestre es una fuente de reflexión de la emoción estética y la fruición espiritual. El sentido profundo de esa obra procura destacar la supervivencia del pasado en el presente, asumida como puente para el futuro de la existencia y el propio destino. Manuel Rueda tenía una clara conciencia de la supervi-

vencia del pasado en el presente. Para nuestro poeta era de gran valor y alto sentido el influjo del pasado en los hechos actuales, porque somos una continuación del pasado. Tenemos un pasado genético, histórico, familiar, social y cultural; un pasado lingüístico y literario, y todo está encadenado en la totalidad de lo existente. De ahí la importancia de conocer nuestro pasado, como la que Manuel Rueda le asignaba al pasado de su infancia. Entendió que debía aprovechar el caudal de sus vivencias durante su infancia en Monte Cristi y decidió consignar en sus obras esas vivencias entrañables y testimoniar a través del arte las huellas de su infancia en su pueblo amado y plasmarlas con el impacto que le atribuían sus abuelos y sus tías, describiendo las escenas de espanto y de miedo que todos vivimos en un momento de nuestra infancia. Recoger el pasado de las historietas que le contaban los mayores y contarlas con sentido poético entraña un alto mérito. El poeta plasmó el pasado vivido y sentido evocando y despertando lo que se había anidado en su conciencia. Se trata de perfilar una especie de estética interior, como se manifiesta en *La criatura terrestre*, mediante hechos que impregnan la sensibilidad y la conciencia, mediante la evocación del impacto de la tierra y el cielo, según experimentó el poeta durante su infancia en Monte Cristi. Ese pasado sigue vivo a través de la obra que escribió para la posteridad. Fíjense cómo concluye la primera parte del poemario:

*¿Dónde estaba la época del fuego
y de la doma de los potros?
¿Dónde las excursiones
cuando había manteles blancos
sobre la hierba y cestos llenos
de la abundancia de la tierra y del descanso:
leche, pan, almibaradas frutas*

*y los crujientes caramelos?
¿Dónde estaban? Oh diablo,
¿dónde estabas, fustigador, hiriente,
parecido al amor con tus colas encarnadas?
Febrero era fugaz, y tú,
tranquilo, ignorante del mal que desatabas,
ignorante del bien,
te consumías en tu lecho de hastío,
en tu sepulcro miserable y oscuro,
visitado por mendigos, por perros y palomas.
Y entre a una selva oscura.
Era de noche y había fieras rondando
y había hombres rondando.
Y en lo alto y en lo hondo, oscuro y claro,
yo volví los ojos hacia ti,
pueblo mío arrinconado,
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,
donde apoyé los pies y puse el labio,
donde dormí diez años al amparo
de un regazo y cálida montaña.
Yo pasé por los arcos de tu piedra,
pueblo enterrado en lluvia y en olvido,
y sentí que mis muertos renacían.*

El poeta vivió diez años en Monte Cristi, al amparo del afecto y el regazo de sus seres entrañables. Por eso concluye de esta forma sorprendente su poema: «Y sentí que mis muertos renacían». ¿Quiénes eran sus muertos sino su pasado, sus vivencias consentidas? Lo que hizo el poeta al escribir sobre el pasado para proponerlo como orientación hacia el presente y el futuro es una hermosa manera de darnos a entender el trasfondo metafísico de las vivencias entrañables.

Si Monte Cristi parió un creador de la categoría de Manuel Rueda, ¿por qué no estimular en nuestros pueblos el desarrollo de la potencia intelectual, espiritual y estética? Si las vivencias de la infancia en el terruño natal tienen el poder de inspirar una obra memorable, asumamos esas vivencias entrañables y concitemos la llama de la creación para testimoniar, a través del aliento telúrico y numérico, la huella que marcó la sensibilidad y la conciencia. Ese fue el ejemplo que dio Manuel Rueda, un genial montecristeño cuya grandiosa obra debemos estudiar para seguir su ejemplo y dar continuidad, con belleza y sentido, al arte de la creación poética.

Encuentro del Movimiento Interiorista
Monte Cristi, Club del Comercio, 18 de febrero de 2012.

Carmen Imbert Brugal

Manuel Rueda

Vivo fue leyenda y eso es muy difícil. Portentoso e imponente, su voz de quejido erudito asustaba, podía decir al mejor que no era nadie. Cuando lo hacía, el rigor de su juicio era tal que la persona aludida caía rendida frente a la contundencia, al tino del maestro. Un amigo melómano, contaba siempre arrobado, la manera magistral que tenía para conseguir del piano un sonido único, con la identidad de sus manos.

Quise más que su mirada. El respeto y el temor a su crítica me alejaban. El gracejo de Mario Álvarez Dugan, el inolvidable don Cuchito, me obligó a perderle miedo. Su presencia en el periódico *Hoy* era tentación para buscarlo. Ansiaba la coincidencia para su encuentro. Me premió con un comentario sobre mis palotes y años después me atreví a decirle algo sobre *Bienvenida y la noche*.

Pudo hacer culto de la arrogancia porque tenía con qué. El narrador, compositor, investigador, poeta, músico, dramaturgo, fue incansable, inagotable. *Isla Abierta* fue joya pulida con esmero, para que cada entrega estremeciera.

¿Cómo pudo ser y hacer tanto este hombre? ¿Cómo, desde el agreste paisaje de la infancia que lo persiguió hasta la cumbre, enarboló una historia continua de aciertos permanentes? ¿Cómo pudo establecer el connubio entre Anaísa y Mozart, entre las ondinas, las ánimas y las ciguapas, entre fuego y esparto, entre clerén y vino? ¿Cómo contar la satrapía como si bordara con zafiros el saco de henequén de la infamia?

Se confesó poeta más que otra cosa, así lo escribe en el Preliminar de *Papeles de Sara*. Distingue el tiempo del novelista y el del poeta. Manuel Rueda es todo el tiempo, todos los géneros. El hombre que quiso ser y el que fue. Lúdico, mordaz, pródigo, exigente. Ternura de nodriza, fuerza de titán en cada

estrofa. Sus obsesiones de cedro y celosías, su fijación de amor y temores, los tules y cardos, el misterio insondable de la isla partida, están en su bibliografía. Don Manuel es imprescindible para quien pretenda algo más que el garabato de la urgencia, el aplauso breve de la *boutade* virtual, de la grotesca caligrafía que premian dictados de cuota y de deudas con los prejuicios de la industria cultural. Modelo no puede ser hoy, que ya no hay tiempo. Modelo imposible para la mediocridad impresa, para tanto lauro a la vulgaridad y la estulticia. Él es más que la victoria del viento. Es indeleble. Irrepetible.

Catana Pérez

Manuel Rueda y yo

En estas líneas no me referiré al Manuel Rueda artista, al gran pianista y compositor, al escritor y poeta iconoclasta, al investigador e irrepetible director de un suplemento cultural que añoro (todo lo realizó con maestría y brillantez). Me nace espontáneamente compartir algunas vivencias personales, de esas que no se recogen fácilmente en libros y que, para mí, son tan inapreciables como su aplaudida trayectoria.

Conocí a Manuel Rueda cuando estudiaba en el Conservatorio y él era su director, época en la que la institución se albergaba en el edificio donde hoy está el Ministerio de Cultura. Recuerdo su alta y redonda figura, su voz de fuertes matices aunque solo dijera los «buenos días». Recuerdo que sus alumnos lo veneraban y que quienes no estábamos bajo su orientación, de cierta manera inconsciente, le temíamos (para lo cual no hubo nunca, al menos de mi parte, una explicación o razón; ¿se trataba de su aura?). Cuando llegaba la época de exámenes de piano, muchos alumnos nos echábamos a temblar si él estaba presente y respirábamos aliviados si él tenía que ausentarse (otra sinrazón, ya que no maltrató a nadie aunque sí era exigente).

Cuando presenté el examen del noveno año de piano (para entonces, el Conservatorio funcionaba en el Palacio de Bellas Artes), recuerdo a aquel hombrón que llenaba todo el espacio a su alrededor de pie frente a mí, felicitándome por el examen y pidiéndome que fuera su alumna, lo que no pudo ser. Ese momento en el Salón Español de Bellas Artes lo llevo grabado en mi ser interior.

Durante todos esos fructíferos años de estudios aquí, pude disfrutar a plenitud del Manuel Rueda pianista, que se presentaba con frecuencia en las temporadas sinfónicas que programaba y dirigía su tocayo Manuel Simó. Formaba parte de la cuerda de

contraltos del Coro Nacional cuando estrenamos la *Misa criolla* de ambos. Era una época de ebullición musical. Las décadas de los sesenta, setenta y ochenta del siglo pasado se caracterizaron por una pléyade de intérpretes criollos que, con diferentes instrumentos, protagonizaban aquellas recordadas temporadas. Se hacía vida musical clásica con intensidad y calidad.

Al obtener la beca para el Conservatorio Santa Cecilia recibí su aliento. Cuando tres años después regresé a Santo Domingo, mi deseo era entrar a mi amado Conservatorio a dar clases de piano. Visité a Manuel Rueda en su oficina y me expresó la imposibilidad de complacer mi petición en ese momento, explicando el porqué (pocos años después, lograría mi sueño al menos, durante un par de años). Nos encontrábamos de vez en cuando, siempre con un trato de afecto y respeto al cual se había sumado mi esposo.

En 1994 llegó el anhelado momento de la puesta en circulación de mi primera obra, *El universo de la música*. Le pedí a Manuel Rueda que lo presentara. Lo hice no por buscar a alguien reconocido que me apadrinara, sino porque conociéndolo, estaba segura de que su juicio sería el cedazo perfecto y justo para yo misma aquilatar lo que había plasmado en dos volúmenes; lo hice porque necesitaba reafirmar, a través de la óptica de una persona que hablaba sin ambages, si la trayectoria de la investigación y la musicología, que había escogido espontáneamente, valdría la pena para mi futuro. No me equivoqué.

Entre tantos trabajos disímiles que he realizado, siempre ligados a la música, comencé en 1995 junto a José Delmonte Peguero el programa televisivo *Música de los tiempos*. Ahí permanecí cinco años enriquecedores comentando la actualidad musical del país y del extranjero, difundiendo lo que se hacía aquí, entrevistando a personalidades del arte y la cultura en general y compartiendo hermosos videos musicales con los televidentes.

En el último año de mi permanencia en el programa, uno de los invitados fue Manuel Rueda. La entrevista se pautó en su hogar de la avenida Pasteur (la llamo avenida de los almendros). Nos recibió con la alegría de un niño. Con un invitado de su categoría, con tantas experiencias acumuladas en su interior, nos salimos completamente del libreto. Más que tratar asuntos culturales, él quiso vaciar parte de su alma frente a las cámaras, con humildad, sinceridad y recogimiento.

Por último, se sentó al piano a tocarnos su preciado villancico *Navidad, luz del mundo*; José y yo, que no necesitábamos mucha motivación, improvisamos un dúo sobre el piano; mi esposo, quien nos asistía en el programa, grabó todo y así salió al aire. Aquello fue mágico, único, inolvidable. Fue la última vez que compartí de tú a tú con Manuel Rueda y mi corazón lo atesora.

Estas experiencias resumen mis sentimientos hacia él, que siempre serán de amor, admiración y gratitud.

César Iván Feris

El maestro Manuel Rueda en mis recuerdos

Las relaciones entre las familias Del Rosario-Ceballos y Ferris-Iglesias han sido siempre amicales y cercanas. Una, procedente de La Romana, y la otra de San Pedro de Macorís; unidas por la región y su cultura, se han mantenido solidarias con la nación y su pueblo a lo largo de la historia.

Conocí personalmente al maestro Manuel Rueda por medio de su querida y antigua alumna y amiga del alma, Aura Marina del Rosario y Ceballos, conocida dama del mundo de la música culta de la sociedad de Santo Domingo, quien diseñó el encuentro entre nosotros, una noche de primavera durante los años noventa, en el apartamento del maestro Rueda en la avenida Pasteur de Gascue. Cita a la que acudí acompañado de mi amigo, el ingeniero Franz Heinsen, cuya esposa, Milagros, era asimismo privilegiada alumna de término en interpretación de piano, especialización en la cual el maestro Rueda era, sencillamente, un extraordinario maestro, tanto en la composición musical como en la interpretación del notable instrumento.

El motivo de aquella concertada cita no era nada sencillo ni cotidiano. Respondía a una desconcertante solicitud que había recibido en Roma, Italia, siendo yo en aquella ocasión embajador de mi país ante la Santa Sede, siendo Sumo Pontífice el papa Juan Pablo II.

Existía en Roma una institución de carácter internacional denominada Domus Caritá Política de Derecho Pontificio, que procuraba, entre otras funciones, las buenas relaciones entre los distintos embajadores acreditados ante la Sede Papal, por medio de programas que los involucrara a todos en reuniones semanales, para escuchar a los distintos colegas disertar sobre el tema: ¿Qué significa para tu país tener relaciones diplomáticas con la Santa Sede?, o: ¿Cómo se vive en tu nación la Era de la Postmo-

dernidad? Finalizados estos temas, continuó el programa con una propuesta a todos los países representados en Roma, sobre: ¿Cómo escribiría un notable intelectual de tu nación, un quinto evangelio para un posible Nuevo Testamento?

¿En quién pensó de inmediato quien esto escribe? Pues en nadie más ni en nadie menos que en el maestro Manuel Rueda, uno de nuestros más destacados y completos intelectuales, con la más profunda y fina capacidad de pensamiento, según mi conocimiento, sobre obras literarias y musicales de su producción, además de su conocido y notable respeto por la libertad de pensamiento religioso en nuestro país. Este notable hombre de cultura, pensé yo, era la persona más adecuada para realizar tan singular labor de escribir un nuevo Evangelio, como apóstol contemporáneo de un Jesucristo vivo en pleno siglo XX.

¿Cómo imaginar que esa noche del encuentro resultaría algo así como una noche mágica?. Después de presentarnos y conversar sobre la inusual propuesta que le oferté y que le resultó tan desconcertante e impactante como había imaginado, el rostro del maestro Rueda se transfiguró lentamente y se iluminó como si se hubiera encendido una gran lámpara en su interior... y de pronto, en su rostro se dibujó una extraña sonrisa, como si de repente hubiera recibido un mensaje que él hubiera estado esperando desde un largo período de tiempo, posiblemente desde antes que en su inteligencia se hubiera desarrollado la capacidad de la conciencia... y de pronto, su rostro y expresión quedaron en paz. Está de más decir que aceptó el encargo con toda la fuerza de su voluntad, profundamente agradecido de que hubiéramos pensado en él antes que en ningún otro... y de pronto se convirtió, en unión a su compañera Aura Marina, en el anfitrión más amable y servicial que hayamos conocido tanto Franz como yo. Exquisiteces de comer y suficiente de beber, acompañado de las más sublimes

interpretaciones al piano por el maestro y su antigua alumna, ahora convertida en una extraordinaria concertista que dejaba complacido al maestro... ¡y qué decir de los bendecidos invitados de la noche, que jamás pensaron en experimentar momentos tan dichosos en sus vidas!

A partir de esa noche nos encontramos en diversas ocasiones. Unas veces coincidiendo en el Teatro Nacional, otras en eventos producidos por la Fundación Corripio o en reuniones de la propia Fundación...

Recuerdo con especial agrado el momento en que me obsequió, con cariñosa dedicación, un ejemplar de su novela breve *Bienvenida y la noche*, fundamentada en sus memorias sobre la noche de la boda de la señorita Bienvenida Ricardo con el entonces general Rafael L. Trujillo, en su natal Monte Cristi, en la residencia de la familia Ricardo que se localizaba justo frente a su casa familiar, desde donde, y detrás de las rejillas de las puertas francesas, se ocultó, niño aún, para observar los detalles de la celebración y de los invitados en aquella memorable ocasión... Después de leer estas memorias de su niñez creí entender lo que significa una mente privilegiada y una singular capacidad narrativa, sumada a una impecable prosa cargada de virtual poesía, que lo elevaron a los más altos pedestales de la literatura en la República Dominicana.

En cada ocasión que coincidimos en algún evento, el maestro se refería al encargo recibido con tanta alegría, y afirmaba que su vida había cambiado sustancial y positivamente a partir de entonces, refiriéndome que comenzaba a vivir una nueva primavera... Lamentablemente falleció poco tiempo después de narrarme esta hermosa y transformadora experiencia, y nunca llegué a saber si alcanzó a iniciar a escribir su «Quinto Evangelio». Lo que si doy como testimonio personal es que he guardado siempre la esperanza de que en algún momento en nuestra existencia apa-

TESTIMONIOS

rezca alguna página manuscrita que así lo confirme... De todos modos, sí, estoy seguro que el maestro Rueda se encuentra en un permanente hoy en compañía del personaje central de los evangelios, y me complace pensar que aún vive en el corazón y en la memoria de su pueblo, que lo recordará siempre como uno de los mejores dominicanos de toda la historia.

Danilo de los Santos

Evocación del inconfundible Manuel Rueda

Y entré a una selva oscura. Era de noche y había fieras rondando. Y había hombres rondando. Y en lo alto y en lo hondo, oscuro y claro, yo volví los ojos hacia ti, mi flor, mi blanca sombra, donde apoyé los pies y puse el labio, donde dormí diez años al amparo de un regazo y la cálida montaña. Yo pasé por los arcos de tu piedra, pueblo enterrado en lluvia y en olvido, y sentí que mis muertos renacían.

El texto con el que inicio el abordaje de Manuel Rueda, pertenece a su poema *La criatura terrestre*, el cual leí varias veces a instancia del también inolvidable Héctor Incháustegui Cabral, el maestro paterno que amplió mi juvenil conocimiento sobre las letras nacionales, sobre todo de la poesía contemporánea, cuando me obsequió un ejemplar de su libro *De literatura dominicana. Siglo XX*.

En esa obra publicada en 1966, don Héctor pondera el poema ruedano, comenzando por el verso concluyente «y sentí que mis muertos renacían».

De acuerdo con el crítico y también poeta: *En este verso está la clave del poema y todo el secreto de la gran literatura moderna. «En busca del tiempo perdido», no es más que un esfuerzo por levantar a los muertos de sus tumbas, de hacerlos vivir, de oírlos de nuevo.*

Con el concepto de la búsqueda «del tiempo perdido», la memoria personal de quien suscribe no puede menos que, sin nostalgia, hurgando en los recuerdos de los tiempos pasados evocar al Manolo más deslumbrante que he conocido. Artista e intelectual prolijo cuyos dos últimos libros suyos que leí, *Bienvenida y la no-*

che (1994), y *Las metamorfosis de Makandal* (1998), me trazaron la perspectiva de una humanidad con vuelo retroactivo desde la memoria del inocente infante montecristeño hasta el momento culminante en que la humanidad en el tope de la plenitud se desnuda espiritualmente como Eros de carne y hueso. En este punto me es inevitable no citar sus constantes alusiones a las noches, entre ellos la de la «alzada».

Urdido voy de noche y de deseo / ¡Qué negro resplandor, que sombra huraña / preludian mi nacer! En una entraña / de oscurecido asombro me paseo.

Buscador del contacto, lo que creo / vive en mis dedos como pura hazaña / de ciego amor y cuerpo que no daña / adolescente en su jadeo con un rubor temido, con un miedo / de encontrarme la cara y la medida / del ignorado espacio en donde ruedo.

Justa en la luz y a su verdad ceñida, /alzo mi noche –todo lo que puedo– / ya sintiendo llorar mi amanecida.

Desde mis andanzas llenas de experiencias y visiones desdibujadas, de repente se yergue aquella noche en el parque Independencia cuando me señalaron a Manolo sentado y silencioso en un cómplice banco. «Es un reconocido poeta y músico. Se llama Manuel Rueda», al tiempo de la pregunta: «¿Quieres que te lo presente?... No quise. Es una impertinencia romper la soledad o tal vez una espera en silencio. La negación obedecía a mi discreto e innato temperamento de no ser un «presentao», lo cual era enseñanza familiar. Tal actitud reiteré cuando fui conociendo a muchos notables, como Alberto Baeza Flores, Aída Cartagena Portalatín, Juan Bosch, Margarita Luna, Lupo Hernández Rueda, Jacinto Gimbernard, Freddy Gatón Arce, Aída Bonnelly, José Antonio Caro, Jaime Colson y mis maestros de Universidad Madre y Maestra, entre ellos Incháustegui Cabral.

Fue en una de mis cotidianas y tempraneras visitas al hogar de don Héctor donde me fue presentado Manolo, quien llegó

acompañado de Margarita Luna en momentos en que doña Candita de Incháustegui nos servía el acostumbrado café. Me impresionó la estatura corporal alta, «con fuerza de cara» y voz que se trasmutaba en energía, cuando asumía el piano, transpirando con un gran poder que me cautivó cuando sin conocimiento de música lo escuché interpretar una pieza abstracta, poco melodiosa y en la que él, solista magistral, alternaba la interpretación sentado y de pie moviéndose de las teclas a las cuerdas internas del piano, o viceversa.

A Manolo le seguí descubriendo en las crónicas periodísticas, pero sobre todo en las lecturas de su impresionante poesía que alcanza momento culminativo cuando se convierte en «el Padre de la Poesía Plural, del pluralismo (en) el capitán de la nueva vanguardia, que va mucho más allá de las Antillas», en opinión de Baeza Flores.

No sé exactamente cuándo el poeta se me apareció *Con el tambor de las islas. Pluralemas*, diciéndome «está completo el libro, no tiene texto arrancado, si deseas podemos hacer lectura plural. De repente recuerdo que fue en un receso del Primer Coloquio de Críticos de Arte, celebrado en el Centro de la Cultura de Santiago; coloquio de varias jornadas donde expusimos y nos escuchamos, Manuel Rueda y yo sentados frente a frente en un debate que reunió una veintena de participantes: Rafael Herrera, Pedro Mir, Efraín Castillo, Margarita Luna, Aída Bonnelly, Franklin Domínguez, Myrna Guerrero, Armando Almánzar, Marianne de Tolentino, Asdrúbal Domínguez....

No pude quedarme con la ponencia escrita de Manolo, pero retuve el vuelo de sus ideas, de la gran sensibilidad y del conocimiento sobre las artes visuales.

El que pudo haber sido un excelente pintor, aunque prefiriera la realidad con las estrofas, el ensayo, y los compases musicales y del amor aventurero y fidelista con los suyos en el que me sentí inclui-

do. Fue a partir del momento que telefónicamente me llamó a la Universidad Madre y Maestra donde me desenvolvía como docente y encargado del programa de publicaciones. «Urgentemente necesito verte en mi casa. Ven a Santo Domingo...», fue su reclamo.

La urgencia tenía que ver con el diario *Hoy*, fundado el 8 de agosto de 1981, por don Pepín Corripio, y que incluía la edición semanal del suplemento cultural *Isla Abierta*. Nuestra conversación fue la siguiente:

–Quiero que seas el crítico de las artes plásticas del suplemento.

–No puedo, no estoy preparado...

–Tú eres autor de una historia de la pintura, escribes crónicas y presentaciones sobre exposiciones... Eres un académico.

–No. Te recomiendo que tomes en cuenta a Fernando Peña Defilló.

–Precisamente él te recomienda después que lo consulté. No puedes negarte doblemente. Dos amigos que te admiran y aprecian no pueden ser desestimados, especialmente yo, Manuel Rueda.

–Tengo que pensarlo.

–No. El primer número de *Isla Abierta* sale el sábado 22 de agosto, y tu nombre está incluido. Quiero tu primer artículo en tres días... ¿Sobre qué vas a escribir?

–Para empezar: ¿Qué es el arte? ¿Quién es el artista?

Recibí un abrazo de Manolo, proporcional a su tamaño. También me dio un cálido beso en la frente y empezó una estrecha relación inconfundible en una tríada que completaba Soledad Álvarez, su asistente, escritora, poeta y la correctora de mis artículos que calificaba de «impresionistas» por mi espontaneidad escritural y alegre presión de cumplir mi tarea, con la obediencia de un alumno de los dos. Entre 1981-1984 me mantuve atado a ver exposiciones, regularmente en Santo Domingo por la sustentable relación entre capital urbana, capitalismo centralizado y capitalización de la cultura, artística.

Durante 1981-1984 crecí como cronista de las artes, escritor en acecho, investigador y sobre todo oídos de espontáneas discusiones culturales que se producían en la oficina de *Isla Abierta* y fuera de ella con la concurrencia de literatos como Gatón Arce, periodistas y pintores.

Un buen día Manolo me pidió que le pintara un retrato de Pedro Henríquez Ureña y revestí con pasteles una gran foto del insigne humanista que colgó en su oficina. Una buenísima tarde, casi anocheciendo, me solicitó que lo acompañará a su apartamento de la calle Pasteur para revelarme un secreto. En su biblioteca, escuchando una sonata y libando un buen vino me extendió un libro suyo que me conmovió doblemente. Era una primera edición de uno de sus primeros libros y su formato de páginas 8 ½ x 11, estaba ilustrado por inéditos dibujos de Jaime Colson.

Abandoné un mal día mis nexos con *Isla Abierta* debido a un segundo exterminio de Jaragua. Otrora de los indígenas y en el presente el emblemático Jaragua del arquitecto Guillermo González, donde parecía sobrevolar la luna del bolerista Luis Alberti. La demolición de su arquitectura moderna me llenó de rabia y sospechas, y escribí un texto lleno de acusaciones, que no se publicó.

Puse punto final al cronista de las artes de *Isla Abierta*, pero no a mi relación con Manolo: espejo, ídolo y maestro a quien visitaba frecuentemente. Nunca tratamos el asunto de mi abandono colaborador. Un buen día llegué a su hogar portando uno de los últimos libros del cubano Guillermo Cabrera Infante, creo que su título era *Todo está hecho con espejos* que me había remitido un amigo desde Miami. Manolo me pidió mostrárselo, exclamando: «¡Es mío, gracias!». Manolo necesitaba leer algo nuevo. «Te prometo un libro mío, pero primero te leo algo de un manuscrito». Se trataba de *Las metamorfosis de Makandal*, en

TESTIMONIOS

el que testimonia sus experiencias existenciales y vitales como hombre y artista auténtico; dual en su naturaleza. Makandales una develación íntima desde el adentro.

Regularmente abro este absorbente y excepcional poema y desde sus páginas saltan a mi espíritu lo «bacás» balzacianos que son más que ilustraciones de una última canción de un ser humano rayano.

Marzo 18 de 2015.

Edith Hernández

Conocí al profesor Manuel Rueda cuando era estudiante de piano en el Conservatorio Nacional de Música. Era una adolescente y recuerdo el temor que tenían todos los alumnos a las evaluaciones del maestro.

Fue muy significativo para mí cuando ingresó al conservatorio la profesora Aura Marina del Rosario como maestra de Lectura Musical recomendada por el profesor Rueda. Ella decía que del resultado de los exámenes de sus estudiantes dependía su permanencia en la institución. A esa excelente maestra sus alumnos le hicimos honor a su trabajo.

Cuando me gradué de Profesora de Piano de Primera Enseñanza, el conservatorio funcionaba en la George Washington. Mi examen fue en el auditorio del hoy Ministerio de Cultura. Asistí muy arreglada porque esa noche era el baile de mi graduación en el colegio Luis Muñoz Rivera, donde estudiaba. El jurado del conservatorio estaba sentado en el segundo nivel del auditorio. El profesor Rueda lo presidía. Él era meticuloso y recuerdo que al subir al escenario para hacer mis interpretaciones, con su vozarrón reprobó mi peinado.

En el año 1982 cuando iba a publicar mi libro, era una profesional de la música con años de experiencia docente, pero recuerdo que la profesora Gracita Senior me aconsejó: «No publiques sin mostrarle los originales a Aída Bonnelly y a Manuel Rueda». Así lo hice. El maestro Rueda revisó el texto, le puso el título de *Manual de Estética Musical* y tuvo la deferencia de recomendarlo para el Premio de Didáctica, lo cual agradeceré siempre.

Elsa Núñez

Don Manuel Rueda es una de las grandes figuras de la historia cultural dominicana, dejando un gran legado no sólo en la música, sino también en la literatura. Creador del Pluralismo, excelente pianista, dramaturgo, cuentista y ensayista, dirigió además el suplemento cultural *Isla Abierta*, del periódico *Hoy*, que fue sin duda una manera de proyectar el arte nacional, ya que por sus páginas desfilaron: pintores, escultores, dibujantes, poetas y otras áreas del ámbito artístico.

Desde que le conocí surgió entre nosotros una linda amistad, En el año 1981, él presentó el catálogo de mi exposición, *Homenaje a Vivaldi*. Nunca olvidaré su magistral interpretación del Primer concierto para piano y orquesta de Beethoven, en el Teatro Nacional, que provocó una larga ovación del público.

Aunque físicamente ya no está entre nosotros, sus obras quedarán como testimonio de un gran intelectual, de recia personalidad, pero de gran sensibilidad.

Emigdio Valenzuela y Sonia Medina

Manuel Rueda González es un personaje inolvidable para nosotros, pues nos maravilló su versatilidad, su afán de conocer y aprender de la historia universal, de sus encuentros y desencuentros y cómo este trasiego de rutas, comercio, luchas, explotación, propició la formación del pueblo dominicano con su carga habitual de dolencias y el coraje característico de los pueblos oprimidos, obligados a levantarse sobre los rieles de la historia, y vivir, sobrevivir, aprender a olvidar para proteger la memoria y reaprender nuevas experiencias.

Recordamos a don Manuel como un niño gigante que nos sorprendía por su compromiso por las palabras y las cosas del país. Estas palabras le acorazaban y se desgajaban en ensayos enjundiosos sobre un tema importante que en su repertorio cognitivo se transformaba en una figura mítica presente en el curso de la historia dominicana.

A menudo tuvimos la oportunidad de compartir con ese ser humano lleno de energía creativa, y disfrutamos en su compañía algunos fines de semana alrededor del mediodía. En esos encuentros apreciamos lo acogedor de su hogar, la expresión directa de sus grandes inquietudes artísticas, acompañado de una sonrisa franca y propulsora de lo más extraordinario de sus virtudes. Nos permitía sentirnos libres de prejuicios, donde lo fundamental era ser aceptados, dentro de nuestras individualidades, gustos y preferencias. Esta acción nos remitía a un paréntesis creativo en un ambiente nacional cargado de política, injusticia y exclusiones.

Gracias, don Manuel, por permitirnos ser y disfrutar de su sencilla amistad que por años cultivamos desde la mesa finamente servida, con exquisita vajilla, cubiertos mágicos, que nos convocaban a sumergirnos en una pregunta sobre una nota musical, un poema o comentar un libro recién publicado.

El piano colocado discretamente antes de pasar al comedor, donde proseguíamos con la conversación en medio del sonido de las risas y el choque de la porcelana que melodiosamente enmarcaba nuestro encuentro dominical. Él pudo armonizar y disfrutar de ambos espacios. La música fue su pasión y le sirvió de brújula para expresar sus temores y angustias propias del momento existencial isleño que nos tocó compartir.

Este discurrir le permitía al maestro retrotraer sus recuerdos de Monte Cristi, y mostrar el contraste entre el paisaje desértico y un mar inmenso lleno de nuevos augurios, que siempre le invitaban a soñar con los ojos abiertos. Nos admirábamos, pues su producción parecía que brotaba de sus manos de forma natural, pero esa naturalidad y frescura provenía de años de lecturas, diversas, clásicas, actuales, cuyos temas constituyeron parte de la construcción de la esencia de su ser; ese ser hijo del mar y de las marcas de la historia en su patria chica y en su mundo creativo, así visualizaba la legitimidad de la lucha del diario vivir en el país de los dolores constantes, donde el azar aparentemente favorece a los agresores.

Este trabajo diario le impulsó a ir construyendo creativamente, durante toda su vida, un amor especial por Gascue, donde transcurrieron hechos y acontecimientos, como fue el descubrir las maravillas de nuestro Santo Domingo, donde las flores, el cantar de las aves y el trajinar de los automóviles se confundían con el sonido exquisito de los vendedores ambulantes, los buenos días de los vecinos que formaban parte de nuestro entorno familiar, o mejor aún, la pregunta por una dirección del recién llegado de la provincia que necesitaba acceder a la pensión o la casa de algún familiar que le daría acogida.

Creció de forma excepcional con sus variadas publicaciones que danzaba desde lo real, la imaginación y la ficción atravesada por la profundidad de la poesía donde fue capaz de ser

especial e invitarnos a despejarnos de lo común y trivial para comprender la esencia del buen vivir.

Su partida nos entristeció, pues ya no volvimos a disfrutar de tan excepcional anfitrión que pensamos que nos observa cada semana y nos reclama que lo evoquemos cargado de alegría, melodía y armonía espiritual a pesar del peso de seguir existiendo sin la posibilidad de su compañía: Hasta pronto amigo.

Farida Diná

Manuel Rueda

Conocí al profesor Rueda cuando apenas tenía diez años de edad. Había iniciado mis clases de piano a los siete con la profesora Olimpia Gómez y mi madre entendió que era buen momento para cambiar de maestro. Me impresionó mucho cuando le oí decir que él no trabajaba con alumnas pequeñas, pero que me escucharía (creo que más por complacer a mi mamá). Después de tocarle algunas piezas dijo que sí, que me daría clases y yo me sentí muy importante y a la vez comprometida porque hizo la aclaración de que si no le respondía como él esperaba, se retiraría.

Así empezó una relación que con los años se convertiría en amistad y compadrazgo, ya que fue el padrino de la mayor de mis hijas.

Era súper exigente y ahora, desde mi óptica de profesora de piano, pienso que me puso obras que estaban muy por encima de mi nivel de comprensión, como por ejemplo las *Escenas de Kinder* de Schumann (las toqué a los once años) que son obras que requieren una gran madurez interpretativa. Sé que lo que buscaba era precisamente mi crecimiento en el instrumento y se lo agradezco porque definitivamente aprendí y maduré mucho bajo su tutela.

Yo era la benjamina del grupo con el que él trabajaba en esa época: Florencia Pierret, Rita Simó, Mary Díaz Morales, entre otras a las que yo miraba deseando poder ser como ellas algún día. Me encantaba que me llevara a oírlas tocar siempre que se presentaban aquí o en el interior.

Recuerdo que cuando me tocaba examinar me citaba a su aula en el Conservatorio (que estaba en Bellas Artes) para que yo me acostumbrara a su piano y en muchas ocasiones al terminar la

clase me decía: «Estás muy bien, espérate que voy a convocar el jurado para que examines ahora mismo». ¡Ya podrá imaginar la sorpresa y los nervios!

Suspendí mis estudios con él cuando viajé a Estados Unidos a cursar el bachillerato, pero mi cariño y admiración duró toda la vida. Aprendí a admirar al músico, escritor y artista y a querer al ser humano de risa contagiosa y carácter fuerte, pero que a veces era capaz de hacer travesuras como de niño.

Fernando Cabrera

Palabras y vínculos con denominación de origen

A Manuel Rueda, hombre de carne y hueso –que no al poeta de cuya obra me alimenté a principios de los ochenta–, lo conocí en el año 1990, a raíz de la salida de mi primer poemario, *Planos del ocio*, gracias a la mediación de Danilo de los Santos, a quien había expresado mi admiración por la entrañable poesía del escritor montecristeño.

En esa ocasión Danilo tuvo la gentileza de contactarlo para que nos recibiera, en mi interés de entregarle una copia de mi *opera prima*. Así que, un jueves cualquiera de octubre o noviembre, desde Santiago de los Caballeros nos enrumbamos en mi Toyota Corolla modelo 79, hacia Santo Domingo, por la peligrosísima autopista Duarte, entonces de un carril en cada dirección, sin protección central y con miles de imprudentes ases del volante, especialmente los de los grandes autobuses, cargueros de combustibles y camiones, que con el golpe de viento de sus rebases siempre temerarios nos hacían crispas todos los nervios del cuerpo.

Con los estómagos llenos de viandas criollas degustadas en una indispensable parada bonaense, Jacaranda, arribamos, próximo a las once de la mañana, a su casa situada, según recuerdo, por los alrededores de Gascue. Tocamos el timbre de una edificación vetusta, no puedo precisar si era de uno o dos niveles. Al recibirnos, Manuel Rueda abrazó efusivamente a Danicel, como llamaba a Danilo de los Santos, familiarizado obviamente con la faceta de pintor del también historiador y crítico de arte puertoplateño. Las caras de ambos se iluminaron con amplias sonrisas, en las que se percibía la confianza entre ellos, y la complicidad de muchos años y sensibilidades compartidas. Después de una escueta presentación, Rueda estrechó mi mano con la calidez campechana

propia de los oriundos del valle del Cibao, y se dirigió a mí como si me conociera desde siempre.

Confieso que tenía mis reservas sobre cómo sería el encuentro con tan importante intelectual, en razón de la usual hostilidad reinante en el ambiente literario capitalino y, sobre todo, de la actitud narcisista de las vacas sagradas, esto es, de los escritores consagrados. Sin embargo, pronto quedé gratamente impresionado de la sencillez de aquel ser de anatomía y humanidad inmensa, que nos invitaba a sentarnos junto al piano de cola que, no como adorno, presidía la sobria sala.

El encuentro, contrario a mis temores, fue inmejorable. Nunca en aquella ocasión –tal vez por el apadrinamiento de Danilo de los Santos, o por las afinidades de nuestro común origen de provincia–, y tampoco en los contactos posteriores, motivados por colaboraciones con el suplemento que dirigía en el periódico *Hoy*, Manuel Rueda dejó entrever lo que estaba perfectamente justificado: su privilegiada y bien ganada condición de maestro; dados sus prolíficos hallazgos en más de cinco décadas de búsquedas que ya habían tocado, de forma brillante, muchos puertos estéticos, verbigracia: la clasicidad del lenguaje poético en los sonetos incluidos en *Las noches* (1949); las profundizaciones ontológicas y el hurgar en los orígenes como premisa de identidad, contenidos en *La criatura terrestre* (1963); el barroquismo experimentalista, concretista por momento, de su pluralismo en *Con el tambor de las islas* (1975) –texto que divide el final del siglo literario en mitades claramente identificables, la de las ideologías del hombre y la del hombre en el lenguaje–; las seducciones líricas, de ontológica soledad, en *Por los mares de la dama* (1976), sobre todo en sus *Visiones de la tierra*; el inventario emotivo de sonetos heredados de su experiencia chilena; los diagramas neovanguardistas recogidos en su *Las edades del viento. Poesía inédita, 1947-1979*; y la heterogeneidad temática,

aunque de discurrir sosegado, contenida en su *Congregación del cuerpo único* (1989).

A principios de los noventa, cuando lo conocí, a Manuel Rueda –benjamín aventajado de los poetas sorprendidos, agitador de la renovación poética con su profético tambor setentino, con sus múltiples premios en los géneros de poesía, teatro, cuento y novela; con su solvencia intelectual y moral ganada a pulso desde su *Isla Abierta*, además de su celebrada condición de virtuoso concertista de piano–, ciertamente pocas ambiciones le restaban más allá del placer de continuar en el regazo de la utopía creadora, auscultando las verdades de la existencia humana.

Al preguntarme sobre mis motivaciones estéticas, respondí con el atrevimiento de los primeros pasos, recurriendo, quizás en el interés de impresionar, a sustentaciones conceptuales ampulosas y citas de autores célebres, al modo de los teóricos capitalinos en boga, interesados en fundar movimientos y escuelas. Me recomendó –en aparente paradoja, dada su apuesta pluralista– que evitara el ruido de las tendencias y disputas generacionales, y que enrumbara mis energías preferentemente hacia la creación, hacia la depuración de los apeiros del oficio, de los fundamentos del lenguaje. En ese punto recordé que precisamente, más que como manifiesto teórico formal, su propuesta renovadora fue presentada –cual debía ser– a través de una praxis poética concreta, de la escritura de los ecos de su tambor insular.

Tomó mi libro y leyó en voz alta una veintena de páginas, deteniéndose ocasionalmente, un tanto alerta ante los arranques de brusca cotidianidad y experimentaciones que descubría en algunos versos. Insistió en que prestara oídos sordos a lugares comunes y fórmulas grupales, toda vez que valía la pena preservar las ingenuidades e intuiciones de las características narrativas y de largo aliento que observaba en mis textos, ese sabor un tanto

épico que –desde su avezada óptica– se distanciaba del lirismo visceral que saturaba la atmósfera de nuestro país de letras.

El ciclo existencial que compartí con Manuel Rueda se cerró en Santiago, el 14 de mayo de 1999, unos siete meses antes de su muerte, cuando fui invitado por el Ateneo Amantes de la Luz a presentar su extraordinario testamento poético, su obra *Las metamorfosis de Makandal*. Esa fue la última vez que escuché su acento melódico al recorrer apasionadamente, desde la cosmogonía de sus metáforas, los senderos bifurcados de la isla.

Fernando Peña Defilló

Recordando a Manuel Rueda

Las múltiples facetas de una mente genial: novelista, crítico, poeta, músico y pianista de técnica impecable; además de sublime sensibilidad.

Parecía adusto y no admitía retórica alguna, era directo y franco hasta lo que parecía rudeza, pero en realidad cuando lo conocías en la plenitud de su cultura enorme te dabas cuenta que su exigencia de lo perfecto era una forma de ayudarte a mejorar el conocimiento del tema que se tratara.

Recuerdo una tarde cuando casi comenzaba el crepúsculo y yo terminaba de leer su *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, me sentía tan embargado por la emoción de que alguien pudiera escribir lo que mezclaba, lo poético, lo sensual y lo lírico envuelto en una belleza tan exquisita y al mismo tiempo tan intensa, que no pude menos que agarrar el teléfono antes de que me calmara y sosegara mi mente, y lo llamé al periódico para decirle cómo me había dejado la lectura de esa obra maestra de su producción (que por cierto le valió un premio en España), en realidad lo abrumé en elogios, hasta el punto que él me dijo: «Papo, por favor, ya no me digas más, que me vas a hacer llorar.» Lo cual demuestra la delicadeza que se escondía detrás de su corpulenta y distante postura, que utilizaba como defensa como «persona» presentable al público.

Así otra de sus breves pero verdaderas joyas de la literatura *Bienvenida y la noche* y un libro de poesías que le ilustró Jaime Colson como sorpresa; Manuel se lo había dejado por unos días para que le diera su opinión, al poco tiempo Colson se lo devuelve y más o menos le dice que no le había gustado, muy decepcionado Manuel lo deja con desgano por un rincón, y al cabo de un tiempo lo recoge para revisarlo y se lleva una gran alegría al ver una serie de finísimos dibujos, que Colson le había hecho como ilustraciones,

o sea, que de hecho le había proporcionado una gran admiración; y en típica broma cruel de las que Jaime Colson solía realizar con su gran sentido del humor provocador, por no decir negro, del que hacía gala con frecuencia.

Durante muchos años Rueda fue director del suplemento cultural sabatino del periódico *Hoy, Isla Abierta*, del cual era muy celoso en lo que publicaba en sus páginas.

Por su extensa labor literaria y cultural, además de sus grandes dotes de orador, este homenaje que se le rinde al dedicarle la Feria del Libro del presente 2015 es más que merecido, obligado al autor de genio comprobado cientos de veces.

François Bahuaud

Manuel Rueda, gran profesor y pianista

Cuando conocí al profesor Manuel Rueda, yo ocupaba el puesto de violoncellista principal de la Orquesta Sinfónica Nacional de Santo Domingo, habiendo sido contratado al final del 1955 a través de la Embajada Dominicana en París, cuyo embajador era don Tulio Franco Franco.

Tuvimos el placer de acompañar al maestro Rueda varias veces, siendo el pianista solista de varios conciertos famosos de la época clásica y romántica. Su talento nato cautivaba no solamente al público presente, sino a todos los músicos de la Sinfónica.

Pasando los años, tuve la gran experiencia de interpretar el *Triple Concierto* de Beethoven para violín, cello, piano y orquesta, junto al maestro Jacinto Gimbernard y bajo la dirección del maestro Julio de Windt. Los ensayos preliminares los hacíamos en la residencia de Manuel Rueda. Ahí pudimos notar, Jacinto y yo, el espíritu de sencillez que adornaba la personalidad de nuestro compañero. No existían para nada críticas morbosas que ensucian a veces los ambientes artísticos de cualquier país del mundo. Se intercambiaban criterios, conceptos, para una satisfactoria interpretación de la obra que se llevó a cabo en el Teatro Nacional y en el Auditórium de Bellas Artes cuando se presentaron todos los conciertos de Beethoven.

Poco tiempo después, tuvimos la agradable sorpresa de ser contratados para interpretar la misma obra con la Sinfónica de Puerto Rico, obteniendo una excelente crítica de parte del público presente y de la prensa de la vecina isla.

Para mí y para muchos compañeros y compañeras que lo conocieron, el maestro Manuel Rueda fue una de las glorias musicales y artísticas más grandes del país; de él recibí gran afecto, como también he recibido de mi querida República Dominicana.

Frank Báez

El poeta pluralista

Cuando José Alcántara Almánzar escribe que Manuel Rueda es el artista dominicano más importante del siglo XX se refiere tanto a su capacidad polifacética que remite a la de un artista renacentista como a la huella que ha dejado en la cultura dominicana. Además de poeta, músico y dramaturgo, también se destacó como narrador, ensayista, periodista y folklorista. A pesar de que en la actualidad se le asocia más con la literatura, Rueda fue sobre todo músico de profesión y es considerado uno de los pianistas más importantes que ha tenido el país.

En 1939, a la edad de dieciocho años, tras graduarse de concertista y profesor de música, fue becado por el Gobierno dominicano para estudiar en Santiago de Chile. Fue en esta ciudad, mientras estudiaba bajo la tutela de Rosita Renard, cuando comenzó a interesarse de lleno en la poesía, género que le fue inculcado desde pequeño por su madre, quien le solía recitar poemas de Bécquer y Campoamor. Aunque en esa época la influencia de Neruda en Chile era absoluta, Rueda se decantó por la obra de Vicente Huidobro, a quien llegó a considerar su maestro e hizo amistades con poetas y escritores coetáneos, tales como Enrique Lihn y José Donoso.

En 1944, cuando regresó a Santo Domingo para una gira de conciertos, entabló contactos con Franklin Mieses Burgos y empezó sus colaboraciones con la revista *La Poesía Sorprendida*. Ya de vuelta en Chile publicó su primer libro, *Las noches*, una colección de sonetos que fueron elogiados por el afamado crítico chileno Alone. En 1963 dio a la imprenta *La criatura terrestre*, considerado como uno de sus libros fundamentales, donde desde ya saltan a relucir varios de los ejes temáticos –la identidad, la frontera, lo social, lo mágico religioso, el amor– que desarrollará en libros posteriores.

La noche del 22 de febrero de 1974, en la Biblioteca Nacional, tras una proyección a color de *Con el tambor de las islas*, Rueda leyó la conferencia titulada «Claves para una poesía plural», con la que presentaría el Pluralismo. Considerado como el último movimiento de vanguardia de la poesía dominicana, el Pluralismo ofrecía novedosos procedimientos de escritura, de lectura y de apertura a diversos métodos de comunicación. A partir de técnicas tomadas del pentagrama musical, del arte pop, del creacionismo de Huidobro y de la poesía concreta, se intentaba renovar y aportarle nuevas rutas a la poesía dominicana e internacional. Esas primeras experiencias pluralistas se agruparon al año siguiente en el volumen *Con el tambor de las islas*.

Sin embargo, es en *Por los mares de la dama*, de 1976, donde logra conciliar sus temas con esos procedimientos. Los experimentos formales ganan terreno en este libro donde además el poeta establece vasos comunicantes con la poética de Allen Ginsberg, Nicanor Parra y Fernando Pessoa. Esa mezcla de vanguardia y tradición también definirían sus dos grandes poemarios de madurez: *Consagración del cuerpo único* y *Las metamorfosis de Makandal*. Mientras el primero, que reúne prácticamente toda la poesía que escribió durante la década de los ochenta y que explora las identidades del ser, a través de las máscaras, la otredad y el mundo nocturno, en el segundo esas identidades alcanzan las dimensiones de toda una nación y de los procesos históricos de nuestra isla.

También es necesario resaltar su trabajo como dramaturgo. Su primera obra, *La trinitaria blanca*, merecedora del Premio Nacional de Literatura 1957, cambió por siempre el teatro dominicano. A esta le siguieron *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo*, *Entre alambradas* y *El rey Clinejas*. Al igual que los dramas de Lorca, estas obras presentan fuertes personajes femeninos y un tratamiento realista y depurado, de carácter simbólico, los

cuales, tomando en cuenta la biografía del autor, pudieron estar influidos por su infancia en Monte Cristi donde estuvo rodeado de tías. En su último drama, *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, que resultó galardonado con el Premio Tirso de Molina 1995, vuelve a indagar en estas temáticas. Este análisis podría trasladarse a gran parte de su narrativa. Así vemos la soledad de la protagonista de *La prisionera del alcázar*, la impotencia de las mujeres que aparecen en *Papeles de Sara y otros relatos*, y el destino funesto de Bienvenida Ricardo, en quien está basada *Bienvenida y la noche*.

Quizás Rueda veía su soledad reflejada en esos personajes. Sin embargo, a diferencia de muchos artistas, nunca estuvo recluido. Al contrario, estaba continuamente trabajando, impartiendo clases de música, trabajando en el suplemento literario *Isla Abierta* del que fue director y leyendo las obras de los poetas que lo frecuentaban.

Las metamorfosis de Makandal –que contiene todas las claves de su obra y cierra un ciclo que empieza en *La criatura terrestre* y que se relaciona con el origen y la identidad, que son quizás los grandes fundamentos de la literatura caribeña– fue el último libro que publicó en vida. Aquí Rueda retoma algunos procedimientos del Pluralismo y hace uso de su erudición y de su conocimiento de la cultura nacional para emprender una obra equiparable a epopeyas caribeñas como *Cuaderno de un retorno al país natal* de Aimé Césaire y *Omeros* de Derek Walcott.

Makandal –aunque escrito en una grafía más cercana al español– es el mismo Mackandal que aparece como personaje en el *El reino de este mundo* de Alejo Carpentier. Según los registros históricos se trataba un sacerdote vudú originario de Guinea, que inició una insurrección de esclavos y fue quemado en la plaza pública de Cabo Haitiano. La inmortalidad y la capacidad de transformarse en una serie de animales, que se decía que

Makandal poseía, son utilizadas para atrapar esa identidad que resulta imposible definir. Sin embargo, el Makandal al que hace referencia Rueda no procede de los libros, más bien surge de las leyendas que el poeta oyó en su niñez en el pueblo fronterizo de Monte Cristi. A esto se refiere en la última sección del poemario, titulado *Libro del comienzo y el fin*, compuesto de cuarenta poemas en prosa escritos en clave autobiográfica.

En 1997, un año antes de que se publicara, tuve la dicha de que Rueda me leyera fragmentos de *Las metamorfosis de Makandal* en su casa de la Pasteur. Para entonces yo contaba con diecinueve años y era uno de los integrantes del círculo literario del Intec dirigido entonces por Ida Hernández Caamaño. Había ido junto a ella y los demás integrantes a conocer y a conversar con el poeta. La velada fue muy agradable y a cada pregunta que hacíamos, Rueda respondía de una manera receptiva y risueña. Tenía esa virtud que poseen algunos maestros y que consiste en hacerle sentir a sus interlocutores que están a su mismo nivel. Cuando alguien le comentó que yo escribía, él insistió tanto en que le leyera algo; no tuve más remedio que recitar de memoria un poema que recordaba. Lo increíble fue que Rueda dijo que el tema de la muerte tratado en mis versos le recordaba un libro en el que estaba trabajando. Se trataba del manuscrito de *Las metamorfosis de Makandal* que leyó, o más bien, interpretó de un modo tan mágico e impactante, que a pesar de los años aún recuerdo el sonido de su voz.

Esa noche me despedí del poeta con la promesa de que le llevaría mi poema impreso. A él se le había metido en la cabeza que debía publicarlo en *Isla Abierta*. Sin embargo, fui tan tímido e inseguro que nunca se lo llevé. Lo volví a ver a lo lejos, casi dos años después, en una lectura de poesía que realizaron en la Feria del libro. Ya *Las metamorfosis de Makandal* se había publicado y en esos días había recibido el Premio Nacional Feria del Libro

Eduardo León Jimenes. En esa ocasión, aprovechando la presencia del poeta, alguien leyó *El gran desfile*, uno de los poemas del libro, que satiriza a los políticos dominicanos y que había causado un pequeño revuelo en el medio. Al final de la lectura quise acercármele, pero el flujo de personas que lo saludaban era tanto que desistí, decisión que lamentaría, especialmente cuando meses después, me enteraría de su muerte.

Makandal es la metáfora perfecta de ese ser proteico y plural que fue Manuel Rueda. Un escritor, si realmente es un escritor, sufre varias metamorfosis a lo largo de su vida. La última consiste en transformarse en sus libros. Ese fue el destino de Manuel Rueda y ahí están sus libros que, si uno se fija, siguen respirando a su ritmo.

Freddy Ginebra Giudicelli

Manuel en la nostalgia

Manuel Rueda es el intelectual dominicano más completo que he conocido.

En mis aventuras culturales siempre he estado buscando apoyo de aquellos que respeto para que sirvan de jurado en los concursos de literatura de Casa de Teatro.

Manolo, como lo llamaban sus amigos, poeta, dramaturgo, músico, escritor... celebrador de la vida... en todo lo que intentaba descollaba, y rompía esquemas.

Me divertía escucharlo con su humor negro y sus inteligentes ironías. Trabajador incansable, perfeccionista, intolerante con las cosas a medias y un gran conversador con quien se disfrutaba y aprendía mucho cualesquiera sea el tema tratado.

Una vez me armé de valor y le solicité una cita para proponerle algo concerniente a uno de nuestros concursos literarios. Me convocó a su casa de la Pasteur y acudí a verle con la intención de convencerlo de que fuera jurado del concurso de cuentos de Casa de Teatro.

Cuando llegué, ya me esperaba con un buen café acabado de colar. De inmediato comenzamos a conversar de los temas del día, algún amigo en común, su último trabajo publicado en el periódico, su opinión sobre algún libro y cuando consideré el momento oportuno, le pedí que fuera jurado del concurso de cuentos de la Casa. Le expliqué que una personalidad como la suya le daría prestigio, una manera de adularle, pero era cierto, que los jóvenes que concursaran se sentirían estimulados con su sola presencia, en fin, él me dejaba hablar y con un rostro que no daba ninguna señal, me agoté dándole motivos para que me dijera que sí.

–Mira Freddy –comenzó– admiro mucho lo que haces, es más, pienso que esa casa y esos concursos son un gran estímulo para

los escritores dominicanos, no solo los jóvenes, sino cualquier escritor, pues es una manera de que muchos puedan ver sus trabajos en imprenta e inicien sus carreras literarias. Hace tiempo que conversaba con algunos amigos sobre la belleza y el prestigio de este certamen –yo, tembloroso, lo escuchaba temiendo su negación– pero, –y aquí vino el pero que trastocaría todo– en estos momentos me es imposible participar. Esto no cierra la posibilidad de que el siguiente año puedas contar conmigo.

Entendí, no tuve más alternativa que aceptar su negativa manteniendo la esperanza de que al año siguiente el maestro fuera quien encabezara mi jurado. Terminé mi café, le agradecí su tiempo y, con un fuerte apretón de manos, me retiré en busca de otro jurado.

31 de julio 1978

Hace un calor tremendo en esta vieja casa colonial. Algún día pondré aire acondicionado a este teatro. La casa está repleta de jóvenes aspirantes a los premios, los abanicos colgados del techo respiran aire caliente, pero parece que nadie se percata. Se conjugan, en la platea del teatro, nuevos y consagrados. Un nerviosismo cubre la atmósfera, el olor a fama se intuye. La intelectualidad dominicana reunida... hay cierta excitación en el medio, abrazos, voces que suben y bajan conjugando emociones; sobre el escenario, la mesa principal. El jurado integrado por Armando Almánzar, Aída Cartagena Portalatín y Bruno Rosario Candelier, todos con rostros inescrutables, unas flores, un micrófono en el pedestal, un paquete de diplomas y sobres con los seudónimos de los diez participantes que ya han sido seleccionados como ganadores de este certamen e irán en el libro a publicarse en los próximos días. Los sobres ordenados comenzando por las siete menciones y en ese mismo orden, tercero, segundo y primer premio.

Pronuncio las breves palabras de siempre, presento al jurado y comienzo a abrir los sobres, comenzando por las menciones y siguiendo el orden ascendente.

En primera fila, sentado distraído, mi próximo jurado para el año que viene observa cada detalle como preparándose para cuando tenga que representar el papel de jurado.

No lo pierdo de vista, en algunos momentos sonrío; a su lado está su inseparable amiga Aura Marinadel Rosario. Casi terminando los premios, rasgo el último sobre y –como es costumbre– primero recito el seudónimo, Hermano Martín, título del cuento *La bella nerudeana*, renglón seguido, el nombre del autor, el nombre escrito en puño y letra, alguien me ha jugado una chanza, la firma que aparece es la del maestro Rueda. Titubeo, no sé si mencionarlo, miro a Manolo, no da señales y me atrevo...el ganador del primer premio es Manuel Rueda. Lo mira, me mira, apenas se mueve, busco en el resto del público si alguien más tiene su nombre. Ningún movimiento y en esos segundos de gran tensión, mi próximo jurado se pone en pie y camina lentamente disfrutando la ovación. En mi rostro estampada la sorpresa. Llega hasta mí, lo abrazo y me dice al oído.

«Ya descubres por qué no podía ser jurado, tenía que ganarme este primer premio y así, darle el prestigio que me pedías a este gran concurso de cuentos.»

Todavía lo veo sonreír con picardía en mi nostalgia.

Geo Ripley

Música de las esferas A Manuel Rueda

En la pluralidad luminosa de su creación eterna.

Durante toda mi vida, desde niño, en Venezuela, Puerto Rico y luego aquí, en República Dominicana, siempre estuvo presente la recordada figura de Manolo, su música, sus poesías y las anécdotas familiares de su interés y su pasión musical.

Ya empezaba yo con mi garrapateo pictórico en el colegio.

Cuando regresamos a Santo Domingo en 1963, lo conocí: alto, corpulento, con una voz fuerte, alegre, familiar y así siguió siendo toda la vida.

Me gradué en la Universidad Autónoma de Santo Domingo en octubre de 1972 y en el 1973 viajé a Roma para hacer mis estudios de posgrado y, pensando en él, que me aconsejó estudiara los clásicos, hice un posgrado en Historia del Arte Antiguo Italiano.

Regresó en las Navidades de 1974 y me invitó e integró al Movimiento Pluralista, con mis *performances*, comportamientos, instalaciones, etc. Se estableció una relación de trabajo, de música, imagen, poesía, teatro. Volví a Roma y luego seguí viajando a Venezuela y Colombia. Regresó a Santo Domingo y un día me invitó a llevar a «Martin París», mi primer «djembe» (tambor africano en forma de copa) a su casa, un domingo por la mañana; me recibió con su habitual calidez humana y pasamos al estudio, se sentó al piano y me dijo: «Sígueme». Al empezar, Aura Marina del Rosario marcaba el tiempo en mi ayuda y tocamos juntos; ella me indicaba los momentos de mayor intensidad, los suaves, los sutiles, etc. Esta fue una experiencia maravillosa y, al finalizar, me expresó lo contento que se sintió y me alentó a mantener esa

forma espontánea de improvisación en mi manera de tocar, cosa que he hecho siguiendo su consejo.

Apoyó mi trabajo pictórico, antropológico, fotográfico y poético publicando mis trabajos en varios números de «Isla Abierta».

Bautizó el mural que está situado en el Museo de Arte Moderno como «Música de las esferas».

A veces teníamos diferentes opiniones, discutíamos, pero siempre primaba la comprensión y el horizonte de seguir creando.

Otras veces lo provocaba, por la falta de productividad artística; le pedía que escribiera algo, que rompiera con los esquemas complacientes, formales y convencionales, alguna obra de teatro terrible y él, cariñosamente se reía y me decía: «Georgito, tú eres el terrible».

Recuerdo con alegría el premio de teatro con su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, la cual todavía no se ha puesto en escena.

¡Qué grande eres, Manolo Rueda!

Héctor Brea Tió

Manuel Rueda, mi mentor literario

Tres mentores llamados Manuel, he tenido prologando sendos libros de mi autoría: Manuel Rueda González, Manuel Mora Serrano y Manuel Núñez, aunque los tres son distinguidos escritores, de Rueda debo decir que se trata de un ser escogido por los dioses, ya que no solo fue periodista cultural, narrador, cuentista, novelista, poeta y dramaturgo iluminado, en fin, la figura más destacada culturalmente de toda la Línea Noroeste, y cuidado si quedo corto en esa expresión regionalista, sino además músico, posgraduado en Chile donde alternó con lo más granado de la cultura de ese gran país, fue tan extraordinario, que nunca se podrá escribir la historia de la literatura y de la música en estas tierras y en nuestro país, sin mencionarle como pianista formidable.

Cuando don Manuel publicó su novela *Bienvenida y la noche* corría el 1994, y yo, que lo admiraba por haber sido un lector voraz de sus otros libros, sin embargo, este último me cautivó de tal forma, que no me conformé con haberlo leído y comentado a mis relacionados, sino que compré diez ejemplares para regalarlos a esos parientes y amigos para que experimentaran el deleite y la fruición que yo sentí con esta joya de la narrativa dominicana. Todos fueron dedicados por él a sus destinatarios. Creo que el éxito de esta novela se debió, entre otras razones, a que su autor apeló a todos los recursos gramaticales, creativos y estéticos, que caracterizan este difícil pero enriquecedor género literario, quizás el más entretenido, dada la pasión incesante con que lo abordamos.

Le conocí leyéndolo y oyendo en mi pueblo natal de Mao, que su padre, llamado igual que él, Manuel Rueda, por decreto del Poder Ejecutivo número 3146 del 1920, fue designado farmacéutico cuando el municipio se llamaba Valverde, nombre restituido

por el presidente Joaquín Balaguer el 12 de mayo de 1967 mediante Decreto número 148, siendo Mao municipio cabecera de la provincia Valverde. por lo que no es ocioso imaginar que bien pudo haber sido engendrado en la «Villa de los Bellos Atardeceres», hecho que ignoro si realmente fue así, pero habiendo nacido un año después en Monte Cristi, es lógico que doña Marina, su madre, acompañara a su esposo en esta empresa. Mi citado pueblo fue cuna del gran poeta Juan de Jesús Reyes, y mi madre, que era maestra, me enseñó a admirar a todo aquel que hiciera buen uso de la palabra oral y escrita, lo que produjo en mí, con sus libros, una suerte de fascinación que solo había experimentado ante algunas y escogidas obras maestras.

Cuando en 1996 daba las últimas pinceladas a mi libro *Mao y su gente*, dado el respeto que siempre le profesé a él y su obra, se me ocurrió en la Feria del Libro de ese año, pedirle que me lo prologara, a lo que contestó gustoso y afable que sí.

Como es obvio, me puso a prueba para cerciorarse de si dicho trabajo valía la pena o no, pues yo era un desconocido como escritor, de modo que me exigió un borrador del mismo, lo que acepté. Después de varios meses sin obtener respuesta alguna, le vi en un acto público y al inquirirle al respecto, me contestó que había que corregirle algunos detalles y enriquecerlo con más fotos. En dicho texto figura su tío materno, el presbítero Manuel de Jesús González, párroco de Mao en varias ocasiones (1898-1902, etc.), autor de la música de los versos de doña Trina Moya de Vásquez, del *Himno a las madres*. La suya era una familia de músicos, pues dicho reverendo también era tío materno del prestigioso pianista y compositor Luis Rivera González, esposo de la Soberana Casandra Damirón, y demás hermanos.

Al volverse a demorar unos meses más, mientras me desesperaba como le ocurre a cualquier escritor con su ópera prima, por no hostigarlo, dejé que se tomara su tiempo y cuál fue mi mayor

sorpresa el día en que llamó por teléfono a casa y mi madre, que estaba lúcida aún en lecho pre-mortem, al identificarse él, le respondió: *¿Qué usted es don Manuel Rueda? Yo lo conocí siendo maestra en mi pueblo, al acudir a una de las conferencias que dictó por todas las provincias en los años 60, contratado por la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos.* Y luego ella, al él decirle que me comunicara que podía recoger el prólogo de mi libro, por su oficina de *Isla Abierta*, suplemento cultural del periódico *Hoy*, le dio las más encarecidas gracias, en su nombre y el mío.

Pero ese gran hombre no solo hizo eso, sino que en dicho suplemento literario dirigido por él, lo publicó intacto el domingo siguiente.

No suena bien que lo diga yo, pero mucha gente dijo que ese prólogo era una obra de arte que solo podía ser esculpida por un artista y esteta de su estirpe.

Es preciso aclarar que la importancia de Manuel Rueda para mí no radica en haberme hecho dicha presentación, sino en el valioso legado que dejó en las letras, la música y las artes, no solo dominicanas, sino para todo el continente, para todas las generaciones.

¡Así conocí a ese gigante de las letras dominicanas y latinoamericanas que fue don Manuel Rueda!.. ¡Llor a sus cenizas venerandas!

Posdata: A raíz de su muerte, el 20 de diciembre del 1999, en *Isla Abierta* se publicó el domingo 9 de enero del 2000 todo el suplemento dedicado a su memoria, con artículos de diferentes autores y en mi caso, luego de verter mi opinión sobre él, le dediqué tres versos del poema *Elegía* de Miguel Hernández, más hoy le dedico otras, pero de mi modesta autoría, con el mayor respeto.

Fulgores nuevos

A Manuel Rueda, in memoriam

HÉCTOR BREA TIÓ

Oh sirena de la noche
y pedestal del silencio
en qué cenit han cesado
todos mis sufrimientos.

Marchitas están las dalias
que he sembrado frente al templo
donde quimeras me acechan
guardando siempre silencio.

Por qué el ocaso pregunta
dónde está el alba muriendo
si las amapolas huelen
cuando florece febrero.

La fiesta de Epifanía
inadvertida pasó, es cierto
pero hoy que es Viernes Santo
debo mirar hacia el cielo.

Y consultar caracolas
que bajo su manto pétreo
desparramen en primores
tibios fulgores nuevos.
Aquí está mi alma sola
la ofrezco, ya no la quiero
por si alguien necesita
tomarla como consuelo.

Santo Domingo, 1 de marzo de 2015

Hugo Tolentino Dipp

En torno al Makandal de Manuel Rueda

A Manuel Rueda le conocí en algún momento de la década de los años sesenta del siglo pasado, pienso que en 1966, tiempo de grandilocuencias nacionales, de frescos laureles patrióticos. Manuel me dio la impresión de ser un muchacho grande y bonachón, extrovertido, con el deseo de mostrar su disposición a la amistad desde el primer saludo. Con un dejo de ingenuidad, al estrecharme la mano acompañó el gesto con la frase: «qué cuentas, Hugo», haciéndome pensar que aquel muchacho grande y bonachón, más que dominicano, parecía un turista extranjero desbordado de curiosidades.

Sin embargo, para entonces Manuel era un músico culto, pianista prestigioso y sobre todo, «liróforo celeste», de palabra indetenible, certera, repensada y articulada a través de vivencias entrañables, que en *Las metamorfosis de Makandal*¹, su obra póstuma, alcanza el nivel de las grandes epopeyas de la poesía latinoamericana. Ese Manuel recién conocido por mí regresaba de Chile, donde sus doce años de perfeccionamiento como pianista se desdoblaron y enriquecieron al influjo del clima literario auspiciado por Gabriela Mistral, Pablo Neruda, Vicente Huidobro y otros. Vivificar y reinterpretar su mundo de percepciones primigenias en aquel manadero de orientaciones de vanguardia despertó definitivos deslumbramientos a su unción poética.

Manuel nació en 1921. Su infancia transcurrió en un entorno «lorquiano», a tenor de *La casa de Bernarda Alba*. Hogar sin hombres, donde hasta los nueve años creció resguardado, protegido y mimado por su abuela y su madre y por un «tial», como le llamaba él al núcleo familiar integrado también por ocho tías. Viviendo

1. Manuel Rueda, *Las metamorfosis de Makandal*, Santo Domingo, 1999, p. 9.

entre faldas austeras, rigurosas, temerosas del juicio ajeno, religiosas practicantes, invariables en el respeto y cumplimiento de las tradiciones de su nivel social, no es de dudar que aquel arropamiento protector afinó en Manuel una sensibilidad que en buena parte contribuyó a determinar su vocación de pianista y poeta. Condicionamientos provocados, asimismo, por la soledad y los prolongados silencios de pausas que se sucedían entre uno y otro catecismo de consejos previsoros, prudentes, frente a una comunidad provincial donde el comadreo era un temible hábito rutinario. De esa experiencia, la poesía de Manuel dio testimonios que traslucen las reconditeces de ternuras y resentimientos que apacentó en aquella singular convivencia.

Paralelo a la vida familiar y a su permanencia en Chile, otro legado de no menor intensidad poblaría de realidades e irrealidades la conciencia y la imaginación del joven Manuel: la región fronteriza de las repúblicas dominicana y haitiana. Ese espacio geográfico es hoy día una abigarrada feria de diligencias de naturaleza heterogénea, donde hombres y mujeres, en su permanente frecuentación, dan pruebas tácitas y elocuentes de su capacidad para reconciliar historias y prejuicios en beneficio de un sorprendente y colorido intercambio comercial; donde las identidades culturales se evidencian, contraponen y toleran de manera indiferente; donde el contrabando encuentra complicidades y sienta sus reales con olvido de códigos, tratados y constituciones; donde las irregularidades se tornan regulares en nombre de la supervivencia; donde la religiosidad y los olimpos de signos diversos se reconcilian o rechazan sin necesidad de bendiciones o anatemas; donde la flora es dominio del mango y la fauna se exhibe en iguanas agonizantes y chivos irreverentes. Siendo así hoy día, no es difícil pensar que la frontera conocida por Manuel en su juventud multiplicaba sus vorágines y transgresiones y explica sus frecuentes y exaltantes reconversiones poéticas y sus

escritos en prosa sobre el tema. Con razón expresa José Alcántara Almánzar en su artículo «Manuel Rueda: artista inmenso, creador inigualable»: «...su poesía contiene un testimonio autobiográfico completo, desde su nacimiento hasta su muerte...»².

Vale decir, la labor creadora de Manuel, sobre todo su obra poética, desvela y ratifica la visión de un intelectual dueño de una palabra reflexiva y trascendente, dura y sincera, hermosa en su entramado de metáforas e imágenes, que clama por la dignificación de los makandales de las dos patrias fronterizas. Y esto así, porque *Las metamorfosis de Makandal* concibe el personaje central más allá del episodio histórico de 1791 que dio fama a su nombre, para proyectarlo superviviente, encarnado en el hombre actual, explotado, excluido, genérico en la multiplicidad de sus transfiguraciones, víctima de discriminaciones, atropellos y torturas desde el ayer colonial hasta el hoy republicano.

El Makandal de Manuel es, en su diversidad, el sujeto histórico real que a través de la cosmogonía popular se erige en leyenda y mito. De sus orígenes, de esa leyenda y de ese mito hizo el poeta su propia idealidad. De las creencias religiosas y ceremonias de origen africano transculturadas de rasgos cristianos, de las vírgenes del santuario católico, de las danzas rituales de bailarinas delirantes, de las espasmódicas posesiones, del ron y del tabaco rituales, de la salacidad trepidante, de la explotación del hombre, de las torturas, en *Las metamorfosis de Makandal* la palabra acude y agota todos los registros del lenguaje poético y la inteligencia a fin de dimensionar un Makandal representante planetario del hombre antillano, poseedor de una cultura marcada por un pasado colonial y un presente subdesarrollado y cruel, hombre pues, marginado, víctima de las ambiciones y prejuicios ajenos. Siguiendo el ritmo cronográfico de esa obra, desde sus orígenes hasta su final, y

2. José Alcántara Almánzar, *El lector apasionado*, Editorial Santuario, Santo Domingo, 2015, p. 143.

extrayendo versos que ilustran la continuidad conceptual del poema, quedan muy en claro las definiciones plurales de los Makandales necesitados de un universo equitativo y reivindicador:

«Entra a mecerte en esta cuna donde una vez naciste oh nacedor, dándole nuevas rutas a tu tierra».³

.....

*Capataz
cuyo látigo devorador de espaldas se enroscará
por siempre a tu esqueleto
a ese aullido sin sustancia que ahora empieza
a oírse
sobre el pecho de los cañaverales atardecidos.*⁴

.....

*Soles siempre
y lunas que se renuevan para cada estrella
para cada gota de sangre
que agoniza
en mí
que muere
en mí
y renace
en el otro que soy.*⁵

.....

*Tú no eres negro ni eres blanco
De qué color serías*

3. Manuel Rueda, op. cit. p. 9.

4. Ibidem, p. 49.

5. Ibidem, p. 51

*Makandal de todos los colores.*⁶.

.....

*Todos aplauden tras los discursos rigurosos
que pronuncian las victrolas palaciegas
en el dorso de los guantes de encajes caen besos
apasionados
Es la hora de que estalle al fin la trompería
de los himnos.*⁷.

.....

*He aquí la tierra limpia de cenizas importunas
he aquí la tierra que ha aventado
la ira de Makandal
como un sol que no cesa de alumbrar
al otro extremo del mundo.*⁸.

.....

*Yo soy Makandal
yo soy uno en extensión de dos
yo soy uno replegado en ninguno
revoloteando en el vuelo de todas
las muertes y de todas las vidas
de la especie.*⁹.

.....

6. Ibidem, p. 57.

7. Ibidem, p. 102

8. Ibidem, p. 135.

9. Ibidem, p. 138.

Y conocí tu sueño hecho de sueños. Y supe tu palabra hecha de todas las palabras. Y te he visto en el agua encanecida ondear banderas del color de tu aliento. Y me has dicho la suerte en tus cantos de isleño, aprendidos de costas, de leyendas, de ríos que no encuentran el mar y van eternos.¹⁰

.....

La isla sólo es la sombra de tu vuelo, sombrea dura gentil en la unanimidad de tus gargantas.¹¹

.....

Hacia arriba. Hacia el caliente refugio y el pan recién horneado y el camión tibio de lanilla. Bailad con sangres vivas sobre la frialdad del mundo que ha temblado. Hasta que el hombre se levante con su cortejo de doradas promesas. El viento es la victoria.¹²

.....

Ya no estás y te canto, sin embargo, envenenador de todas las corrientes. No eres sino palabra, una seña en el tránsito de tus metamorfosis.¹³

10. Ibidem, p. 182.

11. Ibidem, p. 191

12. Ibidem, p. 202.

13. Ibidem, p. 211.

Y para terminar, las últimas palabras del Makandal de Manuel:

*Así digo tus resguardos para que te disuelvas
en el aire de todas estas noches que me rozan,
a mí, el desconcertado, que ha escrito este
libro del comienzo y del fin para dejar un
testimonio de todo lo que había de ser....
Y que no ha sido.¹⁴.*

14. Ibidem, p. 214.

Ida Hernández Caamaño**Manuel Rueda. A quince años de los adioses**

A finales de diciembre de 1999, cuando todavía su cuerpo, maltrecho ya para la vida y entregado al reposo absoluto y final, no había encontrado su estado definitivo; cuando el mismo no había desaparecido de la tierra; cuando la herida y el dolor de su partida y el asombro por su ausencia estaban clavados directamente en mi vida, escribí para *Isla Abierta* un breve testimonio sobre mi relación con Manuel Rueda, evocando ahí, el momento en que entramos en una amistad que fue completa; tocando algunos aspectos de aquella intimidad familiar que me dio la posibilidad de ver el todo de este ser humano complejo, profundo y en cierto modo contradictorio: amoroso, tierno e infantil en ocasiones y hostil, duro y serio en otras. Conocí en aquel entonces la mayor parte de esa totalidad que como cada uno de nosotros también somos, y tuve el placer de sus luces y la comprensión y tolerancia de sus sombras, que en una persona que escudriña y tiñe de poesía rutinas y ceremonias, al hombre y su destino, la historia y la geografía de su pueblo; que busca explicar –por así decirlo– y a través del arte ya sea literatura, música, teatro, sus inmensas emociones; en un hombre en el que se anidan las relaciones familiares con fuertes lazos y reiterada nostalgia; que da importancia al poder y belleza de la palabra, en fin en un ser humano donde palpitan sentimientos inimaginables de devoción por todo, no es posible encontrar enquistado el odio ni la maldad.

En aquel trabajo escrito, ponderaré parcialmente las razones que motivaron mi cercanía con él, y la manera en que fue en extremo amable y generoso con nosotros, con evidentes demostraciones de verdadero amor.

Me detengo a pensar, ahora reposadamente, en la personalidad, temperamento, y carácter de aquel hombre «creativo, apa-

sionado y vehemente» que fue Manuel Rueda, donde habitaba una mezcla de temperamento colérico, sanguíneo y melancólico, nunca flemático, y hago plena conciencia de la manera en que enarbolaba sus pasiones visibles y cómo entretejía y guardaba, para expresar a través de la creación y dentro del plazo que otorgaba a la intimidad de sus elegidos, aquellas, las invisibles, tal vez las más avasallantes y urgentes pasiones de su vida.

Me dediqué también a establecer el tiempo en que se produjeron algunas de sus obras y quise hacer empatía, buscando coincidencias con mi vida, sólo para gozar de ellas.

Su primera obra nació conmigo. En el año 1949, cuando yo nacía, Manolo publicaba *Las noches*, su primer libro de poesía; cuando en el año 1962 yo abandonaba la región geográfica que nos es común, a los pocos meses apareció, en el 1963, *La criatura terrestre*, un poema que cuando lo leí me estremeció de arriba abajo; un poema que he hecho mío de «modo exclusivo» por expresar casi textualmente en sus versos finales, mi pleno sentir sobre un momento específico de mi propia vida, cuando andando el tiempo me percibí en ese párrafo perfecto para mis emociones:

*Y entré a una selva oscura. Era de noche
y había fieras rondando. Y había hombres
rondando. Y en lo alto y en lo hondo,
oscuro y claro, yo volví los ojos
hacia ti, pueblo mío arrinconado,
mi pasado, mi flor, mi blanca sombra,
donde apoyé los pies y puse el labio,
donde dormí diez años al amparo
de un regazo y la cálida montaña.
Yo pasé por los arcos de tu piedra,
pueblo enterrado en lluvia y en olvido,
y sentí que mis muertos renacían*

En el año 1974 cuando nació Ernesto, mi primer hijo, Manuel Rueda alumbraba en el mundo literario un nuevo movimiento poético, el Pluralismo, que para gozar de más coincidencias, fue anunciado el 22 de febrero de ese año, el mismo día del cumpleaños de mi madre; con *Las edades del viento*, en 1979, se fundieron nuestras edades y entramos al mundo cotidiano de Manolo, para dar inicio a una amistad inquebrantable y verdadera; *Congregación del cuerpo único*, *Las metamorfosis de Makandal*, *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, fueron obras nacidas plenamente al calor de nuestros oídos, ojos y todos los sentidos, pues alternativamente con los ensayos de sus conciertos tan celebrados, y los pantagruélicos «tés» de los domingos con el famoso Mariachi, nos convertíamos en cómplices privilegiados de su creación y talento, y probablemente constituíamos un acicate creador para el artista.

Ciertamente, los años de nuestra amistad fueron verdaderamente fecundos para Manolo. Esas actividades, sus actuaciones, la develación de su interior a través de su polifacética expresión artística, nos hacía testigo de primer orden de su vida, pues nos permitía reconocer, comprender y admirar el reflejo y plasmación de su ser, de sus inquietudes, de su colocación en el mundo, en la ruta de la trayectoria elegida por él. Nos permitía tomar el pulso de sus sentimientos, de sus preocupaciones del momento o de toda su vida. Nos hacía conocerlo, admirarlo y quererlo en toda su dimensión de ser humano, incluidas debilidades y límites.

Quince años y tres meses después, evocar a Manuel Rueda me lleva a otro plano del recuerdo y apreciación de su ser. Me lleva a reflexionar sobre qué nos queda después de este tiempo sin su presencia, sin su potente voz física y creadora, sin el peso en materia de pensamiento y relieve artístico, de imaginación

y belleza en todas las artes que él tocó, tanto en su realización como en su pleno disfrute y entrega. Me he dado cuenta de cuán a menudo cuando asistimos a un concierto, por ejemplo, y en el oficio de hacer música, primera de las artes transitadas por Manuel Rueda, pensamos José y yo en su reacción ante tales o cuales escenarios inimaginables, o las alegrías, rabias y penas que surgirían en él en esas circunstancias. ¿Cómo estaría él ubicado en la actualidad?

Me complace y satisface de modo particular que un importante programa de piano de la Fundación por la Música lleve su nombre reivindicando su importante rol de educador musical, de artista pleno y fecundo.

El tiempo, ese escultor como bien lo nombró Marguerite Yourcenar, juega de modo distinto con el destino del ser humano antes y después de la muerte y pone a cada uno en su sitio; es «el que elige qué nombres escribe en mármol y cuáles condena para siempre al polvo del olvido». Manuel Rueda constituye una piedra fundamental en los cimientos de nuestra cultura, y de la cultura universal, en los aportes sobre nuestra identidad, en el mundo de la música y de la literatura nacional, en el significado de la amistad, por lo que difícilmente quede condenado al polvo del olvido.

Ahora, con mi alma dirigida a lo que es esencial de la vida; cuando voy mirando lo que va quedando de la trayectoria existencial de una persona; hoy quince años y tres meses más tarde, cuando tantos paradigmas del mundo han cambiado y yo voy buscando un asidero que comparta conmigo lo perdido, cobran especial dimensión personas y relaciones como las de Manuel Rueda. Se me antojan imprescindibles y necesarios esos referentes de comprensión, transformación y expresión del universo, a pesar de que sé que surgirán otros nuevos a los cuales no sé exactamente si podré adherirme ya.

¿Cuántas personas pueden transitar y deslizarse perfectamente con la conciencia, el conocimiento y el deleite que él lo hacía, desde el mundo de la música al mundo de la literatura, al de la enseñanza, al de la investigación, al sentir pasional por las cosas, al de la identidad de su país; al mundo de las bellas artes, del placer pronunciado de la gastronomía, al de la conversación y el de los sentimientos más profundos?

Sin que esto suene a pretensiones de nada, suelo en cierto modo reírme y comentar a algunos amigos y amigas, que los tempraneros desayunos de mi casa (sólo para José y para mí, pues ya los hijos no viven con nosotros) muchísimas veces poseen una connotación muy particular, pues a menudo tienen como protagonistas a estos amigos y Manolo es uno muy distinguido, que llegaron a nosotros por el mundo literario y se quedaron para siempre en el mundo afectivo, en el del corazón, sobreviviendo a la muerte de cada uno de ellos. Sus obras, sus pensamientos, sus dificultades, sus relaciones con el exterior, sus proyecciones, sus relaciones y debates consigo mismos, sus criterios, sus personalidades, son motivos recurrentes de nuestras conversaciones, que nos permiten mantenernos en permanente contacto desde nuestro hogar hasta el otro lado del desconocido universo donde ellos habitan, reemplazando las normales y cotidianas conversaciones de problemas personales y nacionales, delincuencia, precariedad de servicios, desamparo institucional, y otras «delicias» mañaneras que pueden poner los nervios de punta al más ecuánime, por las referencias a algunos versos o títulos literarios que nos sirven a veces para ajustarlos a situaciones personales, deseos, y necesidades existenciales, donde Manuel Rueda suele ser actor principal porque habita a menudo en los sueños recurrentes de José y en la reafirmación indeleble de la nostalgia por mi pueblo, así como en la valoración y exigencia de la más alta calidad del arte; porque

en esos desayunos también la música infaltable juega un rol significativo y evocador, a la vez que nos provee de una actitud más amable frente al día que iniciamos en ausencia de tantos muertos dignos y necesarios para continuar la vida.

Iván Domínguez

El mítico Manuel Rueda se convirtió en una referencia obligada en el quehacer artístico del país. Su acertado juicio crítico revelaba la magnitud de su sabio conocimiento y su sólida formación cultural integral.

Fue mi maestro; sus enseñanzas frente al piano se convertían en un inagotable caudal de experiencias y referencias que nos comprometían a seguir sus huellas, al desarrollar en todos los que estábamos cerca el amor y el espíritu hacia la cultura, con el respeto y la unción que reclamó ese racional don del ser humano.

Iván García Guerra

Un maestro en el teatro

Mi vida disfrutó de varios «arcanos» pautados por Manuel Rueda. Misterios como los del rosario, de tres categorías diferentes: gozosos, luminosos y gloriosos. Y doloroso solamente el de su partida que, cuando hay afinidad, siempre se nos antoja prematura.

Nací con una especie de placentera enfermedad que se autodemostó como endémica en mi larga vida. Casi cuando aprendía mis primeros pasos ya necesitaba comunicarme ansiosamente con un mundo variopinto que se me antojaba extraño... y no lograba hacerlo con los medios comunes a los que me rodeaban en el pequeño y protector espacio de San Pedro de Macorís. De repente, casi sin darme cuenta, comencé a sufrir sabrosas calenturas que se explicarían a sí mismas mediante los remedios que buscaba para calmarlas.

Mucho tiempo después me daría cuenta de que aquel padecimiento era simple pasión por el arte.

Aparte de cierto misticismo que me acercaba placenteramente al mínimo de Asís, mi primer intento de vínculo con los demás fue la pintura; inicialmente el dibujo. Y así, ya viviendo en Santo Domingo, antes de entrar en la adolescencia, me uní a la Escuela de Artes Plásticas, en aquel tiempo situada al lado de la iglesia de las Mercedes, en la calle que evoca la misma advocación de la Madre de Jesús.

Ya mi segunda tentativa me acercó al que sería mi amigo e inspiración por largo tiempo. Fue dentro el feudo de la melodía y la armonía y el tempo y el ritmo y sus formas. Entrada la efervescente pubertad, me dirigí al Conservatorio Nacional de Música, frente al reloj del Sol, en lo que hoy es la sede del Museo de las Casas Reales. Fue entonces cuando conocí a un Manuel Rueda,

joven todavía. Según me dijeron recién llegaba de Chile donde realizó estudios pianísticos.

Lo vi en una pequeña aula con sus peculiares movimientos de las manos, y lo escuché interpretando creo que a Liszt, en un piano de media cola que allí estaba. Entré entonces en algo parecido al éxtasis y sentí que había encontrado mi voz.

Cuando terminó aquella pieza me acerqué a él, quien permanecía tranquilo mirando el teclado y, temeroso de quebrar aquella exultante magia, le dije con voz pequeña: «Yo quiero ser pianista como usted». Él me observó y, condescendiente, sonreído pero en serio, con espíritu profesoral, me dijo algo así como: «Estupendo; pero primero hay que trabajar arduamente para lograrlo».

Más claro no podía haber cantado el gallo, ni más obediente pudo resultar el autoconsiderado discípulo. Los próximos años los dediqué arduamente a descubrir y explorar los secretos de aquella disciplina; a escuchar y memorizar todo lo que alcanzaba ese inconmensurable universo, y...

Entonces, en 1955, irrumpió en mi insólito y bizarro acontecer la brillante tercera posibilidad de exteriorizarme en el mundo y de poder significarme con su gente. Como suceden la mayoría de los eventos en mi existencia asumí, de repente, un nuevo medio de expresión que ocuparía mucha mayor proporción de mi tiempo: el teatro. Con él, lo pensé de inmediato, podía comunicar lo que consideraba mis tesoros; todas esas gemas que escandalizaban corriendo por mis venas, y, las cuales, a pesar de ser nebulosas, y aún indefinidas, sentía la necesidad de expresar.

No es este el espacio ni el momento para desglosar los detalles de aquel confuso momento. Lo que concierne a este paréntesis dedicado al recuerdo es que, de nuevo abruptamente, se había abierto un terreno en el cual podría conocer con mayor profundidad aquel excelso dominicano que, según yo presentía, representaba el Renacimiento en nuestro país.

Un día, entrado ese 1957 que marcaba mis diecinueve años, mientras los miembros del equipo del Teatro Escuela de Arte Nacional ensayábamos en el auditorio del Palacio de Bellas Artes, no recuerdo cuál obra, irrumpió con plácida presencia la voluminosa e inquieta figura del señor Rueda. Traía un libreto en sus manos y precedido por la palabra «cumpliendo» lo entregó a nuestro director, Juan González Chamorro. Se trataba de su obra teatral *La trinitaria blanca*.

Luego de meses de ensayos fue estrenada con gran éxito, y en la noche inaugural algo sucedió que me ligó positivamente al autor. En esos momentos fungía como regidor escénico, ese técnico teatral responsable del buen funcionamiento de la obra en las presentaciones, luego que es finalizada la tarea constructora del director. Todo transcurría bien, como era debido y esperado; pero llegó el momento en que el personaje central, Miguelina (representada por Esperanza Pérez de Álvarez) debía disparar un revolver en la escena para comprobar con su muerte la existencia de su ideado amante (Luis José Germán)... el artefacto no funcionó. Sin perder un segundo, protegido por la escenografía, tomé un tablón que afortunadamente algún tramoyista había olvidado por allí, lo puse en el piso, lo pisé por un extremo, levanté el otro y lo dejé caer. Había sonado el disparo. Cuando tiempo después fue publicada la obra, Manuel puso en la dedicatoria: «A Iván, por su heroísmo en la escena del tiro».

Esta primera pieza ya demostraba una maestría que a muchos resultaba inesperada: Manuel Rueda, el estupendo intérprete del piano y notable poeta, nunca había participado en ningún montaje escénico y ni siquiera se había acercado a esa actividad de misteriosas características para el común de las gentes. Pero aquello que esos varios estaban ignorando o dejando aparte, es el valor que agregan al talento natural, la erudición y la tenacidad.

Nacía con este drama un nuevo tipo de teatro auténticamente dominicano. Su forma que podía considerarse familiarizada con la dramaturgia del ruso Anton Tchejov adquiría estatura local con auténtico sabor provincial producido por la naturaleza de los personajes (sobre todo esa jamona precisada de amor y sexo); por las situaciones provincialmente cotidianas que presenta, y por el diálogo coloquial brillantemente logrado. Todo esto sin apelar a un folklorismo cómodo.

Esta obra maestra recibió en 1957 el Premio Nacional de Teatro «Cristóbal de Llerena».

Seguiría *Vacaciones en el cielo*, una comedia serena, menos realista quizás pero, similarmente cotidiana. Con sólo leer o escuchar el texto podía confirmarse, sin gran esfuerzo, la unidad que aporta un estilo literario definido. En lo estrictamente teatral nuevamente maravilla el impecable uso de la técnica dramática. En esta interpreté al padre Hobson, uno de los dos defraudados sacerdotes a los que un beato (Rafael Gil Castro) les convierte en infierno lo que buscaba ser unas reparadoras vacaciones en el paradisíaco campo. Con ella viajamos a Puerto Rico y actuamos en el Auditorio de la Universidad de Río Piedras.

La tía Beatriz hace un milagro, tercera obra, se aparta más del realismo y puede recordar a al dramaturgo sueco August Strindberg; pero como en los casos anteriores, lo que pudo ser macabro y exótico se suaviza y «dominicaniza» gracias a sabor y al estilo Rueda.

El rey Clinejas, Premio Nacional de Teatro Cristóbal de Llerena del 1979, se remite un tanto a las anónimas farsas medievales francesas o a los entremeses españoles. Esta cuarta obra es un simpático sainete ligero que se une a sus hermanas mayores mediante la unidad literaria estilística de su autor.

Y llega la contienda bélica de Abril del 65. Dos hijos tienen esa gloriosa fecha en el recaudo de Manuel, aunque per-

maneció distante de ella. De nuevo el talento y la capacidad acortarán las distancias.

Un hijo: *El gato barcino*, desenfadado «paso» que enfrenta satíricamente a dos comadres de barrio con un soldado invasor norteamericano, por motivo de la muerte de un gato callejero. Iba a representar al extranjero; pero un contrato de trabajo profesoral con la State University of New York me impidió hacerlo.

El otro hijo fue *Entre alambradas*, bordeando sarcásticamente la tragedia. Logra equilibrar las dos facetas de un amor casi imposible en el ambiente de un barrio limítrofe entre las dos zonas en que fue dividida la ciudad de Santo Domingo durante la Guerra Patria. Una prostituta, su chulo, un soldado yanqui, dos vecinas chismosas y un diálogo chispeante y humano convierten esta pieza en una extraña gema que engarza suavemente con el trabajo dramático de nuestro autor. Fui Jimmy Ray, el pobre soldado que ha sido lanzado por el poder imperialista a la destrucción de sus principios.

Y llega la séptima y última obra maestra: *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, escrita en 1995 y ganadora del Premio Tirso de Molina, en España. Teatro del mejor, por encima de su conformación ceremonial, rito algo hierático movido por pasiones muy desgarradoras y humanas, lo cual la acerca al concepto original de la tragedia griega en el momento de su primera conformación. El estilo se agranda sin perder sus características esenciales, el coro con su masiva presencia es un etéreo flotar sobre el enfrentamiento con el destino.

Por desgracia, Manuel no pudo disfrutar con ella de esa segunda parte constitutiva del arte teatral, el montaje, que completa y justifica la actividad teatral. Se habló de la dirección de un español, pero conflictos durante el estado de gestación suspendieron el proceso.

Y él se deslizó hacia la ausencia.

TESTIMONIOS

Actualmente se renuevan por tercera o cuarta vez los intentos de ponerla en escena para final de año; pero ya ello no amenguará la tristeza de no ver y disfrutar la mirada de sus paternos ojos satisfechos ante el crecimiento de una amada hija.

No sé si es el lugar para decirlo; pero recomiendo una edición de las obras teatrales completas de este amigable monstruo de nuestra literatura. Los dominicanos nos merecemos ese premio.

Ivonne Haza

Remembranzas

Manolo, ¡cuántos recuerdos! No estuve en el Conservatorio Nacional de Música mientras lo dirigías, estaba estudiando privadamente y en Roma, pero sí sabía de ti por mamá, quien mencionaba siempre a sus primas Marina, tu madre, y a Grecia, a quien visitábamos regularmente; no recuerdo bien a tus otras tías Luisita, Inés, Rosita, Leticia y muy ligeramente a Porfirio. Pienso siempre cómo disfrutaba de la grata compañía en tus cenas gourmet, buenos vinos y muy agradables comensales.

Cuando tuve el acercamiento musical a ti, quedé prendada. El 28 de octubre del 1970 tú tocabas un concierto de Turina y yo estrenaba la *Bachiana Brasileira No. 5* de Heitor Villa-Lobos, dirigidos por Manuel Simó en la Primera Feria del Libro, y en el Festival Inaugural del Teatro Nacional interpretaste como solista el «Concierto en mi bemol» de Mozart, cuando yo cantaba como solista en el Gloria de la «Misa solemne en Re mayor» op. 123 de Beethoven.

El 4 de noviembre del 77 comienza lo que sería una etapa climática en el arte lírico dominicano: el trío Ivonne Haza, Arístides Incháustegui y Manuel Rueda. VI Feria del Libro, Programa de Navidad en Palacio, *Antología de la canción dominicana*, *Homenaje a Juan Bosch*, *Carifesta*, en Cuba, *Navidad tradicional, música de Luis Rivera*, junto a la gran Casandra Damirón, muchas veces repetidos. Muchos premios Siboney, jornadas culturales en México...casi todos los meses durante más de cinco años fui privilegiada con tu acompañamiento. ¿Sabes? Tengo en CD aquel concierto que nos grabara un amigo en la iglesia de San Vicente de Paul con tus arreglos fabulosos y tus bellísimos villancicos.

¿Recuerdas «Ave Marías y plegarias» en la Academia Militar Batalla de las Carreras? Luego te robaron los honorarios del bolsillo, ¡eras tan despistado!, fue al ir a cenar.

Recital de Ivonne Haza y Manuel Rueda, Universidad Central del Este.

El recital de Música Española, Instituto de Cultura Hispánica ¡Qué difícil, cuántos ensayos! ¿Te acuerdas del recital en la Romana? ¡Qué desafine el del piano!, hubo que conseguir otro porque tú no tocabas en ese.

Qué te puedo decir, Manolo, me diste tanto, me enseñaste a estudiar, tenía que venir vocalizada del TN, donde era directora, para comenzar el ensayo no calentando la voz, sino la pieza que tú no habías visto. ¡Ah, tu temperamento! Yo me metía debajo, porque yo ganaba contigo, ese eras tú. Has sido único para mí y para todo el que te conoció. Te diré que me has hecho mucha falta. Tengo la foto que te tomaron en el último concierto en el Voluntariado de las Casas Reales con Ramón Díaz, donde te canté tu *Canción amarga* y el *Amor que calla* que hacía mucho no oías, cuando te vi entrar al concierto me emocioné porque eras tú. Te sigo queriendo.

Jacinto Gimbernard

En el conocimiento de Manuel Rueda

Tenía yo trece años cuando mi profesor de violín, Ernesto Leroux, saltando por encima de la oposición de mi padre, me llevó a ingresar como violín segundo en la Orquesta Sinfónica Nacional, entonces en manos de su primer director, Enrique Casal-Chapí, un hombre activo, eficiente, compositor de altísima formación y nervioso director sinfónico. Transcurría el año del centenario del nacimiento de la República. Era un año especial, de solemnes celebraciones gravedosas, tintadas del poder avasallador del generalísimo Trujillo.

Ese 1944, con la Sinfónica establecida en los altos de la casona que ocupa la esquina de las calles Duarte y Luperón, vi por vez primera la imponente figura del joven Manuel Rueda, que me llevaba diez años en edad y quinientos en conocimiento, proporción que se mantuvo hasta los últimos días de vida en ese gigante del arte y la cultura en general.

Venía desde Chile, donde estudió principalmente con la reputada pianista Rosita Renard, graduándose con máximos honores. Acompañaba a su profesora y al virtuoso Armando Palacios en una extensa gira artística panamericana. Palacios ensayaba las Variaciones Sinfónicas de César Franck, inolvidablemente interpretadas por aquel artista elegante, refinado, dueño de una técnica impecable y una formidable capacidad para envolver al oyente en la magia de lo trascendente, del arte puro. Junto a él estaba Rueda. Por alguna razón me impresionó más su figura, su radiación de sabiduría, que la del pianista actuante. Rueda tenía el don de llamar la atención sin hacer ningún esfuerzo.

En octubre de ese año se presentó junto a Rosita Renard en un memorable recital a dos pianos en el Teatro Capitolio

y días después con la Sinfónica, Casal-Chapí, su profesora y Armando Palacios, también en el Teatro Capitolio, donde también se presentó Jascha Heifetz y las lunetas costaban peso y medio dominicanos. La platea setentaicinco centavos. ¡Qué tiempos, señor don Simón!

Por supuesto, Rueda ni me miraba. Era un gigante viendo un enano. Fue ya sobre los años cincuenta cuando puso alguna atención en mis empeños violinísticos, aunque parecía que yo no le caía muy bien y decía: «Estos violinistas son unos arrogantes. ¡Mira éste como va, de saco y corbata, con su violín como una llave de oro!»

Con el tiempo, ya él director del Conservatorio donde realizó una magnífica labor, y yo profesor de violín, llegó a conocerme mejor, pero mantuvo sus reservas ante mis actitudes un poco «medalaganarias» que me inducían a rechazar cualquier proyecto que consideraba inadecuado para las realidades del momento. «Estos violinistas son insoportables» –decía. Pero cuando yo contraí matrimonio con su discípula estrella, Miriam Ariza, de quien él decía que solo le faltaba haberla parido, porque era parte de él, Miriam resultó ser un Alka-Seltzer para que Rueda pudiera tragarme sin problemas.

Cada vez nos acercamos más en trabajos musicales conjuntos. Yo, atrevido, era el único capaz de señalarle cualquier desviación involuntaria del tiempo suya, que él, con voz de viento fuerte estaba achacando a dos temerosos compañeros, que no tenían ninguna culpa del desajuste.

«Eres tú, Manolo, quien está corriendo».

–¿Yo? Entonces aplacaba su trepidante voz, manifestaba desconfianza y mansamente decía: «Vamos a ver. ¿Dónde es que corro?» Y solucionaba el problema.

En San Juan de Puerto Rico, donde tocamos (al igual que aquí) el Triple Concierto de Beethoven, esa vez en el Festival Casals,

con el distinguido cellista François Bahuaud, a quien no me atrevo a llamar francés porque hace mucho que lo dominicanizamos, Rueda, mientras aguardábamos para salir al escenario, comentaba: «Estos violinistas no cambian. Mira a este, uno aquí nervioso y él aquí tranquilo haciendo notas largas, despacito... despreocupado.» Y se reía a carcajadas. Él sabía bien que hacer notas largas, pasando el arco lo más despacio posible, ayuda a controlar los nervios y a mejorar la producción sonora.

Rueda es un personaje inolvidable. Creó una nueva y más alta dimensión al arte en su país. Quienes lo tratamos de cerca, como gran artista, hombre de inmensa cultura, buen amigo que recibía nuestra admiración con gran sencillez cálida, no pasa día sin que lo recordemos y añoremos su presencia que parece estar ahí, como un fantasma sagrado en su amplio apartamento de la calle Pasteur, en ese balcón donde asomaba su imagen para recibirnos con exultante alegría, a Miriam y a mí, como a quienes eran asiduos visitantes para aquellos convites semanales que hacía, supuestamente un té, pero en verdad una mesa repleta de exquisiteces colocadas en una espléndida vajilla de Limoges y manejadas por las delicadas manos de Aura Marina del Rosario, de quien él reprochaba que era «perfecta... la más alta expresión de la perfección» y usualmente no encontraba forma de criticarla, lo que en cierto modo lo fastidiaba porque para él se trataba de un juego inocente y añorado. Libre de maldad o ingratitud por los empeños perfeccionistas de su gran amiga. Yo diría que su mejor amiga y apasionada admiradora.

El cariño tiene extrañas formas de expresión. Y en Rueda las tenía.

Manuel, a diferencia de otros artistas, regresó al país *in the prime of life*, en la plenitud de su vida, con el perfecto dominio de sus artes... música, narrativa, poesía... todo montado a horcajadas en una sorprendente cultura panorámica que

lo atravesaba todo, hasta los temas que podrían parecer muy alejados a sus intereses. Como la guerra, la violencia creciente, el destino humano...

De pronto se convertía en un filósofo sin grandes amarguras.

Ese es el Manuel Rueda que yo conocí.

Un hombre grande, iluminador.

Irrepetible. Insustituible.

Jeannette Miller

Mis recuerdos de Manuel Rueda

Conocí a Manuel Rueda cuando tenía seis años. Primero que su imagen me llegó su voz, fuerte, definida, precisando cosas desconocidas para mí y que me introdujeron a una nebulosa donde la realidad era ficción y viceversa, despertándome a un estadio de sueño donde las palabras tomaban cuerpo, convirtiéndose en protagonistas de una realidad que apenas comenzaba a definirse.

Lo conocí llevada de la mano por Tongo Sánchez, quien cometió el pecado de llevarme a las tertulias de Pepé Ortega y de Cundo Amiama, pequeña y gorda yo, especie de Menina Mascota, que se atrevía a preguntar a esos mayores sobre cosas que le gustaban, pero que no entendía.

Recuerdo a Manuel Rueda frente a un piano negro, acariciando un teclado blanquísimo mientras sacaba melodías distintas a las creadas por los autores, ejerciendo así la magia de la re-creación en veladas que se alargaban hasta la medianoche, hora en que como a una cenicienta cualquiera, tío Tongo me llevaba a descansar, mareada de notas placenteras, de palabras que se entrecortaban en mi memoria, formando un registro simultáneo y proporcionándome esa primera sensación de verdadera felicidad.

Desde entonces, su voz recia y entonada alumbró las marquesinas de mi niñez y de vez en cuando, una nube de polen me traía los aires del pianista joven y apuesto, por lo que aprendí a amar su voz, que era amarlo a él mismo, y con él a un sorprendido Mises Burgos que me confesaba su amor por la madera y los sonetos despertando en mí esta afición por la escritura que más tarde consolidó Fredy Miller, completando la trilogía de ángeles que me han llevado de la mano por este oficio de felicidad e infelicidad...

Por esto, hablar de Manuel Rueda me resulta difícil, y es que cada vez que pronuncio su nombre no puedo salir de ese espacio afectivo que me hace vulnerable. Pero al mismo tiempo necesito hablar de él, porque Manuel ha sido parte de mi calendario, memoria de mi sensibilización a las manifestaciones del arte cuando aún era una niña.

Ya en los sesenta yo había crecido y él también. Al ritmo arrasante de las manifestaciones y de los cañones, un grupo de atrevidos que apenas rondaba los veinte años lo visitábamos en su segundo piso de la Pasteur, para leer poemas que eran manifiestos sangrantes.

Ya por esos años, Manuel Rueda era un nombre que solidificaba nuestra poesía, nuestro teatro, nuestro folklore... y aquel puñado de plumas calientes que éramos Miguel Alfonseca, René del Risco, Jacques Viau, y otros... nos acercábamos a su casa con confianza cada sobremesa de domingo a leer textos inéditos con el secreto terror de no alcanzar la aprobación del maestro, mientras él nos brindaba los consejos de su atinada paciencia y la buena intención de sus observaciones, esa que nos abrió las puertas de la conciencia para poder caminar más allá del texto inmediato, de la letra testigo.

Manuel Rueda siempre fue un lector ávido, curioso, múltiple... humanista empedernido, devorador de conocimientos que no guardaba exclusivamente para sí, sino que ofrecía a los demás desde las aulas del Conservatorio, o de su pequeña sala templo, y también desde esa tribuna cultural en que se convirtieron sus artículos semanales en el suplemento *Isla Abierta* del periódico *Hoy*, dinamizando la cosa creativa en nuestro país.

De su madre heredó la vocación por la enseñanza y permaneció maestro a lo largo del tiempo. Como autor: poesía, prosa, folklore, música, teatro... fueron géneros trabajados no sólo con maestría estilística, sino con profundidad incuestionable.

Porque si hay una característica que unifica la diversidad de su obra es el amor por lo dominicano: paisaje, tipos, costumbres... interpretaciones que han sido registradas por él en la mayoría de sus escritos. Pero especialmente su Monte Cristi universal, el del Morro y Bienvenida, el de las sequías y las lluvias irracionales reflejadas en espejos victorianos; el del temor a los cojuelos con sus fuetes y su devastadora agresividad; pero también, el del pan recién horneado con una leña producto de talas primitivas; el de las aguas de colonia que solo esparcen sus aromas estimuladas por el bochorno; el de las pieles nacaradas a la sombra de los vestidos de olán y los muslos mullidos de las tías; el del refugio familiar, descanso último y verdadero.

A lo largo de su vida Manuel Rueda creó movimientos, encabezó tendencias, recibió reconocimientos y galardones nacionales e internacionales, uno de los últimos, el Tirso de Molina, con quien su corazón conversó tantas veces desde su sillón en una esquina de penumbras.

Nuestro Manuel poeta, narrador, teatrista, compositor, folklorista, maestro... el del ritmo interior pautado por los tambores de la isla y por los pasajes de Schubert, el de los amores sincréticos donde tierra, hombre, luna, patria y verbo se unifican para crear obras trascendentes.

Su talento no necesita explicaciones, ha quedado en libros que lo contienen, innegables como nuestra realidad.

Por eso hablar de él me resulta difícil, como también difícil ha sido esgrimir su calidad en medio de una vorágine que sepulta los valores.

En un mundo mentira como el que hoy vivimos, donde la mediocridad actúa como garantía del triunfo, el eco de su voz ha iluminado mi camino y el de muchos otros, esos que todavía escribimos para no morir, en medio de una realidad que cada vez más aprieta el cerco.

TESTIMONIOS

Por eso, a Manuel Rueda, maestro de muchos y maestro mío, le doy las gracias. Porque todavía su nombre me introduce a esa nebulosa donde la realidad es ficción y me despierta la inquietud por la escritura; porque todavía su voz me orienta cuando deambulo por los oscuros pasillos de la incertidumbre, esa que él supo manejar tan bien, logrando espacios de luz donde nuestra realidad y la suya se confunden.

Jorge Severino y Mary Loly Pérez

Nuestra amistad con Manuel Rueda

Uno de los personajes más temperamentales de nuestro universo intelectual fue nuestro amigo Manuel Rueda.

Suena presumido decirse amigo de un intelectual de la talla de Manuel pero nos consideramos verdaderamente amigos por las diferentes formas en que manifestaba su cariño hacia nosotros.

Nuestra relación de asiduo visitante a nuestro centro de arte La Galería, –y cálido cuando de una exposición de Jorge se trataba– así como nuestra mutua colaboración cuando nos abrió las puertas a participar y enriquecer con ilustraciones, dibujos, e imágenes su hermoso suplemento cultural *Isla Abierta*, fue tomando carices de hermandad, al descubrir que además de la poesía, el teatro, la literatura y la música, sus gustos gastronómicos eran parte de sus pasiones.

De ahí nacen las tertulias donde una vez le presentamos a la poetisa Ángela Pizarro, la esposa del famoso pintor colombiano Omar Rayo, aprovechando su estadía en el país con motivo de su exposición en el Museo de Arte Moderno y en nuestro centro de arte La Galería. En esa tertulia, Ángela leyó uno de sus poemas y el asombro de todos fue que Manuel Rueda, tan exigente, la considerara o adoptara como hija de la Poesía Sorprendida. Encuentro de pensadores con la presencia de otro intelectual inolvidable, como lo fue Juan Bosch.

Manuel sabía conjugar su sapiencia en música y literatura con el arte de mantener en su entorno gente que consideraba digna de su reino, como lo es el caso del escritor José Alcántara Almánzar, quien fue su fiel amigo y colaborador hasta su desaparición.

Aura Marina del Rosario, musicóloga y compositora, fue también una ferviente admiradora y entrañable amiga a pesar de los arranques temperamentales del maestro. Según

Jorge, ella lo mimaba tanto, que le lavaba los manteles y los secaba con rayos de luna.

Esas personas que menciono, así como Soledad Álvarez, Pedro Vergés y otros llenaron nuestra casa de alegría cuando lográbamos agruparlos en torno a Manuel, y nos hizo sentir sumamente orgullosos de esos íntimos encuentros –como diría José Alcántara Almánzar– con personajes pertenecientes a este grupo de intelectuales completos, y sobresalientes.

Jorge dice que el pluralismo de Manuel influyó en alguna forma en la manera de resolver algunos cuadros creando situaciones surrealistas tales como llaves clavadas en el cielo, peces que flotan en el aire o enjaulados, cielos pegados con cinta adhesiva, plantas enraizadas en una canica, entre otras incongruencias que el observador no nota la mayoría de las veces.

Nuestro humilde aporte, un bien merecido homenaje, porque en fin, Manuel, siempre te admiraremos y te amaremos.

Jorge Tena Reyes

Manolo y yo

Existe un placer en la amistad que no pueden alcanzar aquellos que han nacido mediocres. Jean de La Bruyère.

Conocí a Manuel Rueda González (Manolo para sus amigos) en la década de los años cincuenta en la residencia del licenciado Máximo Coiscou Henríquez, uno de mis maestros en la Facultad de Filosofía y Letras en la Universidad de Santo Domingo.

Aunque Licenciado en Farmacia, el licenciado Coiscou se dedicó al estudio de la Historia y adquirió una sólida formación en esa disciplina, por lo que en 1925 fue designado por el Gobierno dominicano del general Horacio Vásquez para realizar investigaciones en los archivos de España y de Francia, donde aprovechó para profundizar sus conocimientos en metodología y crítica histórica, disciplina que se mantenía ausente de los currículos académicos dominicanos. Su estancia durante siete años en Europa le sirvió, además, para ampliar sus conocimientos en literatura española y francesa, así como también en música y en pintura. A su regreso al país, la Universidad de Santo Domingo lo designó profesor de Historia y puso en práctica sus conocimientos en metodología histórica, dándole a su cátedra una orientación eminentemente científica.

Independientemente de su labor docente, junto a su esposa María Trinidad Sánchez de Coiscou, creó una librería cuya modalidad consistía en la entrega de los libros a domicilio, aunque algunos de los clientes los recogían personalmente. Entre ellos Manuel Rueda y el doctor Ramón Pina Acevedo, el más activo de su selecta clientela.

Así conocí a Manuel Rueda en la residencia de los Coiscou-Sánchez, lugar donde, además, se realizaban frecuentes encuentros vespertinos o nocturnos, y se analizaban temas de carácter literario y artístico. Manolo era uno de los más asiduos asistentes, así como también la narradora Hilma Contreras Castillo, entonces secretaria de la delegación francesa en Santo Domingo. Yo participaba en estos encuentros por la distinción que me dispensaban mi maestro y su generosa esposa.

Generalmente, en esas tertulias se degustaban buenos vinos franceses y exquisitos manjares elaborados en la propia residencia de los anfitriones, entonces situada en la calle Rosa Duarte.

A finales de 1954 me ausenté del país para continuar mis estudios en España, pero cuando regresé ya los encuentros no se realizaban con la regularidad antes dicha, aunque la amistad entre Manolo y el profesor Coiscou se mantenía inalterable, como lo evidencia el artículo que Coiscou le dedicó en 1957 a *La trinitaria blanca*, la discutida comedia dramática de Manuel Rueda. En 1958 le dedicó su libro *Escritos breves*: «A Manuel Rueda González, hermano de la religión del espíritu». Hermosa expresión que revela sincera amistad.

Con el ejemplo de Manuel Rueda y mi maestro Máximo Coiscou Henríquez aprecié más el valor de la amistad. Yo solía almorzar en la casa de los esposos Coiscou Sánchez hasta que decidieron instalarse en Madrid, donde el profesor Coiscou falleció en 1973. Su muerte la sentí como la de un padre que siempre me marcó el camino de la moral y de la decencia.

En ausencia del licenciado Coiscou y de doña Trina, mis contactos con Manolo se hicieron más frecuentes. Visitaba su residencia situada en la avenida Independencia esquina Las Carreras, una hermosa casa cuyo espacio ocupa hoy un mugriento parqueo. En dicha casa era permanente la presencia de Aura Marina del Rosario, quien se movía en ella como parte

de la familia, presencia que se hizo habitual hasta el final de los días de su admirado maestro, quien solía exhibir en su hogar vistosas pijamas.

Como una muestra de nuestra amistad transcribo la dedicatoria de su discutida comedia *La trinitaria blanca*: «Para Jorge Tena, cuya inquietud y fervor en las actividades del espíritu son prometedoras de obras de interés para la bibliografía dominicana». Manuel Rueda, 15/12/57.

En 1963, en ocasión de la toma de posesión del profesor Juan Bosch como presidente de la República, entre los miembros de la delegación chilena que vino a ese acto se encontraba el escritor Hernán Díaz de Arrieta, notable crítico literario y ensayista, mejor conocido por el seudónimo de «Alone», y con quien al parecer Manolo mantenía una cordial amistad. Este me invitó para que lo acompañara a festejar su visita al país, oportunidad que fue muy ilustrativa para mí porque tuve la oportunidad de conocer al futuro autor de la obra *Pretérito imperfecto. Memorias de un crítico literario*.

Posteriormente como parte de las funciones que asumí como subsecretario técnico pedagógico de la Secretaría de Estado de Educación, y, a su vez, encargado de la política cultural del Gobierno, tuve en Manolo un colaborador fiel y competente desde su posición de director del Conservatorio Nacional de Música, pues la Dirección General de Bellas Artes y todas sus dependencias se inscribían dentro de la jurisdicción de mi dependencia. A él recurría cada vez que necesitaba una opinión competente en el área de la música; pero además él también participaba en las atenciones que yo les dispensaba a colegas suyos, tales como la pianista cubana Ivette Hernández y el también pianista puertorriqueño Jesús María Sanromá.

En 1974 se creó la Feria Nacional del Libro, que ahora se realiza con el ostentoso nombre de Internacional, así como también

los Premios Anuales que aún otorga el Ministerio de Cultura. En varias ocasiones, Manolo sirvió como miembro del jurado de los premios de literatura y música. Sólo en una ocasión me rechazó su participación.

En 1994 Manolo formó parte de la comisión designada por el Gobierno para representar al país en el homenaje que le rendiría la Universidad de La Habana a la doctora Camila Henríquez Ureña, en ocasión del centenario de su natalicio. En mi condición de jefe de dicha misión pronuncié una conferencia en el Salón de Actos de la citada universidad, acerca de la vida y la obra de la homenajeada. También formó parte de la referida comisión el arquitecto Roberto Bergés, entonces rector de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

En 1996 el Gobierno dispuso la publicación de varias obras con motivo del sesquicentenario de la independencia nacional y se decidió elaborar una antología general de la literatura dominicana, en cuatro tomos, cuya realización se les asignó a Manuel Rueda y al licenciado José Alcántara Almánzar. Esta obra, por la selección por los autores y por las notas bibliográficas de cada uno de ellos, identifica la competencia intelectual de sus autores.

Cuando asumí la dirección de la Fundación Corripio, Manolo me facilitó la entrada como asesor, posición que aún ostento y que agradeceré mientras vida tenga, porque me permitió incorporarme a una institución que nació con el más alto nivel cultural, gracias a la iniciativa del grupo empresarial que sustenta la familia Corripio desde su primer presidente, el finado don Manuel Corripio García, hasta su digno sucesor, don José Luis Corripio Estrada y quien me ha dispensado el honor de su amistad y la mayor distinción, incluyendo a mi familia.

Otra de las satisfacciones que produjo la entrada a esta Fundación fue encontrarme en ella con mi antiguo maestro, el doctor y sacerdote Óscar Robles Toledano, verdadero humanista en

el sentido clásico de esta categoría intelectual, la que en nuestro país se emplea con visible puerilidad.

Una de las iniciativas de mayor trascendencia emprendida por Manolo desde la dirección de la citada Fundación, y con la anuencia de sus asesores, fue la creación de la Biblioteca de Clásicos Dominicanos, con un novedoso perfil crítico y bibliográfico. Este proyecto, destinado a poner al alcance de los lectores las obras representativas de los más calificados autores dominicanos, antiguos y modernos, siempre que su producción se enmarcara en el perfil de la Biblioteca, se inició con el *Diario de Cristóbal Colón* (1988) y cesó con *Vida y escritos de Máximo Gómez* (Vol. II).

Con el título: *En los umbrales de una colección*, Manolo en su condición de director de la Fundación escribió una extensa presentación que aparece en el primer tomo de la citada biblioteca. En ella se refirió en forma muy generosa a sus dos asesores.

Acerca de mí dijo: «En cuanto a Jorge Tena Reyes diremos que es un erudito de la historia, investigador de un pasado que a ratos se nos torna enigmático pero que él a base de ir desempolvando legajos y cotejando fechas y acontecimientos ha tratado de clarificar en una actividad registrada, más que en el libro, en los planteles universitarios».

En 1992 se produjo la muerte del padre Óscar Antonio Robles Toledano, con lo cual la Fundación perdió a un competente asesor, por lo que siempre será recordado con respeto en la institución. Para reemplazar al presbítero Robles Toledano, la directiva de la Fundación escogió al licenciado José Alcántara Almánzar, sociólogo, ensayista y orador muy valorado por la crítica literaria dominicana, y, además, muy identificado con la obra de Manuel Rueda.

Una faceta que vale destacar acerca de la personalidad de Manolo, quien en ocasiones exhibía un carácter ácido, es el que

como anfitrión se comportaba como un caballero de estirpe clásica. Los encuentros con él en su residencia solían ser un derroche de elegancia y finas atenciones, donde su madre doña Marina y su tía doña Grecia daban lo mejor de su modestia para complacer a los invitados de su adorado Manolo. Solía asistir a esos encuentros con mi esposa a la que él le dispensaba gran aprecio. Al final, Manolo solía despedir a sus amigos con deliciosas interpretaciones musicales.

Como hombre multicultural, conversar con él era siempre una oportunidad aleccionadora. Tuvo grandes amigos que aún lo recuerdan con admiración y respeto. En la Fundación Corripio, donde finalmente desplegó toda su capacidad creadora, se le recuerda con permanente devoción. Su muerte el 20 de diciembre de 1999 causó hondo pesar entre los miembros de esa institución, especialmente en el presidente de la Fundación, don José Luis Corripio Estrada, y en su administradora doña Pilar Albiac, devota admiradora de Manolo y quien siempre estuvo atenta a sus reclamos.

Fue reemplazado en la dirección de la Fundación por el conocido violinista y escritor Jacinto Gimbernard.

En este relato he tratado de perfilar la imagen que conservo del gran dominicano que conocí, que traté por más de treinta años y que siempre consideraré como uno de los grandes privilegios de mi modesta existencia.

José Alcántara Almánzar

Manuel Rueda otra vez

«El secreto es el signo del que nace».

Manuel Rueda

(«Paseo», *Las noches*)

I

La imagen más remota que conservo de Manuel Rueda es la de aquel joven pianista, alto y delgado, vestido con traje oscuro y corbatín, quien hablaba con un leve acento extranjero en sus presentaciones semanales en La Voz Dominicana, para explicar algunas obras del repertorio clásico universal que luego interpretaba. Eso ocurrió en los cincuenta del siglo pasado, cuando yo era todavía un muchacho con una temprana inquietud por la música, curiosa aptitud que llevó a mamá a inscribirnos a mi hermana Ana Josefa, a mi prima Carmen y a mí en la Academia de Música de Villa Francisca, experiencia que constituyó un verdadero privilegio durante varios años al tener como profesor de piano al compositor Luis Emilio Mena Valerio, director de la escuela, y de teoría y solfeo a don Andrés Mejía y doña Cristiana de Lajara.

Rueda tenía entonces poco más de treinta años y estaba en el apogeo de su carrera musical y literaria. En 1957, su obra teatral *La trinitaria blanca* fue galardonada con el Premio Nacional de Literatura, como se denominaba entonces al máximo reconocimiento otorgado por el Gobierno a la obra más sobresaliente del año, y en esa década dio recitales y conciertos, hizo música de cámara y acompañó a renombrados solistas. He olvidado las piezas que interpretaba por televisión en aquel tiempo, salvo un rondó de Mozart que me impresionó, percatándome ahora que fue por el sentimiento y la alada frescura de su ejecución al piano y sus

convincentes explicaciones. Sí recuerdo, más adelante, su electrizante interpretación del *Concierto para la mano izquierda* de Ravel que él estrenó en el país a mediados de la década siguiente, y muchas obras más a lo largo de años, de Bach a Gershwin, y que formaban parte de un repertorio acaso no muy extenso, pero que él tocó siempre con pasión y brillantez. Porque lo importante en el Rueda pianista fue siempre, más allá de posibles alardes de virtuosismo, su comprensión de las obras y la manera única de proyectarlas al oyente, con esa mezcla inconfundible de profundidad teórica y certera intuición, de elegancia y dominio técnico, ese modo siempre convincente de «hacer música» en cualquier lugar y circunstancia.

En 1963 tuvo lugar mi primer encuentro personal con él durante una visita a su oficina de director del Conservatorio Nacional de Música, adonde fui con la ilusión de inscribirme como «estudiante libre» y continuar el piano, una vez concluida la fase elemental bajo la tutela del maestro Mena. La razón era simple: en septiembre de 1962, con dieciséis años cumplidos, había comenzado a trabajar como oficinista con jornadas de ocho horas diarias y no tenía tiempo para asistir al Conservatorio. El encuentro fue breve e intrascendente para él pero doloroso para mí, ante su negativa a que me inscribiera sin asistencia regular a esa institución, algo inexistente, y a todas luces, inaceptable. No valieron razones, lo que no impidió que siguiera admirándolo por ser un artista excepcional a quien seguía como espectador y oyente en sus actuaciones en el Palacio de Bellas Artes, en el Paraninfo de la universidad estatal, donde una noche lo escuché tocar una sonata de Beethoven y creo que la de Richard Strauss junto al violinista Carlos Piantini, y más tarde en el Teatro Nacional en muchas ocasiones. Se puede decir que no había recital, presentación o concierto de los más connotados intérpretes nacionales de aquel momento que prescindieran de su opinión y consejos. En

su estudio recibía a sus discípulos, pero también acudía mucha gente del ámbito cultural, músicos, dramaturgos y actores.

Un segundo encuentro, también fugaz e irrelevante, ocurrió a principios de los setenta, durante la boda de una amiga de mi hermana en la que esta cantó, y a la que asistieron él –profesor de la novia– y su inseparable amiga Aura Marina del Rosario. Al salir nos saludamos, pero no hubo conversaciones, ni siquiera comentarios de lo que había ocurrido en la iglesia. Él estuvo muy circunspecto, prueba de que se encontraba allí por compromiso, pero en el fondo impaciente por marcharse.

Su hegemonía musical fue indiscutible y se prolongó por casi medio siglo. Casi todos respetaban su criterio y músicos del calibre de Jacinto Gimbernard, François Bahuaud y Julio de Windt, con quienes compartió en los escenarios más de una vez, lo escuchaban con respeto cuando hacía observaciones o comentarios. No hubo actividad ni año –diría que entre los cincuenta y los noventa– en los que él no tuviera algún tipo de contacto o injerencia directa en lo que se tocaba o hacía en Santo Domingo, en la labor de los talentos emergentes. Prueba palmaria de ello fue la aparición de varios pianistas que se formaron bajo su guía y auguraban un futuro promisorio, como Miriam Ariza, Milton Cruz, María de Fátima Geraldés y María Irene Blanco, entre otros, a quienes guió siempre desde que eran niños.

El caso de Miriam fue muy especial, pues cada recital o concierto suyo era diseñado por su maestro. Si ella fue una espléndida pianista, de ejecución impecable, su repertorio se enriqueció de continuo bajo la égida del artista, tocando con éxito numerosos recitales y conciertos de Mozart, Beethoven, Chopin, Schumann y Tchaikovsky. Después que él falleció ella dejó de tocar en público, abrumada por el silencio, el vacío y el ostracismo interior que la llevó a alejarse de todo hasta su partida.

El otro discípulo sobresaliente fue Milton Cruz, que continuó su carrera ascendente al emigrar a Estados Unidos, donde tocó y enseñó durante años. Era un pianista dotado de unas destrezas extraordinarias, que puso a prueba en la ejecución de obras de los más variados estilos y compositores.

En cuanto a María de Fátima Geraldés, Rueda la siguió de cerca incluso después de su regreso de Europa, donde ella se especializó. Me consta su empeño para que consiguiera los mejores resultados del *Concierto en sol mayor* de Ravel, que María de Fátima ensayó una y otra vez en el estudio del maestro, y la minuciosidad con que él comentaba cada movimiento, sobre todo el intermedio, que es una oración meditativa llena de expresividad sonora; así como las recomendaciones que ella recibió cuando preparaba los discos compactos con música de Bullumba Landestoy, Julio Alberto Hernández y sobre todo *Compositores dominicanos*, que ella grabó para el Banco Central, con una introducción acerca de cómo se tocaba el piano en Santo Domingo a principios del siglo veinte, un texto que el artista comenzó a escribir y nunca terminó porque le sorprendió la muerte.

A María Irene, dotada de sensibilidad y una facilidad técnica incuestionable, su maestro nunca dejó de insistirle en que tenía que sacar provecho de sus habilidades musicales y que ella ha sabido proyectar después en su carrera pedagógica en el Conservatorio Nacional de Música, institución que dirige.

Con Ivonne Haza y Arístides Incháustegui, Rueda vivió, como pianista acompañante, sus años de mayor proyección en el exterior, con presentaciones en Puerto Rico, Cuba y México, entre otros. A Arístides le tenía un gran respeto musical y personal, por lo que su trabajo en común por lo general alcanzaba niveles de excelencia.

II

El otro universo de Rueda era la creación literaria. Por esos extraños azares del tiempo, nací como escritor a principios de los setenta del siglo pasado, empujado por una vocación que fue haciéndose cada vez más imperiosa, así que el trabajo literario me acercó nuevamente a su esfera. En 1978, con una antología y dos libros de cuentos publicados, me encontraba en el fragor de la redacción del libro *Estudios de poesía dominicana* y solicité al artista que me recibiera en su hogar de la avenida Pasteur para leerle lo que había escrito, y él aceptó. Aquella tarde escuchó muy atento mi lectura del análisis de su obra poética. Ante la discrepancia entre nosotros respecto a mi interpretación de su incomparable libro de sonetos *Las noches*, su reacción no se hizo esperar y me expresó su desacuerdo como solía hacerlo, con palabras descarnadamente sinceras y en un tono admonitorio que revelaba su inconformidad. Lo único que se me ocurrió decirle en aquel momento fue que si él me lo pedía yo iba a eliminar ese segmento del ensayo. Pero él se negó de plano, diciéndome que esa era mi opinión y que no quería que la suprimiera. Así que el ensayo salió íntegro cuando *Estudios de poesía dominicana* fue publicado por la editora Alfa & Omega en 1979, gracias al generoso apoyo de Miguel Cocco, que también auspició dos libros de Rueda que obtuvieron el Premio Anual de Poesía (*Las edades del viento. Poesía, 1947-1979*) y el Premio Anual de Teatro (*El rey Clinejas*).

Pienso que en ese momento, y a partir de entonces comenzó una relación de amistad y colaboración entre nosotros que fue estrechándose con los años, y que incluyó a mi esposa Ida y mis hijos Ernesto, Yelidá y César –a quien él vio nacer en 1980. Los recuerdos de su afectuoso y continuo trato con nosotros son demasiados para contarlos aquí, pero no puedo olvidar la cálida acogida que nos daba en su casa, en cientos de espléndidos tés que él llamaba

«franciscanos», pero que eran en verdad «pantagruélicos», ofrecidos los domingos a los miembros del Mariachi –grupo de músicos y amigos íntimos– cuando nos reuníamos para leer y escuchar música; las celebraciones de sus cumpleaños, que esperaba con ansiedad de niño y que gozaba como nadie en medio de obsequios y palabras de cariño; cuando venía a casa a cenar con Aura Marina, donde lo esperaban los platos preparados por Ida, y luego las interminables pláticas de sobremesa; sus invitaciones después de un concierto en el Teatro Nacional, para ir a cenar al «Marisol», un comedor de obreros ubicado en la calle María Montez, en los alrededores del Cementerio Nacional, o a comer sándwiches a la Barra «Dumé» en la avenida 27 de Febrero esquina Defilló, donde la gente nos observaba sorprendida al ver trajeadas a Ida y Aura Marina, y a nosotros ensacados en ese lugar; los regalos que a través de los años nos hizo, sobre todo de libros y discos que aún conservamos en un lugar especial; su interés por el desarrollo educativo de nuestros hijos, incluso asistía a los actos importantes, pues estuvo presente junto a Aura Marina en la graduación de Ernesto como bachiller en el Colegio Dominicano de la Salle en 1990, y fue a su boda, años después, celebrada en gran intimidad familiar y a la que solo él y Aura Marina fueron invitados en representación exclusiva de nuestros amigos.

Ser amigo de Manuel Rueda era sin duda un honor, pero también un desafío constante, pues el afecto no suavizaba la severidad de sus juicios críticos ante lo que uno escribía. Jamás la diplomacia fue norma en sus relaciones con sus colegas o discípulos, y esa sinceridad al rojo vivo, sin atenuantes ni matices, fue la causa de innumerables desencuentros y malquerencias con mucha gente a lo largo de su vida musical y literaria. Sin embargo, tuve claro desde el principio mi condición de aprendiz ante aquel coloso montecristeño que parecía saberlo todo en materia musical y literaria, y en cuyas opiniones, por cáusticas que fueran, había

siempre un sustrato de razón indiscutible. Sus comentarios podían resultar hirientes por la inclemencia del análisis y el rigor del enfoque, pero una base de honestidad intelectual sostenía el juicio crítico, a menudo apasionado y torrencial. Tenía conciencia de que era un artista excepcional, pero sabía reconocer a sus pares. Admiraba, por ejemplo, a Franklin Mises Burgos por su incomparable poesía, elogiaba a Juan Bosch por su vigorosa narrativa, respetaba a Héctor Incháustegui Cabral, a quien le atribuía un saber universal, para solo mencionar a tres grandes. El problema estribaba en su impulso indomeñable que lo llevaba a romper lanzas con demasiada frecuencia, su inconformidad con un medio cultural tan restringido como el nuestro, su intolerancia frente a la mediocridad, que provocaba en él incontrollables estallidos de ira, y sus temores, reales o imaginarios, derivados su propia vulnerabilidad personal.

Rueda escribió, a lo largo de medio siglo de actividad literaria, una obra proteica e indispensable de la que me he ocupado en otros escritos y que no voy a analizar de nuevo aquí. Como músico, maestro y escritor dejó un legado que debe ser tomado muy en cuenta por las nuevas generaciones. Si no llegó más lejos como pianista fue quizá por haberse conformado con ser un «viajero inmóvil» mecido por las ramas de los almendros del viejo apartamento de la avenida Pasteur donde vivió.

III

Durante veinte años (1979-1999) tuve el privilegio de seguir la estrella ascendente de aquel artista y escritor que parecía quedarle grande a este país, y él lo sabía; un hombre que libró muchas batallas en su afán de engrandecer las artes y las letras dominicanas, no solo como pianista, poeta, dramaturgo, crítico, narrador, folklorista y gestor cultural de vastas propor-

ciones desde su posición de director ejecutivo de la Fundación Corripio desde que la creara don Manuel Corripio García, y como director del suplemento *Isla Abierta* durante dos décadas, sino también como pensador original y paradigma intelectual de una generación brillante.

En la Fundación Corripio –con la asesoría del padre Óscar Robles Toledano y el doctor Jorge Tena Reyes, y el auxilio de doña Pilar Albiac– Rueda creó la «Biblioteca de Clásicos Dominicanos» para recoger, en ediciones muy cuidadas por su asistente Andrés Blanco Díaz y con prólogos escritos por los más reputados intelectuales del país, las obras fundamentales de la literatura nacional, desde Cristóbal Colón hasta nuestros días, pasando por las figuras cimeras del siglo diecinueve, hasta cubrir las más altas expresiones de nuestras letras en la novela, la poesía y el ensayo. Por otro lado, ideó la colección «Prisma», para acoger obras de autores consagrados y de actualidad. Asimismo, dirigió con mucha entrega el otorgamiento del Premio Nacional de Literatura que él mismo recibió en 1994. Tenía autoridad y un envidiable saber humanístico para ejercer un ascendiente clave en el jurado, compuesto entonces por el secretario de Educación (luego ministro de Cultura) y los rectores de varias universidades importantes del país. Cuando uno revisa la lista de galardonados entre 1990 y 1999, años en que él coordinó personalmente las sesiones del jurado, se percata de que el Premio Nacional de Literatura fue conferido a los más calificados representantes de la literatura dominicana, y que si algunos no lo recibieron teniendo sobrados méritos para merecerlo –pienso ahora en Freddy Gatón Arce–, fue por esas malas pasadas con que la muerte impide que se realice un acto de justicia.

En cuanto al papel en la cultura dominicana del suplemento *Isla Abierta* –donde contó con el apoyo de la escritora Soledad Álvarez y de Andrés Blanco Díaz–, todavía está pendiente un balance desapasionado sobre el alcance de esa publicación se-

manal esperada por todos, que sirvió de guía a los artistas plásticos, escritores, músicos y lectores de todo tipo que buscaban en sus páginas la orientación adecuada sobre las palpitaciones culturales del país; un suplemento que publicaba trabajos a un sinnúmero de colaboradores de distinta orientación y nivel – escritores y críticos, pero también arquitectos, sociólogos, antropólogos e historiadores–, y sobre todo un medio único cuyos editoriales, escritos cada semana por el propio Rueda, constituían hermosos ejemplos de ensayos críticos o reflexiones y comentarios sobre una serie de temas que fueron formando un cuerpo teórico sobre la idiosincrasia del pueblo dominicano. Por eso creo que es imposible escribir un perfil de lo dominicano sin abreviar en esa fuente nutricia que constituyeron las opiniones de Rueda en *Isla Abierta*, por fortuna reunidas póstumamente en *Una voz* en la colección «Prisma», dos volúmenes recopilados y preparados por Andrés Blanco Díaz.

Durante dos décadas completas también fui testigo excepcional del método de trabajo de mi maestro, mentor y amigo, nuestro querido Manolo, como todos le decíamos, y de su indiscutible hegemonía sobre artistas y escritores de cualquier generación, pues los grandes de aquí lo respetaban, como me consta por revelaciones de Mises Burgos, Incháustegui Cabral y Gatón Arce –para solo mencionar a tres poetas medulares del siglo veinte–, y los jóvenes lo admiraban y aprendían de él siempre. Y ahora pienso en Jeannette Miller, Luis Manuel Ledesma, Soledad Álvarez, Alexis Gómez, José Enrique García y Cayo Claudio Espinal, entre otros. En cuanto a mí, no tengo palabras para describir lo que significó su magisterio. Fueron muchas las lecciones no escritas que recibí de él, algunas severas, pero nunca superfluas ni inútiles, por lo general cruciales para un escritor entonces joven que avanzaba a tientas sin decidirse por el sendero que debía tomar. A veces lo que le molestaba era

el empleo de un simple término, como ocurrió una noche en el apartamento frente a Bellas Artes donde entonces vivíamos Ida y yo junto a los niños, cuando le leí un cuento de *Las máscaras de la seducción* y Manolo objetó el uso de un adjetivo que terminé cambiando, para bien del texto, claro.

Hubo muchísimas otras vivencias de su riguroso método de trabajo, como aquella participación nuestra en el seminario sobre el dictador en la novela latinoamericana, que Rosa María Vicioso organizó en el Voluntariado de las Casas Reales en 1980, y que Manolo aprovechó para hacer un ensayo magistral sobre la presencia del dictador en la narrativa dominicana que yo mismo le pasé a maquinilla. No hubo novela o cuento sobre el tema que se le quedara sin leer o releer, y con bisturí de taxonomista fue analizando el aporte de cada autor en un trabajo referencial hoy casi olvidado, sino fuese porque lo incluyó en *Imágenes del dominicano* (1998), publicado en la Colección del Banco Central. Y qué decir de la experiencia que significó compartir con él, cuando yo apenas tenía poco más de treinta años, en los concursos de los Premios Siboney (1979-1985) patrocinados por el empresario Vincenzo Mastrolilli, en manos de un jurado de lujo integrado por Héctor Incháustegui Cabral, Pedro Troncoso Sánchez, Hugo Tolentino Dipp, Freddy Prestol Castillo, Virgilio Díaz Grullón, Ramón Francisco, Antonio Zaglul, Marcio Veloz Maggiolo –que fungía como secretario de los premios–, y donde Manolo era jurado de poesía junto a Freddy Gatón Arce y Máximo Avilés Blonda. Las sesiones de trabajo, las discusiones, los intercambios entre esos maestros y sobre todo las selecciones de ganadores de los distintos galardones –una auténtica cantera de nuevos talentos de las letras nacionales– constituyeron para mí la mejor escuela en aquellos años inolvidables.

También me tocó ver el nacimiento de *Todo Santo Domingo*, un hermoso libro de fotografías que pocos recuerdan ya, en versio-

nes en español e inglés, publicado por el Círculo de Coleccionistas de la Fundación Dominicana de Desarrollo, gracias al empeño del amigo Camilo Suero Marranzini, entonces funcionario de esa entidad, cuya participación en el proyecto fue decisiva para su materialización, realizado con esmero por la Editorial Escudo de Oro de Barcelona. A Manolo le presentaron unas doscientas y tantas fotografías del Santo Domingo colonial y otros lugares del país, y él debía escribir un número específico de líneas, ni más ni menos de las requeridas, para acompañar las impactantes fotos a color. Un libro para turistas, es cierto, pero escrito impecablemente por un intelectual de enorme bagaje cultural que conocía como pocos la historia del país, al que amaba con todo su corazón. Cuando me pidió que lo presentara en público, una noche de verano de 1980, sentí que me concedía un privilegio.

Acompañé a Manolo en su aventura creadora en otras obras que no puedo omitir en este apretado memorial, como la estructuración de *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), que reúne sus magníficos cuentos y dos novelas cortas deliciosas: la que da título al volumen, fruto de su postración a causa de una hernia discal que lo mantuvo en cama muchos meses y que le hizo reflexionar sobre la inmovilidad y la parálisis, así como en la imaginación y el deseo como válvulas de escape. La otra es «Laura en sábado», en la que expone las lacras de la élite social capitalina y su vinculación con individuos del pueblo, y donde palpitan con fuerza sus experiencias de la nocturnidad en la parte alta de la ciudad. Es un libro injustamente olvidado pese a sus excelencias literarias, y que a mí me tocó también presentar en el Voluntariado de las Casas Reales ese mismo año.

Vi gestarse y nacer su extraordinario libro de poesía *Congregación del cuerpo único* (1989), al que en su momento le dediqué un extenso ensayo. Esa obra es una aventura estética y personal que parecía insuperable y en la que su autor había alcanzado la

cima de su madurez estética, y con la que exploró las dimensiones ontológicas del cuerpo, los múltiples sentidos de la máscara, pero también es un conjunto de estremecedoras visiones sociales y políticas, por un lado la crudeza de la vida en la frontera y el horror del genocidio haitiano, y por otro el insostenible detritus de la expansión urbana.

Manolo entregó al público lector una de sus mejores obras narrativas en 1994: *Bienvenida y la noche*, recreación ficticia de la boda de Trujillo y Bienvenida Ricardo en Monte Cristi en 1927. Se trata de una extraordinaria novela corta –por más que él la subtulara modestamente «crónica montecristeña»–, que nos leyó una noche a sus amigos y a la que dediqué un extenso prólogo cuando Bernardo Vega hizo la primera edición para la colección de la Fundación Cultural Dominicana. En 1995, a petición del escritor Pedro Vergés, que había iniciado con entusiasmo la colección «Biblioteca Básica Dominicana» a base de pequeños volúmenes ilustrados, impresos en Editora Alfa & Omega, Manolo preparó *Materia del amor*, una antología poética estructurada pensando en los jóvenes –con fotografías del autor en distintas épocas y un extenso prólogo explicativo que me pidió–, y que ambos armamos con lo esencial de su poesía, aunque dejamos fuera muchos textos valiosos.

En 1996, a instancias del amigo Jorge Tena Reyes, entonces subsecretario de Educación, trabajamos juntos en la preparación de los cuatro volúmenes de *Dos siglos de literatura dominicana* –que años más tarde reeditó la Fundación Corripio bajo el título de *Antología mayor de la literatura dominicana*–. Fueron largos meses de trabajo, elaboración de fichas de autores, análisis de textos, y sobre todo la dolorosa decisión de no poder incluir a todo el universo de escritores en los gruesos tomos, algo que provocó quejas y ataques, como siempre ocurre cuando se publica una obra de este tipo, tan personal y subjetiva. Los comentarios de Manolo para ex-

plicar las obras de los poetas que incluyó en su selección constituyen insuperables ensayos de interpretación sobre nuestra poesía de los siglos diecinueve y veinte, por lo que hoy resultan textos de consulta obligada para estudiosos e interesados.

En los noventa compartimos otras experiencias editoriales que pueden considerarse trascendentales para las letras dominicanas. Primero la obra teatral *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* (1996), cuyo manuscrito yo mismo deposité en el Instituto de Cultura Hispánica en Madrid para concursar en el Premio «Tirso de Molina». Manolo me decía: «¿Tú crees que un dramaturgo de una isleta como la nuestra les va a ganar a esos grandes del teatro de España e Hispanoamérica?» A lo que yo le respondía: «Ya escribiste la obra, que a todos nos parece excelente. No te corresponde evaluarla. Veremos qué pasa». Así que en septiembre de 1995, en mi primer viaje a España, llevé conmigo el original que Arístides Incháustegui había pasado en limpio, y tres meses después Manolo recibió una llamada de los organizadores del certamen, para informarle que había triunfado sobre más de doscientos participantes, noticia que lo hizo feliz y a nosotros nos llenó de orgullo, y que contribuyó a proyectarnos en otras latitudes.

Las últimas vivencias imborrables tienen que ver con la publicación de *Las metamorfosis de Makandal* (1998) en la Colección del Banco Central, gracias a la apertura y sensibilidad del gobernador Héctor Valdez Albizu. Esa obra, una de las cumbres de la poesía dominicana de cualquier época, suscitó un inesperado revuelo en el mundillo literario local debido a un poema donde Manolo compara con ratas a varios presidentes de la República. Su traviesa genialidad jugaba de nuevo con la ironía y el sarcasmo, aunque esa no fuese la esencia del libro, en el que bucea en su propio mundo interior, hace un despliegue de lo real maravilloso para abordar un abigarrado conjunto de seres

del panteón antillano, y plantea de una manera desgarradora el problema de la dominicanidad y sus orígenes. Por suerte para el autor y los editores, el libro conquistó el Gran Premio de la Feria Internacional del Libro en 1999, cuando al autor le quedaban apenas unos meses de vida.

A Manolo le gustaba leer lo que escribía y que uno le leyese lo que había escrito. Su oído, siempre atento, detectaba de inmediato los problemas de escritura, no solo de sintaxis, o propiedad del léxico, que son los más evidentes, sino los estructurales, los que tienen que ver con la coherencia de un texto y los nexos entre lo temático y lo formal, las dificultades semánticas, el sentido, en fin, para que un escrito trascienda el mero contenido. Como poeta de excepcional dominio del ritmo y las sonoridades internas del verso, Manolo era capaz de adivinar al vuelo cualquier escollo, despropósito o impostura, y no vacilaba en señalarlo sin contemplaciones, con voz estentórea y la mayor dureza.

Pero bajo esa aparente crueldad que muchos consideraban insufrible, había un olfato de sabueso, un radar que descubría la incompetencia, la deshonestidad intelectual y la mediocridad en cualquier situación, y que no hacía concesiones de ninguna índole. Por eso ciertos escritores que acudían a él en busca de encomios no le perdonaban su mordacidad y algunos huían des-pavoridos para no acercarse jamás. Otros no comprendían que aquel temible vozarrón le servía de talismán para exorcizar las amenazas de un medio hostil. Pero en el interior de aquel hombrón impulsivo, de contagioso humor, sonoras carcajadas y salidas brillantes, habitaba un ser humano en extremo sensible, un ser indefenso aunque de saber enciclopédico e infalible sentido crítico, capaz de radiografiar a su interlocutor con la mirada y llegar sin demora a sus motivaciones íntimas. Manolo era también un hombre familiar y afectuoso, leal a sus amigos, que se prodigaba para halagar y complacer. Un manirroto que no llevaba la

cuenta de sus gastos. Era, en suma, un grandullón vulnerable, pero también un individuo incapaz de traicionarse en una interpretación o un juicio crítico, y que vivió siempre en busca de las recónditas verdades del ser humano y el arte.

IV

Si la estrella literaria de Manolo no cesó de resplandecer en el firmamento con una luz cada vez más deslumbrante a medida que se acercaba a su final, la musical fue perdiendo su vigor poco a poco. En septiembre de 1981, durante los *Conciertos de Beethoven* que Arístides Incháustegui, en su condición de director de Bellas Artes, había organizado en memoria del genio de Bonn, Manolo tocó el *Concierto número uno en do mayor*, uno de sus caballos de batalla preferidos, y ese mismo mes el *Triple concierto*, acompañado de Jacinto Gimbernard y François Bahuaud, bajo la dirección del maestro Julio de Windt, experiencia que repitieron en el Festival Casals de Puerto Rico.

En septiembre de 1986 estuvo sumergido en el estudio e interpretación de los *Conciertos números 18 y 27 para piano y orquesta* de Mozart –el primero, hermoso en su sencillez y sus interesantes armonías; muy sugerente el segundo, por su singular belleza, donde el genio de Salzburgo alcanzó la gloria–, y el concierto para dos pianos que interpretó junto a Miriam Ariza, con «cadenzas» del propio Manolo. En las «Bodas de Oro de Piantini con la Música», en mayo de 1987, tocó junto a Miriam la *Suite Scaramouche para dos pianos* de Milhaud. Volvió a tocar *Noches en los jardines de España* de Manuel de Falla, obra de cuya interpretación se enorgullecía; e intentó recuperar el misterio del *Concierto para la mano izquierda* de Ravel que tanto amaba, en una etapa otoñal que le traía demasiados recuerdos de su briosa juventud. Su última actuación en público se produjo el 5 de

agosto de 1991 con la contagiosa *Rapsodia dominicana* de Luis Rivera, una obra que había elevado al más alto nivel, por ese sentido rítmico y buen gusto musical que poseía Manolo. Aunque había intentado presentarse en la temporada de la Orquesta Sinfónica con la transcripción para piano del *Concierto para violín y orquesta en re mayor* de Beethoven, le faltaron fuerzas para lograrlo y desistió en el ensayo general con la orquesta. Como no se traicionaba a sí mismo, sabía que había empezado en él un proceso de desconcentración cada vez más acentuado, y sobre todo temía a las fugaces perfidias de la memoria. A partir de ahí no volvió a presentarse en público, y solo tocaba para sus amigos en la intimidad del hogar.

El último año vida de Manolo fue un lapso muy triste en el que se mantuvo ensimismado. Guardó silencio ante los embates del cáncer que iba corroyendo sus entrañas subterráneamente, pero la indisposición, el semblante cetrino, la inusual delgadez, el malhumor, la inapetencia y las recaídas ocasionales que lo mantenían en cama, alejado del mundanal ruido, delataban un proceso indetenible cuyas consecuencias finales nos atemorizaban a todos. A pesar de eso, estuvo en nuestro hogar varias veces, para disfrutar de algún encuentro con sus amigos del Mariachi, y se notaba que hacía grandes esfuerzos para mostrarse jovial y animado. Manolo estaba lleno de proyectos musicales y literarios, y murió asido a utopías imaginarias sin posibilidad de materialización, ilusionado con una recuperación que no llegó y la esperanza de verse nuevamente iluminado por los destellos de una vida que se aproximaba a su final. Así partió a la eternidad la tarde del lunes 20 de diciembre de 1999, dejándonos en la más absoluta orfandad afectiva e intelectual.

La muerte de Manolo ha constituido para mí un cataclismo interior de enormes proporciones. De repente me quedé sin amigo, sin maestro, sin mentor, sin padre, sin el hermano con quien po-

día hablar de lo humano y lo divino, sin prejuicios ni justificaciones innecesarias. Nos bastaba la palabra como hilo conductor de la memoria y los afectos, de la razón y el espíritu, de las pasiones y los sueños. Ahora solo me queda el consuelo de su obra, que leo y releo sin cesar, intentando descifrar el enigma de su vida, aunque sé muy bien que mi esfuerzo es inútil, porque, como muy bien lo dijo él en un verso memorable de un soneto de *Las noches*: «El secreto es el signo del que nace».

José Antonio Molina

Breve testimonio del maestro Manuel Rueda

Me siento profundamente privilegiado de haber tenido la dicha de conocer y compartir musicalmente con el gran maestro del piano don Manuel Rueda, a quien me unen dos episodios de mi vida artística que quisiera compartir a través de este testimonio.

En septiembre de 1984 estaba en la agenda de la Temporada de la Orquesta Sinfónica Nacional el maestro Manuel Rueda, para interpretar el concierto para piano y orquesta de Edvard Grieg, faltando apenas un mes para el concierto, el maestro Rueda tuvo que cancelar su presentación; en ese entonces me encontraba en el país de vacaciones y fui contactado por el maestro Julio de Windt, quien me planteó la posibilidad de sustituir al maestro Rueda interpretando dicho concierto. Fue así como nació la oportunidad que todo joven pianista sueña para hacer mi debut junto a la Orquesta Sinfónica Nacional, a los 24 años de edad, en el Auditorium del Palacio de Bellas Artes.

Al cabo de los años tuve la dicha de colaborar con el maestro Rueda y el exquisito cellista de origen francés François Bahuaud, como jurado del Premio Nacional de Música José Reyes; en reiteradas ocasiones nos reunimos para analizar y seleccionar la obra ganadora en el estudio de la casa del maestro Rueda.

Él solía pedirme tocar en el piano las partituras de orquesta enviadas al concurso en aquellas obras que no tenía reducción para piano, y me hacía sentir siempre muy especial, cuando públicamente elogiaba la facilidad, para él asombrosa, que yo tenía para leer en el piano esas partituras instrumentadas para gran orquesta.

Estos son eventos que marcaron mi vida como músico e instrumentista, por lo cual me siento muy afortunado de ha-

ber pertenecido a ese selecto puñado de músicos que tuvo la dicha de colaborar tan cerca con quien es considerado el más grande pianista dominicano de todos los tiempos.

José Báez Guerrero

Evocación de Manuel Rueda

Estimo un privilegio inmerecido que se me solicite unirme al homenaje a Manuel Rueda. Pero me alegra inmensamente la oportunidad de referirme a un creador de finísima sensibilidad cuya obra se basta a sí misma para establecer su trascendencia en las letras hispanoamericanas.

El infierno grande que es este rincón chico del Caribe tuvo entre las más emblemáticas víctimas del envidioso encono de poetastros del patio a uno de los más cultos y amables artistas de todos los tiempos dominicanos: Manuel Rueda (1921-1999).

Manolo para sus amigos, maestro para discípulos del Conservatorio, profesor para universitarios ávidos de sus luces, Rueda fue también un formidable promotor cultural desde las páginas del suplemento literario *Isla Abierta* del periódico *Hoy* y como director fundador de la Fundación Corripio, Inc.

Mi mentor Óscar Robles Toledano, el inolvidable P. R. Thompson de las lides periodísticas, fue quien me presentó a Rueda. Pese a que tuve poco trato personal con él, vicariamente le sentí siempre cerca no sólo por el padre Robles, sino también como admirador suyo y lector de sus obras y de su *Isla Abierta*.

«Es un artista». La sencilla frase del doctor monseñor Robles Toledano, quisquilloso para el elogio pero inmenso en la profundidad de sus juicios, es quizás la mejor descripción que he escuchado de Rueda, cultor extraordinario de la poesía, la música, el teatro y otras formas literarias. Sin embargo, por encima del resultado de su aprovechada aplicación a sus estudios abonada por una inteligencia descomunal, quienes más le trataron han destacado su calidad humana.

De entre sus amigos que puede decirse fueron sus mejores discípulos están José Alcántara Almánzar y Soledad Álvarez,

cuyas obras hablan no sólo de sus propias capacidades sino también de cuán privilegiados fueron al disfrutar casi filialmente de un consejero tan proteico y fecundo. Recuerdo la anécdota de un joven profesor de Derecho de la UNPHU que al serle presentado el maestro Rueda sólo atinó a expresar cuánto gusto sentía por saludarle, «puesto que sabía que él era medio poeta». A lo que vino la respuesta: «Gracias por concederme la mitad...».

Tuve siempre la curiosidad, aún insatisfecha, de ver si quizás era pariente suyo mi abuelo Tuto Báez, quien como Rueda tenía el apellido materno González y nació igualmente en Monte Cristi. Dado mi interés por la genealogía tengo pendiente esta tarea...

Casi al final de su vida, Rueda accedió a que fuera publicado su extenso poema *Las metamorfosis de Makandal*, donde reveló cómo el tiempo había condensado su calidad expresiva al regalar al público «el esguince de una escritura que nos tiene prisioneros en los albores de toda verdad», como rezan tres de sus versos. El protagonista varón Makandal se desdobra como la sensual liniera Anaïs, de manera inversamente parecida a como la diosa griega Palas Atenea se transmuta en Méntor para salvar a Telémaco en *La Odisea*. Toda la fuerza dramática de la mejor tradición helénica queda vertida en un extraordinario poema casi autobiográfico que incluye referencias a sus raíces montecristeñas y a su «pluralismo».

Aparte de pianista y poeta –ambas cualidades quizá manifestaciones de una misma música– Rueda fue autor en los géneros de teatro, ensayo, novela y cuento, laureado múltiples veces aquí y en otros países, como Chile y España. Compuso, entre varias obras, un cancionero litúrgico que le requirió el Obispado de Santiago.

Pero su calidad humana, que en su circunstancia requería de altísimas dosis de magnanimidad y hombría de bien, es

TESTIMONIOS

para mí el rasgo que sobresalía de entre tantas y altísimas virtudes demostradas. En un país con tantos geniecillos de ópera bufa, con más vocación a demeritar o destruir la obra ajena que a construir la propia, la bondad de Manuel Rueda es una luz afincada en una obra sólida y admirable; es un faro que nos guía hacia el futuro...

José Chez Checo

Manuel Rueda en el recuerdo

Dos grandes cualidades, entre las múltiples facetas que poseyó quien con justeza podría ser llamado «un dominicano del Renacimiento», logré admirar en Manuel Rueda, especialmente en las últimas décadas del pasado siglo.

Hacia finales de los 70, laboraba en el Museo del Hombre Dominicano, con el cargo oficial de encargado de Publicaciones, y cada vez que asomaba una duda acudía a Rueda en busca de orientación o de algún conocimiento. En otras ocasiones lo llamaba para solicitarle, en nombre de su director de entonces, licenciado Bernardo Vega, alguna colaboración, como podría ser las palabras de presentación en la puesta en circulación de alguna obra científica editada por la institución. Manuel Rueda, siempre generoso intelectualmente, nunca dijo que no las veces que acudí a él.

Hacia los años 80, durante el período de gobierno de don Antonio Guzmán Fernández, la entonces Secretaría de Estado de Agricultura, que dirigía el agrónomo Hipólito Mejía, organizó un extraordinario evento que no ha vuelto a repetirse en los últimos 35 años: una especie de concurso-festival denominado «Alma y Tierra». Manuel Rueda, que conocía bien el folklore dominicano como lo atestigua su obra *Adivinanzas dominicanas*, era el coordinador general del evento. Se trataba de visitar algunos municipios cabecera de provincias adonde acudían representaciones de comunidades rurales que exponían sus genuinas manifestaciones folklóricas. En dos ocasiones fui invitado por Rueda para servir de jurado con la función de seleccionar las más destacadas expresiones folklóricas. Aún recuerdo con agrado la visita a San Francisco de Macorís. Ahí me encontré con Reynaldo Infante, quien había sido mi compañero en el Seminario Mayor Santo Tomás de Aquí-

no, y contemplamos el desfile de numerosos grupos cantando o recitando salves, cantos de trabajo, Ave Marías, décimas, etc., algunas veces acompañados de diestros tocadores de palos. Todas esas actividades fueron grabadas y no sé si se conservan en alguna institución. En esos afanes era digna de admirar la gran capacidad organizativa de Rueda en el desarrollo de las mismas cuyo ritmo de realización fluía como si fueran piezas de piano, instrumento que él llegó a dominar con una destreza admirable. Esas grandes dotes organizativas y gerenciales también las mostró Rueda en otras áreas educativas y culturales a las que se vio ligado como pueden palparse en otros testimonios que figuran en esta obra.

Realmente, el país recuerda los años de presencia y el quehacer fecundo de esa gran figura intelectual que fue y sigue siendo Manuel Rueda, que debe servir de paradigma a las presentes y futuras generaciones dominicanas. Ha quedado su valiosa obra, el recuerdo de sus grandes virtudes y su inmenso talento que crecen y se aquilatan cada vez más con el correr del tiempo.

Santo Domingo, 15 de marzo de 2015.

José Enrique García

Manuel Rueda en mi memoria

Toqué la puerta del apartamento segundo de la casa de dos niveles de la calle Pasteur, y la abrió aquel hombre alto y de voz redonda y fuerte: *Pase, ya don Héctor me habló de usted*. Le expliqué el motivo de mi visita, le entregué un ejemplar del libro, lo miró y me dijo: *Déjeme en un papel dónde puedo localizarlo*. A los tres días me llamó. Cuando llegué, con inocultable ansia de conocer su parecer, me presentó a su madre, doña Marina, de la que fui amigo hasta su muerte. Me llevó a su estudio, donde regía, con seria majestad, el piano; me ofreció unos bocadillos, café... y luego, con el libro en la mano, lo abrió en una página: «Naturaleza muerta». Lo que ocurrió lo vine a entender con exactitud algunos años después. Rueda únicamente se detuvo en ese poema y, más aún, en un rasgo específico: tres zapatos. ¿Por qué tres zapatos, y no dos? Y así, vuelta y vuelta, reiteración y reiteración, nada más ahí, no en otro poema, ni otros rasgos o aspectos, sino por qué había escrito tres zapatos. Insistía para que justificara este empleo. Mis respuestas se movían en giros, mas tenía la certidumbre de que el empleo era correcto en el verso. Del libro no dijo nada más. Pero desde ese día nació una amistad que se prolongó los años que le restaban de vida.

Comprendí después que aquel ejercicio suyo era una forma didáctica que empleaba a conciencia. Él bien sabía que no había dificultad expresiva alguna, que era lógica la expresión para alcanzar la ambigüedad, sabía igualmente que la ruptura del sistema, de la logicidad discursiva, se violentaba con la selección de tres y no de dos ni cuatro. Y lo que no pude explicar con certeza se me abrió entero al estudiar las leyes de la expresividad, de la poesía, una en especial: la modificación del uso lingüístico, que abarca todos los componentes de la palabra, del signo, y hasta

los mismos contextos donde esta opera. Era la intuición aquella aplicación que luego advertimos como leyes.

A partir de entonces participé, de alguna manera, como oyente de sus libros. Y, desde luego, junto a Andrés Blanco, su compañero de trabajo en *Isla Abierta*. La última vez que hablamos, o más bien callamos, fue esta: sentados en el balcón de su apartamento pasamos un tiempo callados, en lejanías ya él. Una llamada rasgó el silencio: era Pepín Corripio. Agradeció la llamada. Habló con cierto ánimo y luego de un buen rato de conversación, regresó al silencio que lo iba redefiniendo. Trabajosamente se levantó, fue a su habitación, y salí de la casa. Al otro día lo ingresaron en la clínica...

En la vida de un creador, del género que sea –en su caso, de muchos–, después de la definida ausencia, nos quedamos con la creación, con sus obras, con sus testimonios; lo otro, lo biográfico, lo histórico, únicamente contextos, esto es, fuerzas que operaron como impulsos, mas no son esencias. Esencias son las obras que rejuvenecen de trecho en trecho y cuyo misterio se desnuda ante los ojos de nuevos receptores. Apagadas las cenizas, extinguidos los fuegos, la serenidad de entidades expresivas vuelve a arder en otros en los que nunca se previó que lo hiciera.

Rueda fue un hombre de su tiempo, abarcó con vitalidad su tiempo, tuvo conciencia de su destino y a él se aferró con todas sus fuerzas y convicción. Nunca tuvo fortuna; lo que sí poseyó desde muy temprano, que no dejó de adornarlo nunca, fue la majestad del talento. Y un destino al que se aferró desde la primera conciencia: ser raíz y altura de su tierra. Vivió de su trabajo y con temor de verse desposeído de los bienes que le cubrieran la dignidad. No negociaba sus criterios, pues en ello también radica

la esencia de su actitud creativa, su honradez intelectual, y, más que nada, el fundamento humano de su obra. En su último poemario, publicado póstumamente por la Fundación Corripio, se detiene en el poema de poemas, desde el ángulo estructural, el soneto, enfatizando su adhesión a la nobleza de esa construcción poética primigenia. Se incluye en este libro un poema clave para entender la cotidianidad de nuestro personaje, los conflictos inevitables con los otros, nos referimos a «Poema de los miedos»:

*Con miedo de vivir
de estar a la intemperie
–fuera o dentro de casa–
quieto como pregunta
que gasta día a día su respuesta,
cenizas que han ardido sin cesar
y quieren ser la forma.*

En las obras de un autor se suceden una serie de rasgos: temas, conflictos estructuras, recursos, léxico, visiones de vida, que se reiteran, entrecruzan, entretajan, complementan, contradicen, constituyendo el tejido expresivo total. Esas constantes constituyen los ejes centrales de la obra entera. Veamos algunos de esos ejes que dan sustento a práctica y obra:

1. Los temas y motivos primarios de la vida humana y de la literatura son tratados en los distintos géneros que cultivó, a saber: el afán del vivir, la muerte, el amor y su contrario, la alegría y su envés, el poder, la pobreza, las nimiedades ordinarias de los días, los pecados capitales. Geografía, fauna y flora, tipos humanos, la historia; su misma persona, autorretratada desde el humor y la seriedad en su transcurrir.

2. Se desplazaba desde lo muy clásico hasta lo muy popular. Desde el soneto hasta la descomposición y el grafismo. Desde el verso medido, contado con los dedos y definido por la fonética dicha en voz alta, hasta la del pluralismo.
3. Participó de dos momentos de las vanguardias dominicanas del siglo XX: primero en la Poesía Sorprendida, década del cuarenta, y luego en el Pluralismo, que fundó en la década del setenta. Sin embargo, nunca abandonó el verso y la estructura clásica.
4. Cultivó todos los géneros literarios: poesía, narrativa, cuento, novela, cuento infantil, teatro, ensayo. Y en cada uno dejó obras de genuinos valores expresivos.

Sobre la música –no poseo los conocimientos para valorar su aporte–, fui testigo en varias ocasiones en que, de forma muy natural, ejemplificaba conocimientos y destrezas. Una que recuerdo con la plenitud del momento es esta: una tarde me invita a escuchar y ver, sobre todo a ver, un ensayo que tenía con Miriam Ariza. Era una pieza de Beethoven. Y comenzó el ritual; él le decía: *Toca de este modo*, y ella así lo hacía. Entonces comentaba: *Así la toca X, ahora toca el mismo movimiento de esta forma*, y luego: *Así lo toca Z*. Y continuó hasta que ensayaron el estilo de doce pianistas. Hasta que concluyó: *Ahora tócalo de este modo, que ese es el tuyo*. Sin alteraciones, sin poses, sin aspavientos, así vi cómo asumía esa complejidad mayor que él nos hacía ver sencilla, inmediata, manejable...

*He aquí que tus manos se encuentran
te encuentran.*

Ya sabe el camino.

*En esa dorada inconsistencia de no poderse negar nada
llegan de las profundidades del secreto a la luz
en poco turbadas y remisas*

*solicitando misericordia
hasta que se conceden un dios:
la música.*

(«A la música. Meditación ante el piano». *Congregación del cuerpo único*)

La música era parte de su naturaleza, mientras que la literatura –la poesía, sobre todo– era la búsqueda de su extensión en la tierra.

5. Su obra posee dos elementos cohesionadores: el cuidado extremo del instrumento de expresión: la lengua, y sus temas y motivos esencialmente dominicanos. Esto último pone de manifiesto su entrañable amor hacia su país; pudo vivir en otros, realizar allí su obrar y alcanzar logros y nombradía internacional. Basta señalar que dos de sus compañeros chilenos, Gonzalo Rojas y Nicanor Parra, obtuvieron el Premio Cervantes. Él pudo ser un Premio Cervantes, pero anclarse definitivamente aquí, en este suelo, su suelo, donde los valores reales no se promueven, más bien se escamotean, le imposibilitó tal obtención. Y para ejemplificar: cuando Rueda nos leyó, como siempre, a Andrés Blanco y a quien escribe, la obra sobre Juana la Loca, al terminar le dije: Envíe ese libro al concurso Tirso de Molina que patrocina el Instituto de Cultura Hispánica que ganaría seguro, muy pocas personas pueden hoy escribir un texto en lengua española con esa elevación. Como el lenguaje –agregué– responde a un español general en el que prevalecen las propiedades expresivas, la obra se puede adjudicar a cualquier escritor en español, independientemente de su nacionalidad. Y le sugerí, además, que fuera depositada directamente en la oficina del ICH, que no la enviara por correo: en los concursos, el país de proceden-

cia es un factor a considerar. José Alcántara Almánzar depositó el manuscrito en el Instituto, y a los pocos meses llegó la noticia: *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* había ganado el premio Tirso de Molina 1995.

6. Un eje de su obra se encuentra en su labor crítica y didáctica, a la vez que desplegó un extenso y sistemático trabajo en periódicos nacionales, en especial en *El Caribe* en su columna «Giroscopio» y en *Isla Abierta*. Allí dio a conocer autores y asuntos pertinentes a las áreas de su competencia: la música, la literatura, el folklore.
7. Una palabra remite a Manuel Rueda: Renacimiento. Sí, era, dentro de la más plena modernidad, un hombre del Renacimiento. Su actitud hacia el conocimiento y la creación justifican esta consideración. Sabedor del destino con el que vino al mundo: crear, lo cumplió con exactitud y alegría. La curiosidad por el conocimiento no cesó nunca en él. En su memoria se asentaba lo muy antiguo y lo bien reciente que mereciera su atención: recursos retóricos propios de la tradición, estructuras poéticas viejas y nuevas estaban bajo su dominio. Permanecía al corriente de lo que acontecía en el mundo. Siempre se movió entre la modernidad, que impone y cuestiona, y la serenidad de los clásicos. Contaba las sílabas métricas con los dedos y con la mente, distribuía con exactitud los tonos en el verso libre. Nada se le escapaba: desde una inadecuada sinalefa que corroía el ritmo hasta un rebuscado fonosímbolo. Sus modelos en poesía fueron siempre los místicos: san Juan de la Cruz, santa Teresa, fray Luis de León, sor Juana Inés. No fue por casualidad que en su último poemario escogiera uno de los versos más perfectos y precisos en su íntima ambigüedad que posee la lengua española: «*luz no usada*», de la *Oda a Salinas*,

de fray Luis. Estudió profusamente a estos poetas, se sabía sus versos, los llevaba dentro:

*Luz de Teresa acógeme
enciéndeme
resguárdame
a la puerta de tu ciudad
que yo atravieso con mi infierno a cuestras
con mis demonios preferidos
a los que lanzo tres higas en tu nombre.*

(«Luz de Teresa (Recuerdos de un viaje a Ávila)» de *Congregación del cuerpo único*)

Una tarde, allá al fondo del periódico *Hoy*, en su sala de trabajo, en una de las tantas conversaciones que sosteníamos, me dice de pronto: «Tú ves, José Enrique, nosotros escribimos todo esto –se refería a narrativa, artículos, ensayo, etc. – *buscando un poema que nos sobreviva.*» A modo de ejercicio, bosquejo una lista de textos que cumplen con ese anhelo mientras exista esta tierra que les dio impulso y razón. Veamos:

Poesía: Cantos de la frontera, Con el tambor de las islas. Pluralemas, La colección de retahílas, A la luz de las crónicas, Congregación del cuerpo único, Las metamorfosis de Mackandal, y una selección de sus sonetos. Narrativa: De hombres y gallos, Palomos, Papeles de Sara, La bella nerudeana, Bienvenida y la noche. Teatro: La trinitaria blanca, El rey Clinejas, Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca.

Santo Domingo
17 de marzo de 2015

José Luis Corripio Estrada

No parece apropiado que un empresario emita juicios sobre un inmortal de la literatura dominicana, y solo la profunda amistad y la admiración pueden ser motivo para expresar con pálidas palabras los merecimientos de Manuel Rueda.

En el año 1981, cuando se fundó el periódico *Hoy*, entre las personas que iban a ser responsables de la dirección de las diferentes secciones con que se había diseñado dicho periódico, se consideraron varias opciones para el suplemento literario *Isla Abierta* y, sin duda, el mejor acierto fue lograr que Manuel Rueda aceptase la dirección del mismo.

A partir de esa fecha, independientemente del prestigio que él aportaba no solo al suplemento, sino al periódico en su conjunto, se inició una relación que me permitió un mayor conocimiento de la personalidad de Manuel Rueda. Esa relación de creciente amistad quedó iniciada en ese momento, y solo fue interrumpida por el lamentable fallecimiento del que fuera en su época, a mi modo de ver, el intelectual más completo de la República Dominicana, pues no solamente dominaba con maestría absoluta el género literario en sus diversas vertientes, sino también la música, pues era, además, un magnífico intérprete, un compositor excepcional que con entusiasmo febril componía sin mayor esfuerzo impresionantes piezas musicales, ya que estas virtudes eran arte de su propia naturaleza.

Su figura trascendió el ámbito local y recuerdo en una oportunidad en que me encontraba comprando libros en La Casa del Libro, en la Gran Vía de Madrid, donde adquirí un ejemplar de la *Antología de la literatura latinoamericana*, en la cual pude apreciar el alto concepto que de él se tenía fuera de nuestras fronteras, pues la mencionada antología le dedicaba, en forma excepcional, tres páginas completas a su obra.

Tenía Manuel dos características especiales de las cuales quiero hacer mención en este momento; una es que sus escritos, charlas, conferencias y discursos tienen, además de la perfección literaria, un sentido musical, haciendo de los mismos una armoniosa sinfonía. La otra característica notoria de su personalidad era su humildad y su trato sencillo, lejos de apariencias innecesarias en su caso. Reitero lo que dije en una ocasión, cuando se le otorgó el Premio Nacional de Literatura del año 1994, al mencionar que a semejanza de los campos de trigo, donde las espigas vacías se muestran erguidas, Manuel Rueda era una espiga con tanta simiente que se inclinaba con notoria humildad. Tuve el honor, en unión de mi padre y esposa, de acompañarlo a recibir el Premio Tirso de Molina, en Madrid, que obtuvo por su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, logrado compitiendo con los principales representantes de la literatura hispanoamericana.

Sus huellas en la cultura dominicana tienen vocación de perpetuidad, pues no se trata de una celebridad transitoria, sino de un inmortal de las letras dominicanas.

Finalmente, solo me queda lamentar su partida a destiempo, que ha creado un vacío en la literatura de República Dominicana y en la Fundación Corripio, así como en nuestra familia.

José Rafael Lantigua

Makandal: testimonio del azar y el desconcierto

«Esta es la tierra dos... Dos corazones/latiendo a compás... Makandal es uno y no dos... Yo soy Makandal. / Yo soy uno en extensión de dos. / Yo soy uno replegado en ninguno / revoloteando en el vuelo de todas / las muertes y de todas las vidas / de la especie».

Makandal es una obsesión, una vieja pesadilla de asombro y rutina en un poeta que creó el sueño y el secreto para revelarlo como «nombre de lo escondido y lo innombrable». (*«Aquí estás, por fin, atrapado en mis cuadernos. Espíritu de las dos tierras...»*).

Manuel Rueda ha descubierto a Makandal, lo ha dotado de savia y de raíz, lo ha convertido en pájaro y en vuelo, en bestia y rito, en tierra y realidad. Lo ha metamorfoseado en uno y en dos, en ninguno y en muchos. Lo ha bifurcado sobre las fronteras de una geografía consumida en la dualidad y en el descreimiento y lo ha dividido y unido a la vez entre sus mares y sus vientos, bajo sus ensalmos y tras sus rumbos vagantes y sus sembradíos de libertad y lágrimas. (...yo Makandal / sembrador de vida en el vientre de las mujeres / apañador de inocencias / pie de toro y cabeza de serpiente / trotador de caballos en los espaldarazos del viento / brujo mandinga escrutador del celaje de los muertos / en zumo de hojas y mixtura de animales sacrificados).

Después de introducirnos en la aventura de Makandal, el poeta describe la ruta de su memoria, en las cinco partes que conforman este libro excepcional, ritual, aquelarre y remembranza de un sueño que viene desde la infancia y que se concibe y diluye en los huecos de una lejana pubertad y adolescencia en la polvorienta Monte Cristi natal, en el filo de una frontera por donde llegan las historias de los *bacás* y el acezante juego de la muerte.

Memoria de Makandal, este largo poema es razón de islas y fronteras (*anverso y reverso de una geografía enloquecida*), crónica de *la isla que discurre por el cielo*, de *la isla que discurre en la verticalidad de los ríos*, de *la isla de dos memorias*.

Este desconcertante Makandal reinventa el mito y la magia de una geografía breve dividida entre horizontes embrujados. Por eso, el poema es «inmensación de lo pequeño» (...*grandor de lo pequeño / pequeñez de un horizonte manejable / Isla entera / quietud engendrada por la noche / para que el alba la corone / de resplandores*). El poeta remacha esa pequeñez, para hacerla grande en el poema: ...*hagamos la pequeñez que será anuncio / de lo grande... Yo soy el hombre de las islas: / pequeñez / sobre pequeñez... océanos lacerados en esta pequeñez / liberados en esta pequeñez de tierra compartida / y de mares ignotos*.

Makandal es pájaro y bestia (*Ave-luz / ave-trueno / ave-sombra / que anda sobre el mar / con patas de brillo y fuego*). Y es también *pájaro negro dentro de cuyas alas la isla / asciende / blanca o negra / a posarse en el mirador de las tormentas*. Y será revelado al final como *calandria-ruiseñor de habla blanca y habla negra, serpiente-manatí, codorniz, gallinazo, alcatraz de un horizonte añubascado, gavilán del sol*. Y en la dualidad deslumbrante de su metamorfosis, bestia-realidad, será «*animal-hombre / tendido en carne y en rugido / en cauce líquido y en venta sulfurosa / suave gorjeo en frondas de cambronales / y campeches / piel tendida y zurcida / a paso de bestia y caminante*».

Makandal es dios, rito y paganías («*Cielo de las parábolas negras de los grandes guaraguaos cuyas oes de muerte encantan la tierra*»). Y en su mutancia se plegará en el Yo y en la Anaísa que es *Señora de todas las advocaciones* de la que el cronista memorioso es *hijo y padre y señor amantísimo*.

Metamorfosis de la carne y de la desventura, de la turgencia y las alusiones. El poeta desgrana autobiografía y palpitaciones,

testimonio y azar en noche de deslumbramientos, y suelta los guiños de sus cuentas y de su astucia. Invocación y magia sobre parpadeos rituales y sobre amonestaciones sociales, imbricadas con lo político, con la realidad, con la cotidianidad en múltiples y vívidos destellos, casi imperceptibles, que el lector deberá descubrir en este largo túnel de conjuros, de suertes echadas al azar, de heredad palpitante contra la que el cronista desea rebelarse para desvertebrar la memoria que calcina sus sueños desde la infancia. (*Yo te rezo Makandal para que me liberes del otro / y de mí / para que me poseas liberándome de querer ser yo / o ser nadie / esa nada que somos / si no estuviera tan llena de tu nombre*).

En el último apartado del libro, el poeta personaliza su aventura. La explica, como en una catarsis que libera al ser y sus miedos. Ha de explicarse para poder hacer el revelado final de su misterio. (*Este es el libro de las milagrerías y los pasmos, de los miedos que siempre me han acompañado desde los días primeros de mi pueblo*). El poeta no sabe cómo llegó Makandal a sus sueños, quién le inoculó su veneno, el torbellino de su nombre, quién le mostró en la duermevela de sus instintos y de sus querencias a ese *dios desnudo de los laberintos*, entre tías que acompañaban en Monte Cristi su infancia de mar y sal, y cerca de un Haití de donde provenía aquel «ángel del harapo», que fue el dios de sus fantasías. Ahora no sabe cómo llegó a su memoria, pero sentencia su separación definitiva tal vez, de esa sombra casi tutelar que ya no le pertenece, porque Makandal *tú no eres de ninguna parte, príncipe de lo incierto. Tú no has nacido nunca, nacedor*.

Manuel Rueda construye aquí uno de los más hermosos y significativos poemas en la historia de nuestra literatura, justo en las postrimerías de su brillante carrera literaria. No es el héroe noruego o de campo adentro de nuestra mejor poesía. Es el dios pagano de una fantasía enraizada con la compartida imaginaria isleña. Por eso, creemos que estamos asistiendo a la entrega de

uno de los poemas fundamentales del siglo veinte, casi a su término, junto a *El fabulador*, de José Enrique García, y *Banquetes de aflicción*, de Cayo Claudio Espinal, una de las tres piezas poéticas clave del último cuarto de siglo literario dominicano.

Las metamorfosis de Makandal

Manuel Rueda

Banco Central de la República Dominicana: 1998 / 221 páginas

Manuel Rueda obtuvo con este libro el Premio Nacional Feria del Libro Eduardo León Jimenes, en su segunda edición en 1999, única vez en que un texto poético logra este lauro en la historia del galardón hasta este año 2015. Rueda fallecería ocho meses después de recibir este galardón, el 20 de diciembre de 1999, a los 78 años de edad.

Manuel Rueda: la muerte de un grande

Hace varias semanas que se comenzó a vaticinar un desenlace fatal, a causa de la metástasis producida en su cuerpo por un severo cáncer que, prácticamente, lo iba a fulminar en poco tiempo. El suceso finalmente ocurrió en la tarde del lunes 20 de diciembre de 1999. Había terminado sus días don Manuel Rueda, una de las cumbres de la literatura dominicana de este siglo, quien cuatro meses antes, en agosto, había cumplido 78 años de edad.

Polifacético, brilló en todas las áreas del arte y la literatura que ejerció. Como pianista, fue uno de nuestros intérpretes más resonados. En el ejercicio literario alcanzó igual brillantez, como poeta, narrador, ensayista literario y dramaturgo. También fue un destacado investigador folklórico. Principalísima figura de su generación, fue un activo educador musical llegando a dirigir por veinte años el Conservatorio Nacional de Música.

En su calidad de poeta, se inició como sonetista con su primer libro *Las noches*, publicado en Santiago de Chile, donde entonces estudiaba piano, en 1949. Hizo justamente al momento de su

muerte cincuenta años. Ese mismo año publicó conjuntamente con los poetas chilenos Irma Astorga y Víctor Sánchez Ogaz el poemario *Tríptico*. Luego siguieron *La criatura terrestre* (1963), *Con el tambor de las islas, Pluralesmas* (1975), *Por los mares de la dama* (1976), *Las edades del viento* (1979), *Congregación del cuerpo único* (1989), *Materia del amor* (1994), y *Las metamorfosis de Makandal* (1998), con el que obtuvo en abril del mismo año en que muere (1999) el Premio Nacional Feria del Libro «Don Eduardo León Jimenes» al libro del año.

Como dramaturgo, se destacan sus obras *La trinitaria blanca* (que, al momento de su muerte precisamente, cumplía sus últimas representaciones en la sala Ravelo del Teatro Nacional, luego de un mes de estar en cartel, 42 años después de su primera puesta en escena), *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo*, *Entre alambradas*, *La prisionera del alcázar*, *El rey Clinejas*, y *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, obra que ganara el Premio Tirso de Molina 1995, en Madrid, y que no llegó a ver representada. Como narrador, figuran sus dos grandes libros *Papeles de Sara y otros relatos* y la novela *Bienvenida y la noche*.

Como ensayista y antólogo citamos: *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea 1912-1962*, Tomo I, en colaboración con Lupo Hernández Rueda; *De tierra morena vengo*, escrito en colaboración con Ramón Francisco; *Dos siglos de literatura dominicana, siglos XIX y XX*, en colaboración con José Alcántara Almánzar; y su libro de ensayos cortos *Imágenes del dominicano*, publicado un año antes de su muerte, en 1998. Como investigador folklórico dio a la luz, *Adivinanzas dominicanas* (1970), y *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971).

Creó el movimiento literario llamado Pluralismo que introdujo importantes modificaciones a la estructura del poema, y del mismo modo fue un constante innovador en el teatro desde

La trinitaria blanca hasta su monumental Retablo sobre Juana la Loca. Como folklorista, sus dos libros sobre el tema son considerados aportes fundamentales por el rigor científico con que fueron producidas esas investigaciones.

Como crítico literario, y comentarista de la realidad literaria nacional, quedan centenares de pruebas en el suplemento *Isla Abierta* que fundara y dirigiera hasta su muerte en el periódico *Hoy*, y que esperan por una reunión definitiva en libro.

Para culminar una trayectoria de lauros en todas las áreas de conocimiento en las que actuó, en 1994 se le concedió merecidamente el Premio Nacional de Literatura, máximo galardón de las letras nacionales.

Fue el director ejecutivo de la Fundación Corripio, desde donde pudo dirigir muy atinadamente la colección *Biblioteca de Clásicos Dominicanos*, con 26 volúmenes contentivos de las obras completas de los principales representativos de nuestra literatura. Además, estuvo encargado de dirigir el proceso organizativo anual de los Premios Nacionales de Literatura, patrocinados conjuntamente por la Fundación Corripio y la Secretaría de Estado de Educación y Cultura.

Con la muerte de Manuel Rueda, justo en los finales del siglo veinte, la literatura nacional pierde a uno de sus valores más señeros y a una de sus figuras más interesantes y polémicas. Sus juicios, a veces no del gusto de muchos, fueron siempre respetados y fue, sin dudas, una de las «vacas sagradas» de la literatura nacional.

A quien siempre nos honró en tenerlo como lector y amigo, y quien escribiera alguna vez que la nuestra era «la única página de crítica literaria realmente independiente que ha existido en el país», nos inclinamos reverentes ante esta figura esplendente de nuestra historia literaria y le rendimos el homenaje de respeto y admiración que siempre manifestamos permanentemente

TESTIMONIOS

en vida a la obra que como legado imperecedero nos ha dejado. Manuel Rueda dejó una obra que está a la vista y al consumo de todos. Por esa obra es que merece ser recordado y ceñido con el laurel de la inmortalidad.

José Rafael Sosa

Manuel Rueda, letras y músicas en la autenticidad

La figura múltiple de poeta, editor, gestor cultural, ensayista, compositor, dramaturgo y pianista, otorga a Manuel Rueda un encanto intelectual inusual y una excepcionalidad exquisita, sobre todo por la disciplina con que desarrolló cada uno de esos papeles.

Le disfruto en cada una de sus expresiones, desde los mundos a que refiere su poesía, pasando por la colección de *Isla Abierta* el suplemento cultural sabatino del diario *Hoy* (hoy sustituido por *Areíto*) y que estableció nuevas referencias en materia de difusión y promoción cultural, cuando paseo por las honduras de su pensamiento ensayístico o cuando escucho su creatividad bajo la estela de la música o al gozar de su ironía penetrante y de enorme belleza textual en sus piezas de teatro.

Pero hay un Manuel Rueda que disfruto más: el ser humano auténtico que supo ser.

Era un hombre centrado en sí mismo, enfocado sobre sus perspectivas vitales y supo ser él mismo, incluso a pesar de no ser acogido con alborozos por cada una de sus maneras de ser.

La autenticidad humana se compensaba con su talento desbordante. Su concentración en la creación, que puede servir de modelo en una etapa de tan masiva distracción como es la vida ahora, era admirable.

Pero su concentración en sí mismo, en su actitud, en sus deseos, era mucho más valiosa aún. Supo vivir de acuerdo con sus valores. No era de los que prefería las dualidades y las dobles caras.

Manuel Rueda era como era. Aun cuando ahora no se reivindicque cada uno de sus valores y comportamientos.

Es ese el Manuel Rueda que me conduce al artista.

TESTIMONIOS

Hasta Rueda se llega por la vía de lo auténtico. Su rol artístico e intelectual, no puede ser desligado de su manera de vivir.

Es ese el Rueda integral al que debemos admiración y respeto.

Josefina Fondeur de Blonda

Manolo en el recuerdo

Conocí personalmente a Manuel Rueda, Manolo como todos le decíamos, a finales de los años sesenta. Formaba parte del grupo de los poetas amigos de mi esposo, Avilés. Yo personalmente tuve la dicha de participar en las reuniones que se daban en casa de Manolo. Disfruté de su amabilidad y de aquellas maravillosas tenidas donde la poesía, la música y el don de la amistad se hacían presentes. Esas reuniones contaban también con una buena mesa, ya que Manolo disfrutaba la buena comida.

También recuerdo las reuniones en nuestra casa, donde generalmente estaban entre otros, José Alcántara e Ida Hernández, Aura Marina del Rosario, Aída Cartagena, Héctor y Cándida cuando estaban en Santo Domingo, pues en esos años ellos vivían en Santiago. Si había algún poeta o intelectual amigo, le invitábamos al almuerzo o cena, la cual se prolongaba por horas en una larga sobremesa.

Tengo muchas anécdotas de Manolo, tantas que rebasarían el límite de esta página, pero recuerdo una en especial. Un día hice un postre con natilla, bizcocho y crema de leche, que recibió sus elogios hasta el punto de exclamar que aquello era una obra de arte.

Siempre me pedía recetas de los platos que comía en nuestra casa. Recuerdo otra ocasión en la que me pidió unas recetas de crema de berro y de mouse de salmón, las recetas no le resultaron y me reclamó que se las había dado mal para que solo fueran mías. Sus reclamos eran amables y cariñosos tal como era Manolo con aquellos que quería.

Siempre le recuerdo, lo menciono en conversaciones con mis hijos, que le conocieron y le quisieron como el amigo bueno de su padre que fue este intelectual, músico, poeta, dramaturgo. Un artista completo a la manera de los grandes artistas de la historia.

Juan Carlos Mieses

Libro que soy... En torno a la poesía de Manuel Rueda

Mientras buscaba, en la abundante bibliografía del maestro Manuel Rueda, los poemas cuya temática giraba en torno al secreto origen de la poesía misma y a la búsqueda de una verdad común compartida por el poeta y por su arte, dos evocaciones del pasado invadieron furtivamente mi memoria.

La primera fue una lejana caminata bajo los árboles de la calle Pasteur la tarde de mi primer día de clases en la vieja Alianza Francesa. En las aceras, la hojarasca crujía bajo mis pies y la brisa del mar arrastraba, junto a las hojas secas de los almendros, las notas de un piano. A pesar de mi escasa erudición musical y de mi pésimo oído, creí reconocer uno de los nocturnos de Chopin. El pianista, que me honraría años más tarde con su amistad, era el maestro Rueda, ilustre vecino de la escuela.

Las manos de Manuel Rueda realizaron ese milagro, y para decirlo con las palabras exactas del poeta: «La mano arrebatadora de sustento, la mano apta para que las criaturas primitivas se trepan en los árboles, ha llegado a ser la mano del artista, instrumento indispensable para la labor creadora...»

La segunda evocación fue un epígrafe que leí durante la adolescencia en uno de mis libros de texto. Era, creo recordar, de Federico Nietzsche y decía, más o menos, que en cualquier página de un libro podemos encontrar un pedazo de autobiografía.

Ese juego de recuerdos entrecruzados llamó mi atención sobre uno de los aspectos más conmovedores de la vida: la cualidad que poseen las cosas de todos los días –una palabra, un simple guijarro, una estrella inalcanzable, un verso o las notas de un piano– de adquirir, cuando entran en contacto unas con

otras, nuevas resonancias e inéditas connotaciones armónicas que enriquecen y modifican sus significados primarios.

Lo que me hizo recordar algo que ya sabía: que la más justa, la más significativa, y tal vez la única manera de conocer y describir con propiedad a una persona es a través de sus actos, y si esa persona es un poeta, a través de su poesía. Así, al releer estos versos de Manuel Rueda:

*Libro que soy
que escribo.
Donde vago con ojos de raptor
buscando señas escondidas
cicatrices
que manan sangre fresca todavía...*

descubro que el mismo Rueda define en pocas líneas al artista en base a su trabajo, a sus creaciones, y que esa idea que reúne lírica y metafísica, sangre y palabra, carne y signo es una preocupación recurrente en él, como lo reitera en los versos siguientes:

*Sobre mi mesa de trabajo
eres la página que tiembla
llena de escrituras remotas.
Sobre mi mesa de trabajo
eres un signo,
el cerco azul que envuelve a la palabra,
un huevecillo trémulo que planta mi escritura...
Antes de apoyar su certeza
en el calor de un mundo conocido...*

Ese huevecillo trémulo, escrito y creado en el papel, está a punto de abrirse a una nueva dimensión en el calor de un

mundo conocido que no es otro que nuestra dimensión de lectores; esta vida que corre y late en nosotros; este continuo espacio-tiempo que nos define, este río de tiempo que convierte al poeta, al artista, en una posibilidad continuamente renovada.

En esencia Rueda parece decirnos que el escritor es el libro, una entidad continua, a la vez pasajera y perenne como el tiempo; un objeto que late y vive siempre en el presente y que se renueva en cada lectura; un objeto que, como el hombre, ha sido modelado en el barro de las palabras y de las emociones; una entidad de papel o de píxeles, limitada en el espacio pero preñada de posibilidades sin otros límites que los de la humanidad; una pequeña cosa hecha de materia precaria que puede conservar durante milenios las promesas de una cultura y los delirios de una civilización.

El poeta vuelve una y otra vez sobre el tema, en estas dos estrofas de *Congregación del cuerpo único*:

*Sé que tengo otro nombre
y una boca lo dice.
Sé que tengo otro cuerpo
y algún tacto lo agota.
Estoy en otra casa...*

*Te pulso
página como el cielo
en el que cruzan astros nunca dichos,
página como el espejo de toda memoria...*

En esa página blanca del poeta Rueda el abismo y los vértigos de Mallarmé han sido vencidos. En esos papeles de Rueda que narran con elegancia sus viajes de exploración por el universo

familiar –pero sin mapas precisos o confiables– del espíritu humano, en esos espacios por donde ahora navega y navegará por los siglos venideros no existen angustias, sino comprensión y aceptación de un destino personal que se extiende más allá de la dimensión y de los apremios de la materia. En el *Laberinto de Pablo Picasso*, escribe:

*Lo desnudó la muerte: vellos, flores.
Está ya sin dolor. Está completo.
Ahora la eternidad es su secreto.*

¿Qué nos dicen estos versos? ¿Que la muerte no destruye al artista sino que lo completa y lo revela en todo su esplendor al darle un sentido circular a su existencia?

Ahora, si a la luz de estos pensamientos rescatamos el conocido aforismo de Hipócrates sobre el tiempo del arte y el tiempo del hombre y que aparenta separar al arte del artista en dos categorías temporales disímiles, descubrimos que en realidad la frase no invalida lo que he dicho anteriormente porque al hablar del arte e incluye al artista que perdura en su obra más allá de su muerte aparente: la triste y desoladora, la que lloran las azucenas y los crisantemos en los funerales. Y cuando Rueda se pregunta y nos invita a preguntarnos:

*Oh sol
¿qué has hecho
con la ceniza del hombre?*

¿Es una manera sutil de recordarnos que antes fue polvo y ceniza y que polvo y ceniza ha de ser una y otra vez, como el ave fénix de un paraíso continuamente reencontrado? Porque aquel *huevecillo trémulo* es la página, la palabra, la emoción, el pensamiento, la mirada y la actitud del poeta que renace en ese «los

otros», que somos los lectores, testigos y oficiantes de la liturgia de la poesía, en quienes se repite el febril entusiasmo de la vida; esta vida que duele y maravilla a la vez; la que se nos escapa sin cesar y sin cesar nos asombra.

Las andanzas del poeta por las entrañas de la poesía se vuelven particularmente sobrecogedoras cuando el poeta se confiesa y vierte su intimidad en palabras que son su legado a las generaciones destinadas a recibir su herencia de dolor, de esperanza y de curiosidad:

*Yo que soy tú
Tú que eres yo
¿Cómo nos acordamos
de olvidarnos juntos?*

Y en este punto estamos obligados a pensar que Borges tiene tal vez razón y que todos podemos decir: yo soy los otros, porque un hombre es todos los hombres. Una afirmación que subraya lo que hay de común y de fundamental en cada uno de nosotros; lo que es compartido por cada representante de la especie humana, y que de paso nos recuerda el carácter renovador de la poesía:

*En una tarde como esta
existo; otro me existe
a quien le di existencia...*

Así, en algún momento, como ahora, Rueda es y soy yo; es y somos nosotros gracias a esa traviesa rebeldía de las palabras que no se contentan con ser sólo lo que queremos que sean e inventan otros destinos y otros sueños. Creo que no otra cosa afirma el poeta cuando dice en la misma *Oda a Pessoa*:

Te soy.

Me eres.

Me apodero de tu sueño para soñarme.

Y aunque no solo el artista posee la posibilidad de multiplicarse en lo continuo de la humanidad, y el don ubicuo de ser muchos hombres y mujeres a la vez, existe entre sus dones uno que el artista no comparte con muchos: la mágica virtud de vencer el tiempo y la distancia, de permanecer al acecho en los anaqueles, en las bibliotecas, en los museos, en las librerías y en el mundo virtual de los algoritmos informáticos, o en el caso particular de Manuel Rueda entre las ramas de los almendros de la calle Pasteur en donde su espíritu late, vibra y recobra los colores de un prisma de emociones intangibles cuando pasamos por ella, o como ahora, cuando lo evocamos en estos versos:

Te doy mi realidad para que seas.

De mí, estas palabras,

esta idea del mundo

que sólo dice que es mundo,

que solo dice que es...

Leemos y ya no sabemos quién habla, ni quién es el interlocutor. El poeta y el lector durante el momento mágico de la lectura se han convertido en uno solo. En este instante yo soy Rueda, todos nosotros lo somos.

A este poeta, a este escritor de espíritu renacentista, como algunos críticos han afirmado, no lo puedo evocar sin que llegue a mi memoria aquella tarde de mi adolescencia, porque así como otros no pueden imaginar el mundo sin los aforismos de Wilde, yo no podría imaginar el mío sin aquel aire suave de pausados giros en el cual revoloteaban las notas del piano de Manuel Rueda.

da en la avenida Pasteur, en mi mundo de ayer. Notas que tenían su origen, más que en un teclado de madera y marfil de un piano, en el espíritu inquieto, inquisidor, a la vez refinado e irreverente del artista. Esas notas, queridos amigos, las escucho en este exacto momento. Son quizás de Chopin, de Ravel o de Liszt, no importa; esas notas intangibles hablan del hombre, de su constante búsqueda de respuestas, y arrastran y ritman en su vuelo, las preguntas, las certezas, las ansias y la fe que constituyen la existencia, el mundo y el arte de Manuel Rueda.

Para terminar, quiero que me permitan invitar al poeta a despedirse él mismo desde la nueva y extraña dimensión en la que ahora existe, redimido de las urgencias del tiempo y de la carne, a salvo de los espejismos de la apariencia y de las implacables leyes de la gravedad como un Sísifo al fin liberado. Escuchemos las palabras del poeta, del artista, del hombre Manuel Rueda:

Notengonadaquedecir:

Lo dije todo en el último poema.

Notengonadaquehacer:

Lo hice todo el día antes.

Notengonadaqueamar:

Lo amé todo hace mil años.

Notengotientpodisponible:

Lo agoté todo en el otro mundo.

Juan Freddy Armando

Don Manuel Rueda: recuerdos imperecederos

Es un honor para mí expresar por escrito mis recuerdos de don Manuel Rueda. Poeta, cuentista, músico, crítico y gran conversador, quien me concedió el honor de su amistad, permitiéndome la confianza de llamarle simplemente Manolo.

Me lo presentó Juan Bosch en su casa de la César Nicolás Penson, en 1974 o 75, en mis tiempos de redactor de *Vanguardia del Pueblo*, periódico del PLD, del que luego fui director. Mi visita coincidió con la de don Manuel, y Juan Bosch le dijo: «Manolo, Conoce al compañero Juan Freddy Armando, a quien le gusta escribir versos». Un apretón de manos, y luego quedaron ambos en la oficina del presidente del partido, a quien dejé con su secretaria Mildred Guzmán el material del periódico que llevé para su revisión y aprobación.

De inmediato busqué los poemas e informaciones sobre don Manolo en librerías y periódicos; conseguí teléfono y dirección. Lo llamé y le dije: «Soy el joven que le presentó Juan Bosch una mañana en su casa, y agradecería que conociera mis poemas y cuentos. Quiero oír sus consejos». Me dijo que fuera a verlo un sábado a su casa de la calle Pasteur. Llegué con mis textos al ristre. Nos sentamos en la sala, me brindó un café, y empezó nuestra conversación. Se sorprendió al hablarle con entusiasmo sobre mis lecturas de los clásicos, ya que de muy muchacho yo iba con frecuencia a la Biblioteca Cultural de Hato Mayor, en la que pude conocer versiones resumidas del *Mahabharata*, el *Ramayana*; también conocí a Platón, Aristóteles, Homero, el teatro griego, Dante, Petrarca, además de *El Decamerón*, *El Discurso del método*, *El Quijote*, *Arcipestre de Hita*, *La vida es sueño*, *Los clásicos de Caribe Grollier*, y otros tesoros de la poesía y la narrativa universal.

Ya en la capital, leí a los clásicos ingleses, norteamericanos y franceses en la Biblioteca Lincoln.

Le entregué un manojo de poemas, y me hizo una petición que siempre se repitió en mis visitas a su casa: «Juan Freddy: los leeré, pero antes de irte quiero oír algunos en tu voz». Era una dicha para mí, porque entonces él iba deteniéndome a cada momento para explicarme por qué tal verso debía eliminarse o modificar aquel otro, quitarle tal palabra, o decirme que está muy bien. Aprendí mucho con esos diálogos. Una de las lecciones inolvidables fue explicarme que el poeta, como el cuentista, debe crear una atmósfera al poema, y las palabras deben responder a ella. «Unas veces lo correcto es decir vergel, y en otras jardín o flores», me señalaba.

Luego, nos reuníamos en el estudio, donde siempre estaba su piano de media cola. Ahora, siempre que voy a la Fundación Corripio, me acuerdo de esas conversaciones, porque don Manolo siempre se sentaba en el banquito como si fuese a tocar una melodía, y su imagen se reflejaba sobre el brillo negro de la cola del piano, mientras gesticulaba o expresaba con un ligero toque en ella para asentir sobre un poema o señalar algo sobre el cuento mío leído a viva voz. O me contaba una nota de humor sobre el mundo literario y soltaba su sincera y amplia risa.

No olvido esas visitas. Pero hay dos especialmente memorables. Le hablé por teléfono, como siempre, –porque me había dicho que nunca fuera sin llamar previamente– para decirle: «Don Manolo: ¿Puedo ir esta tarde a visitarlo?», y respondió: «Sí, sí, no hay problema».

En la primera, al abrirme la puerta, lo saludé de repente con estas palabras: *Los viejos lo dijeron: Era necesario asomarse al fondo de la bahía para ver a la dama. En la época de los deshielos, cuando las corrientes del sur chocaban contra el esbelto maderamen en las dársenas, ella avanzaba, gigante, verde y ciega,*

y con la antorcha aún en la diestra.... Su emoción no me dejó continuar. Palideció, se quitó los lentes, se enrojeció el rostro y temblaron las manos, mientras me miraba y escuchaba, con los ojos iluminados por ese brillo líquido de las lágrimas de emoción que se asoman: «Pero, Juan Freddy, ¿y tú te aprendiste eso?». Me abrazó dándome las gracias porque le pareció que ese, su poema *Por los mares de la dama*, dedicado a la ciudad de New York, era más impactante y rítmico al oírlo recitado por mí.

Pasó el tiempo, y seguí yendo a su casa. Y él había olvidado la escena, cuando lo saludé otro día de forma similar, esa vez con: *En nombre de Nuestro Señor y de la Santa Virgen Madre comienzo. Yo, Cristóforo Colombo, de pie sobre la nao capitana, he visto aquestas cosas que voy a decir luego. Marino curtido en la sal de siete mares, allí donde la Osa Mayor signa las aguas llenas de arboladuras sumergidas y cascos muertos, yo que he estudiado los nombres y el curso de las corrientes secando mis ojos en lámparas de sabiduría y pergaminos antiguos he temblado. Con fuerte virazón basta el poner del sol ¿Quién anda con nosotros en esta soledad de aguas revueltas que dan remate al mundo? ¿Quién sino la cruz que aletea sobre el palo mayor, victoriosa, mas plegándose a la interrogación de los espacios que parecen resistir a la embestida? Como en todo principio aquí está el mar,...* Es la descripción que él hace en su poema *A la luz de las crónicas*, del impacto que recibió Colón al ver por primera vez las exuberantes tierras de América.

Don Manolo se impresionó con mi poema *Persistencia del ser*, y lo publicó en *Isla Abierta*. Un día lo llamé para decirle que quería mostrarle unas correcciones que le había hecho al poema, pero me paralizó diciéndome: «No vayas ahora a dañar ese poema. Déjalo igual; no le hagas nada, que así está bien».

En ocasiones, con permiso previo, fui en compañía de varios amigos poetas: Pedro Pablo Fernández, Rafael Hilario

Medina, Víctor Bidó, Leopoldo Minaya, José Alejandro Peña, y otros que no recuerdo.

En su casa conocí a esa gran compositora dominicana Aura Marina del Rosario, autora de la canción *Patria adorada*, con quien comparto el recuerdo de don Manolo cada vez que nos encontramos en el Teatro Nacional u otro lugar.

Con frecuencia vuelvo a sus letras, que me encantan: los ensayos críticos; sus libros de poemas, como el exquisito libro *Las edades del viento*, o el maravilloso *Materia del amor*, donde están su *Canción del rayano* y los *Cantos de la frontera*; los sonetos de *Las noches*. Pero especialmente me llamó la atención su invento verbal: el pluralismo, y específicamente su poema *Con el tambor de las islas*, pieza maestra de ese estilo, cuyo aporte aún no ha sido suficientemente valorado.

Disfruto sus novelas, en particular su excelentísima *Laura en sábado*, así como *Bienvenida y la noche*. También sus cuentos: *La bella nerudeana* y *Papeles de Sara*, entre otros. Solo una vez lo vi tocar piano, pero fue espectacular oír y ver las teclas vibrar cuando sus dedos le ponían su impronta, su sello personal y apasionado a los conciertos del genial Beethoven, en aquella presentación inolvidable.

Agradezco al gran escritor y querido amigo José Alcántara Almánzar, permitirme hacer llegar a todos esta parte de los recuerdos imperecederos de ese admirado y querido artista en el mejor sentido de la palabra que fue don Manuel Rueda, de quien tanto aprendí al regalarme el tesoro invaluable de su amistad.

Julio César Castaños Guzmán

Al maestro Manuel Rueda

He vuelto a leer al hilo de este testimonio *Papeles de Sara*, relato escrito por el extraordinario narrador Manuel Rueda, que fuera dedicado por el autor a José Alcántara Almánzar y su esposa Ida, y bajo el impacto que me produce el texto magistral y estremecedor, que contiene en las limitaciones de Sara todo el romanticismo de una humanidad que sufre y sueña, todas las angustias que produce la minusvalidez y el desamparo; pero, al mismo tiempo, toda la capacidad de amar e imaginar el mundo desde nuestras limitaciones físicas a guisa del mito de las cavernas en la *República*, de Platón; y, entonces, hoy, he recordado, un poco ampliado por la lupa de la nostalgia, al amigo, artista, músico, poeta y escritor: don Manuel Rueda, de magisterio exigente y honesto; sencillo, riguroso y cálido. Con visos de genio ya en el piano como concertista ejecutante o a pulsos del diálogo dramático en su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, por la que fue galardonado en España con el premio de teatro Tirso de Molina... a veces, también lo recordamos con la candidez de un niño en medio de las realidades de este mundo.

De la pluma de don Manuel es la novela *Bienvenida y la noche*, referente el matrimonio del tirano y doña Bienvenida Ricardo en Monte Cristi, perfectamente recreado en un ambiente tenso y extraño, con un dejo de tristeza... tristeza infinita. Ha escrito también el maestro Rueda innumerables obras con su poesía sorprendida como *Por los mares de la dama* y *Las edades del viento*, entre muchas otras.

Pero su testimonio de entrega honesta y cabal por décadas al servicio de las letras y el arte como director ejecutivo de la Fundación Corripio, Inc., está llamado a perdurar por siempre, una vez puso todos sus talentos extraordinarios, hasta el final de sus

días, a través de esta noble institución al servicio de su país, permitiendo que este gesto enriqueciera con un influjo que perdurará por generaciones lo que es el mundo de la literatura, las artes y la música en República Dominicana.

Julio de Windt

Testimonio

He admirado los atributos del notable pianista Manuel Rueda. Primero desde mi atril como violinista de la Orquesta Sinfónica Nacional, en las ocasiones en que el solista Manuel Rueda era protagonista estelar en difíciles conciertos para piano y orquesta, como el Concierto para la mano izquierda de Ravel, el Concierto en fa mayor de Gershwin y el Concierto en fa menor de Chopin, entre otros, bajo la dirección de maestros nacionales y extranjeros.

Luego participé como su director acompañante en las siguientes obras: Concierto No. 1 de Beethoven, Triple Concierto de Beethoven con los solistas Manuel Rueda, el violinista Jacinto Gimbernard y el cellista François Bahuaud; Concierto No. 23 de Mozart, Fantasía de Listz, Rapsodia dominicana de Luis Rivera y Noche en los jardines de España de Falla.

En cada una de estas entregas los solistas revelaron los más íntimos secretos de las composiciones.

Entre las obras citadas, especialmente conservo en mi memoria como recuerdo indeleble Noche en los jardines de España, obra que requiere misterio y recursos poéticos en el sonido, pues la composición está llena de espejismos, luces y sombras en contorno excelso. Todo ello lo logró el solista Manuel Rueda, cuyo sonido poético asombraba, por ser el piano un instrumento de percusión, y como dice el mismo Rueda en su artículo «Pianistas y pianismos» publicado en *Una Voz*, volumen 2, editado por la Fundación Corripio; «El piano es un instrumento de percusión al que se debe tocar como si no lo fuera».

Ha sido para mí un privilegio ser director acompañante de un intérprete del alto nivel de Manuel Rueda, de quien me enriquecía con sus profundos comentarios estéticos.

Ligia Ramírez

**Manuel Rueda, un ser singular
(Remembranzas)**

Manuel Rueda era un ser excepcional, un artista en el sentido pleno de la expresión. Lo admiré y respeté como excelente escritor, destacado pianista, profesor exigente, amigo sincero, honesto y solidario; un intelectual perfeccionista, comprometido con la sociedad, siempre dispuesto a dar lo mejor de sí y a colaborar con todo aquello que tuviera que ver con el desarrollo de la cultura nacional.

A instancia de la doctora Ida Hernández Caamaño, esposa de su buen amigo el escritor licenciado José Alcántara Almánzar, escribió el Himno del INTEC y le puso música, una verdadera joya que capta la esencia de lo que es el Instituto Tecnológico de Santo Domingo como institución de educación superior comprometida con la excelencia académica.

Amante de la buena comida y de los postres exquisitos, solía invitar a sus amigos a cenar y a disfrutar de los deliciosos platos que preparaban su madre doña Marina y su tía Grecia, excelentes artífices de la cocina, acompañadas de la queridísima Aura Marina del Rosario, quien siempre ponía el toque de elegancia protocolar. Esas veladas resultaban amenas, educativas, pues de sobremesa él tocaba alguna que otra pieza y daba a conocer algunos de sus últimos versos. Era emocionante oírlo leer sus poemas, pues lo hacía con pasión, con verdadera fruición.

Manolo no perdía oportunidad para captar un sonido o una expresión. Una tarde en que nos invitó a mi esposo, a mi hija de apenas un año y a mí a visitarlo, la niña quería tocar el piano y como no la dejábamos, lanzó un chillido que a él le llamó

la atención y de inmediato se sentó al piano para determinar la altura de la nota de tal grito.

Siempre me llevé muy bien con él. Cuando era profesora en la Universidad Pedro Henríquez Ureña, en una ocasión lo invité a hablar con un grupo de cincuenta profesores de diferentes lugares del país acerca de la literatura dominicana; él accedió y lo hizo de manera magistral. Los profesores quedaron tan impresionados e interesados que le solicitaron volver al día siguiente y él los complació. Para ellos fue una experiencia emocionante haber tenido la oportunidad de conversar con un intelectual de la talla de Manuel Rueda.

A veces entre él y mi esposo, el doctor Jorge Tena Reyes, surgían discrepancias por razones intelectuales o de trabajo, y se enojaban. Luego él me llamaba para que mediara entre ellos. Esto me hacía mucha gracia, pues ambos, poseedores de un carácter fuerte, pero como buenos amigos disentían en determinados momentos y se disgustaban porque se acusaban y contra acusaban de ser personas difíciles. Afortunadamente, esos resabios duraban poco, yo hablaba con uno y otro por separado y terminaban poniéndose de acuerdo.

En una ocasión viajamos juntos a Cuba a una actividad cultural. Nos alojaron en una de las casas de protocolo del Laguito Siboney. Después del almuerzo él quería dar una vuelta por la ciudad de La Habana y me pidió acompañarlo. A pesar de la humedad y del calor agotador, realizamos un interesante recorrido por la denominada Habana Vieja. Terminamos nuestro paseo tomando Mojito en La Bodeguita del Medio, emulando al famoso novelista Ernest Hemingway, uno de los más asiduos visitantes de tan emblemático lugar, y luego estampamos nuestras respectivas firmas en una de las paredes de ese concurrido local.

Como director ejecutivo de la Fundación Corripio, Inc., le imprimió a esta institución un sello indeleble. Su creatividad, su ca-

pacidad de trabajo, de convocatoria, de dialogar, de escuchar y de relacionarse hicieron de él un símbolo en esa institución.

De seguro que todos los que gozamos del privilegio de conocer a Manolo y de compartir con él lo recordaremos como un ser humano fuera de serie, de carácter difícil pero de amena conversación, jovial, dispuesto a ayudar a otros en las dificultades, entretenido contertulio y elegante anfitrión, sabio en sus apreciaciones intelectuales, con una visión crítica de la realidad; buen educador empeñado en sacar lo mejor de sus estudiantes y de todos cuantos lo consultaban en el ámbito intelectual. Estará presente en nuestras vidas a través de sus escritos: poesías, ensayos, novelas, piezas teatrales, artículos y comentarios, así como de sus composiciones musicales.

Para quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo, Manuel Rueda será siempre un referente de grato recordatorio por su caballerosidad, su conocimiento del arte y de la cultura en general, por sus interesantes anécdotas, por su versatilidad y su manera tan particular de ser.

Lillyanna Díaz

Manuel Rueda

Escribir sobre Manuel Rueda no es tarea fácil, qué puedo decir que ya no se haya dicho sobre su música, su poesía, su literatura, sobre sus décadas como director del Conservatorio Nacional de Música y sobre el profesor Rueda y más aún sobre su dramaturgia. ¡Ah! Ahí sí puedo decir, pero antes permítanme escribir sobre el amigo, de Ma-no-lo, como él sabía le llamaba, ese amigo que me aceptó en su vida y me permitió entrar a ella en el 1973, el mismo año que se inauguró nuestro Teatro Nacional, hoy Eduardo Brito.

Las lecciones que aprendí de él han quedado en mi vida para siempre. En una ocasión dona Ninón de Brower, Fundadora de Pro-Arte, trajo al país dos conocidos actores para un montaje teatral que produciría Pro-Arte. Este montaje no se pudo llevar a cabo y ella acudió a Manolo para resolver el impasse de la presentación pidiendo que la ayudara a buscar otra obra. Recuerdo que en el estudio de Manolo pasamos horas leyendo obras; esta tenía que ser para tres personajes, dos actores y una actriz, por fin encontramos una pieza de August Strindberg, *La danza de la muerte*, que nos gustó a todos. Estábamos Marosa Mallorga, Bienvenido Miranda y quien esto escribe. Los actores eran Rolando Barral y Augusto Borges, quien también era el director, y la actriz Maribella García; claro, la musicalización era de Manolo. La puesta en escena gustó mucho y fue muy reconocida por la prensa en ese momento. Manolo fue una parte muy importante en ese montaje.

Nuestra amistad se fortaleció y cooperamos en distintas actividades artísticas. No olvidaré las cenas que tarde en la noche teníamos de un buen caldo, rodeados de su «gente del teatro», como nos solía llamar. A través del tiempo y en ocasiones por el trabajo nos dejábamos de ver, pero siempre llegaba el día en que

nos volvíamos a comunicar. Una vez nos hizo una petición que nos dejó sorprendidos: Manolo quería ir a una discoteca, nunca había estado en una y quería saber de qué era que la gente hablaba tanto. Estaba lleno de curiosidad. Luego de varios intentos lo llevamos a una discoteca que estaba muy cerca de su residencia en la avenida Pasteur. Su estadía apenas duró 20 minutos, entre las luces oscilantes, la oscuridad, la pista de baile con sus pececitos vivos en el suelo (era una enorme pecera) y el volumen de la música, hicieron que su estadía fuera muy corta, pero sació su curiosidad y de allí salimos todos escoltando al amigo.

Su dramaturgia incomparable, sus obras *El rey Clinejas*, *Entre alambradas*, *Vacaciones en el cielo*, *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, que obtuvo el premio Tirso de Molina en 1995, y *La trinitaria blanca*, que fue Premio Nacional de Literatura en 1957. Esta obra que, en nuestra opinión es la obra clásica representativa del teatro dominicano, una verdadera joya de la dramaturgia, cambió el estilo de escribir y hacer teatro cuando subió a escena en 1957.

Corría la década de los 90, cuando me acerqué a Manolo para pedir su autorización para montar *La trinitaria blanca* con mi compañía Producciones Escénicas D.O.S., junto a Fátima de Oriol. Manolo decía que ya su obra no iba a gustar, que la encontraba pasada de moda (como si el buen teatro pasara de moda). Nos costó convencerlo, le llevamos una adaptación que hizo el director Enrique Chao, se la llevamos también a don José Alcántara y fue aprobada. Luego Manolo nos sorprendió con la pregunta: «¿Quién interpretará a Sebastián?» Ese personaje, único, misterioso y romántico que es la base de esta pieza. Le llevamos la fotografía del actor Osvaldo Añez ya caracterizado como Sebastián y dio su visto bueno. Añez hizo un Sebastián irreplicable y magnífico. Un reparto de lujo, Monina Solá, Pepito Guerra, un joven Carlos de la Mota (hoy día muy cotizado en México), la

talentosa actriz Patricia Banks y nos tocó darle vida a la tía Miguelina, la solterona, un personaje con una garra inmensa, que sería el reto de cualquier actriz, un personaje triste, fuerte, sumiso, angustiado pero romántico, la pareja de Sebastián. Toda esa puesta en escena dirigida por Enrique Chao y con una hermosa escenografía de Lina Hoepelman.

Por fin, el 12 de noviembre de 1999, se re-estrenó la pieza, 47 años después que subiera a escena por primera vez. Manolo estaba entre el público, que le rindió una ovación al término de la presentación; compartió esa noche con el elenco y con su público y la prensa, estaba contento del éxito y nosotros muy agradecidos de la confianza que depositó en el montaje y los artistas.

Pensamos que fue una de las últimas salidas en público antes de su sentido fallecimiento en el mes de diciembre, apenas unas semanas después del estreno. En el año 2000, *La trinitaria blanca* recibió cinco premios Casandra y a Manolo se le rindió una gran ovación de pie del público presente en el Teatro Nacional, el teatro que él había inaugurado casi tres décadas antes.

Para nosotros Manolo no está ausente, está presente en su música, en su poesía, en su literatura y por supuesto en su dramaturgia, al igual que su personaje favorito, Sebastián, según el texto de la tía Miguelina y para todos nosotros «Manolo existe»...

Lucero Arboleda

Manuel Rueda: Testimonio para recrear su inolvidable presencia

Manuel Rueda, el amigo...

La filial relación entre don Manuel Rueda y el matrimonio constituido por Ida Hernández y José Alcántara, nos regalaron a Manuel, mi esposo, y a mí, la inigualable oportunidad de ser testigos de excepción de encuentros en los que el ritmo de los afectos marcaba pausas a lo cotidiano para dar paso a inolvidables veladas sabatinas o dominicales entre amigos entrañables e insoslayables intelectuales, artistas, en fin, irrepetibles seres humanos.

El diseño de una velada en una casa cuyos espacios de socialización afectiva nos sugerían la intimidad de la sala o el comedor, alternada con la libertad de un patio que olía a rosas o a mangos, era el sugerente marco para rastrear temas y puntos de vista cuyos elementos mágicos constitutivos nos llevaban desde la sensibilidad por lo dominicano hasta las insondables propuestas de la cultura universal, en sus múltiples expresiones y propuestas. En definitiva, el telón de fondo era un universo de vida familiar como eje de una verdadera vida.

En este ambiente conocimos a Manuel Rueda, compartiendo con una élite de amigos de educación esmerada, de consagradas carreras en el mundo del arte y la literatura, forjadas en el ejercicio de una intelectualidad fortalecida por las más exquisitas expresiones del afecto, la solidaridad y la trascendencia de cada encuentro.

Siempre atesoraremos la generosidad de un Manuel Rueda que disipaba la timidez de los recién llegados o de los privilegiados advenedizos con la magia del chiste sazonado en la instantaneidad de las circunstancias, con la sutileza de una sonrisa como expresión de simpatía, o con la sonoridad de una carcajada.

Manuel Rueda, el músico...

La figura de Manuel Rueda vinculada a instituciones académicas y culturales, tiene hoy la melodía de los himnos de dos instituciones particularmente significativas para algunos de sus amigos y allegados. Si, en el marco de su sentido de la solidaridad unió su talento musical a la exquisita pluma de Ida Hernández Caamaño, para regalar a la comunidad del INTEC el himno que hoy, junto al himno nacional, preside y clausura las más importantes actividades académicas.

Ese acontecimiento hizo que los miembros de la Asociación de Bibliotecas Universitarias, de Investigación e institucionales del Caribe (ACURIL, sigla en inglés), soñáramos con la posibilidad de un himno. Una vez más, Manuel Rueda, como expresión de un gran sentido de solidaridad, unió su genio musical, en esta ocasión a la consagrada pluma de don Mariano Lebrón Saviñón, para regalarnos un himno que no solo ha acumulado merecidos elogios, sino que como todo noble aporte, simboliza la comunidad de propósitos de una multicolor región caribeña que ha acogido el himno como una exquisita pieza musical, cuya traducción a tres idiomas expresa la necesidad que tenemos los caribeños de preservar la unidad en la diversidad.

Como parte de la experiencia tan corta como impresionante, debo recordar la inolvidable puesta en escena del himno de ACURIL. Un día fui convocada junto a la directora de la Biblioteca de la PUCMM, Dulce María Núñez, a escucharlo por primera vez. El escenario no podía ser más gratificante, el hogar de don Manuel, en el cual nos encontramos con dos grandes embajadores culturales, los destacados maestros Aura Marina del Rosario y Arístides Incháustegui, en quienes don Manuel Rueda delegó la encomienda de hacernos disfrutar de una puesta en escena musical y vocalmente impecable. Ese fue un inolvidable desayuno en el que la solidez del trabajo creativo y artístico fluyó a través la

música y de una amena conversación, genialmente salpicada por el humor del anfitrión: don Manuel Rueda, el inolvidable.

Manuel Rueda, el intelectual trascendente

Como destacado representante de la literatura hispanoamericana sus obras conforman un patrimonio intelectual que exhibe la dominicanidad a través de relucientes vitrinas culturales como la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos, la Biblioteca Nacional de Francia, la British Library, la Biblioteca Cervantes, por solo mencionar algunas.

En todas ellas se encuentran obras que nos colocan frente al Manuel Rueda creativo e intelectualmente versátil. Así mismo, apreciamos al Manuel Rueda admirado y al Manuel Rueda admirador. De esta última dimensión son pruebas inequívocas las valiosas fuentes de referencia que legó al acervo bibliográfico nacional a través de estudios críticos y antologías que destilan el respeto a sus coterráneos que le precedieron o contemporizaron con él en el noble oficio de escritor.

Manuel Rueda, atesorado por importantes bibliotecas de República Dominicana y del mundo, logró que el impacto de su obra se hiciera tempranamente tan ostensible que vemos como desde 1972 forma parte de la galería de voces de hispanoamericanos notables de la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos.

Para quienes tuvimos la oportunidad de conocerlo y respetarlo y para quienes tuvieron el privilegio de conformar el círculo de sus afectos, nos resulta oportuno recordar a José Martí: «solo hay una cosa comparable al placer de hallar un amigo, el dolor de perderlo». Marzo 8, 2015

Luis Beiro Álvarez

Manolo en seis tiempos

I

Tenía cáncer terminal. Pero jamás perdió el culto a lo sublime. Nada era capaz de sacar de su cuerpo, a punto de extinguirse, la fe en la ilustración.

Casi arrastrándose a causa del dolor, pero con la altivez propia de los sobrevivientes, lo vi entrar en la sala de teatro. De inmediato, me levanté y fui a abrazarlo como en los buenos tiempos. A él le debía mi resurrección literaria. Al verme, su rostro no dejó de sonreír, ni siquiera ante el intenso dolor que le provocó la demostración de mi afecto.

Tragué en seco. Todavía mantenía su innata costumbre de mirar de frente sin pestañar ni mover los ojos. En su rostro descubrí la presencia de un alma a punto de partir, tal y como sucedería pocas semanas después.

Pero Manolo estaba allí como un joven recién llegado de París, con su estatura esbelta y su sonrisa a medio hacer.

Parecía no asumir su realidad. Y con su rostro deshojado, radiante de optimismo, intentaba ocultar que aquella sería su última salida cultural en busca del escenario para una de sus obras.

Manolo no debía faltar. No podía fallar aunque lo costará la vida. Al terminar el abrazo, sonrió como un adolescente vendedor de diafragmas, me puso la mano en el hombro y me confesó su dolor. Lo hizo con sobredosis de dulzura, como si estuviera leyendo el mejor de sus textos: «Nos veremos pronto, mi buen amigo. Todos estos años me he sentido bien al conocerte y poderte publicar. No me debes nada. Solo he intentado darte el espacio que mereces en la única forma que podía hacerlo».

Después de sus palabras, Manolo siguió su rumbo. Se bamboleaba lentamente por aquella sala casi oscura, hasta llegar a la

primera fila y sentarse en el mismo centro de esta, con la ayuda de los familiares que lo escoltaban. Yo retorné a mi butaca en silencio. Todavía sonaban en mi mente sus «palabras andariegas».

II

–¿De dónde vienes? –me preguntó

–De lejos...

–¿Y por qué viniste a este país y no a tierra firme?

–Porque amo el mar y le temo a las fronteras.

–Pero aquí tenemos una frontera...

–Sí, pero es como si no existiera.

(Manolo se echó a reír)

–Sabes que te trajo ante mí una crítica de arte a la que yo respeto mucho? Ella no me presenta a cualquiera...

–Sí, María Isabel fue muy generosa. Yo estaba desesperado por publicar...

–Sí, ella me contó que allá, de donde vienes, tuviste problemas...

–Sí, pero ahora estoy aquí, frente a usted. Quiero que valore lo que escribo.

–Me dice que también escribes sobre expresiones populares.

–... y culteranas dentro de lo popular.

–Yo también he estudiado las de aquí. Me apasiona el tema.

–Bueno... sobre eso quisiera que usted leyera un artículo que, si le parece bien, pudiera ser mi primera colaboración. Pero también escribo sobre hormigas...

(Manolo volvió a reír).

–Vamos a hacer una cosa. Déjame tres o cuatro artículos para leerlos bien y tomar una decisión. En unos días te llamaré para informarte si los publico o no...

–Me siento privilegiado, don Manuel... aunque un escritor nunca debe pedir piedad. Sé que alguien criado en el desierto no puede nadar como un pez.

–Un buen pez puede nadar en el desierto. No se puede matar la lluvia.

–Esos escritos son mis ideales. En ellos hablo de mis héroes y fantasmas...

–Me satisface escuchar que sus ideales son o fueron de carne y hueso... y también irreales.

–Es que siempre asumo como propio todo lo que pueda parecer improbable.

–Lo tendré en cuenta, amigo mío. Pero recuerde siempre que algunas cosas se quiebran... y otras estallan...

–¿Sabe que me llama la atención su forma de mirar?

–¿No me diga?

–Usted ni pestañea ni mueve los ojos cuando mira de frente...

–Es un favor que usted me concede. No me había dado cuenta de ello.

III

Manolo se asombró al verme, desaliñado y con la mirada perdida en mi interior. Le indicó a la recepcionista su autorización para acompañarlo sin el carné de visitante hasta su oficina. De otra forma no podría entrar al edificio porque esta vez no traía compañía. Además, era un simple indocumentado con el agravante de haber extraviado el pasaporte de mi país de origen. Manolo descubrió mi sobresalto, mi indocilidad ante todo ordenamiento y, sobre todo la maldita impaciencia que no me dejaba crecer. Me habló de su música, del necesario silencio para acercar todo lo que significara trascendencia, de la importancia de la soledad y de los bodegones de Mariano Eckert. El hecho de escucharlo, de descubrir las tonalidades de un rostro humano sin dobleces, me permitieron olvidar los urgentes problemas que me llevaron a la redacción del periódico esa mañana.

Estaba consciente de que aquella conversación no debía extenderse. Estaba invadiendo su espacio laboral, y su precioso tiempo. Por eso, cuando hizo una pausa le expresé mi sentir. Necesitaba cobrar mis colaboraciones. Estaba sin empleo y mi familia necesitaba esos pesos para sobrevivir hasta que pudiera reunirla conmigo. Sus ojos me escudriñaron como si hubiera descubierto un ciervo a través de su mirilla de cazador.

Me sugirió, antes de llamar a su asistente, la idea de reunir todos mis artículos publicados en un tomo que pudiera patrocinar alguna Fundación y, con el producto de su venta, podría reunir más fondos para paliar a los míos.

Esa idea me abrió los cielos. A los pocos instantes entró Andrés a su despacho. Ya, en la antesala de la oficina, ambos sabíamos qué hacer. Yo respiraba con más tranquilidad y él telefoneó a doña Eneida, la contadora de la empresa, con instrucciones precisas: todos mis escritos publicados hasta esa fecha debían ser retribuidos, lo antes posible, con a tarifa más alta.

IV

Manolo salió a mi encuentro. Con la mano encima de mi hombro me condujo dentro un fastuoso salón lleno de comidas exóticas para mí, y manjares exquisitos.

Era la cena de gala ofrecida por haber merecido el Premio Nacional de Literatura, a la que fueron invitados solamente aquellos que él consideraba como sus amigos, no podía faltar.

El nuevo milenio era una ilusión cercana al vendaval del tiempo. Sin embargo, todavía nadie la podía creer. «¿Se acabará el mundo?», pensaba para mí mientras un lejano insomnio me roía la ensoñación. Mi ser no estaba preparado para fiestas ni para propósitos normales. Pero la insistencia de Manolo pudo más que mi deseos de no despertar de aquel embrujo.

Él me instigó a asistir casi a punta de pistola. En mi defensa, argüí carecer de la ropa apropiada. Pero ese pretexto se vino abajo después de escuchar de su ser una sonora carcajada. Manolo se echó a reír sin dejar de pestañear, ni mover sus ojos. «Ven en jeans, en pullover, en lo que quieras, pero ven».

Dentro de aquel salón reverdecían sus escritores y artistas favoritos junto a su grupo de cercanos colaboradores. Tomé asiento junto a Andrés, Beatriz, María Isabel y Jacinto y entre todos intentamos arreglar un mundo que no tiene arreglo. Ellos elogiaron mis artículos: «Faulkner, Lezama, Dámaso Alonso, Loynaz, Huidobro... debes pensar seriamente en reunirlos en un libro...» En ese instante recordé una de las tantas furias de Manolo. En cierta ocasión lo encontré malhumorado, algo poco común en él. Pensé que había llegado en el momento no indicado, e intenté marcharme sin tocar a la puerta de su despacho. Pero él me descubrió por la transparencia del cristal y me invitó a pasar. Me contó que minutos antes de mi llegada había despachado a un poeta, cuyo nombre, por ética, omitió. El susodicho le presentó, como suyos, un manojo de textos pertenecientes a Vicente Huidobro, a quien Manolo conoció personalmente durante su estancia en Chile: «Esto sucede a cada rato, aquí viene gente de todo tipo a querer publicar... y cuando no son disparates, traen insultos y profanaciones».

El hecho de sentirme entre amigos dentro de aquel salón me permitió volver a creer en mis prerrogativas perdidas. Comí, bebí, charlé, conté chistes e historias inverosímiles... Pero también fui discreto, pues mi pecho estaba partido en dos por causa de mi familia ausente. La velada transcurrió bajo el manto de la transparencia. Manolo, sin pestañear ni mover los ojos, me miraba de vez en vez, como si hubiera sacado a un marciano de su nave espacial.

V

–Despierte... despierte...

–...eh, dónde estoy...

–En un lugar seguro.

–¿Y qué me pasó?

–Nada que importe...

–¿Cómo que nada que importe?

–Se venció el ciclo. Todo ha quedado atrás...

–No recuerdo qué me pasó.

Lo normal, lo que tenía que pasar. Lo que le sucede a todo el mundo.

–Tengo la mente en blanco, como si acabara de nacer...

Usted acaba de renacer, tiene razón. Pero no se preocupe. Comenzará un nuevo evento. Se acostumbrará...

–Pero ¿cómo pasó todo? ¿Por qué no recuerdo nada?

–No hay nada recordar. No existe el pasado. Lo importante es que está bien...

–Pero ¿y mi nombre, mis promesas, la mirada sin pestañar con los ojos fijos en las personas?

–Olvídese de ojos, miradas u pestañas. A donde ha llegado no hace falta nada de eso.

–¿Es esto el cielo o la otra vida?

–Esto es esto, y nada más. Todo lo demás ya ha dejado de importar.

VI

Dos años después de su muerte, logré reunir a mi familia y obtuve un empleo más o menos digno, con el que pude salir adelante y educar a mis hijos. Cuando ganado tuve el pan de cada día, me dediqué a organizar el libro con mis artículos publicados por Manolo en el mejor suplemento cultural que ha existido en este

país. Lo subdividí de acuerdo a géneros, autores y países. María Isabel me ayudó a depurar el contenido, y escribió el prólogo. Un amigo me ayudó en la diagramación. Otro preparó una hermosísima portada. En pocos meses tuve un ejemplar de ciento veinte páginas listo para imprimir.

Fui a una imprenta que alguien me había sugerido y presenté ante el gerente el documento con la carta de recomendación, de puño y letra que mi gran amigo me entregó antes de fallecer. El hombre revisó aquello, página por página, mientras movía la cabeza con gesto de satisfacción.

Me prometió encargarse personalmente del asunto y gestionar un posible patrocinio. Antes de la despedida, me pidió la dirección y el teléfono de mi empresa para avisarme cuándo podía pasar a buscar la impresión.

A los veinte días, mi jefe me llamó a su despacho para informarme sobre la llamada del impresor. Podía pasar a buscar la tirada. Toda la felicidad que produjo ver convertido en realidad el deseo de Manolo se deshizo a fin de mes cuando vi reducido mi salario a la hora del cobro. Nadie me había patrocinado el libro. El editor negoció con mi empresa rebajar de mis honorarios el costo de impresión para cubrir los gastos.

Luis O. Brea Franco

Manuel Rueda en el recuerdo

Cuando busco precisar cuándo le conocí o entré en contacto directo con él, la figura de Manuel Rueda, se presenta en la memoria como una imagen indefinida, cuasi nebulosa, con unos contornos desleídos y borrosos semejantes a un viejo daguerrotipo que recoge la estampa de la persona como una presencia fugaz, un velo fantasmal que uno no puede precisar cuáles son sus características reales posibles.

Quizás esto se deba a que las primeras veces que lo advertí no fue con la presencia real de una persona individual y concreta, sino como un ser lejano, dotado de las características maravillosas de una celebridad, que le donaba el aparecer en un medio que transformaba la presencia personal en una aparición de carácter irreal.

Mi primer encuentro con Manuel fue cuando lo apercibí y escuché en ciertos espacios dedicados a la música clásica en la televisión oficial, *La Voz Dominicana*, en el canal cuatro, por los hoy lejanos años cincuenta.

Gracias a mi abuelo materno y al interés de mi padre por la música clásica, que se limitaba al conocimiento de las sinfonías y oberturas de la ópera de Beethoven y de algunas composiciones famosas hasta cierto punto populares, tales como algunos conciertos para piano y orquesta, sonatas para piano, música de cámara y arias famosas de operas italianas, desde muy niño nació en mí una afición por esa modalidad de la música que poco a poco, en el discurrir de mi vida, se tornaría en una arraigada pasión, una apreciación que hoy me lleva a repetir con Nietzsche que *«la vida sin música sería un tremendo error»*.

Era por ello que, en lo posible para un niño de diez u once años excitado por tantos estímulos que iba descubriendo a través de

los sentidos nobles, no perdía la oportunidad de escuchar melodías, y en éstas, tonalidades de colores y formas que me encantaban. Así que prestar oídos y atención para *ver* ejecutar alguna pieza de este género, según se transmitían «en vivo» por la televisión y la radio nacional.

Luego, ya encaminándome hacia la adolescencia, con el despertar de la necesidad de *saber* qué ocurría exactamente en el país durante el régimen trujillista, descubrí y disfruté al escuchar tanta música rusa que me seducía desde el primer instante.

Entre estos compositores se llevaba la corona de laurel Chaikovsky, cuyas melodías tan coloridas, serenas y a veces tan profundas y desgarradas le hacían sentir a uno que en esos momentos resonaban los misteriosos cimientos del origen del ser.

Esto lo descubría a través de emisoras a las que uno acudía para enterarse, sobre todo, de lo que realmente ocurría en nuestro país en aquellos oscuros años de la decadencia de la dictadura: Radio Moscú y la BBC de Londres.

Fue bajo el influjo maravilloso de la música cuando pude vislumbrar la presencia del arte musical de Manuel Rueda, quien actuaba como un hechicero señor de armonías inauditas que se revelan en la música, al ser capaz de interpretar en forma exquisita melodías inmortales.

Siempre conducido por el universo de la música, insistí con mi padres que deseaba ingresar y ser partícipe y aprender a manejar semejante poder taumatúrgico que se abre al intérprete del piano.

Tanto insistí, que decidieron inscribirme en la Escuela Elemental de Música, para comenzar estudios de solfeo y de esta manera poder arrancar tonalidades divinas a un instrumento musical tan complejo como es el piano.

Fue por esos días cuando lo vi en persona e intercambiamos algunas palabras iniciales. Mi madre tenía un parentesco cercano con Elila Mena y en el momento de la inscripción, ante mi insistencia de conocerlo, doña Elila nos presentó al joven maestro y tuve la ocasión de manifestarle mi admiración. Al acercarse a mí advertí toda la gentileza y simpatía que había en él en ese momento. Esto fue algo que luego descubriría le era con natural consustancial. Me dijo unas breves palabras de estímulo y prometió a mi madre que me «daría vueltas» para supervisar mi aprendizaje.

Lamentablemente, este período fue breve. En las semanas subsiguientes enfermé no sé si de paperas o hepatitis común o de alguna otra enfermedad que son tan frecuentes en los niños. Lo único que vale destacar aquí es que perdí casi un mes de asistencia a clases y a la escuela de música, y como casi siempre acontece, el arte se llevó la peor parte.

Me retrasé en la escuela y en las horas que dedicaba a asistir a la clase de solfeo, entonces subintró en mi vida un adusto profesor que me inquietaba y agotaba con clases adicionales de español y matemáticas a fin de que no perdiera el curso.

Superé el año escolar. Sin embargo, también *superé*—en sentido hegeliano, es decir, pasó la oportunidad de seguir con mis estudios musicales, pues la escuela y la amistad con los compañeros de clases exigía que aquel tiempo se transformara en tiempo muerto, con el cual generalmente los jóvenes se dedican a soñar despiertos en el futuro cauce de la propia vida, o nos dedicábamos a *marotear* o a aprender diabluras que nos imponía el desarrollo de la vida en nosotros mismos, a través del fluir de las hormonas que transforman la figura y el espíritu de todo joven, preparándolo para llegar a ser adulto y con esta transformación, en transmisores de la cadena de la vida.

Después del glorioso año 1961, la vida social cambió profundamente en nuestro país y en nuestra generación comenzamos a

pensar y a dedicar tiempo para desplegar una lucha a favor de la restitución de las libertades políticas e intentábamos de esa manera superar la inequidad que ha caracterizado desde siempre a la sociedad dominicana.

Nos hicimos *cabezas calientes*, y mis padres, vislumbrando lo que se avecinaba tras el derrocamiento del presidente Bosch y conociendo mi ánimo calenturiento en política, se combinaron para mandarme a estudiar bien lejos, a Italia.

Acepté, pues con ese país se me abría la posibilidad de penetrar en las fuentes de la cultura occidental y me propuse estudiar la carrera que siempre fue mi vocación: la filosofía.

Salí del país en agosto de 1964. Pasaron los años y el país transitó por un duro camino histórico. Regresé para reinstalarme en este en 1973.

El país que encontré se me reveló, desde que regresábamos del aeropuerto, en una experiencia catastrófica. Nuestras esperanzas de la adolescencia se habían marchitado. El país vivía un cerrado y sofocante clima cultural y la sangre joven corría a raudales por las calles de todo nuestro territorio. Para mí, este regreso significó un terrible choque psicológico, me había encontrado con una realidad que me desesperaba, según lo iba redescubriendo.

Como la dificultad, en los ánimos vivos y combatientes, hace nacer una actitud de rechazo del estatus quo, con mi querido y admirado hermano Julio, comenzamos a trabajar para hacer posible aquello que habíamos pensado hacer desde nuestros años de estudiantes en Italia, tratar de abrir un centro cultural que fuera a la vez una librería, una sala de exposiciones y un local donde realizar desde presentaciones de libros, organizar conferencias y dictar cursos de ciclo corto de diversa índole.

En la primavera de ese año 1973 abrimos las puertas del Centro Cultural Dominicano situado en la esquina formada por la avenida Dr. Delgado y la calle Santiago, en La Primavera, Gascue.

Por tres años, ese espacio se convirtió, conjuntamente con Casa de Teatro, en un eje cultural donde se difundían ideas críticas y cultura de vanguardia que representaban un rechazo de la idiosincrasia asesina, represiva e inmovilista que patrocinaba el poder político reinante y que desestabilizaba la posibilidad de establecer, en la vida dominicana, el libre juego de las fuerzas emergentes que se manifestaban, sobre todo en la juventud y encontraban un líder en las enseñanzas y luchas del profesor Juan Bosch.

Poco a poco, se fueron integrando al Centro voces y presencias de muchos de los líderes de la cultura dominicana de aquellos momentos y de hoy: retomamos el contacto con el profesor Juan Bosch, quien era un amigo de familia, con el doctor Juan Isidro Jimenes Grullón, con el poeta Pedro Mir y con el ya amigo Manuel Rueda, de quien, para ese tiempo, comencé a descubrir su otra obra, es decir, su obra narrativa, su poesía, su ensayo y su teatro.

En el maestro Rueda, en ese tiempo, descubrí a un prócer cultural de la misma consistencia que las figuras que había conocido en mis estudios en Florencia como los auténticos hombres universales del Humanismo italiano, que surge en *Firenze* desde el siglo XIII: hombres capaces de hacer florecer un renacimiento de la cultura, de las ideas y de las formas clásicas que anidaron en las islas del archipiélago griego y en Atenas.

En esos años, toda personalidad significativa de la cultura dominicana de izquierda encontró en ese centro cultural de los hermanos Brea Franco –como muchos lo llamaban en el lenguaje coloquial– su espacio y la oportunidad de decir lo que podía ayudar a sanar y a salvar nuestra cultura.

Entre los más jóvenes que se hicieron asiduos visitantes y cooperantes había figuras que constituyen entre las más representativas de nuestra generación: Orlando Martínez, Leonel Fernández, Hatuey De Camps, Milito Fernández, José del Castillo, Diógenes Céspedes, Pedro Vergés, Efraím Castillo,

Frank Moya Pons, Bernardo Vega, José Chez Checo, José Alcántara Almánzar, Mukien Sang, entre otros.

Y en las artes participaron activamente Aurelio Grisanty, Jochi Russo, Rafi Vásquez, Miquí Vila, Orlando Menicucci, Francisco Santos y otros más que sería muy prolijo enumerar.

Fue en ese tiempo que Manuel Rueda y quien escribe trabajamos una profunda amistad basados en múltiples afinidades personales, valores y modos de interpretar la cultura que compartíamos. Claro, él era el maestro y yo el discípulo atento a sus enseñanzas y sus atinados juicios y valoraciones de lo quintaesencial de la cultura dominicana.

Por aquel tiempo fue que Manuel me impuso que le nombrara con el apodo con que lo conocían las personas muy ligadas a él por amistad o familiaridad de espíritu. Manuel se transformó para mí en el querido amigo: *Manolo*.

Cada día, con tantas barbaridades que se dicen y se escriben en la actualidad en los periódicos dominicanos, escucho su risa, su carcajada sonora y gustosa, escucho a menudo en mi espíritu su risa burlona, irónica, inteligente, pero que conservaba una tonalidad infantil, que le salía del corazón.

Manolo era irónico y feroz en el combate, pero siempre fue un hombre bueno. Un ser sensible y abierto, sin poses ni hipocresías.

Qué decir de Manolo como persona. Ante todo que era un artista cabal, un poeta tocado por la musa de la musicalidad y la armonía. Era también un niño que disfrutaba profundamente sus travesuras y la ironía que ponía en su arte y en las múltiples manifestaciones de su vida.

Como todo ser humano, presumo que tuvo que vivir en su existencia momentos duros, difíciles, dolorosos, pero nunca abrumaba a sus amigos con sus cuitas, se le podía zafar un toque irónico en una frase refiriéndose a sus problemas personales, pero enseguida volvía a ser ese niño grande que siempre fue.

Vivía en un estado natural que para muchos de nosotros es algo inusual y momentáneo, era un ser maravillado por todo lo que encontraba en su camino vital. Su estado natural era el del ser humano pasmado por el ser.

Se conmovía como un griego de la Atenas de Pericles o de Platón, de Sófocles o de Aristófanes con todas las cosas que veía o vislumbraba, nada le parecía simplemente algo común, sin trascendencia, pura cotidianidad.

Toda materia y cuestión humana la transformaba en algo extraordinario, por ello, para él el trabajo era una fiesta, un momento de alegría creativa que siempre necesitaba compartir con sus seres queridos, sus amigos.

Fue así que lo encontré siempre en los años en que dirigió ese libro de maravillas infinitas, en él transformó la creatividad cultural dominicana, tal como la impulsaba y difundía desde ese espléndido suplemento que supera a todas las revistas culturales que han insertado los diarios dominicanos cada semana.

Cuando los diarios eran auténticos templos de libertad de pensamiento, escuelas para formar auténticos ciudadanos sensibles a las causas sociales, atentos a difundir y a orientar en lo cultural y en la crítica literaria, abiertos a recibir el planteamiento filosófico novedoso o el enfoque nuevo y original de nuestra historia, realizado por auténticos creadores.

Eso fue lo que en sus manos se transformó *Isla Abierta*.

Para el grupo de sus amigos que colaborábamos con él en esa obra inigualada, amparado por la brillante poeta, inteligente mujer, amiga fiel, la hermosa Soledad Álvarez, asistir de seis a siete u ocho de la tarde al local que ocupaba en las oficinas del periódico *Hoy* era ir a compartir la más celebrada, rica, diversa y plena de las tertulias de las que he podido compartir en este país.

Para Manolo la creación fue siempre fiesta y espontaneidad creativa, era una ocasión para concelebrar con los amigos sin mezquindades ni hipocresías, sin adulonerías ni falsías.

En aquellos tardes divinas se celebraba cada día de un modo diverso y hermoso el feliz nacimiento de Venus, tal cual como lo imaginó Botticelli en su famosa obra en la Firenze del siglo XIV.

En 1982, la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, que era donde trabajaba en ese momento, pues dirigía entonces el Departamento de Filosofía que llegó a tener revista propia que sólo se nutría de trabajos elaborados por los propios profesores adscritos al mismo por sugerencia del poeta José Ángel Buesa y del siempre admirado y querido amigo Mariano Lebrón Saviñón, quienes se hicieron garantes ante el rector de la calidad de la obra que preparaba, publiqué mi *Antología del pensamiento helénico*, un libro que fue muy bien recibido por el país cultural, pues era un aporte que ayudaría a reforzar el conocimiento de las bases clásicas de la cultura occidental a la que pertenecemos por herencia de nuestra madre patria, la lengua española.

Manolo no cejó, desde que la obra salió a las librerías, cada día al llamarme, fuese por teléfono o de viva voz, me decía que esa era una obra gigantesca y era sumamente necesaria para el desarrollo orgánico de la cultura dominicana.

Se pasó como dos meses estudiando la obra y en ese tiempo recibía yo su llamada telefónica o la invitación a pasar por su casa, que éramos vecinos, para resaltar un valor digno de encomio o una perla recién sacada de las profundidades de un texto de Platón o de Aristóteles.

En seguida me manifestó que quería que realizara una tarea que yo consideraba era superior a mis fuerzas en ese momento: preparar y publicar una *Antología mínima del pensamiento helénico*, para publicarla en el suplemento.

Comprendí que si quería mantener y hacer fructificar nuestra amistad debía satisfacer su solicitud.

Y, en efecto, desde el No. 2934 al 2950, cada semana, en diecisiete entregas, se publicó en *Isla Abierta*, gracias a la tenacidad y persistencia en su solicitud de que le entregara ese traspunto de un ya difícil resumen de las raíces fundamentales del pensamiento y la cultura fundamental de la civilización occidental, que fue pensada a la luz que proyectara en mí interior, el aforismo nietzscheano de que: *El que vuelve a los orígenes encontrará orígenes nuevos.*

Concluyo estas palabras que emanan de mi corazón al evocar su feliz memoria, con la transcripción del prólogo o de las palabras liminares que Manolo quiso anteponer a manera de carta de recomendación de ese esfuerzo que realizaba como un don de amistad y admiración a quien considero como la persona que mayor influencia ha ejercido en mi manera de ver y sentir la cultura dominicana.

Ojalá alguien o alguna institución quisiera reproducir este trabajo completo de apretada síntesis de los orígenes de la cultura occidental.

Creo que de su manera de valorar este trabajo, uno de tantos de la cultura contemporánea dominicana, se revela de la mejor manera quién era y es Manuel Rueda, figura esencial de nuestra cultura:

Luis Brea Franco ha publicado una obra inusitada para nuestro medio. Se trata de «Antología del Pensamiento Helénico» la que recoge, desde Homero hasta Plotino, lo más sustancial de esa corriente poética y humanística que nos ha alimentado desde siglos, por encima de nacionalismos y contingencias epocales. Presentar en un volumen de regular tamaño la síntesis de ese mundo alucinante y siempre vivo del pensamiento helénico ha sido tarea ciclópea de Brea Franco, producto de incontables lecturas y cotejo de

textos, de manera que no se colara nada esencial, que en el fondo del cedazo siempre quedara la pepita de oro insustituible, fulgurando con toda la verdad intemporal del espíritu. Admirador de obra tan honda y esplendorosa quería compartirla con los lectores de Isla Abierta, razón por la que solicité a su autor una proeza adicional: hacer de su Antología una muestra mínima con miras a facilitar, a través de una breve ojeada a nuestras páginas, la comprensión del complejo mundo de la Grecia antigua en lo más asequible de su pensamiento. Brea Franco no se ha amedrentado ante mis peticiones y ahora ofrecemos el resultado en esta «Antología». Creemos que ello redundará en beneficio de nuestros lectores.

Manuel Rueda

Lupo Hernández Rueda

Manuel Rueda

Yo siempre te he mirado
como quien ve a un hermano mayor,
visionario gendarme de lo eterno,
poliedro del arte, maestro,
poeta sorprendido
en la *Congregación del cuerpo único*.

Yo siempre he seguido *La criatura terrestre*,
El rayano, el *Ámbito y penumbra*
de la echadora de cartas, *Conseja de la muerte hermosa*,
y la magia indecible de tus visiones de la tierra,
«acomodando la hoja de la guásima y el cedro»
el verso puro con el verso embrujado,
La trinitaria blanca con *Las noches de Chile*,
«ligera campanada de pájaros sobre el amanecer».

«Tú danzas como yo a veces hablo: lanzando rayos»,
rayos de lumbre humana en el viento que pasa.
Con el tambor de las islas laceraste la muerte
abriendo nuevas rutas al verso,
lector poeta pluralemapluraleta
visión honda del hombre,
piedra espacial del mundo.

Yo siempre he seguido tu verso transparente,
palabra del poeta en la palabra,
con el plural danzando en ella.

Yo siempre te he querido decir
que si tú mueres,
queda un vacío en el aire

como una estrella inmensa en lo alto del cielo.

Tu verso bastaría para llenarlo.

Voz inmersa en su tiempo,

que retoma el pasado

y lo hace nuevo,

pedra plural perpetua,

poeta telúrico infinito,

desde la estrella al hueso.

Manuel García Arévalo

Manuel Rueda y su permanente búsqueda de la dominicanidad

Del manojó de virtudes intelectuales y artísticas que adornaban la personalidad de Manuel Rueda, y que le han granjeado la admiración y el respeto de sus lectores y de la crítica más autorizada, hay una faceta en particular que es la que más se aviene a mi ámbito de estudio: me refiero a su dedicación a los temas antropológicos. Porque Rueda, dotado de una permanente curiosidad, desarrolló, en paralelo a su vasta producción literaria y musical, una excepcional labor de recolección y estudio de nuestras manifestaciones folklóricas, que han sido transmitidas de manera oral de generación en generación.

Su erudición, su cultura universal, sus méritos musicales, el ser reconocido como uno de los más distinguidos exponentes de las letras nacionales, no fueron óbice para que se dedicara a los géneros populares tradicionales, expresiones que llamaron poderosamente su atención y que asumió como una forma de afirmación identitaria.

En efecto, es admirable cómo Rueda logró conciliar el cultivo de los géneros clásicos en el campo de la creación artístico-literaria con su pasión por la cultura vernácula, la cual reivindicó en una permanente búsqueda por desentrañar las raíces más acendradas de la dominicanidad.

Por eso, no es de extrañar que, en su afán de rescatar las creencias, costumbres y tradiciones ancestrales, fuera el creador en 1966 del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, desde donde realizó un intenso trabajo de recopilación en campos y poblados, y posterior clasificación, para recuperar del olvido y de la indiferencia

un valioso material folklórico, contribuyendo así al conocimiento y la divulgación de nuestro acervo.

Fruto de su sistemática labor de investigación etnográfica es la obra *Adivinanzas dominicanas* (1970) y diversos trabajos inéditos, entre ellos, dos tomos de cuentos, un tomo dedicado al género de la salve –que aún no se había estudiado en nuestro país–, un tomo de poesía popular, uno sobre instrumentos y coreografía de nuestros bailes, y otro de juegos y costumbres. De este modo se proponía editar una colección titulada *Folklore Dominicano*.

Pero donde Manolo –como le conocíamos sus amigos– se revela como un profundo conocedor de las formas criollas de ser y de sentir es en su libro de ensayos titulado *Imágenes del dominicano*, publicado en 1998 por el Departamento Cultural del Banco Central de la República Dominicana. En el liminar de esta obra, Rueda afirma lo siguiente:

Siempre quise escribir un libro sobre el dominicano y no sé si aún estaré a tiempo para hacerlo. Lo que tal vez hasta ahora me lo ha impedido es el deseo de autenticidad, de transmitir, más allá de la literatura y de esos ímpetus juveniles que aún en la senectud nos asaltan, la vida cambiante de un pueblo como el nuestro, rico en azares de toda clase, moldeado por su historia y por su ambiente, en los que han intervenido factores diversos que de una u otra manera se han impuesto al propio origen.

Lo dominicano, o para ser más cuidadoso, «el dominicano», se me presenta como un ente variable que, según el lugar o el tiempo en que vive, reacciona de manera diferente, a pesar de los esfuerzos que hacemos por encontrarle aspectos unificadores que le den cohesión a una tipología peculiar dentro de la diversidad de los pueblos americanos [...]

Si existen tantas razones para que renunciemos al ansiado libro del que ya les he hablado, permítaseme en cambio ofrecer parte del material que la vida ha ido dejando en mis manos como indicio de lo que somos o hemos querido ser.

Y si somos una entidad cambiante, indescifrable, abramos nuestra mente y nuestro corazón a lo que expresa el pueblo por medio de su arte y sus costumbres para que capturemos algunas de sus imágenes. Y demos gracias a Dios si en una etapa de la evolución nos hemos visto y nos hemos reconocido, en el espejo ilusorio de una creación siempre en marcha.¹

Recuerdo, en una de las amenas y edificantes tertulias que Manolo convocaba en su acogedora casa, cuando, con su excepcional ingenio y agudeza, se refirió al folklore como una expresión popular que nunca muere, sino que evoluciona con el paso del tiempo, como sucede con las ideas y el arte.

Por eso, a lo largo de su vida, se dio prisa por palpar y recoger los motivos vernáculos, que aún permanecían afeerrados al terruño, para evitar que perecieran en la memoria de la gente, dando lugar a otras modalidades o preferencias, sobre todo en una época como la actual, donde el flujo migratorio rural se dirige hacia los grandes conglomerados urbanos, que concentran el grueso de las actividades industriales y de servicios.

Pero Rueda también se interesó por lo que él llamó «la localización del hecho folklórico reciente», bajo el siguiente predicamento:

1. Manuel Rueda, *Imágenes del dominicano*, Banco Central de la República Dominicana, Santo Domingo, 1998, pp. 9-10.

La idea admitida del Folklore parece haber entrado, en los últimos tiempos, en una etapa de transformación. Junto a los naturales cambios del mundo y de la sociedad, las teorías todas, aun las más rígidas, son impulsadas hacia nuevos derroteros, quedando muchas desarticuladas e inoperantes. Estamos en época de revisiones, tanto de la conducta como de aquellas técnicas y razonamientos seculares a los cuales se quiso dar carta de perennidad.

Que tal fenómeno de renovación se produzca en materia que trata de los aspectos tradicionales del hombre «folk» puede a primera vista sorprender y hasta tomársele como un contrasentido. Pero, como ciencia que es, el folklore no podía quedar petrificado en cánones articulados en una realidad que no es la nuestra. Los jóvenes eruditos que abrazan tales disciplinas impulsados por maestros visionarios han sentido la necesidad de abrir en esas capas culturales de milenios, a las cuales han vivido asomados, una brecha por donde el presente irrumpa con la misma jerarquía informativa que el pasado.

Nuestros antecesores en la materia, a fuerza de mirar hacia atrás, de sondear en el pozo impenetrable de los tiempos, han adquirido categoría de piedras pensantes. En una palabra, se han hecho, ellos mismos, arcaicos. La recuperación del ayer inmediato y del hoy conlleva una nueva actitud hacia fórmulas vivas de la existencia.²

En el discurso que pronunció ante los participantes en el Festival Internacional del Folklore, el papa Pío XII afirmó con mucho acierto que los folkloristas al «penetrar todo el contenido de vues-

2. Manuel Rueda, «Nuevas tendencias del folklore», *Boletín Cultural del Banco Central Dominicano*, vol. 1, núm. 9, diciembre de 1975, Santo Domingo.

tro papel social, guardáis con cuidado el alma de vuestro pueblo natal».³ Poseído por esa mística, Rueda devino en folklorista para ahondar en el elemento medular del alma nacional, asimilando en su verdadera esencia el resultado de ese proceso de fusión racial y sincretismo religioso que representa en nuestros días la cultura popular, con su sublime sencillez y profundo saber empírico.

Manuel Rueda visitó muchos lugares y recorrió los más remotos parajes y villorrios de República Dominicana, en una labor ininterrumpida de captación y evaluación del hecho folklórico. Así pudo oír de primera mano un desafío de décimas como las que todavía se celebran en Cañafistol (Baní), acudir a las festividades religiosas de Bayaguana, presenciar las funciones de teatro rural en los campos aledaños a Yamasá, asistir a las sesiones de cuentos y adivinanzas de Monte Cristi y Juan Gómez, sin faltar a las fiestas patronales en las típicas enramadas, donde se interpretaban pimentosos merengues linieros y cibaños, o las rítmicas salves y mangulinas propias del Sur, así como a los bailes de palos de Villa Mella o La Caleta, o a las apasionadas lidias de picos y espuelas en las galleras.

A tal nivel de identificación telúrica llegó Manuel Rueda, que el crítico literario Miguel Ángel Fornerín plantea que su obra aun siendo profundamente conceptual y erudita, está enraizada en lo popular, al punto de llegar ««a planear una poética del teatro popular desde la perspectiva dominicana, teniendo en cuenta sus estudios folclóricos, como en *El rey Clinejas* (1979)»».⁴ El propio Rueda, en sus anotaciones de campo, hace reiteradas alusiones a sus esfuerzos por adentrarse en el estudio de las clases populares y sus modos cotidianos de vida, incluyendo su manera de divertirse y de celebrar sus festividades y mitigar sus penas:

3. 19 de julio de 1953.

4. Miguel Ángel Fornerín, «Manuel Rueda en la literatura dominicana», *Hoy*, 18 de enero de 2014.

Los hemos conocido en los campos de labranza, en plena labor de tala o de cosecha, en reuniones dominicales de pulpería, en plazas y mercados, durante sus juegos (incluyendo en éstos los de billar y de dominó), en sus devociones y ritos, en desafíos de décimas o en sesiones de coplas: («chuines», «chuanes»), y en sus ceremonias fúnebres.⁵

Manuel Rueda se propuso, pues, observar y palpar con rigor intelectual las profundas raíces que soportan el vigoroso árbol de nuestro saber popular. Y lo hizo con su exquisita sensibilidad, convirtiéndose en un verdadero enamorado de la tierra que lo vio nacer, y llegando a este convencimiento:

Nuestro campesino es noble sin arrogancia, tierno sin blandura, sabio sin pedantería. Pero sus rasgos forman una síntesis tan armoniosa y cabal que no es dable reproducirla en palabras. Bien plantado sobre la tierra de sus antecesores parece un símbolo remoto que, envuelto en las nieblas del pasado, lanzara una apremiante mirada al porvenir.⁶

5. *Adivinanzas dominicanas* (recopilación, clasificación, prólogo y notas de Manuel Rueda), Instituto de Investigaciones Folklóricas, Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1970, p. 14.

6. *Adivinanzas dominicanas*, op. cit., p. 15.

Manuel Mora Serrano

Visión en claroscuro de Manolo Rueda

A José Luis Corripio Estrada, mi compañero Pepín de estudios universitarios, por su mecenazgo, que aparte de que fuese una tradición de su nativa Asturias si mencionamos a Jovellanos, Campoamor, Clarín, Pérez de Ayala, Palacio Valdez, Casona, Bousoño, etc., sospecho que en parte debe mucho a su admiración y respeto a Manuel Rueda, de lo cual, nuestra cultura nunca tendrá con qué pagar el rescate que ha hecho de su biblioteca, de su obra y de su personalidad, de lo cual este libro es elocuente ejemplo.

I

Manolo y Monte Cristi

Cuando uno ha nacido, como quien escribe, en una comunidad pujante comercialmente, con una burguesía activa, formada por inmigrantes y por gentes de muchas localidades atraídas por el lucro, comprende y justifica que allí pudiera aparecer el arte como lógico adorno de esa conjunción social e histórica. Empero, si además esa ciudad está lejos de la capital del país y tiene puerto de mar, y es la capital en sí de una vasta y levantisca región como lo fue el Monte Cristi en el cual vino al mundo Manuel Rueda González, el más prominente de los Manolos de la *Poesía Sorprendida* (Manolo Llanes y Manolo Valerio, son los otros), con gustos decimonónicos y aficiones europeas, donde en casi todas las casas había un piano y tanto en ellas como en las escuelas y en los salones era de buen tono escuchar algún o alguna cantan-

te, o la ejecución de un instrumento musical y reverentemente la declamación de un poema, el gusto por el arte se respira. En otras palabras, Manuel Rueda vino al mundo en una ciudad romántica, con todos los altos valores que sostenía ese maravilloso movimiento, el más poderoso de todos en Occidente, a la par que el don de gentes y el trato cortés.

No se ha escrito aún la fascinante historia de estas ciudades nuestras que frente al Atlántico o al Caribe, más que en la parte mediterránea: en Azua y Baní, que sin ser costeras tenían puertos cercanos, especialmente Barahona, Samaná, San Pedro de Macorís, Puerto Plata y Monte Cristi, que eran cabeceras de distritos marítimos, regionales o provinciales, en los cuales algunas contaban con conjuntos clásicos e intelectuales relevantes y donde proliferaban periódicos y revistas, bases históricas de distinguidos periodistas y escritores, y, claro, poetas, con y sin melenas bohemias.

Siempre me he lamentado que esa historia del cabotaje nacional y antillano apenas haya tenido dos o tres novelas y no se haya investigado y trabajado a plenitud, siendo un filón novelístico cuasi virgen todavía.

Pues bien, el Monte Cristi de Manolo que José Alcántara Almánzar ha estudiado amorosamente, tanto en artículos como en sus varios ensayos biográficos y críticos sobre el poeta y su obra¹ más que un amor y un goce, se convierte en un grito de dolor. Manolo nace y crece allí, mirando al Morro altivo, hasta los diez u once años. Su vocación musical lo arranca prematuramente de sus familiares, de sus amigos en la escuela y de sus primeros maestros, trasladándose a la capital que vivía uno de esos momentos dorados que de vez en cuando un país pasa, cuando Manolo, casi un niño, llegó a la Santo Domingo colonialista, tan

1. «Monte Cristi en la poesía de Manuel Rueda» de José Alcántara Almánzar. *Revista Agulha*, Brazil, 26 de marzo 2012

secularmente burguesa como su Monte Cristi, a concluir estudios de música y luego de bachillerato.

Nacido en 1921 al final de la ocupación norteamericana, pasa por lo menos, y así lo dice en algún poema, a esa tierna edad, a un medio nuevo, y se impone. El joven pianista de quince años que recibe la graduación de magister² lo debe a excelentes profesores de la época. Para 1936 ya se ha ido Pedro Henríquez Ureña, después de remozarlas viejas espigas hostosianas, y eso se bebe en la escuela y se respira en el aire, al mismo tiempo que el terror dictatorial, que salvo al espíritu artístico, todo lo marchita.

Vienen luego, y no es poca cosa culturalmente hablando, los de la diáspora española. Una cantidad de talentosos hombres de las artes y las letras como nunca antes tuvo ni ha vuelto a tener este país. En ese clima cultural de alta tensión artística y literaria, a la que se suma la llegada de Rafael Díaz Niese, el talento de Manolo Rueda encuentra motivos y razones para dejar de ser provincial. Concluye el bachillerato en La Salle, centro de la burguesía, donde hace amistades de alto nivel social y cultural.

Más que a la universidad, el pianista genial que ya empezaba a reconocerse en él, lo lleva a Santiago de Chile. A la capital americana de la gran poesía en ese instante. Imaginar al joven provinciano que todavía en cierta forma era Manolo Rueda, de pronto trasladado a un escenario donde todo lo que aquí era en pequeño, allí era en grande, debió ser un auténtico deslumbramiento.

Podría decirse que todo lo que luego ha sido, fue y será Manolo Rueda en nuestra historia artística y cultural queda resumido en esos episodios. Todo lo demás, su inclusión automática a la Poesía Sorprendida donde oficia el chileno Alberto Baeza Flores, alguien con quien hablar de sus experiencias artísticas y sus relaciones li-

2. *Materia del amor*, Biblioteca Dominicana Básica, Editora Taller, 1994, en Selección, prólogo y notas de José Alcántara Almánzar en las cuales amplía biografía y críticas.

terarias, es pura suma para alcanzar su trayectoria de formación.

Sin embargo, algo le faltaba. Lo sentía en el aire. Lo intuía en las conversaciones de doña Marina, su madre, y de los linieros en su casa y lo confirmaba cada vez que podía escaparse y llegarse al pie del Morro a respirar la marisma caliente de Las Salinas: Él se había quedado con hambre de disfrutar su pueblo. Ese vacío imposible de llenar, esa enorme carga nostálgica, más que un hueco, es algo que paradójicamente llena de vida su poesía.

Rueda nunca fue un poeta pintoresco ni un criollista a ultranza. No hacía versos para halagar a las masas. Basta para confirmarlo leer toda su obra, a pesar de sus preocupaciones folkloristas como músico y como literato. Sin embargo, José Alcántara Almánzar³ rastreando entre sus parlamentos y sus versos, ha dado con muchas claves de ese amor nostálgico a la ciudad natal.

No hay bandadas de bubíes ni andan los cangrejos despeinados por las playas de sus versos, ni le importan los siete cayos famosos, su Monte Cristi es de otra jerarquía. Como bien dice JAA en sus comentarios críticos, los más altos y profundos versos de nuestra literatura aparecen en esos recuerdos infantiles, en la historia que hace desde cuando era un feto y presentía lo que iba a ser, sobre todo en *La criatura terrestre*, en *Cantos de la frontera* y en algunos altos lugares de *Por los mares de la dama*, que a la vez que marina, como el nombre de su madre, es un homenaje a ellas dos: a la mar nutricia y la Marina natal.

II

El Manolo que Chile nos devuelve

El Manolo Rueda que Chile nos devuelve es un vanguardista del momento. En ese Santiago maravilloso que le tocó vivir, los exce-

3. Idem.

lentes poetas eran tan profusos, que los encontraba por doquier. No es poca cosa para un provinciano de una república provincial de América asistir a los encuentros con un Vicente Huidobro en la cúspide de su fama, montado a grupa de *Altazor* desde donde se veían pigmeos los monumentos y las catedrales. Supo de la guerrilla literaria entre los Pablos: El Rokha y el Neruda, en la cual terciaba Huidobro magistralmente encendiendo pasiones⁴. De ese Rueda hemos aprendido muchas cosas.

En Santiago de Chile la pasión por el teatro no era un acto aislado. Era toda una tradición. De ahí que el Rueda dramaturgo nació y se desarrolló en aquel medio. La depuración de sus parlamentos, el rejuego de luces y sombras que componen su dossier teatral, que culminó con una premiación internacional, aparte de las varias nacionales, tienen su origen allí.

Cuesta mucho imaginar otro intelectual nuestro que pueda pararse al lado de Manuel Rueda en cuanto a su dominio de las artes y las letras. Él diría que solo respetaría en ese aspecto a Pedro Henríquez Ureña, que aunque no fue un virtuoso del piano, fue un profundo conocedor tanto de la música como del teatro universal y aunque como poeta no tuvo las mismas luces, digámoslo perogrullescamente: Pedro es Pedro y Manolo es Manolo.

El hecho de que *Alone* (Hernán Díaz Arrieta), el crítico más respetado no solo en Chile, sino en todo el continente, elogiara *Las noches* con sus primeros sonetos, fue un espaldarazo que nadie en este país puede igualar. De modo que elogiado por las gentes que sabían, en un sitio donde los elogios no eran compadristas, le daba al pianista fabuloso, también cargado de críticas amables, un sitio artístico y cultural de primera categoría.

Para 1943 Manolo tiene apenas 22 años y ya es todo un prodigio. Ciertamente en la Poesía Sorprendida como en *Los Cua-*

4. *La guerrilla literaria*, Faride Zerán, Fondo de Cultura Económica, 2005.

ernos Dominicanos de Cultura abunda el talento. Ya es tiempo suficiente para analizar sin apasionamientos políticos ambos *movimientos*. Nunca se ha dicho que *Los Cuadernos* lo fueran. Sin embargo, en ellos aparecen las obras de Rafael Díaz Niese, Héctor Incháustegui Cabral, Tomás Hernández Franco, Pedro René Contín Aybar, el joven Pedro Mir, Hilma Conteras, Carlos Curiel y una caterva de intelectuales y si la Poesía Sorprendida se considerada tal ¿Por qué no considerarlos como movimiento si circulaban por todo el país a través de las bibliotecas del Partido Dominicano, al alcance de cualquier interesado y su influencia es palpable no solo en la literatura provinciana? Lo que no tuvo la Poesía Sorprendida que fue siempre de una élite y de escasa circulación nacional. Desde aquí tiro la primera piedra.

Los que no vivieron aquellos momentos, pueden imaginar una guerra entre «sorprendidos» y «cuadernistas». No había tal, de persona a persona. En la pequeña ciudad que era Santo Domingo entonces, era ineludible la bohemia artística para no morir asfixiados por la tiranía, para tomarse unos tragos o hacer tertulias. Siempre hubo y habrá afinidades electivas, como las llamó Goethe, y basta leer *El pozo muerto*, de don Héctor, para ver su relación íntima con Franklin Mieses Burgos, por ejemplo.

Mi conocimiento personal del pianista Manuel Rueda ocurrió, si no estoy errado, en 1952, en la explanada del edificio de Ciencias Médicas Dr. Defilló, escuchando un arreglo (no sé si hecho por Manolo) de la *Sonata de Otoño (Moonlight)* de Beethoven, interpretándola al piano junto a nuestro joven compañero de estudios Carlos Piantini al violín. Fue un momento estelar en mi vida. Era la primera vez que asistía a un concierto de música clásica ¡y qué intérpretes me tocaron y de qué compositor tan amado eran las notas!

Gracias a mi relación personal con Freddy Gatón Arce tuvimos acceso a la Colección que conservaba de la Poesía Sorprendida. Para confirmar lo antes dicho, algunos miembros de la

Generación del 48 me confesaron que conocieron a los poetas personalmente, pero no sus obras, hasta que aparecieron en *Los Cuadernos* donde ellos también colaboraron cuando desapareció la revista *Entre Las Soledades* dirigida por Antonio Fernández Spencer, que sustituyó a la Sorprendida.

A todo esto, mientras Manolo hacía sus obras y las publicaba, los jóvenes escritores de provincias las desconocíamos, ávidos de conocimientos adquiriríamos las clásicas extranjeras que podíamos comprar, en desmedro de las criollas, entonces y ahora, rarezas en las pequeñas librerías de pueblos y barrios. No es extraño que admirando a unos, desconociéramos otros poetas capitales, arrullados por las sonoras metáforas de Mises Burgos y los embrujos de Rafael Américo Henríquez, no leyéramos a Manuel Rueda, que ciertamente, aunque era un profesional de la música, no era un poeta tan sonoro como aquellos.

Ese hecho de huir al relumbrón, de ser, como era, un artista formado en los moldes del clasicismo, tanto de la música como en el verso, si recordamos que su primer éxito en Chile fue por los sonetos a *Las noches*, que pueden catalogarse de los más hispánicamente clásicos de nuestras letras, hizo que el conocimiento de la obra de Rueda, no solo para nosotros entonces, sino para muchos todavía, fuera tardío, o no exista; y no es que su poesía sea tan difícil, ni carezca de plasticidad lírica, es que hay que acostumbrarse a su mundo en claroscuro. Manolo nos deslumbra como pianista desde el primer acorde, pero no del mismo modo como poeta. Es necesario ir preparado para entrar, como él dice imitando al Dante en alguna parte, en esa *selva oscura* de significados enigmáticos, que a pesar de su rebeldía experimentalista, quiera que no, es ante todo, la de un clásico.

Estudiando su poesía, que es, al fin y al cabo su más alto aporte a nuestras letras, sin desmedro del excelente cuentista y narrador, del investigador infatigable, del autor dramático

ganador de premios nacionales e internacionales, etc., se nos revela como alguien solitario y angustiado, y al transmitir, él que como persona era dueño de un fino humor y de graciosas frases de una magnífica ironía, ese oscuro y profundo sentir suele no concitar simpatías automáticas en lectores poco exigentes o incultos. Rueda es un poeta para cierta élite cultural, aunque trabaje temas nuestros ancestrales sobre tópicos que ciertamente no son manoseados a pesar de su raíz popular y me refiero al rayano, por ejemplo.

Algo faltó en la vida de Manolo para darle una plenitud plácida. Invito, pues, a ir en peregrinación no solo a Monte Cristi sino al conjunto de sus versos donde están los rincones de las dudas y los sueños que lo asaltaron como a todos los seres humanos, a veces bien medidos y rimados y siempre dentro de cánones que van un poco más allá de lo estético.

III

Manolo creador de mitos literarios

Para concluir sin decir todo lo que es necesario, ya que intentarlo sería lo de empezar y no acabar nunca, labor que sí ha hecho magistralmente Alcántara Almánzar⁵, a quien es obligatorio leer si queremos conocer al hombre y al poeta al darnos toda una carta de ruta hacia el alma del artista que siempre habitó en Manolo Rueda, me voy a referir a mis encuentros y desencuentros con este monumental personaje de nuestra cultura.

Manolo, como toda cumbre, era un poco inaccesible. Los mejores momentos que disfruté fueron en su casa, abierta de par en par entonces, en las tertulias de los días de su último gran aporte

5. *Materia del amor y otros estudios*.

a nuestras letras, los heroicos del Pluralismo. Dos o tres veces me aparecí en las noches de los miércoles cuando viajaba desde el interior y Manolo, gozoso como nunca antes ni después lo vi, era un gurú rodeado de discípulos excitados con sus novedades. Era un ambiente parecido a algunos de los que disfrutara en Santiago de Chile con el grupo *Mandrágora* y otros surrealistas.

Más tarde, y como el único eco del interior del país sobre el Pluralismo, el Grupo de Escritores del Cibao al que pertenecía, suscribimos un manifiesto apoyando el movimiento en casa de la periodista Zaidy Zouain en Santiago, resultando de ello la deuda que los interesados en las vanguardias tenemos con Manolo Rueda.

Cuando escribía mi novela *Goeíza*⁶ le mostré al magnífico intelectual que fue Carlos Curiel, fiel adicto a la tertulia de Juan Chea en la barra del hotel Comercial, la primera página en forma de diálogo y me sugirió que así escribiera toda la obra. La sugerencia me gustó. Detesto poner el nombre de cada personaje antes de los parlamentos como se hace en el teatro, y quise complacerlo, pero no poseía la técnica para hacerlo. Ahí vinieron en mi auxilio los bloques del pluralismo y a Manolo debo haber resuelto el asunto, otorgando un espacio en el texto a cada personaje en un bloque. Así de simple. Su influencia en otros escritores por haber hecho lo que José Alcántara Almánzar llama propiamente una «integración de las vanguardias» como los caligramas de Apollinaire, el concretismo brasileiro, etc., se siente en nuestra poesía, aunque más tarde volviese al anquilosamiento en lo tradicional del verso libre o la prosa poética, salvo casos de experimentalistas como el Contextualismo de Cayo Claudio Espinal, que no es una imitación, pero sería quizás imposible sin la experiencia del Pluralismo y los demás ismos anteriores de nuestra literatura, de los cuales derivan algunos manierismos.

6. *Goeíza*, novela escénica, ganadora del Premio Siboney de Literatura 1979, Editora Taller, 1980.

No siempre nuestra relación fue de miel sobre hojuelas. Quizás, o sin quizás, sin asomos revanchistas, sin malicias, mi posición de defensa de Domingo Moreno Jimenes es la más conspicua, por lo mucho que he escrito sobre ello⁷. Me refiero a la inexplicable afirmación que hizo de que Moreno había nacido en Santiago, algo que realmente jamás me he explicado en alguien tan meticuloso y tan cuidadoso del dato y del detalle histórico. Y no bastó el desmentido de Moreno, el nuestro, el del biógrafo oficial Rafael Lantigua, ni la muestra de los documentos demostrando que nació aquí en Santo Domingo, para destruir ese lapsus que olímpicamente sostuvo de manera inexplicable y que se ha convertido en uno de esos mitos que fomentó, solo porque lo dijo Manuel Rueda, lo que al mismo tiempo denota el respeto que se había ganado y que nos hace decir, a pesar de lo incongruente que parece, ya que hablamos de un error, que nadie más ha tenido tal poder en nuestra literatura.

Los otros dos puntos en los cuales diferimos y que también se han convertido en mitos gracias a la avasallante personalidad de Manolo, fueron su recreación de lo que antes había sostenido Pedro René Contín Aybar, de que Vigil Díaz había fundado una vanguardia en 1912 y de que este fuera vanguardista con el vedrinismo, por más que hay pruebas de que Zacarías Espinal fue el creador de la palabra al titular una publicación en la revista *La Opinión* el 9 de octubre de 1926 como Versos *vhedrinhistas* o de que la figura principal del Postumismo no lo fue Moreno, sino Rafael Augusto Zorrilla, hecho este último en el cual el mito no pudo superar la realidad, como lo hizo en los otros dos casos.

Nunca nos hemos podido explicar estos lunares en la labor crítica, histórica y antológica de Manuel Rueda, que ha sido brillan-

7. *Postumismo y vedrinismo, primeras vanguardias dominicanas*, Editora Nacional, 2011.

TESTIMONIOS

te y sumamente generosa con la juventud, especialmente en su monumental *Antología mayor de la poesía dominicana*⁸.

Nada de eso tiene que ver con su obra, con el reconocimiento de su extraordinario talento musical y literario, su don de gentes, su generosidad como periodista dirigiendo el suplemento de *Isla Abierta* del diario *Hoy* ni con el hecho indiscutible de que si no es el más grande de nuestros intelectuales, su sitio está al lado de los más.

Todo homenaje que se le hizo o se le hará, siempre estará por debajo de su estatura real.

Santo Domingo, 10 de marzo 2015.

8. *Antología mayor de la poesía dominicana* (siglos XX-XX) Ediciones de la Fundación Corripio Inc. 1999.

Marcio Veloz Maggiolo

Manuel Rueda, memoria, voz y sonido

Manuel Rueda llegó de Chile en los años cincuenta con un mazo de ternura en una mano, y una sonrisa llena de futuro en la otra. Era ya el dueño de una cultura explosiva. Apenas los más jóvenes sabíamos quién era. Mi maestro Antonio Fernández Spencer me decía que era el mejor sonetista dominicano, y yo sabía que era casi un refugiado de la Poesía Sorprendida. Sin dudas debió ser tomado en cuenta para la antología de Antonio, *Nueva poesía dominicana*, sus poemas cabían todos en ella. Error.

Cuando hicimos amistad, casi en los finales de los años cincuenta, en las tenidas del poeta Franklin Mieses Burgos en el Instituto Dominicano de Cultura, donde estudiaba literatura hispánica, aprendí de su trato y de su conocimiento y entonces lo admiré como se admira en los boleros; lo admiré con el corazón. Generoso, de risa a veces vibrante que era casi una carcajada, Rueda nos enseñó que se podía hacer crítica con sólo un gesto, o con una sonrisa que navegara entre la burla y los aprecio.

Nuestra amistad con Manolo creció desde el momento en que muchos quisimos ser autores de teatro, y de sus manos salieron obras que nos orientaron, obras que nos sirvieron de modelo, porque el gran modelo propicia las obras futuras. Era, en el fondo, un shakesperiano. Pero además, de su voz fluían momentos repentinos de su vida cotidiana, cultivaba a su modo la exaltación del ánimo.

Dueño de una mística apoyada en lo popular, amante de los clásicos de la Lengua Española, Manolo era un conocedor profundo de la mejor métrica, y descreía de los poetas que no la apreciaban; manifestaba sus dudas de aquellos nacidos dentro de un versolibrismo de última hora, sin pasión por la rima o por el endecasílabo. Nos dejó en *Las noches*, textos que pueden ser

considerados como los de un maduro sonetista. Había bebido en la poesía chilena más densa y en la más palabrista, o quizás en poetas simultáneos como Pablo Neruda y Pablo de Rokha, lo que la letra puede hacer utilizando del cincel ideológico y el estilo huidobriano. En mi libro de poemas *La palabra reunida*, publicado por la Universidad Central del Este, está a veces la influencia de Rueda, consejero de algunas de mis novelas iniciales. Sobre él escribo uno de mis poemas más sensibles.

Con él y con Franklin Domínguez nació una época teatral que vino acompañada de las obras de Iván García, el más denso de nuestros dramaturgos, y se lanzaron a escribir para las tablas no sólo Iván, sino Rafael Áñez Bargés, Carlos Acevedo, Héctor Incháustegui, Rafael Vásquez, y Máximo Avilés Blonda, entre otros. *La trinitaria blanca*, de Rueda, y varias de las piezas de Domínguez mostraban que podría creerse en un teatro dominicano. Ligado en algunas de sus formas a lo más clásico del teatro español, Manolo era un ejecutor sin fallas de los retablos, donde encontró verdadera cantera, hasta el logro del Premio Tirso de Molina con su *Retablo de la pasión y muerte de Juana La Loca*, que le fuera otorgado en Madrid con la presencia de algunos de sus amigos que estuvieron en España para asistir al más importante galardón teatral de la lengua española.

Manolo fue además de un maestro de la música, un ejecutor preciso del piano y un pedagogo que paseó sus conocimientos en las academias musicales de la capital durante más de treinta años; recuerdo entre sus amigos y amigas más fieles a la pianista y compositora Aura Marina del Rosario, fina interprete del piano y admiradora del maestro.

El músico y poeta era de una exigencia clásica; sus alumnos y seguidores en esos centros de creatividad apreciaron su genial capacidad. Cuando se dedicó al estudio de nuestro folklore se convirtió en uno de los grandes conocedores y colectores del

mismo y no tuvo miedo de enfrentar públicamente los errores de los imberbes que desconocían su prestancia y dominio de la ruralidad presente en gran parte de su obra. Una de las características más relevantes de Rueda era la ausencia de miedo, y su honestidad cuando de defender sus ideas se trataba.

Nuestras reuniones, muchas de ellas en su residencia de la avenida Pasteur, o en casa de los contertulios, eran laboratorios de investigación, y desde luego, en las mismas entramos a los puntos neurálgicos de la poesía como arte del inconsciente; algunos, bajo su dirección, nos iniciamos en los conocimientos del hipnotismo «Jagotiano», y en momentos sorprendidos, en ocasiones cruzamos hacia planos del pensamiento más allá de lo real, donde las preguntas al hipnotizado eran como un deslumbramiento. Manolo dirigió para sus amigos estas sesiones que nos dieron un avance de lo que antes el surrealismo intentara mediante la expresión de obras y textos nacidos de un pensamiento donde la incoherencia era una especie de iconicidad.

Esa especie de poesía de lo hipnótico, pero no ya lo hipnótico mismo, tuvo mucho más tarde nombre y apellidos convertida en un movimiento literario encabezado por Rueda. Se llamó Pluralismo; ya «sabíamos» por qué los surrealistas hablaban en tiempo de delirio; en delirio mayor, y por qué algunos como Michaux buscaron en los estimulantes una irrealidad que podía ser real. Ya no nos importaban las opciones ajenas; en el movimiento participamos no sólo aquellos que amamos el teatro durante los primeros años, sino los que llegaron luego, como el conocido narrador Diógenes Valdez, muchos de cuyos cuentos fueron sugeridos por Rueda.

Con *La tía Beatriz hace un milagro*, la fuerza teatral de Manolo encontró apoyo y verdadera recepción del público. Sabemos que en Manolo la imagen de la tía, era un sello psicológico del que nunca se desprendió. Vivió entre tías. Más tarde fue un en-

vidiable relator de memorias, y un profundo conocedor de las religiones, como lo demostró en su poema *Las metamorfosis de Makandal*. Pero antes había escrito relatos, cuentos, quizás algunos considerados como novelas cortas viviendo bajo el título de *Papeles de Sara*, donde se adivinaba la prosa esgrimida en su relato posterior *Bienvenida y la noche*, una obra de quilates sorprendentes como memoria epocal.

A Manolo Rueda lo recuerdo a retazos; lo recuerdo en visiones escénicas; lo recuerdo declamando su poesía con aspecto de figura del Olimpo en sandalias suavizadas por el talco y esgrimidas para aliviar el efecto de la diabetes en sus pies. Lo recuerdo hablando con cariño de sus hijos de crianza. Lo recuerdo elogiando al maestro Julio Alberto Hernández y a Ernesto Lecuona; lo percibo sentado ante su piano ejercitándose con algunos de los vales de Frederic Chopin; lo recuerdo leyendo en voz alta a Jean Anouilh y a Alejandro Casona; lo descubro entre la risa borbollante y el asombro absoluto. Lo reconstruyo hablando de los romances de García Lorca, también gran poeta y pianista, apoyando a veces las metáforas sonoras de Manuel de Falla.

Manolo se resiste a toda biografía. Es siempre la imagen viva que se renueva a sí misma y que cambia de formas con su incesante coloración cultural donde música, literatura, folklore y afecto se mezclan.

Margarita Auffant

Al «profe», agradecida

Era una cálida tarde de verano, un pequeño grupo de estudiantes esperábamos turno en la impresionante sala de la segunda planta del Palacio de los Capitanes Generales donde entonces tenía su sede la Escuela Elemental de Música, para realizar la audición que decidiría si estábamos «preparados» para ingresar en el Conservatorio Nacional de Música. Nuestras profesoras calmaban los murmullos del nerviosismo propio de estas situaciones.

Recuerdo cuando me incliné a saludar al público e inicié mi presentación, las manos frías, el corazón agitado, pero poco a poco lo enseñado fue serenando la emoción.

Al finalizar las audiciones vi a un señor alto y corpulento acercarse a mi querida profesora Gracita Senior de Pellerano y decirle a toda voz: «La muchachita del lazo, la quiero para clases». Gracita se acercó de inmediato a mis padres, que me acompañaban, y les hizo saber la decisión de Manuel Rueda. En el trayecto hacia nuestra casa, papá me puso en conocimiento de quién era Manuel Rueda y del privilegio que sería estudiar con el excelso pianista, primer premio del Conservatorio de Chile, intelectual y poeta, y de cuál era mi responsabilidad al aceptar ser su estudiante: estudiar diariamente, llegar temprano a clases, no contestar al profesor cuando llamara la atención y muchos etc. que me asustaban enormemente. Todavía no había cumplido once años.

El primer día de clases estaba aterrorizada, pero no hubo clases, repasó mis libros, me preguntó que había trabajado, y marcó nuevas obras para la próxima ocasión que nos viéramos. Poco a poco, el miedo fue desapareciendo y se inició una relación de afecto de mi lado, y comprensión de su parte que nos unió a través del tiempo.

Manuel Rueda fue un profesor generoso con sus conocimientos; entregó a sus estudiantes los secretos de la técnica y de su proverbial musicalidad, aprendí los «trucos» para lograr que mis manos muy pequeñas pudieran alcanzar la distancia requerida en un pasaje, los maravillosos pianísimos y ligados que eran parte de sus interpretaciones. Me enseñó a cantar mientras interpretaba una obra, para lograr un deleite muy profundo, además de ayudarme a interiorizarla y concentrarme en ella.

Manuel Rueda fue un hombre de complejidades, a veces un niño en ese caparazón enorme; lo conocí muy bien, más que cualquier adulto, así lo quise, admiré y respeté, reconociendo desde mis once años su superioridad en el ámbito de la música.

Recuerdo los años en que fui su estudiante con afecto profundo y agradecimiento. Me enseñó a amar la música, toda la música, abriendo para mí enormes posibilidades de disfrute intelectual y espiritual que han aportado a mi vida felicidad y consuelo. Siempre agradecida.

Margarita Baquero de Reid

Mi amigo Manuel

Conocí a Manuel hace muchos años por motivo de una crítica maravillosa que hizo de la obra teatral *La casa de los siete balcones* que protagonicé con un grupo de amigas y actores, entre ellos Iván García y Niní Germán.

Desde ese día nació una bella amistad. Para mí, Manuel era el perfecto hombre del Renacimiento: escritor de novelas, de obras de teatro, poeta, pianista consagrado, compositor musical y un excelente y fiel amigo con una calidad humana difícil de encontrar.

Nuestra amistad se fortaleció aún más cuando me llamó para concertar una visita a mi casa, pues quería mi opinión sobre una obra que escribía sobre Juana «La Loca», hija de Isabel la Católica. Llegó en la tarde y empezó a leer y, al terminar lo que había escrito hasta el momento, me preguntó:

- Cariño (siempre me llamaba así), ¿te gustó?
- Me encantó –enseguida le contesté.
- Pues si es así, quiero que seas «mi Juana».

Me sentí feliz de que Manuel pensará en mí, y lo acepté inmediatamente.

La obra ganó el premio español Tirso de Molina. Me pidió que viajara con mi esposo al acto de puesta en circulación en España, «Cariño, no puedes faltar», y allá Manuel me presentó como su Juana.

Lamentablemente no estuve en Santo Domingo en el momento de su muerte.

Ya había ido anteriormente a visitarlo al hospital, pero sin pensar que el final estaba tan cerca. En ese momento, cuando me vio

se le iluminó el rostro y hablamos de que tan pronto yo regresara al país comenzaríamos los planes para el montaje de Juana.

Pero cuando regresé ya él no estaba.

Sus obras afortunadamente sí permanecen. Mi promesa a él sigue en pie. Haré la obra Juana la Loca, ahora como un homenaje In Memoriam a ese invaluable artista y amigo. Ya estamos envueltos en el proyecto, junto a mí, Iván García y Chapuseaux como director.

Manuel, siempre estás presente en mis pensamientos y me esforzaré para ser una Juana digna de tus aspiraciones.

Margarita Miranda-Mitrov

Testimonio acerca de Manuel Rueda

En mi memoria, Manuel Rueda recortará siempre una figura inmensa.

Durante mis años en el Conservatorio, a partir de la mitad de los setenta, su nombre era pronunciado con veneración y miedo. La amenaza de que apareciese para escuchar los exámenes de piano nos sacudía a los estudiantes. El temido profesor estaba rodeado por un aura de misterio, casi una leyenda.

Más tarde, tuve oportunidad de tratarlo como gran colaborador de la Fundación Sinfonía. El viejo maestro, ya retirado, en su casa, vestido apenas con una bata bastante raída, parecía más cercano. Descubrí entonces un hombre tremendamente cálido, del cual puedo decir que me enamoré con un amor que era admiración y cariño al mismo tiempo. ¿Cómo olvidar su apoyo al primer Festival Musical de Santo Domingo en 1997, a pesar de que, al saber que sería dirigido por el eminente Philippe Entremont, no pudo dejar de manifestar su criterio acerca del pianista francés, a quien consideraba banal? Artículos magistrales escritos para ayudar en la difusión del Festival, así como una disertación acerca de Beethoven hecha *impromptu* en un programa de televisión, quedan como testimonio de su generosidad y sabiduría.

El maestro tocó mi vida, además, en otra dirección insospechada. Llegó en un momento personal turbulento, cuando me sentía desorientada. Resurgió entonces la figura de antaño, aquella de los años del Conservatorio, erguida en toda su, para mí, inmensa estatura. «Tienes que dejarlo». Un escalofrío recorre mi espalda al recordarlo. Ese camino ya estaba tomado.

Admiración y gratitud. Estas palabras definen lo que siento por el gran artista que fue Manuel Rueda.

María de Fátima Geraldés

...»si la música es el alimento
si la música es el elemento
si la música es el complemento
si la música es el vencimiento
si la música es el nacimiento
hombres, ¡tocad!»

M.R.

Congregación del cuerpo único

«¡Lo más grande es el amor!»

Así exclamó luego que le interpreté al piano el Soneto 104 del Petrarca, obra de Franz Liszt, semanas antes de su muerte. Él, con su peculiar voz de trueno me abordó:

«¿Crees que hay algo más grande que el amor?»

Perpleja, solo atiné a abrir los ojos, enmudecí y comprendí la obra. Entendí a Liszt, al Petrarca y su amada Laura, y sobre todo a él, el maestro, mi querido «profe», un enigma desde mi adolescencia, por quien vertía lágrimas de impotencia al pensar que no cumpliría jamás con sus exigencias. Sentía un peso infame en mis espaldas, doblada siempre ante él y su teclado. Nunca le complacería.

Una vez, al tocarle el Concierto en sol de Ravel, finalizando el segundo movimiento, se alzó y se abalanzó sobre mí para besar mi frente. Mi corazón latía aceleradamente y sentí: ¡Lo logré!

Ya en mi adultez, él en su senectud, delgado, abatido, cansado y enfermo, la vida nos unió como amigos y se reanudaron las clases de piano en su casa. Pude penetrar en su corazón, conociendo sus debilidades y miedos. Con el tiempo despertó en mí un amor inefable y la ternura de una hija que siente que va perdiendo a su padre.

Era diciembre del 1999, finalizaba el año y el siglo. Nuestro proyecto era grabar el álbum *Compositores Dominicanos* del Banco Central. Generosamente, hurgó en sus partituras e incansablemente, me entregaba manuscritos invaluable de su colección. Trabajamos arduamente por un mes para cumplir con las fechas de grabación. Me transmitía su legado al deleitarnos estudiando la música de sus viejos amigos. Tenía tanto entusiasmo con el disco que a veces se desbordaba y saltaba como niño. Encontraba nuevos manuscritos, ideó el diseño, incluyó su poema *El fonógrafo* y elaboraba un enjundioso ensayo sobre la música para piano en la República Dominicana. En esos días su fatigada pluma nos abandonó. Inconcluso, se publicó el ensayo en el disco en su honor. Fue lo último que escribió.

Con el Maestro sueño, pienso, lo cito a menudo... ¿cómo arrancarse de la piel su recuerdo? Es una tinta indeleble, una luz permanente en la cultura dominicana. Su genial vida está grabada en su obra, su música, sus interpretaciones y en todos aquellos que nutrimos nuestro espíritu, corazón e intelecto con su inolvidable presencia.

María Irene Blanco

A la edad de 13 años estudiaba mi programa del último año de piano del nivel elemental en el Liceo José Ovidio García de Santiago y me abocaba a tener uno de los exámenes de mayor rigor que había experimentado en mi corta existencia; era el mes de julio y todos los alumnos nos encontrábamos esperando a ese jurado conformado por profesores del Conservatorio Nacional de Música y su director, Manuel Rueda, que a su vez era el presidente del jurado.

Finalizado mi examen, el profesor Rueda solicitó comunicarse con mis padres y explicarles que ya era momento de seguir mis estudios en la capital y lo haría bajo su supervisión, iniciándose una nueva etapa en mi vida de estudiante con un nivel de exigencias a veces no comprendidas.

Las enseñanzas del profesor Rueda están totalmente presentes en mi vida como profesora de Piano. Siento que al momento de tocar siempre escucho su voz guía que me motiva como artista a transmitir con fidelidad sus conocimientos, que a la vez serán el gran legado dejado por el maestro Manuel Rueda a las futuras generaciones.

Maritza Florentino y Félix Fernández

Manuel Rueda, recuerdos de un amigo y un maestro

Manuel Rueda fue una presencia inevitable en la vida de quienes estábamos cerca de los libros, ya fuera por la necesaria lectura de sus textos, por la asistencia a sus conferencias, o por la riqueza temática de que *Isla Abierta* hacía galas cada sábado. Así, por diversas vías, Maritza y yo tuvimos la oportunidad de conocerlo y de tratarlo.

Fue en el año 1983 cuando lo conocí personalmente. Don Héctor Incháustegui Cabral, primer director del Departamento de Publicaciones de la Pontificia Universidad Católica Madre y Maestra, al concluir su trabajo en esa unidad, había dejado una tarea pendiente: la publicación de la obra poética completa de Manuel Rueda dentro de la «Colección Estudios de la PUCMM». Cuando, años más tarde, me correspondió ocupar esa posición, se me encargó darle seguimiento a ese proyecto.

Con esa finalidad Manuel Rueda y yo nos reunimos en su apartamento en diversas ocasiones. Hablamos extensamente sobre temas literarios y culturales, así como sobre sus ideas y expectativas con respecto a esa publicación. Pero siempre quedó pendiente un tema para una próxima visita. Pasaron tres años, yo fui transferido a otras funciones y la publicación no se hizo. Cuando pienso en todo ese proceso, me asalta la idea de que el compromiso de Manuel Rueda era con don Héctor, quien desde septiembre de 1979 ya se había marchado de este mundo.

Cuando Maritza y yo nos casamos, me percaté de que Manuel Rueda formaba parte del círculo de sus amistades. Lo había conocido por medio del escritor José Alcántara Almánzar y lo había tratado en el marco del Círculo Literario que en esa época acogía y promovía el Instituto Tecnológico de Santo Domingo (INTEC).

Así fue cultivándose una amistad compartida. Manuel Rueda era una persona a quien apreciábamos, un escritor al que admirábamos, un intelectual al que respetábamos.

Para Maritza él era una persona que lograba combinar sus conocimientos de música con los de fonética y oratoria para ser el mejor lector que hasta ahora ha conocido. Claridad absoluta en la articulación; tempo, entonación y ritmo perfectos.

También lo acercó a Maritza el concurso «Terminemos e ilustremos el cuento», el cual formaba parte de una estrategia dirigida a fomentar en los jóvenes el amor por la lectura y la palabra escrita. Para esa actividad, que se realizaba en la revista juvenil *Listín 2000* del *Listín Diario*, Manuel Rueda escribió el cuento *Un caso singular*, y tuvo la gentileza de dedicárselo a Maritza. Su participación entusiasta y generosa aumentó el prestigio del concurso, contribuyó a su fortalecimiento y sirvió de estímulo a otros escritores para participar en el mismo.

Este cuento fue muy bien acogido por los jóvenes. En realidad, el número de participantes fue abundantísimo y se presentaron trabajos de muy buena calidad literaria. Maritza mantiene viva en su recuerdo la cara de satisfacción de Manuel Rueda mientras leía, junto con los otros miembros del jurado, las diversas formas como ellos habían terminado su cuento, reflejando niveles de creatividad increíbles. Realmente, fue difícil seleccionar el final ganador.

Pasados unos días, los jóvenes ganadores del concurso, que hoy han de tener una edad que ronda las tres décadas, lo visitaron en su apartamento junto con Maritza y allí, en un ambiente relajado, se tomaron las fotografías que luego ilustraron la publicación correspondiente.

Al llegar a la quinta versión del concurso, surgió la idea de hacer una publicación que recopilara lo que había ocurrido hasta el momento. En esa oportunidad, que para nosotros es memorable, Maritza y yo tuvimos el placer de recibir en nuestra casa

a Virgilio Díaz Grullón, José Alcántara Almánzar, Marcio Veloz Maggiolo, José Enrique García y Manuel Rueda. También compartieron con nosotros Lourdes Bonnelly de Espaillat y nuestra hija Sarah Fernández Florentino. Juntos vivimos la alegría del encuentro y aprovechamos la ocasión para tomar algunas fotografías que hoy conservan para el recuerdo esas imágenes de amistad y camaradería.

Manuel Rueda fue un amigo y un maestro, un hombre inteligente y dedicado, que saboreó con nosotros una buena comida hecha en casa aderezada con agudos y eruditos comentarios sobre un buen libro u otro tipo de composición, porque su saber era realmente enciclopédico. Estamos seguros de que por la calidad de su trabajo, sus aportes trascenderán en el tiempo, garantizándole un lugar y una presencia permanente en la vida cultural dominicana.

Mateo Morrison

Manuel Rueda

Faltan más homenajes a Manuel Rueda, no importa que lleguen tardíamente. Sus aportes a nuestra cultura como parte del legado universal va creciendo como toda obra fundamental con el tiempo. Las pasiones que desatan los contradicciones estéticas signadas por las ideologías y a veces por asuntos personales se quedan en el anecdotario, su obra es un paradigma de consagración y de exigencia para con él mismo y los demás.

Manuel Rueda, como sabemos, fue una especie de intelectual que recuerda los autores renacentistas, pues abarcó diversas facetas del conocimiento y dentro de la literatura incursionó en todos los géneros. Me detendré en el ámbito de la poesía, en el que después de escribir poemas memorables ceñidos a la tradición, se inscribió en lo que llamó Octavio Paz «La tradición de la ruptura» y removi6 los cimientos de la lírica dominicana con el surgimiento del Pluralismo. De las entrevistas que le hice en mi condición de director del suplemento *Aquí* del periódico *La Noticia* hay una sobre este movimiento en la que sintetiza las bases esenciales:

P.- ¿Qué lo llevó a trabajar para la creación de una forma de expresión artística?

R.- Primero, la necesidad interior de renovarse que tiene todo artista. Segundo, la necesidad a nivel de nacionalidad que tenemos los intelectuales dominicanos de hacer una poesía más exigente, que abarque otros materiales y dimensiones. No me impuse, sin embargo, este trabajo. Esto fue el resultado de años de meditación y experiencias y surgió un día como si siempre hubiese estado allí, como si hubiera escrito así toda la vida. La obra brotó con flui-

dez y celeridad, como un árbol de una semilla que hubiese permanecido mucho tiempo en la oscuridad de la tierra, esperando el momento oportuno.

P.- ¿Cuáles son los propósitos básicos del frente estético pluralista?

R.- El frente estético pluralista se propone la investigación en las direcciones que apunta su primer manifiesto (o sea, mis *Claves para una poesía plural*) y en las direcciones específicas de cada arte o ciencia que se encuentra representado en el movimiento. Como ya contamos, además de poetas, con novelistas, autores teatrales, músicos, pintores, antropólogos, lingüistas, etc., las próximas reuniones serán para la coordinación de un Plan de Estudio (primero por separado, luego en conjunto) para expandir las ideas básicas y tratar, por vía de la integración, de arribar a un segundo manifiesto. Además, el movimiento tiene algunos planes ambiciosos: conferencias y talleres experimentales, espectáculos, publicaciones... El 17 del mes en curso presentaremos al músico norteamericano que reside en Puerto Rico Francis Schwartz, quien espontáneamente se ha unido a nosotros. El tema de su conferencia es básico, ya que se trata de los aportes de John Cage, figura cimera de la vanguardia universal. A esta conferencia podrán asistir todos los que deseen, ya que no cursaremos invitaciones especiales.

Tengo la convicción de que hemos creado un movimiento de trascendencia. Las dificultades desaniman a veces, pero, ¿qué empresa ambiciosa no las tiene? Por ejemplo, tuve grandes tropiezos para la publicación de mi poema. Reconozco que acometerlo no era fácil, aun así, doña María Ugarte obvió las dificultades y publicó dos fragmentos junto al largo estudio inicial de Luis Manuel

Ledesma. *El Caribe* aumentó a dos sus páginas literarias, en lo que fue un despliegue de generosidad y buen gusto.

P.- ¿Considera usted que el Pluralismo puede ser entendido por amplios sectores de nuestra población o, por el contrario, es un movimiento elitista?

R.- Todo movimiento que comienza pertenece a una «elite». Ahora bien, si se queda en ella su fracaso es casi seguro. No sólo el Pluralismo; la cultura en general está siendo condenada en nuestro país al «elitismo» por razones de falta de divulgación. El pueblo puede asimilar las técnicas más complejas, todo depende de que se emprenda una campaña adecuada para estimularlo. Recordemos que sus géneros poéticos superan el Pluralismo en complejidades técnicas. Sólo mencionaré uno: las décimas o espinelas. Este género fue arrebatado por el pueblo al arte culto, durante la colonia. Desde entonces el pueblo es su amo. No hay intelectual que pueda competir con ese pueblo en factibilidad, gracia y originalidad (no se asusten quienes no captan los matices que esta última palabra encierra) cuando se trata de la composición de una décima.

El Pluralismo será entendido por una mayoría porque muchos de sus procedimientos provienen del folklor. Los grafismos y aleaciones sonoras e idiomáticas se han mantenido en un plano de lengua popular. Mi poema se encuentra a medio camino entre la escritura y lo oral, integrando signos de dos sistemas diferentes. A pesar del proceso intelectual que lo hizo posible, los elementos que lo constituyen, tanto los concretos como los aleatorios, tipográficos y sonoros, provienen, y me enorgullezco en consignarlo, del folklor. Durante mi lectura en la biblioteca, algunos se rieron por lo bajo y después por lo alto, con las peripecias de mi gallo, rojo o blanco, o blanquinegro, con mis pala-

bras-montaje próximas al trabalenguas. Esa risa fue un homenaje al pueblo dominicano, suyos son estos recursos.

Creo que no se ha visto el contacto que puede tener mi texto con la poesía negrista de las Antillas. El que analice algunos de sus recursos fonéticos en relación con su temática se llevará algunas sorpresas. Debo decir que mi poema ha tenido críticos sagaces que han sabido adentrarse en su significación trascendente. No los nombraré porque ellos pertenecen al Movimiento y podría considerarse una cita interesada, pero sí quiero nombrar aquí al extraordinario público que acudió a mi lectura en Santiago (abundaban estudiantes y profesores de la UCMM), el que dio muestras de elocuencia y sagacidad en la mesa redonda con que culminó el acto. Muchos de ellos se encuentran preparando trabajos sobre el Pluralismo. Quiero nombrar también a tres encantadoras muchachas del ensanche Ozama, quienes me entrevistaron hoy en mi casa, armadas de lápices, cuadernos y de una grabadora. Sabían del Pluralismo todo cuanto se ha publicado hasta la fecha y habían leído el poema a fondo, puesto que sus preguntas iban a dar directamente a los puntos álgidos de los problemas. De más está decir que estas experiencias me han llenado de optimismo, puesto que revelan que el Pluralismo está llegando a los sectores debidos. Hay que reconocer que en el escaso mes y medio que tiene el Pluralismo de existencia, ha marchado a una velocidad vertiginosa. Hasta tiene sus enemigos, y eso es parte de sus excelencias. Los demás, asomados a él con temor o desconfianza, solo han percibido sus exterioridades, aquellos aspectos «curiosos» o molestos que los atraen o repelen. El poema, como un espejo, sólo puede reflejar la mentalidad de quien se le pone delante.

P.- ¿Cuál es la diferencia entre la escritura tradicional y el Pluralismo?

R.- Puedo hablar horas sobre esto. Pero si quisiera resumirlo en una frase, diría que es el bloque, con las características que le son inherentes y que ya he mencionado, y el aspecto integrador de la misma tradición conjuntamente con la vanguardia universal. Esto es lo verdaderamente innovador. No hay que olvidar que las implicaciones musicales, de forma y desarrollo, vienen involucradas en el bloque. Pienso escribir con detenimiento sobre esto en alguna ocasión.

Asistí a la conferencia dictada por él en la Biblioteca Nacional donde explicó las claves para la poética plural. Desde mi posición político-estética de la época no me adscribí al movimiento más bien adopté una posición crítica.

Hoy expreso que fue una respuesta al estatismo de nuestra poesía y sin dudas un aporte en las manos diestras de nuestro gran artista. Pero su obra no fue solo el Pluralismo; antes de él y después, nos dejó en versos horizontales, textos memorables.

Un momento que recuerdo fue su conferencia *Imágenes de la chilenidad en Pablo Neruda* a propósito del Encuentro Internacional de Escritores que coordiné y donde él ostentó la condición de Presidente de Honor junto a otros grandes escritores de nuestro país.

La dedicatoria de la Feria Internacional del Libro de este año permitirá una divulgación de su amplia y diversa obra y la oportunidad para que las nuevas generaciones se puedan encontrar con una fuente de creatividad, de sabiduría y de excelencia colocada a la altura de los más exigentes niveles de nuestra lengua.

Miguel Ángel Fornerín

Manuel Rueda en el recuerdo

Manuel Rueda fue, sin lugar a dudas, la figura literaria y artística más importante de los últimos veinte años del siglo XX. Se había desarrollado al socaire de una de las generaciones más importantes en nuestra cultura, la que inicia sus trabajos en la década del treinta. Una generación atrapada en la *polis* gobernada por el dictador porque, como bien es sabido, el efecto Trujillo determina la forma en que se organizaron las letras y se intentó definir la cultura dominicana.

Fue Rueda músico, compositor, intérprete, académico... y en sus actividades artísticas tiene un amplio prontuario de logros. Lo escuché en 1979 tocar el piano en la solemne noche en que el pueblo dominicano y los más granados intelectuales de América le hacían un homenaje a Juan Bosch, con motivo de cumplir setenta años de vida.

Pero mi relación con Manuel Rueda estaba más centrada en su labor como director y fundador de suplemento *Isla Abierta* del periódico *Hoy*, en el que cada semana era obligatorio leer el editorial cultural y las distintas lecturas que Rueda nos proponía. Abrevamos la sed y bebimos, los jóvenes que llegábamos a la literatura en la década de los ochenta, de la fuente de la más hermosa y correcta prosa, de la exposición de ideas estéticas y literarias, que solo habían alcanzado en nuestro país singular nivel en los tiempos de la inmigración española, en el periodo de entre y posguerra.

Ese Manuel Rueda que leímos era folklorista, amante del arte, expositor entusiasta de una visión culta de la literatura, de la hondura de la cultura universal. Servía como balance a las nuevas teorías sobre el análisis y la crítica literaria que ponen a toda velocidad visiones lingüísticas, neologismos y modismos que

parecen olvidar que el arte y la cultura se encuentra en el eje diacrónico más que en el sincrónico. También conocimos muy temprano el teatro de Rueda con la lectura de *La trinitaria blanca* (1957), obra que recientemente volvimos a leer para comprobar la maestría y la capacidad creadora de este autor tan singular.

En los años setenta su movimiento literario, el Pluralismo (1975), fue un intento de cambiar la poesía, de crear una nueva vanguardia y de cruzar sus conocimientos de música con sus trabajos literarios. Algunos poetas como Manuel Ledesma y Alexis Gómez le siguieron y, a pesar de los rifirrafes que desató su conferencia sobre nuevas visiones estéticas y prácticas poéticas, creo que, para ser justos, ganó el arte, ganó la poesía; porque Rueda la ayudó a salir del derrotero en que la habían puesto los autores del realismo social y los ochenta la volvieron a los caminos por donde la enrumbaron Franklin Mieses Burgos y Moreno Jimenes en las décadas de 1920 y 1940, una poesía de carácter universal, pero con tangencias permanentes con la realidad dominicana.

Conocí a Manuel Rueda a mediados de los noventa en el Congreso «Miguel Alfonseca» que organizara José Bobadilla para en Concejo Residencial de Cultura. Entonces hablamos de Puerto Rico y descubrí su amor por esta Antilla y sus relaciones familiares de este lado. Ambos acariciamos la ilusión de tener un concierto clásico suyo en la Universidad de Puerto Rico en Cayey. Lamentablemente este sueño no se cumplió. Ante mi propuesta, Rueda se mostró como un verdadero artista y un promotor de la cultura, antes que como un hombre de poses, como muchas veces ocurre.

Pero Manuel Rueda ha estado muy presente en los cursos que sobre literatura dominicana y del Caribe imparto desde hace años en el Centro de Estudios Avanzado de Puerto Rico. Su novela *Bienvenida y la noche* (1994), con un hermoso prólogo de José Alcántara Almánzar, es una obra que ha sido leída en distintas oportunidades por estudiantes que la han analizado

y hemos logrado un consenso, que compartimos con Giovanni Di Pietro, de que es una de las novelas más sobresalientes de la narrativa dominicana actual. En ella Rueda demuestra su capacidad de narrador, la que había desarrollado con su participación en el concurso La Máscara y cuyos logros se encuentran en *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), libro que muestra, además, los aportes de Rueda en la transformación de la narrativa breve que aparece en los ochenta.

Cabe mencionar que también trabajamos en la clase del Caribe su extraordinario poema *Las metamorfosis de Makandal* (1998), obra que, junto a *Yelidá*, de Tomás Hernández Franco, y *Charlotte Amalie*, de Víctor Villegas, trabaja la representación de la negritud desde una postura distinta, pues es el mestizaje la cara oculta de nuestro mundo caribe, como es el mulato, como bien lo establece Pedro Andrés Pérez Cabral en *La comunidad mulata* (1966) lo que mejor define nuestra cultura, sobre todo en el Caribe hispánico. Este acento se lo debemos a nuestros poetas y Manuel Rueda ha puesto una pica importante en la destrucción de las ideologías que sitúan nuestra cultura en el eurocentrismo.

Alejado ya de la vida cultural por su desaparición física, la figura de Manuel Rueda se agiganta en su obra, tanto en su poesía con textos del talante de *La criatura terrestre* (1963), *Por los mares de la dama* (1976), *Con el tambor de las islas* (1979), así como por su música, por sus estudios folclóricos, por su teatro y por su narrativa. Estamos, en fin, frente a un autor verdaderamente poliédrico, muy singular en nuestra cultura. Su canon es conocido por todos, y es posible que otras generaciones, dadas a buscar en la mina el oro, encuentren otras obras tan valiosas como la que citamos ahora, pero *La trinitaria blanca*, *El rey Clinejas* (1979), *Laura en sábado*, su *Makandal*, y su poesía toda, ya anotada más arriba, quedarán como muestra de excelsitud y paradigma para las nuevas generaciones de artistas y escritores dominicanos.

TESTIMONIOS

Manuel Rueda ha dejado, para la satisfacción de todos, sus im-
prontas en este mundo. Falta, entonces, que los contemporáneos
seamos capaces de aquilatar los valores de su producción artísti-
ca, con nuevas ediciones, con lecturas y correctas ponderaciones,
muy necesarias en la actualidad para construir la cultura de todos.

Miguel Collado

Ocurrió un día como hoy, 22 de febrero,
pero del año 1974

El reputado intelectual y músico Manuel Rueda –distinguido integrante del grupo literario denominado La Poesía Sorprendida y ganador del Premio Nacional de Literatura 1994– dictó, en la Biblioteca Nacional (hoy Pedro Henríquez Ureña), una revolucionaria conferencia titulada «Claves para una poesía plural», que constituyó un verdadero acontecimiento literario de alcance continental, pues la misma marca el nacimiento del movimiento poético bautizado por Rueda con el nombre de Pluralismo.

Cinco días después, varios escritores y artistas reconocidos firmarían un documento de adhesión en el que declaran: *Conscientes de que Manuel Rueda ha creado las bases para un auténtico movimiento literario, del que puede considerarse como primer manifiesto el texto que lleva por título 'Claves para una poesía plural' y su primer exponente como obra de arte soberana el poema 'Con el tambor de las Islas - Génesis', los abajo firmantes suscribimos plenamente sus postulados estéticos que han abierto el camino a un arte nuevo, representativo de nuestra época y de las exigencias del hombre contemporáneo.* Los firmantes son: Luis Manuel Ledesma, Marcio Veloz Maggiolo, Manuel Simó, Diógenes Valdez, Alexis Gómez y Margarita L. de Espaillat. A estos se sumarían, luego, Iván García, Apolinar Núñez, Orlando Menicucci y Geo Ripley.

El profesor y crítico –¡tan criticado!– Pedro Conde Sturla, en su artículo-ensayo «La asonada pluralista», publicado el 20 de agosto de 2011 en el diario *El Caribe* –y reproducido recientemente en *acento.com.do*–, plantea su visión sobre lo que fue y representó ese movimiento en el quehacer literario dominicano en su momento.

Es un enfoque interesante, distante en el tiempo, que invitamos a los visitantes de este espacio a mirar con los ojos del interesado en conocer lo que ha sido la evolución histórica de la literatura dominicana de la manera más objetiva posible, sin el apasionamiento propio de la crítica complaciente. Conde Sturla dice:

...hay que reconocer que fue el acontecimiento literario más resonante de la década de los setenta. Muchas cosas cambiaron después que Manuel Rueda introdujera en 1974 el Pluralismo. La publicación de su obra clave, 'Con el tambor de las islas. Pluralemas' (1975), fue sin duda un acontecimiento, un grave acontecimiento. Independientemente de su importancia histórica, que aún debe ser evaluada, el Pluralismo tuvo por lo menos el mérito de sacudir la modorra provincial de nuestras letras, perturbando por cierto el sueño de la Joven Poesía y sirviendo de catalizador a un proceso de reagrupación y actualización de jóvenes y no tan jóvenes.

Como travesura al fin, el pluralismo provocó más escándalo que reflexión, pero no dejó de tener efectos positivos, renovadores, lo que indujo a la temprana adhesión a conocidos artistas de la pluma, el pincel y el teclado. Dicho sea de paso, el Pluralismo no arrastró simplemente a grupos de admiradores en pos del maestro inimitable, más bien hizo precipitar inquietudes que estaban en el aire, planteando diversas opciones de búsqueda en el terreno de la práctica de la escritura. Su aporte, es decir, se produce específicamente en este sentido de acicate a la exploración -por vía experimental- de las posibilidades de realización del signo poético. Si no fue tan original ni tan auténtico, el Pluralismo fue, por lo menos, oportuno.

Para una historia de la crítica literaria dominicana es fundamental la relectura de la conferencia «Claves para una poesía plural», dictada por Rueda al tiempo que leía y explicaba su poema *Con el tambor de las islas*. En el primer párrafo de su histórica conferencia, el autor de *Las metamorfosis de Makandal* dice:

*Todo artista que se respete, o que se considere como tal, tiende a plantearse constantemente los problemas de la técnica de manera científica. No será el suyo, entonces, un problema de inspiración – palabra hace tiempo desacreditada conjuntamente con otras similares, como espontaneidad, facilidad, etc., todas ellas disfraces de una pasividad que por regla general desemboca en la paralización y el marasmo–; su problema sería el de la inteligencia acicateada por una autocrítica que se moviera sin cesar en el ámbito de los conocimientos universales. (Con el tambor de las islas. Santo Domingo: Editora Taller, 1975. Pág. 11). Y concluye –como un reto al país intelectual y como un desafío a la crítica del presente y del futuro– del siguiente modo: *Y hasta aquí hemos llegado en el inicio de esta aventura poética que deberá ser ampliada en un futuro próximo por nuevas y mayores experiencias en los diversos campos de la escritura* (Obra citada, pág. 19).*

El culto y polémico intelectual Manuel Rueda González nació en Monte Cristi el 27 de agosto 1921 y falleció el 20 de diciembre de 1999 en la ciudad de Santo Domingo. Para aquellos interesados en saber más una de las figuras más emblemáticas de las letras dominicanas, les recomendamos consultar los siguientes sitios virtuales: <http://www.escriitoresdominicanos.com/rueda.html> (*web site* del investigador literario Franklin Gutiérrez); <http://poetasdominicanos.blogspot.com/2008/04/manuel-rueda.html> (blog del poeta José Alejandro Peña); y <http://www.hoy.com.do/areito/2010/1/14/309836/print> (artículo de Miguel D. Mena).

Minerva Isa

Me parecía distante como una estrella. Antes de conocerle personalmente, cuando todavía no había penetrado en su dimensión humana, en la cálida hondura de su amistad, lo percibía inasequible, impenetrable. Desde el cenit de su carrera artística y literaria, don Manuel Rueda destellaba como un coloso de robusto intelecto, el creador ingenioso de una obra fecunda, profunda, original.

Lejos estaba aún de revelárseme el hombre tierno, generoso y sencillo que descubrí al tratarle, al sentirle tan cerca como a un padre.

Tras ganar su afecto y confianza, la cercanía no rompió el hechizo. Creció el respeto por este maestro de la música y la poesía, uno de los escritores dominicanos más prominentes del siglo XX.

Mi admiración se expandía al percibir su sensibilidad, la visión cósmica del poeta intuitivo, de un perfeccionista con alto sentido estético, empeñado en aprehender plenamente la belleza, la verdad. Cómo no valorar la vastedad de su obra profundamente conceptual, erudita, entroncada en lo popular, la excelencia en diversos géneros, teatro, cuento, ensayo, folclor, crítica literaria y composición musical, a la par con una encomiable labor pedagógica iniciada en 1951 como director del Conservatorio Nacional de Música, formando generaciones de músicos durante veinte años.

Una noche, a principios de la década del setenta de la pasada centuria, le oí tocar en Bellas Artes, convertido en la primera figura musical dominicana desde su regreso de Chile, luego de catorce años de estudios en ese país, durante los que desarrolló aptitudes musicales innatas que reveló de niño en su natal Monte Cristi, donde despertó a la vida el 27 de agosto de 1921.

Al salir al escenario, envuelto en una efusiva ovación, mi mirada recorrió al concertista. Alto, erguido, de elegante apostura. Tras sentarse al piano irrumpió un torrente musical desencadenando un mar de emociones. Apasionado, impetuoso, tenía el

don de cautivar a su auditorio, cualidad atribuible a la personalidad del músico más que a los artilugios de la técnica, de la que tenía un dominio extraordinario.

Lo escuché arrobada, prendada por su capacidad de marcar la cadencia del ritmo, de armonizar música y poesía con un lirismo fascinante, como también hacía al impregnar sus poemas de musicalidad. Disfruté extasiada una interpretación de un virtuosismo difícil de traducir en la crónica que al día siguiente, todavía, embriagada por su ejecución impecable, escribí para el matutino *El Sol*, en donde me iniciaba en el periodismo. Difícil olvidar esa noche en que la magia de su música me sedujo, y que años después comenté a don Manuel con un *mea culpa* por mi osadía de principiante al reseñar su concierto para los lectores del diario.

Tras este primer encuentro, la admiración se transformó en devoción, en una veneración que durante un decenio permaneció contenida. Al reencontrarle, no imaginé que la lejana estrella se acercaría con la irresistible fuerza del amor que germinaba al conocer su humanismo. Poco antes de nacer el periódico *Hoy*, en 1981, lo vi cruzar hacia sus oficinas de *Isla Abierta*, el suplemento cultural del que fue fundador-director, donde probaba las prisas periodísticas, tan ajenas al quehacer poético. Junto a la poeta Soledad Álvarez, su asistente, preparaba el primer número que con avidez esperé el sábado 22 de agosto, once días después del ver la luz el matutino.

Una doble barrera me impedía llegar a él. Me intimidaba su aura de grandeza y, sobre todo, los ecos de tormentas del carácter de este hombre de genio vivo, extremadamente exigente, respetado, temido por algunos ante el rigor de sus juicios. Busqué un resquicio y, sorprendentemente, encontré un inagotable venero de ternura, el infinito mar de sus bondades, siempre presto al consejo y al aliento.

Desmitificado, afloró el ser total, pleno, amoroso, humilde, marcado por las dualidades de la vida, con sus goces y pesares, triunfos y soledades. Abrevé de la sapiencia del maestro, siempre esforzado en combatir la ignorancia y la injusticia con altura y belleza, preocupado por el planeta y cuantos le habitan, por el ser humano sojuzgado por un materialismo apabullante que trastocaba los valores.

Mis sentimientos hacia don Manuel fueron cambiando. No era tan solo admiración lo que sentía. Prendió el afecto, que su calidez acrecentaba hasta alcanzar ribetes de amor filial.

Cultor de la elegancia y perfección del lenguaje, aquilataba cada palabra al escribir *Una voz*, el editorial de *Isla Abierta*, un santuario del arte y de la literatura, de cuya calidad se ocupó hasta en su lecho de muerte, asistido por la fidelidad y la capacidad intelectual e investigativa de sus amigos Andrés Blanco Díaz y José Enrique García. Después del tenso cierre de los jueves, la presión se distendía, aprovechando el día siguiente para delinear el próximo número, ora ordinario o especial, como los excelentes monográficos publicados.

Una lluvia de ideas refrescaba la tertulia quincenal de los viernes. Poetas, narradores, pintores, escultores, dramaturgos, desfilaron por el pasillo hacia su oficina, ese «rincón acogedor para el artista dominicano», como don Manuel deseaba que fuera. Una «isla abierta» como indicaba el nombre del suplemento, desde el que fue un ferviente promotor del arte y la cultura en todas sus manifestaciones.

Transcurrieron años de intensa producción literaria que se sumaba a sus creaciones en su tránsito tardío por la Poesía Sorprendida en la década del cuarenta y de experimentar con el Pluralismo, movimiento vanguardista que creó innovando la poesía, causando revuelo con su poema *El tambor de las islas* en 1974.

En esos años sentí inmensa alegría con sus nuevos reconocimientos y galardones, además de los acumulados en poesía, cuento y novela desde que recibiera el Premio Nacional de Teatro en 1957, año de la puesta en escena de su drama *La trinitaria blanca*. Rebosaba emoción al abrazarlo cuando en 1994 obtuvo el Premio Nacional de Literatura y en 1995 el Premio Tirso de Molina, en España, por su obra *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, al ser condecorado en 1997 con la orden de Duarte, Sánchez y Mella, al llevarme un ejemplar de *Las metamorfosis de Makandal*, el legendario cimarrón que gestó la rebelión más importante contra el régimen colonial, tras escapar de la plantación donde servía como esclavo.

Macandal. Makandal. Mackandal.

*Proteico como tus sonidos. Secreto y rehecho
y revelado como las letras que te forman, nombre de lo escondido
y lo innombrable.*

Aquí estás por fin, atrapado en mis cuadernos.

*Espíritu de las dos tierras y los cuatro mares,
de los mil vientos que te llevan y te traen
de la existencia al no-ser, del fuego a los
deslumbramientos de tu nada.*

Su obra cumbre, un texto lírico en el que la alusión al espíritu de las dos tierras fue erradamente interpretada con el fantasma de la unificación de la isla, y en la que con ironía caracteriza la estirpe del político en la historia dominicana, preguntándose:

*¿Qué podemos hacer
con tantas ratas de minucioso tránsito
por los pasillos del Palacio?*

Conocerle, compartir con el maestro, sentir su amor paternal, ha sido una de las mayores gratificaciones que el oficio periodístico me ha ofrecido. Esperaba sus pasos vespertinos para expresarle mi afecto y colmarlo de elogios que su modestia rehuía. A veces lo acompañaba por el pasillo hasta *Isla Abierta*, otras se detenía en breve diálogo frente al cubículo donde yo trabajaba, disfrutando en ocasiones de una conversación más sosegada, siempre interesado en el tema que investigaba.

No faltaba su orientación, el consejo acertado, la insistencia en que escribiera cuentos para niños, por cuya formación sentía un interés particular, consciente de la importancia de nutrir sus mentes dúctiles. ¡Cuánto me hubiera gustado complacerle!

Una tarde le comenté que escribía un Quijote vernáculo. Estaba inmersa en el tema de recursos naturales, creando personajes con árboles, hortalizas, cereales, pretendiendo restar aridez a los datos sobre su producción, técnicas de cultivo, contenido nutricional, etcétera. Le dije que esta vez me sumergía en los tubérculos, que el plátano sería Don Quijote, la batata, Dulcinea, y el ñame, Sancho Panza. Se entusiasmó, prometiéndome que él titularía los artículos. Así fue y no pudo ser mejor.

Mi regocijo fue inmenso un día de 1986 al asignárseme la grata tarea de entrevistarle. Conversamos ampliamente, don Manuel estaba eufórico al anunciar la creación de la Fundación Corripio, de la que fue fundador-director, desde la que hizo una valiosa contribución a la promoción de los valores representativos de la cultura nacional, un gran aporte con la edición de *Dos siglos de literatura dominicana (s. XIX y XX). Poesía y prosa*, en colaboración con el escritor José Alcántara Almánzar, su gran amigo y colaborador de *Isla Abierta*. En 1988 se inició la publicación de la Biblioteca de Clásicos Dominicanos, a la que posteriormente se sumarían la colección Prisma y la de obras de autores galardonados con el Premio

Nacional de Literatura, que otorga la Fundación junto al Ministerio de Cultura.

A finales de octubre de 1999 me acerqué al maestro con una petición. Para recibir el año 2000, *Hoy* programó una edición especial de la revista *En Sociedad*, que dirige Maribel Lazala, con quien coordiné los dos tomos publicados el 1 de enero de ese año. Le pedí que escribiera la presentación. Poco después la recibí con el título «Hacia unos soles nuevos».

Siempre generoso, fue más allá de lo solicitado. Entusiasmado, se interesó en los intelectuales y profesionales que sintetizarían cien años de historia dominicana en poesía, teatro, pintura, economía y otros quehaceres en el siglo XX. No vaciló en recomendarme para la literatura a Alcántara Almánzar, y a los historiadores e investigadores Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, en la música.

En esos días, su recia voluntad lo conducía en fatigoso trayecto hacia *Isla Abierta*. No era ya el hombre erguido de aquella noche inolvidable en que por vez primera lo oí tocar. El pelo blanco, lerdoso el paso, su preocupante delgadez. Finalmente, la enfermedad lo postró. Acongojada, acudí a verle a la clínica Abreu, sin presentir que fuera inminente su partida.

Me preguntó por la edición especial que preparaba, repitiéndome, con voz apagada, lo que le había dicho a Arístides y a Blanca, insistiéndoles que no me dejaran sola, que me ayudaran ocupándose de escribir la historia de la música en el siglo que finalizaba. Le reafirmé mi gratitud y afecto, lo vi sonreír y salí esperanzada. Antes, besé las manos que durante medio siglo derramaron un torrente de música y poesía.

Fue el encuentro final. Don Manuel no llegó a ver tan valioso aporte de estos y otros colaboradores, tampoco la presentación que escribió, publicada doce días después de su muerte en dos páginas. Sobre el texto, una foto suya emergía entre nubes, bajo

un lucero. Fue lo último que sus manos prodigiosas escribieron, el 2 de noviembre de 1999, legándonos un mensaje en el que nos anima a transitar con optimismo en el siglo XXI, como expresan estos fragmentos:

Preparémonos, pues. No seamos ese pueblo pesimista que injustamente se ha querido ver en nosotros. Vamos marcados por grandes tragedias, pero somos también un pueblo que ríe y que canta, que lucha cada día por recibir el primer sol de la mañana, por sembrar la raíz y la semilla, por modelar la vasija como si se tratara del torso de una mujer, por amasar el pan de cada día, en fin, por extraer de cuanto le rodea una enseñanza trascendente...

Los titubeos no proceden. Abramos las puertas de nuestro futuro con vigor de corazón y demos el paso hacia el nuevo año, hacia el nuevo siglo, hacia el nuevo milenio, proyectando en nuestro horizonte la imagen de una República Dominicana grande y soberana y, sobre todo, carente de temores.

Convertir su deseo en realidad sería el mejor tributo que pudiéramos rendir a la memoria de esta luminaria de la música y la poesía que el 20 diciembre de 1999, a los 78 años, se marchó para siempre.

Su presencia se quedará entre nosotros en sus poemas, en la música excelsa, en cada una de su polifacética obra. Pervivirá en *Una voz*, la voz editorial de *Isla Abierta* que, en una selección de Blanco Díaz, la Fundación Corripio compiló en homenaje póstumo con motivo del 80 aniversario de su nacimiento en 2001. Jacinto Gimbernard Pellerano, director ejecutivo de la Fundación, su amigo y colaborador del suplemento, la sintetizó así:

Tenemos aquí, junto a nosotros, el pensamiento universalista de un prodigioso, completo y cumplido servidor de las artes, Manuel Rueda, maestro del sonido hondo de la música, de la poesía, del

teatro, en fin, de las más altas expresiones de lo trascendente que el humano puede alcanzar...

¡Cuánto lo extraño! Ignoro en qué solariegas latitudes se solaza mipreciado amigo con nuevas y brillantes creaciones. Nueva vez se ha vuelto a tornar distante como una estrella, aunque sólo físicamente. Nunca como hoy me he sentido tan cerca de quien, sin claudicar, fiel a sí mismo, cumplió su destino con holgada grandeza.

Miriam Veliz

Sus huellas sobre mi madre

En la vida hay maestros... y Maestros. Privilegiado aquel que encuentra lo segundo... Se trata de un ser que logra de un modo u otro cambiarte la vida, alguien que queda dentro de ti. Mi madre tuvo esa fortuna en un hombre grande, de voz gruesa, muchas veces rudo, y además poseedor de un intelecto y sensibilidad poco común que en algunos aspectos protegía bajo un fuerte caparazón: Manuel Rueda, quien toda su vida sería «el Profe», para ella y para mí.

Escribo desde ella, Miriam Ariza, porque a través de ella lo aprendí a amar. Tal fue su impacto.

Un día me contó que lo conoció al llegar, niña, a la capital, que era un profesor muy exigente y alguna vez le sacó lágrimas. Ella aun así seguía al piano, tocando, mientras él parecía no inmutarse. Su relación fue creciendo y un día él le dijo que fuera a su casa por las mañanas a practicar... ¡clases particulares! Y allí estaba, puntual, en su uniforme de internado (estudiaba en el Serafín de Asís, pues en San Francisco, de donde era, desde los 9 años no había maestros para ella). Allí doña Marina, su madre, aparecía por la sala, y la monja que acompañaba a mami esperaba sentada el final de la clase.

A los 17, ella se graduó con honores. Para el concierto de graduación, que dio en el Palacio de Bellas Artes el 21 de julio de 1957, el Profe decidió el programa: piezas de Handel, Beethoven, Debussy y Chopin (que a ella le gustaba mucho) y no solo en esa ocasión: siempre la impulsó. Siempre. Hasta su muerte, en 1999. Creo que ejercía un poder particular sobre ella. Su vozarrón era tan fuerte como su amor. Y el de ella hacia él, demasiado para el tamaño pequeño que la contenía, y que a él le asombraba, no por la poca altura, sino por los

acordes que podía alcanzar con sus manos, tan chiquitas que siempre parecieron de niña... El caso es que ella no volvió a tocar en público después de su muerte.

Mami tenía una cicatriz en una mano, recuerdo de un accidente que tuvo estando precisamente con el Profe. Me acuerdo porque no imagino su mano sin esa cicatriz, y porque ella siempre reía de las ocurrencias de él. Contaba que un día iban juntos, y ella, que conducía por una avenida, la cruzó alarmando al Profe, pues otro auto venía pasando y ella había seguido como si nada. Cuando le reclamó, mami le dijo, «Yo tenía preferencia», a lo que él respondió: «¡Pues morirá en preferencia!». Bueno, ella no murió en preferencia, a lo mejor aprendió. El accidente fue en otra ocasión y por otra causa.

Lo recordaba todos los días. Aun después de su partida a ese lugar más allá, donde el cuerpo no es necesario. Si había dos personas a quienes todos los días recordaba, eran a él y a Masita, mi abuela.

Un grupo especial, que graciosamente se denominó «el Maria-chi» se reunía en su casa los domingos: mami, Jacinto, José Alcántara e Ida, Dulce Macarrulla y su esposo, Aura Marina del Rosario... (yo, que fui en escasas ocasiones acompañando a mami y Jacinto no puedo olvidar los detalles de Aura Marina, los dulces, su fina y regia delicadeza de alta sociedad que me hacía pensar en otra época)... Imagino que los miembros vivos de ese selecto grupo, no todos mencionados aquí, escribirán algo de él, pues yo tengo mucho en mi cabeza y esto era solo una nota sobre ese exigente grandullón reconecedor y estimulador del talento cuando lo encontraba y crítico incluso cruel cuando este faltaba.

Músico, escritor, intelectual, ese ser humano marcó vidas. Estas notas son retazos sueltos de sus huellas en la vida de mi madre. Imagino que en otro plano sus almas se encuentran, comparten, sonríen... y quizá hasta tocan piano juntas, en armonía.

Naya Despradel de Láncer

Manuel Rueda

Entre las cosas importantes que me han sucedido en a vida es haber sido vecina, por muchos años, de Máximo Avilés Blonda y de su esposa Josefina.

Avilés disfrutaba invitando a su casa a sus amistades, poetas, escritores, artistas de toda clase, y entre sus invitados, asiduamente, estábamos mi esposo Rafael y yo, a quienes invitaban por vecinos que no por literatos. Avilés hacía gala, y se sentía orgulloso, de ofrecer riquísimas comidas preparadas por Josefina, quien siempre estaba en disposición de complacer a su marido y de agradar a sus invitados.

Entre toda la pléyade de literatos que conocí en esas agradabilísimas tenidas, resaltaba Manuel Rueda. Manuel era fino, educado y sorprendentemente inteligente y docto. Escucharlo hablar de cualquier tema era un deleite, de los autores que surgían, de los movimientos literarios, de música, o así fuera del bordado en frivolité que hacían nuestras abuelas, y de cuando las esposas zurcían las medias de sus esposos e hijos y no las botaban cuando se rompían, como hacemos las actuales, por el caudal de conocimientos que demostraba, manifestaciones que hacía, sin embargo, de una manera sencilla y hasta humilde. Manuel era inteligente y él lo sabía, pero no tenía que hacer demostraciones de su sapiencia para sentirse bien. Era sencillo y accesible. Y como toda persona inteligente, tenía un finísimo y desarrollado sentido del humor. Apreciaba los buenos chistes, cultos por supuesto, y se reía desde el fondo de su corazón. Los disfrutaba y los sazónaba, y su risa permeaba todo el ambiente, haciéndolo en extremo grato.

Igualmente disfrutaba de los preparativos de Josefina. Se iba en elogios hacia ella y una vez que yo osé preparar un plato para compartir en dichas tertulias, lo alabó de una forma tal que me

dejó sorprendida, porque aunque dicen que yo cocino muy bien, nunca me lo he creído y nunca he pensado en estar a la altura de Josefina. Creo que ha sido uno de los halagos que yo más he apreciado por proceder de Manuel Rueda, eximio literato y conocido como persona que apreciaba y disfrutaba de la buena mesa.

La risa de Manuel Rueda permanece en mi recuerdo. Era espontánea, explosiva, franca, ruidosa, contagiosa, sincera. Sobre todo, sincera.

6 de marzo de 2014

Ramón Díaz

Manuel Rueda fue artista de sensibilidad y profundidad exquisitas. Recuerdo con especial agrado sus interpretaciones del primer concierto de Beethoven, del segundo de Chopin, de las *Noches en los Jardines de España*, de Manuel de Falla, todas ellas técnicamente perfectas y musicalmente intachables. Una de nuestras grandes glorias como músico, poeta e intelectual. Siempre vivirá en el recuerdo de nuestra patria.

Soledad Álvarez

Imágenes de Manuel

1. Estoy frente a su apartamento en la Pasteur. Miro hacia arriba y lo veo en el ancho balcón, como tantas veces sentado en el sofá repleto de libros, lápiz en mano y en las piernas el cuadernillo infantil en el que, ajeno a los artefactos modernos escribe a mano las obras que le han convertido en una de las cumbres de la literatura del siglo XX dominicano. Quizás corrige un cuento, escribe el poema que lo obsede o el texto que saldrá publicado en *Isla Abierta*. Me recibe con el azoro y la sonrisa de quien acaba de llegar de un viaje largo, pero feliz. No se ha afeitado todavía. Apenas ha dormido –me dice– porque después de leer hasta las tantas, escribió la noche entera. Le pregunto si desayunó, porque desde que la tía Grecia no está en la casa para cuidarle, tras la muerte de doña Marina, su madre, con frecuencia descuida la alimentación. Se burla, y sin responder, me dice que el domingo nos leerá a José y a mí el poema.

2. Está feliz. Como nunca transpira la exultación juvenil de cuando está inmerso en el proceso creativo. Y es que después de meses de espera, y de mañanas, tardes y noches de preparativos ilusionados, este viernes, 1 de agosto de 1981, tenemos en las manos el primer número de *Isla Abierta* que circulará mañana. Hace ya un tiempo José Luis Corripio le llamó para ofrecerle la dirección del suplemento literario del periódico *Hoy*, que se proponía sacar a la luz. No solo aceptó con entusiasmo, sino que hizo del proyecto la razón de sus afanes. La salida del periódico tardó más de lo que se esperaba, por lo que tuvo tiempo para perfilar la publicación, con el perfeccionismo que le distingue, tanto en su contenido como en el diseño; yo, recién llegada de mis estudios en La Habana, como su compañera privilegiada bebiendo

de su inagotable conocimiento sobre el arte y la literatura universal y dominicana –no creo equivocarme si digo que es el conoedor más cabal de nuestra literatura. Ahí están como muestra sus imprescindibles trabajos críticos y antologías–, cumpliendo sus encargos y ayudándole en múltiples tareas: presionar a Aída Cartagena, a Marcio Veloz o Arístides Incháustegui para que nos entreguen no uno, sino dos o tres trabajos, ya que quería tener antes de la salida varios números preparados; llamar a los escritores, los jóvenes y los más reconocidos para sus trabajos inéditos, contactar los artistas plásticos a los que se les dedicaría el suplemento, redactar fichas, comentarios de libros, de danza, gastronomía, folklore. Nada se le escapa. Quiere cubrir todos los aspectos de la cultura dominicana. Y es una caldera en ebullición. Sabemos que no será fácil. En algunos matices discrepamos. Es contundente en sus valoraciones y juicios y no transige con la mediocridad, que sabe descubrir bajo los oropeles y las posturas falsas. Mañana celebraremos. Dice que me llevará a cenar, al Vesuvio, y brindaremos con vino.

3. Un domingo en su biblioteca, corazón de la casa, alhajero con sus bienes más preciados: el libro, los libros amorosamente dispuestos en humildes pero bien contruidos anaqueles de caoba; el piano, la otra parte de sí mismo, continuación de sus manos que *ya saben el camino*, que «*legan de las profundidades del secreto a la luz/ un poco turbadas y remisas/ solicitando misericordia/ hasta que se conceden un dios: la música. Radiante respuesta a nada*». En la pared, el retrato al óleo que le hiciera Miguel Núñez; sobre una silla, el mantón de Manila, y dispersos en la habitación, algunos *bibelots* y recuerdos de viajes. Sus amigos, a los que él llama «el mariachi» han venido como cada domingo a acompañarle, a compartir un diálogo que tanto puede versar sobre música y literatura como sobre política o las minucias de

la vida cotidiana, que a él tanto desesperan. Están sentados en círculo; Manolo frente al piano, a punto de brindarnos una prueba invaluable de amistad: tocar para nosotros, con la pasión y la maestría del genio musical, una pieza de Schumann –uno de sus músicos preferidos, junto a Chopin–, o *Para Elisa* de Beethoven, que ejecuta con elegante sencillez. En un gesto muy suyo estira las manos, abre y cierra los dedos. El silencio es absoluto. Se han detenido los trajines de la casa y de la cocina donde preparan las delicias que luego habrá de brindarnos con esa generosa hospitalidad que le caracteriza, porque si algo exige a ultranza cuando lee un texto o toca el piano es silencio y atención. Yo apenas respiro, muy bajito.

4. Lo invité a cenar. Para agradarlo porque le encanta ser invitado tanto como recibir en su casa, donde se esmera en ofrecer las delicias culinarias que preparan las tías: frituritas crocantes de yuca, croquetas de bacalao; succulentos arroces, carne vieja, jamón y pavo jugosos, *vol-au-vents* rellenos de pollo y crema; maravillas maravillosamente servidas en la vajilla Limoges que compró haciendo un esfuerzo económico, con el alborozo de quien al fin cumple un sueño, el mantel impecablemente almidonado y planchado porque es de mal gusto presentarlo arrugado, las servilletas dobladas y dispuestas con cuidado. Como conozco sus exigencias también me esmeré en la mesa y en el menú de influencia cubana. La abuela de mi hija, que es cubana, preparó las habichuelas negras con el toque de comino que hace la diferencia, a una tía le pedí que nos hiciera los buñuelos en almíbar, que le encantan, como todos los dulces y bizcochos, y en la casa cociné un lomo de cerdo con ciruela, además de ensalada. Llegó puntual –odiaba llegar y que llegaran tarde– y me sorprendió cuando me entregó, con gesto galante, un CD de Cecilia Bartoli (antes me había regalado las «Variaciones Goldberg» por Glenn

Gould). Es así: imprevisible en sus manifestaciones de afecto, tan cálido y cariñoso con quien aprecia como distante y frío con el que no respeta o se ha peleado. Esta noche está encantador. Me recuerda el Manuel Rueda vital y divertido de hace unos años, capaz de escenificar cómicas anécdotas, como la del poeta que yendo hacia La Habana entró al avión vestido como un señor y en el baño se cambió de ropa para transformarse en proletario, o la de la cena en la que, invitado junto a Luis Rafael Sánchez, pasó un hambre terrible por la parquedad y sofisticación de los platos. No será sino años después, cuando ya se había ido para quedarse en el recuerdo de quienes lo quisimos, que valoré en toda su dimensión el grandísimo privilegio de haber compartido con él las buenas y las malas, y veladas como la de esa noche.

5. Conoce y ha pensado como ningún intelectual de su generación y de su cultura lo dominicano. En su libro *Adivinanzas dominicanas*, en *Conocimiento y poesía en el folklore*, en *Imágenes del dominicano*, incluido en *De tierra morena vengo*, libro publicado por la Sociedad Industrial Dominicana, en el que trabajamos juntos, así como en muchos de sus editoriales de *Isla Abierta* y en su poesía. Ninguno como él amaba y disfrutaba tanto el folklore, la música y las manifestaciones de la cultura popular. En meses pasados se divertía cantando, con picardía y a coro con Rolando, su compañero de los últimos años, simpáticas canciones populares. En los días de carnaval Rolando se disfrazaba de diablo cojuelo, pero ayer fue diferente: cuando estábamos muy concentrados corrigiendo unos textos, se presentó en el balcón con una gran capa negra y dientes de vampiro, haciendo que nos asustaba. Manolo se rió, llamándole «Nosferatu dominicano».

6. La muerte de Freddy Gatón, su amigo y compañero de La Poesía Sorprendida ha ensombrecido su ánimo. En los últimos

años han estado muy cerca. Freddy le llamaba casi a diario, como a muchos de nosotros, ya fuese para contar de sus viajes por el interior del país, para comentar el último libro leído, alguna noticia familiar o sencillamente para saludar. Iba a verlo en su casa o nos visitaba en la oficina de *Isla Abierta*. Yo disfrutaba de sus conversaciones cómplices –en ocasiones llenas de recuerdos o de valoraciones sobre sus contemporáneos– verdaderos duelos de la inteligencia y del conocimiento en los que Freddy hacía galas de su sorna socarrona, y Manolo de su lucidez y juicios implacables. Uno podía burlarse del otro –«Freddy está como un niño», decía Manolo destilando ternura– pero ¡ay del que se atreviera a inmiscuirse en sus tejemanejes fraternales! Han pasado solo unos cuantos días desde que despedimos a Freddy, y Manolo me cuenta algo estremecedor: ayer en la tarde fue a visitar a doña Luz –la dulce compañera de toda la vida del poeta– y avanzando hacia la casa oyó voces de mujeres que rezaban con gran tristeza. Pensó que estaban en una Hora Santa. Esperó unos minutos, cesaron las voces y tocó a la puerta. Le abrió doña Luz, que estaba sola en la casa. Asustada, pensé que podía ser una señal ya que lo veía cada vez más desmejorado.

Muchas otras imágenes conservo de Manolo, el artista eminente y plural, escritor laureado, el conocedor cabal de la geografía, el ser y la cultura dominicanos, el hombre gozoso de la vida, de compleja humanidad; el amigo, confidente de amores y desamores. La última imagen de esa Navidad tan triste: José me avisó que se acercaba el final. Estaba en la Clínica Abreu. Con él sus entrañables Aura Marina y Pilar. Fui a verlo, pero solo pude entrar a la habitación por un instante. Nunca olvidaré el color amarillo de su cara, su mirada perpleja. Sé que sabía que había llegado al último recodo del camino para el que se había preparado serenamente, ahondando en una espiritualidad de la que

TESTIMONIOS

nunca estuvo ajeno. Días antes me había dicho que estaba contento de dejarme casada con Bernardo: «Pórtate bien, y escribe, escribe. Solo la literatura nos salva.»

10 de marzo 2015

Tony Raful

Testimonio sobre Manuel Rueda

Conocí personalmente a Manuel Rueda a principio de la década del 70, cuando nos invitó, a los integrantes de la llamada «Joven Poesía» dominicana a una cena en su casa de la calle Pasteur. Fue una noche inolvidable. Rueda dio demostraciones de amplia generosidad y estímulo a la creación literaria. Era él, uno de los poetas e intelectuales de mayor prestigio, y su presencia de orientador y hasta cierto punto de guía, para quienes iniciábamos el camino de la producción literaria, fue de extraordinaria valía. Ya sabíamos de él por su participación en la Poesía Sorprendida, el movimiento de mayor vuelo creador y de más bellas imágenes de la literatura nacional, cuyos poetas eran una especie de dioses sagrados de nuestro parnaso, en contacto con el surrealismo bretoniano y la búsqueda de la universalidad, como referente del texto poético y su contemporaneidad.

Recuerdo mi timidez al leer un poema, como todos aquella noche, y mi sorpresa cuando al concluir la lectura colectiva, Rueda, el maestro, se refirió a mis versos, señalando que ese poema merecía una reseña crítica de parte de él, por su gravitación social, histórica y religiosa (fue el poema *Canto de amor a Palestina*). Lo mismo hizo con un poema dedicado a Ezra Pound, del poeta Radhamés Reyes Vásquez.

Rueda era un artista integral, pianista exquisito, músico, dramaturgo, investigador folklórico, novelista, y sobre todo un gran poeta. Todo en él, tenía ritmo y presencia transparente de encanto y musicalidad. Rueda es probablemente, junto a Pedro Mir, el poeta dominicano que mejor leía sus versos, en su voz, el poema se transformaba, como si las palabras articuladas mutaran en sonido telúrico y hermoso, la creación perpetua del espíritu.

A mí me impactaron sus *Cantos de la frontera*, texto poético de hondo contenido social, sobre el que escribí un amplio trabajo crítico en el suplemento *Aquí* del periódico *La Noticia*, que luego comenté con él. Los *Cantos de la frontera*, incluidos en su obra *La criatura terrestre* adquieren una actualidad sorprendente, abordan la tragedia del rayano, levitan sobre los límites fronterizos, atrapando los acentos y el dolor humano de una cicatriz geográfica, poblada de cuerpos y almas en transición histórica. Creo con toda honestidad que su libro *Por los mares de la dama*, junto a *Yelidá*, son los dos textos poéticos de mayor belleza expresiva e imaginativa, de recursos creadores de la poesía dominicana del siglo veinte.

Fue un hombre de la vanguardia artística, preocupado por el lenguaje y sus múltiples posibilidades renovadoras. El Pluralismo es una constancia de esa búsqueda y pasión por la subversión de las formas tradicionales de la construcción poética, introduciendo el bloque musical y la horizontalidad comunicativa, como aporte al enriquecimiento cultural formal y de contenido de la nueva poesía dominicana. Siempre he lamentado que la incomunicación, la desafecciones, cierto nivel sectario y el limitado contexto ideológico de la época, provocaran distanciamientos entre Rueda y una parte de los escritores jóvenes de aquel tiempo, lo cual, producto de la inmadurez y del mal manejo de las comunicaciones, así como la típica chismografía de nuestro medio, creó animosidades que el tiempo ha borrado por su intrascendencia y pequeñez.

Bienvenida y la noche es una formidable obra narrativa de Rueda, donde su natal Monte Cristi sirve de escenario para una pasión humana que adquirió connotaciones históricas en la presencia de Trujillo, el embrujo de la imaginación y su infinita capacidad de seducción más allá del escenario concreto de los registros epocales.

Las metamorfosis de Makandal es el texto omnisciente de Rueda, la memoria crítica más aguda del medio social y del poder en el país. Ninguno de los suscribientes de la poesía social dominicana alcanzó en el diestro manejo del lenguaje, la urticante, feroz e irónica contemplación de la imagen poética, como arma de destrucción masiva de todo lo existente como dominación y opresión humanas. En este libro están todos los gritos silenciados y los sueños calcinados.

Podría escribir de otras obras de Rueda pero no debo extenderme por razones de espacio. Antes de morir, muy enfermo, tuve una hermosa conversación con él, junto al actor Rafael Villalona, donde le dije gran parte de todo lo que he escrito aquí. Rueda me dijo de manera sentenciosa, que no dejara de escribir, que no permitiera que la política absorbiera mis mayores capacidades y talentos, que volviera a la poesía con mayor dedicación. Es lo que, desde entonces hago, con especial fervor y grato recuerdo del Manuel Rueda, que admiro y respeto.

Vladimir Velázquez

Manuel Rueda en el recuerdo

Conocí a Manuel Rueda una soleada pero fresca mañana de diciembre del año 1988 en la galería de arte Propuesta, institución dirigida por mi buen amigo Alberto Bass y su compañera de entonces, Rosa Román. Recuerdo con un poco de vergüenza que durante la espera a su llegada, me pasé todo el tiempo dando vueltas y más vueltas por el recinto (era mi primera muestra individual), mirando mis propios cuadros para ver si de alguna manera con el poder de mis buenas intenciones –no tenía otra cosa– y de mi creciente ansiedad podía mejorarlos (estaba tan nervioso de que mis dibujos no estuvieran a la altura de tan insigne juicio), que empecé a pedir a lo más profundo de mí mismo y al cósmico, que al señor Rueda se le presentase algún inconveniente y no pudiese venir, ya sea que se le pinchara una goma o tuviese una visita inoportuna o cayera un chaparrón y me liberara de tan tremendo compromiso.

Al poco rato vi como que mi plegaria interna empezaba a surtir el misterioso efecto que buscaba, y el cielo, que momentos antes estaba tan claro y luminoso como una postal, poco a poco empezó a encapotarse con algunos parduzcos nubarrones, mientras una ligera y fina llovizna empezó a limpiar la turbia atmósfera de la calle, esbozándose no sólo en mi rostro, sino en mi corazón una indescriptible alegría, porque estaba seguro, bien seguro, que si llovía, el «temible» y célebre director del suplemento *Isla Abierta* (el más completo y mejor suplemento cultural de toda la historia de este país) no iba llegar..., pero llegó, y como un relámpago que lo saca a uno con violencia del ensimismamiento, escuché el estruendoso vozarrón del insigne personaje, quien, con paraguas en mano, había caminado un par de cuadras de donde había parqueado su vehículo y se apearonaba, al fin, para ver mi primera exposición individual.

Para mi absoluta sorpresa, la personalidad de este hombrón de casi dos metros de estatura, de andar soberano y percutiente voz de cañón, estaba adornada por una especie de candor que lo hacía aparentar más un muchacho adolescente que un señor de sesentitantos años. El aura de amabilidad y simpatía que irradiaba me desarmó cuando cruzó unas amables palabras conmigo que me hicieron olvidar por un momento mi angustia; no obstante, al entrar a la sala de exposiciones se sumió en un silencio tan profundo que volvió a alterarme, cuando al ir cuadro por cuadro, escudriñando pormenorizadamente cada fragmento, sentía su monótono y sonoro mascullar, ora acercándose, ora alejándose para dominar el conjunto, ora viendo el catálogo y volviendo a acercarse para descifrar un detalle, mientras un sudor frío iba invadiendo todo mi espinazo y un involuntario temblor en una de mis rodillas no me dejaba estarme tranquilo en pie. Fue cuando en un brevísimo instante, como si otro relámpago rompiera la quietud sepulcral del momento con su voz retumbante y con su mano palmeándome con fuerza sobre mi hombro, que este señor me dijera con sincero regocijo las palabras más bellas de congratulación que jamás he recibido en toda mi vida, palabras que nunca olvidaré mientras aliento tenga.

Desde esa mañana brillante en mi memoria en que Rosa y Alberto nos ofrecieron unas sabrosas picaderas y unos traguitos para brindar por la exposición, sentí que con Manuel Rueda tuve una larguísima conversación (interrumpida, claro está) que duró una década, hasta el día en que me fui del país debido al compromiso de un cargo diplomático que asumí en Alemania en el año 98, tiempo en el que le envié algunas postales y saludos, pero en el que también me enteré de un serio quebranto de salud que posteriormente lo llevaría a la tumba. Cuando llegué, en las vacaciones de la Navidad del año siguiente al país, y quise saber acerca de él, me dijeron que era muy tarde, había

fallecido dos días antes. Sólo pudiendo darle el sentido pésame a algunos de sus familiares.

Qué puedo decir yo, simple mortal, de esa bella, sincera y enriquecedora amistad como la que tuve de compartir con ese gigante inmarcesible del arte y de la cultura de este país, de ese hombre genial que levantaba enconadas pasiones tanto a favor de quienes sabían aquilatar su grandeza y trascendencia dentro de lo más excelso del espíritu humano, o los que contrariamente, desde esa parquedad mental cuna de la más emponzoñada envidia que siempre se envileció infamándolo debido a sus evidentes sombras, porque eso sí, tenía una cualidad que era una de sus marcas de fábrica que no le perdonaban sus más acérrimos enemigos haciéndolos retorcer de maledicencia, pues Manuel Rueda era implacable, cual francotirador, con todo lo que tuviera el más leve indicio de mediocridad.

Durante su trato conmigo, que fue como una larga lección al modo socrático, Manuel Rueda me dio a conocer innumerables autores de la literatura que no conocía o que simplemente sabía de oídas (San Juan de la Cruz, Valle Inclán, el Marqués de Sade, etc.), me prestaba textos (yo también hacía lo mismo) o me invitaba a algunas tertulias en donde se reunían algunas de sus amistades más íntimas y selectas, como a una a la que asistí recién casado con Verouschka, mi esposa, en las oficinas de *Isla Abierta* en fecha navideña, y con un tema interesante de introducción, que propuso precisamente mi compañera, el cual versaba sobre los momentos de aridez de no pocos artistas después de haber dado a luz una de esas obras grandes, empeñativas, en donde el artista, después de tamaño esfuerzo se queda vacío y sin ideas a desarrollar por más que se devane los sesos, a lo que algunos de los presentes opinaron ideas muy interesantes, desde el porqué de la mudez de Rulfo, Melville y Sábato (aunque después se destapara al final de sus días con algunos textos revela-

dores), a la repetición de fórmulas de algunos muy connotados escritores, etc., a lo que Rueda, con ese excepcional tino y profundidad que lo caracterizaba, expresó un pensamiento más o menos como sigue: «En la mente del creador que está bloqueado, que aparentemente ha vaciado todo su contenido y no tiene más nada que decir después de una labor tan mastodónica como la de pintar la Sixtina, escribir el *Fausto* o componer la *Novena*, no es que no esté ocurriendo nada, están ocurriendo muchas cosas, miles de ideas se están tejiendo y recomponiendo en una parte ignota que aún no comprendemos y que denominamos subconsciente, pues en esos meandros oscuros y profundos de la mente se cuecen nuevas fuentes que más adelante saldrán a flote como obras de arte, piezas musicales o fórmulas científicas, y durante ese período de aparente esterilidad, el creador sólo debe tranquilizarse y concentrarse en otras ocupaciones, ya vendrá el “Eureka” iluminador que lo sacará del silencio...»

Recuerdo cómo en una oportunidad Manuel Rueda me llamó bastante atribulado, ya que en uno de los números de *Isla Abierta* una obra mía había sido publicada accidentalmente con el nombre de otro artista, a lo que yo le resté importancia sabiendo que son gajes del oficio, pero él, queriendo resarcir el inconveniente, me invitó a su despacho para hacerme una entrevista que aparecería en el siguiente número, en la que aprovechamos y hablamos de todos los temas imaginados habidos y por haber, desde, por supuesto, las artes plásticas, hasta la música (sobre todo mi pasión: la ópera), la cosmología y el fin del universo de acuerdo con las teorías en boga (Sagan, Hawkins, etc.), el cine, etc., hasta del planteamiento histórico que en esos días yo abordaba en mi obra, a saber, la conquista y colonización del nuevo mundo, en la que entramos en un acalorado debate; yo, imbuido entonces en la lectura de Eduardo Galeano *Las venas abiertas de América Latina*, además de otros autores en ese tenor, y él, con una pos-

tura más abierta y menos dogmática en torno a ese trascendente hecho, en la que me argumentaba más o menos lo siguiente: «Tú dices que los españoles y los demás conquistadores europeos trajeron todas las perversidades a este nuevo mundo; que ellos impusieron la encomienda, trajeron el santo oficio, esclavizaron a todos los pobladores aborígenes, además de exterminar a muchos inocentes, cosa que nadie niega, ¿pero acaso aquí se vivía en el paraíso terrenal, no había problemas graves entre grupos étnicos dominantes y otros más débiles, acaso no existía el canibalismo en algunas de esas culturas y se hacían sacrificios humanos multitudinarios a favor de dioses celosos y muy feroces para que lloviera y hubiese mejores cosechas? ¿Acaso la empresa de Cortés en el imperio azteca habría sido posible si ese pueblo hubiese estado más cohesionado, y no como lo estaba frente a un déspota tan similar a los de cualquier corte europea?» Y agregó: «Recuerda que hay una corriente que desea restarle méritos a todo lo hispánico como si ello fuese sinónimo de atraso y crueldad absolutos; piensa que España es también un crisol de razas y culturas que se fue forjando a través de milenios, y que mientras en el resto de Europa se pasaban hambrunas y enfermedades atroces en el medioevo, el Islam se había asentado allá en un califato que cultivaba las ciencias y las artes, traduciendo a los grandes filósofos griegos y latinos y sus más preciadas obras literarias. Esto que está de moda ahora de todo lo indígena y africano, sin menospreciarlo, no es lo que somos nosotros, porque tú ni yo hablamos la lengua de Namibia ni el Congo, el quechua ni el maya, sino el español (con su mestizaje, pero español), y uno proviene de donde y como se nombran las cosas...»

Aprovechando un mediodía cualquiera (la hora habitual a la que él se levantaba), fui a saludarlo a su apartamento de la avenida Pasteur acompañado de mi esposa y mi hija Maya, quien contaba entonces con apenas unos pocos meses, para presentár-

sela aprovechando que salíamos del pediatra. Al subir a su piso, la persona que lo cuidaba nos permitió pasar mientras él estaba echado en su poltrona escuchando su amada música de piano y, levantándose en el acto, nos atendió amablemente, ocurriéndome en ese instante empezar una breve conversación sobre los grandes intérpretes de ese instrumento, contándome algunas anécdotas de los grandes virtuosos que como Arrau, nunca estaban satisfechos con lo que hacían, cambiando de concierto en concierto de una misma pieza el concepto musical de manera radical, lo cual lo llevaba a una inconformidad tal que lo transformaba en una persona totalmente atormentada, buscando ese imponderable que denominamos «perfección»; otros, como era el caso Arturo Rubinstein, sin ser tan extremados en sus búsquedas sonoro-metafísicas, llenaban de felicidad a sus oyentes sin tantos recovecos siendo personas equilibradas y simpáticas. Y con un guiño, Rueda agregaba: «Me gustan muchísimo ambos artistas, pero prefiero al segundo al que conocí personalmente y la pasé divinamente en una velada maravillosa».

Siempre he dicho que le agradezco desde el fondo de mi corazón que me tuviera presente, ya sea para uno que otro trabajo de ilustración en el suplemento, o el de haberme elegido a mí entre tantos artistas de fama y talento que hay en el país para ilustrar un libro suyo que le había encargado la Comisión del Quinto Centenario, el extenso poema: *A la luz de las crónicas*, el cual se iba a realizar con todo el lujo y esplendor que dicha obra merecía, y que por una de esas cosas inexplicables del destino que sólo ocurren aquí, pese a haberse trabajado diligentemente con todas las imágenes y los diseños tipográficos y demás, así como en la diagramación del mismo, nunca salió a la luz (tal vez intervino, como dicen, el fucú del Almirante).

Nunca dejo de recordar mi amistad con Manuel Rueda (sobre todo de una expresión que siempre usaba y que calificaba

las cosas superlativas: «Eso es flotante»), de ese tiempo fructífero en el cual me brindó sus consejos sincero sabriéndome la mente y el espíritu, enseñándome muchas cosas importantes como a creer en mí mismo y en mis posibilidades como artista, y que con un apoyo tan generoso e iluminado como el que sabía brindar, hoy su autorizada voz sería un bálsamo milagroso que pondría a raya a tantos antivalores, imbuidos como estamos en la simplonería de lo banal y lo chabacano, en donde lo único útil y válido es lo que deje remuneración inmediata, cosas que han convertido la vida de nuestra sociedad en un elemental mecanismo de oferta y demanda: simples consumidores de bienes y servicios en donde si la vulgaridad vende, por más abyecta que resulte... bienvenida sea.

Y es precisamente en tiempos como los que lamentablemente vivimos, que la imagen de este inmenso coloso del arte y la cultura se yergue más alto en el firmamento de los inmortales, semejando su ocaso de esta dimensión material a la que dejan los astros siderales cuando van a morir, es decir, que tras ese último día perfecto, revientan desde su centro, creciendo desmesuradamente hasta engullir todos los sistemas planetarios circundantes, convirtiendo su estructura en una gigantesca masa que en sus últimos estertores colapsa hasta llegar a ser una infinitamente densa estrella de neutrones (o agujero negro), esa paradoja cósmica que no deja escapar ni a la misma luz, mientras la masa sideral de su combustión, sus cenizas, renacen en forma de cuerpos celestes emergentes.

Así como la fuerza gravitacional de este astro que en vida fue Manuel Rueda está presente en toda su obra poética, narrativa, ensayística, musical y pedagógica para las presentes y futuras generaciones, su materia cósmica esparcida ha formado cúmulos estelares brillantísimos que en el ámbito musical ha resplandecido con los nombres inmortales de Miriam Ariza, Milton Cruz,

María de Fátima Geraldés y María Irene Blanco, y en la literatura, la otra vertiente de su talento, al de narradores como Diógenes Valdez, poetas como Luis Manuel Ledesma y el gran escritor y humanista José Alcántara Almánzar.

Al recuerdo suyo, don Manuel, en donde quiera que esté.

Apéndice I

Ficha biográfica de Manuel Rueda

RUEDA, Manuel (1921-1999). Poeta, ensayista, dramaturgo, narrador y pianista. Nació el 27 de agosto de 1921 en Monte Cristi, República Dominicana. Estudió música en el conservatorio de Santiago de Chile, donde obtuvo el Premio «Orrego Carvallo» en 1945. Integrante de La Poesía Sorprendida y creador, en 1974, del movimiento literario denominado Pluralismo. Era Miembro Honorario de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile y miembro de Número de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española. En 1977 fue condecorado por el Gobierno Dominicano con la Orden de Duarte, Sánchez y Mella. Dirigió el Conservatorio Nacional de Música y el Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña (UNPHU). También dirigió uno de los más importantes suplementos literarios del país: *Isla Abierta* del periódico *Hoy*. En 1994 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura por la obra de toda su vida. Su bibliografía es considerable y temáticamente diversa. De poesía: *La noches* (1949); *Tríptico* (1949); *La criatura terrestre* (1963); *Por los mares de la dama* (1976); *Las edades del viento* (1979); *Congregación del cuerpo único* (1989); y *Las metamorfosis de Makandal* (1998). De teatro: *La trinitaria blanca* (1957, Premio Nacional de Teatro «Cristóbal de Llerena»); *El rey Clinejas* (1979); y *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca* (Premio Teatral «Tirso de Molina», 1995). De narrativa: *Papeles de Sara y otros relatos* (cuento, 1985); y *Bienvenida y la noche* (novela, 1994, Premio Anual de Novela «Manuel de Jesús Galván»). De ensayo: *Conocimiento y poesía en el folklore* (1971); y *De tierra morena vengo* (en colaboración con el escritor Ramón Francisco). Antologías: *Antología pa-*

norámica de la poesía dominicana contemporánea 1912-1962 (en colaboración con Lupo Hernández Rueda, Tomo I, 1972); y *Dos siglos de literatura dominicana* (Ss. XIX y XX). *Poesía y prosa* (en colaboración con José Alcántara Almánzar) (1996).

En 1970 publicó un interesante trabajo de compilación: *Adivinanzas dominicanas*.

Apéndice II

Manuel Rueda

Bibliografía activa

- *Las noches*, Santiago de Chile, Separata de la revista *Atenea*, Universidad de Concepción, Tomo XCII; 1949. Ciudad Trujillo, Colección La Isla Necesaria, 1953.
- *Tríptico* (en colaboración con Irma Astorga y Víctor Sánchez Ogaz), Santiago de Chile, Tipografía Chilena, 1949.
- *La trinitaria blanca*, Ciudad Trujillo, Colección Pensamiento Dominicano No. 14, 1957.
- *La criatura terrestre*, Santo Domingo, Editora del Caribe, C. por A., 1963.
- *Teatro* (incluye *La trinitaria blanca*, *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo* y *Entre alambradas*). Ediciones de la Sociedad de Autores y Compositores Dramáticos de la República Dominicana, Santo Domingo, Editora del Caribe, C. por A., 1968.
- *Adivinanzas dominicanas*, Santo Domingo, Ediciones de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Editora del Caribe, C. por A., 1970.
- *Conocimiento y poesía en el folklore*, Santo Domingo, Ediciones de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, Editora del Caribe, 1971.
- *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea, 1912-1962*, Tomo I (en colaboración con Lupo Hernández Rueda),

Santo Domingo, Ediciones de la Universidad Católica Madre y Maestra, No. 12, Editora del Caribe, C. por A., 1972.

- *Con el tambor de las islas. Pluralemas*, Santo Domingo, Editora Taller, C. por A., 1975.

- *Por los mares de la dama. Poesía 1970-1975*, Santo Domingo, Editora Taller, C. por A., 1976.

- *La prisionera del alcázar* (leyenda histórica), Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1976.

- *El rey Clinejas*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1979.

- *Las edades del viento. Poesía inédita 1947-1979*, Santo Domingo, Editora Alfa y Omega, 1979.

- *Todo Santo Domingo*, Ediciones del Círculo de Coleccionistas de la Fundación Dominicana de Desarrollo, Inc. Fotografías, diagramación y reproducción de Editorial Escudo de Oro, S. A., Barcelona, España, 1980.

- *Papeles de Sara y otros relatos*, Santo Domingo, Ediciones del Voluntariado de las Casas Reales, Editora Corripio, C. por A., 1985.

- *De tierra morena vengo*, en colaboración con Ramón Francisco, Wifredo García y Ramón Oviedo. Coordinación de Soledad Álvarez, Santo Domingo, Amigo del Hogar, 1987.

- *Congregación del cuerpo único*, Santo Domingo, Editora Corripio, C. por A., 1989.

- *Bienvenida y la noche*. Estudio preliminar de José Alcántara Almánzar, Santo Domingo, Fundación Cultural Dominicana, Editora Corripio, C. por A., 1994.

- *Materia del amor*. Estudio preliminar de José Alcántara Almánzar. Santo Domingo, Colección «Biblioteca Dominicana Básica» que dirige Pedro Vergés, Editora Alfa & Omega, 1995.
- *Dos siglos de literatura dominicana (S. XIX y XX). Poesía y Prosa* (en colaboración con José Alcántara Almánzar). Santo Domingo, Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos, Editora Corripio, C. por A., 1996.
- *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*. Premio Tirso de Molina 1995. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica. Impreso en Gráficas Iris, S. A., 1996.
- *Las metamorfosis de Makandal*. Santo Domingo, Colección del Banco Central de la República Dominicana, 1998. Premio Nacional Feria del Libro «Don Eduardo León Jimenes», 1999.
- *Imágenes del dominicano*. Santo Domingo, Colección del Banco Central de la República Dominicana, 1998.

Publicaciones póstumas:

- *Antología mayor de la literatura dominicana (Siglos XIX y XX). Poesía y Prosa* (en colaboración con José Alcántara Almánzar). Santo Domingo, Fundación Corripio, Inc., Editora Corripio, C. por A., 2001.
- *Comentarios musicales*. Santo Domingo, Editor Mons. Rafael Bello Peguero, Pbro. Amigo del Hogar, 2001.
- *Una voz (Vol. 1: Temas literarios; Vol. 2: Temas musicales y diversos)*. Selección de Andrés Blanco Díaz. Santo Domingo, Fundación Corripio, Fundación Corripio, Inc., Editora Corripio, C. por A., 2001.

- *Luz no usada*. Estudio preliminar de José Alcántara Almánzar. Santo Domingo, Fundación Corripio, Inc., Editora Corripio, C. por A., 2005.

Apéndice III

Cronología de Manuel Rueda ¹

I PRIMEROS AÑOS DEL ARTISTA

- 1921 Nace en Monte Cristi, República Dominicana, el 27 de agosto. Es hijo de Manuel de Jesús Rueda Ibáñez y Marina González Tavárez, dominicanos.
- 1927 Ingresa a la escuela primaria de Monte Cristi, donde cursa los tres primeros grados.
- 1930 Se traslada a la capital con sus abuelos maternos.
- 1935 Termina sus estudios primarios en la Escuela Padre Billini. Inicia sus estudios de bachillerato en el Colegio Dominicano de La Salle.
- 1939 Se gradúa de Bachiller en Filosofía y Letras en el Colegio de la Salle.

II MÚSICA Y EDUCACIÓN MUSICAL

- 1936 Se gradúa de Concertista y Profesor de Música en el Liceo Musical.

1. Esta cronología ha sido elaborada a partir de la que figura en *Papeles de Sara y otros relatos* (1985), realizada gracias a trabajos de Apolinar Núñez completados por José Alcántara Almánzar, hasta 1980, y por datos suministrados por el propio Rueda. Para este libro, José Alcántara Almánzar preparó la información comprendida entre 1981 y 1999, basado en el libro *Vida musical en Santo Domingo (1966-1996)*, de Arístides Incháustegui y Blanca Delgado Malagón, Santo Domingo, Publicaciones del Banco de Reservas de la República Dominicana, 1999.

- 1939 Parte a Chile a perfeccionar sus estudios musicales, becado por el Gobierno Dominicano. Allí son sus maestros: Alberto Spikin Howard, Rosita Renard, Herminia Raccagni, Domingo Santa Cruz, Juan Ortega Salas y otros.
- 1944 Realiza una gira de conciertos por Perú, Colombia y República Dominicana en compañía de su maestra Rosita Renard y del pianista Armando Palacios.
- 1945 Recibe el Premio «Orrego Carvallo», otorgado por el Conservatorio de Chile al mejor pianista de su promoción.
- 1951 Tras su graduación en Chile, regresa a su país y es nombrado director del Liceo Pablo Claudio, de San Cristóbal.
- 1952 Es designado profesor de Cursos Superiores de Música en el Conservatorio Nacional de Música, cargo que desempeñará durante veinte años. En ese período reorganiza la enseñanza musical y actualiza los programas de estudio.

1959-1985

Educación e investigación

Recomienda al Poder Ejecutivo un Proyecto de Ley para la unificación de la Enseñanza Musical en el país. La ley es aprobada por el Congreso Nacional.

Se crea en el Conservatorio el Primer Curso de Pedagogía Musical, siendo Rueda el primer maestro de dicha asignatura. Forma así un grupo de maestros que irán ocupando cargos en el Conservatorio y en otros centros musicales del país.

Por sus gestiones, se envían a Chile los primeros estudiantes que se especializarían en el Instituto de Educación Musical.

Dicta cursos de Piano y Pedagogía Musical en las ciudades de Santiago de los Caballeros y La Vega, a la vez que capacita a los profesores en el contenido de los nuevos programas de estudio.

Ofrece cursillos a todos los profesores de los liceos y academias del país.

Inicia las gestiones para organizar la Educación Musical Escolar. Con el apoyo de la Secretaría de Estado de Educación estructura cursos destinados a los profesores de aula, dentro del Plan de la Reforma. De su lucha con las autoridades escolares por obtener los logros necesarios, nacen sus conocidos «Mensajes de Educación Musical», una serie de artículos periodísticos publicados en la prensa nacional, y destinados a orientar al pueblo en esta importante campaña.

Como educador y representante de las instituciones musicales de su país, asiste a los congresos organizados por el CIDEM (Consejo Interamericano de Educación Musical) y que se celebran en Santiago de Chile, Cartagena, Medellín y Toronto. En Medellín forma parte de la comisión que redacta el Programa básico o de emergencia para todas las escuelas de América. Por último, en el Congreso realizado en Toronto, es elegido como miembro de la directiva del CIDEM.

Realiza una labor de investigación para rescatar del olvido las obras musicales dominicanas y dar a conocer obras inéditas de compositores del pasado y del presente. Ofrece conciertos de piano con este repertorio y además organiza conciertos de canciones, realizando una

verdadera antología del repertorio lírico dominicano. La presenta al público y las graba ayudado por los cantantes Rafael Sánchez Cestero y Olga Azar. Luego continúa esta labor asociado a los cantantes Arístides Incháustegui e Ivonne Haza.

Prepara para la Secretaría de Educación un gran proyecto encaminado a introducir la Educación Artística en las escuelas (Música, Danza, Teatro, Artes Plásticas y Artesanía) relacionando las artes con las demás materias que componen la educación integral del individuo. Para ello toma en cuenta las condiciones socioculturales de nuestro medio y lo que la UNESCO ha llamado «Educación Permanente».

Es maestro de piano y profesor de toda una generación de brillantes pianistas y educadores.

Composición

Junto al maestro y compositor Manuel Simó, compone la «Primera misa quisqueyana», interpretada por primera vez en el Palacio de Bellas Artes, con el patrocinio de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, y luego en la Universidad Católica Madre y Maestra de Santiago de los Caballeros.

Colabora con el Obispado de Santiago de los Caballeros en la creación de un «Cancionero litúrgico dominicano», componiendo, además, numerosas canciones para la Iglesia inspiradas en el folklore.

Produce obras para piano, para coro, un ciclo de canciones con letra de Gabriela Mistral (poetisa por la que siente especial admiración), un ciclo de canciones con letra propia, y un «Pregón del naranjero» (en colaboración con

el maestro Simó), y varios «himnos», entre ellos: el del ISA (Instituto Superior de Agricultura), «Un tema para mayo» (declarado por la Secretaría de Educación como Himno al arte y al artista dominicanos, grabado por el Coro Nacional), a la Bandera (con letra de la educadora Pilar Constanzo), al Centenario de la Orden Mercedaria, de los Deportes, de Salutación al Sumo Pontífice, y del Instituto Tecnológico Dominicano (INTEC), entre otros. Entre sus canciones más conocidas figuran un Ave María y un Padre Nuestro, *Tonada del hombre con pena*, y los villancicos *Ha nacido el Salvador* y *Navidad, luz del mundo*.

Interpretación

Con sus alumnos de piano presenta por primera vez en el país el ciclo completo de los conciertos para uno, dos, tres y cuatro pianos de Johann Sebastian Bach, con la colaboración de la Orquesta Sinfónica Nacional. También presenta los ciclos de las suites para piano de Bach y de los 24 preludios de Debussy.

Es invitado por la Orquesta Sinfónica de Panamá y la Orquesta Sinfónica de Puerto Rico.

Toma parte en el Festival Casals que se realiza en Santo Domingo, en un concierto bajo la dirección del maestro Víctor Tevah, y con una orquesta compuesta por las sinfónicas de Puerto Rico y de Santo Domingo, reunidas por primera vez para esta ocasión. Ejecuta el Concierto para piano y orquesta de Gershwin. Repite esta obra en Puerto Rico.

Es invitado por los organizadores del Festival Casals a tocar en Puerto Rico. Allí interpreta el Triple Concierto de Beethoven, con el violinista dominicano Jacinto Gim-

bernard y el cellista francés François Bahuaud, y bajo la dirección del norteamericano John Barnet.

Actúa en numerosos conciertos de música de cámara, incluyendo recitales a dos pianos. También acompaña a grandes violinistas y cantantes que visitan República Dominicana.

Durante el Festival de Carifesta, realizado en Cuba, ofrece conciertos junto a los cantantes Arístides Incháustegui e Ivonne Haza, en las ciudades de La Habana y Matanzas.

Con estos artistas representa en México a República Dominicana, ofreciendo conciertos en el Palacio de Bellas Artes de la capital y en otras ciudades.

Toma parte en un concierto realizado en el Carnegie Hall de Nueva York para conmemorar las festividades del 21 de enero, Día de La Altagracia, patrona de los dominicanos, así como en el concierto dedicado a las madres dominicanas en el Alice Tully Hall de Nueva York.

Con la Orquesta Sinfónica Nacional actúa como solista en numerosas ocasiones, en conciertos de gala y conciertos educativos, interpretando un variado repertorio:

Conciertos para piano y orquesta No. 1 de Beethoven, en la menor de Grieg, en fa menor y la mayor de Bach, en re para la mano izquierda de Ravel, en fa menor de Chopin, en fa mayor de Gershwin, el de Winsberg, la Fantasía para piano y coro y el *Triple concierto* de Beethoven, *Noches en los jardines de España*, de Falla, la *Rapsodia sinfónica* de Turina, la *Rapsodia dominicana* No. de Luis Rivera, la *Fantasía húngara* para piano y orquesta de Liszt, y el *Capricho* de Mendelssohn, el concierto de Gablenz, y varios conciertos a dos pianos de Bach, Mozart y Poulenc.

TESTIMONIOS

1980-1999:

11 de septiembre 1980 – Concierto No. 1 en do mayor para piano y orquesta Op. 15, y la *Fantasía* en do, Op. 80, para coro, piano y orquesta de Beethoven.

1981 – 28 de diciembre – Arístides Incháustegui e Ivonne Haza cantan su villancico *Navidad, luz del mundo*.

1983. – 29 de agosto – Concierto para dos pianos y orquesta en mi bemol de Mozart, con Miriam Ariza.

1984 - 5 de agosto – Acompaña a Ivonne Haza en un recital de canciones de Enrique de Marchena.

1986- 23 de septiembre – Evocando a Mozart: Concierto No. 18 en si bemol mayor k. 456.

30 de septiembre – Concierto No. 27 en si bemol mayor K. 595

Concierto para dos pianos y orquesta No. 10 K. 365, con Miriam Ariza y cadenzas de Manuel Rueda.

1987 – 9 de mayo – Bodas de Oro de Piantini con la Música *Suite Scaramouche* para dos pianos de Milhaud, con Miriam Ariza.

1989 – 5 de abril – Concierto en re para la mano izquierda de Ravel. Dirige Rafael Villanueva.

30 de junio – Rapsodia dominicana No.1 de Luis Rivera. Dirige Carlos Piantini.

1991 – 5 de agosto – *Rapsodia dominicana No. 1* de Luis Rivera. Dirige Julio de Windt.

Distinciones y honores

Es Miembro Honorario de la Facultad de Ciencias y Artes Musicales de la Universidad de Chile.

Recibe la Medalla de Honor del Club de Música como intérprete más destacado.

En una ocasión forma parte del Jurado Internacional que otorga en Puerto Rico los Premios del «Concurso de Piano Jesús María Sanromá».

Es miembro del Patronato del Teatro Nacional.

Director del Instituto de Investigaciones Folklóricas de la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.

Miembro de número de la Academia Dominicana de la Lengua.

Es condecorado por el Gobierno Dominicano con la «Orden de Duarte, Sánchez y Mella» en el grado de Caballero.

III LITERATURA

1940 En sus años de estudiante en Chile cultiva la amistad de importantes figuras de las letras de ese país, siendo la que más influye en su obra la del gran poeta Vicente Huidobro, fundador del Creacionismo.

1944 A raíz de su viaje a República Dominicana, es recibido como miembro y colaborador permanente de la Poesía Sorprendida.

1949 La revista *Atenea*, órgano de la Universidad de Concepción (Chile) publica sus primeros poemas con prólogo del crítico chileno Hernán Díaz Arrieta (*Alone*), quien en su columna

del diario *El Mercurio* lo saluda como a un innovador de las letras. La obra, titulada *Las noches*, merece también elogiosos comentarios de los críticos chilenos Ricardo E. Latchan, Gustavo Labarca, Andrés Sabella, Jorge Onfray, Augusto D'Halmar, Benjamín Subercaseaux y otros.

Aparece *Tríptico*, escrito en colaboración con Irma Astorga y Víctor Sánchez Ogaz, en Santiago de Chile.

1953 Crea los «cuadernos» de *La Isla Necesaria*, de los que fue director junto con otros intelectuales.

Publica la edición dominicana de *Las noches*, ampliando la edición chilena. La ensayista Flérida de Nolasco dice que Rueda es el primer gran sonetista que ha dado República Dominicana.

1954 Gana el Concurso Internacional de las Brigadas Líricas del Uruguay.

1957 Se estrena su drama *La trinitaria blanca*, que da comienzo a una nueva época en el teatro dominicano. Esta obra gana el Premio Nacional de Literatura.

1963 Publica la primera selección de su poesía inédita con el título de *La criatura terrestre*. El libro recibe su nombre de un extenso poema que ha sido considerado por Héctor Incháustegui Cabral, Ramón Emilio Reyes, Franklin Mieses Burgos y otros poetas y críticos como obra importante dentro de la nueva poesía dominicana.

1966 Crea y dirige en la Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña el Instituto de Investigaciones Folklóricas, realizando una labor de rescate y clasificación de nuestro

folklore y formando un archivo de materiales de incalculable valor. Para este fin recorre el país durante más de cinco años, llegando a lugares remotos con su libreta de apuntes y su grabadora.

1968 Publica *Teatro*, libro que recoge las siguientes obras: *La trinitaria blanca*, *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo*, y *Entre alambradas*.

1970 La Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña publica su colección de *Adivinanzas dominicanas*, considerada la más extensa de América y saludada como obra indispensable por el folklorista norteamericano Ralph E. Boggs, por su riqueza y rigor científico. Por esta obra recibe también los elogios del historiador Emilio Rodríguez Demorizi.

Es nombrado Miembro de Número de la Academia Dominicana de la Lengua, correspondiente de la Española. Es uno de los representantes de dicha institución en el Congreso de Academias de la Lengua realizado en Chile.

Lleva a cabo una amplia gira por universidades y centros educacionales norteamericanos, invitado por el Departamento de Estado de los Estados Unidos de América. Dicta conferencias en la mayoría de los sitios visitados.

1971 Publica su ensayo *Conocimiento y poesía en el folklore*.

1972 Publica el primer tomo de su *Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea*, obra de la que es coautor con el poeta Lupo Hernández Rueda.

1974 Crea el movimiento literario que denomina Pluralismo, ya que junto a la creación de nuevas técnicas integra

otras de la vanguardia universal. El Pluralismo establece la multilinealidad a través de un bloque de lecturas simultáneas y aleatorias. El trabajo teórico que le da sustento se titula «Claves para una poesía plural». Figuras importantes de las letras, la música y la pintura, firman el Manifiesto Pluralista.

Ofrece charlas sobre el Pluralismo en las universidades del país, así como en otros centros docentes.

Es invitado por la Universidad de Río Piedras, Puerto Rico, para ofrecer un ciclo de charlas sobre el Pluralismo.

1975 Publica el libro pluralista *Con el tambor de las islas. Pluralesmas*, que ha producido cambios profundos en las letras dominicanas.

Gana el Primer Premio en los Juegos Florales realizados por la Casa de España en conmemoración del Día de la Raza, con su poema *A la luz de las crónicas*.

1976 Publica la segunda selección de sus poemas inéditos con el título de *Por los mares de la dama*, libro que obtiene en ese año el Premio Anual de Poesía «Salomé Ureña de Henríquez».

Publica su leyenda histórica *La prisionera del Alcázar*.

1977 El Gobierno Dominicano lo distingue condecorándolo con la Orden de Duarte, Sánchez y Mella en el grado de Caballero.

1978 Gana los premios primero y tercero del Concurso de Cuentos patrocinado por Casa de Teatro, con sus cuentos: *La bella nerudeana* y *De hombres y gallos*.

- 1979 Publica su pieza teatral *El rey Clinejas*, que obtiene el Premio Anual de Teatro «Cristóbal de Llerena».
Publica su tercera selección de poemas inéditos con el título de *Las edades del viento. Poesía inédita 1947-1979*, libro que obtiene el Premio Anual de Poesía.
- 1980 Publica el libro *Todo Santo Domingo*, destinado a divulgar los valores históricos y las bellezas naturales del país. Completan este libro hermosas fotografías a color.
Es designado coordinador de Actividades Artísticas de la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos.
Comienza a dirigir el suplemento sabatino del periódico *Hoy: Isla Abierta*, encuyas páginas aparecen cada semana trabajos de renombrados intelectuales dominicanos y extranjeros y muestras pictóricas de los principales valores de las artes plásticas del país.
En el Voluntariado de las Casas Reales, presenta su ponencia «Presencia del dictador en la narrativa dominicana».
- 1985 Publica *Papeles de Sara y otros relatos*, libro que reúne novelas cortas y cuentos y que resulta ganador del Premio Anual de Cuento «José Ramón López».
- 1987 En colaboración con Ramón Francisco, Wifredo García y Ramón Oviedo, y coordinación de Soledad Álvarez, publican *De tierra morena vengo*, que contiene su ensayo «Cinco miradas sobre el hombre dominicano». Santo Domingo, Editora Amigo del Hogar.
- 1989 Publica *Congregación del cuerpo único*, libro que recibe el Premio Anual de Poesía «Salomé Ureña de Henríquez».

1994 La Fundación Cultural Dominicana publica *Bienvenida y la noche*, que el autor denominó como «crónica monte-cristeña», sobre la boda de Rafael Leónidas Trujillo y Bienvenida Ricardo en Monte Cristi en 1927. El libro ganó el Premio Anual de Novela «José de Jesús Galván».

Recibe el Premio Nacional de Literatura que otorgan la Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos y la Fundación Corripio, por su consagración de toda una vida a las letras.

1995 La Biblioteca Dominicana Básica, dirigida por el escritor Pedro Vergés, publica su antología poética *Materia del amor*, con prólogo de José Alcántara Almánzar.

Obtiene en Madrid el Premio Tirso de Molina por su obra teatral *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*, triunfando sobre más de doscientos participantes en el certamen.

1996 La Secretaría de Estado de Educación, Bellas Artes y Cultos publica *Dos siglos de literatura dominicana (S. XIX y XX). Poesía y prosa*, antología literaria en cuatro volúmenes, preparada en colaboración con José Alcántara Almánzar.

Cultura Hispánica publica en Madrid su obra galardonada *Retablo de la pasión y muerte de Juana la Loca*.

1998 La Colección del Banco Central de la República Dominicana publica *Las metamorfosis de Makandal*.

Su libro de ensayos *Imágenes del dominicano* es publicado bajo el sello de la Colección del Banco Central de la República Dominicana.

1999 Obtiene el Gran Premio de la Feria Internacional del Libro «Don Eduardo León Jimenes» por *Las metamorfosis de Makandal*.

Muere en Santo Domingo el lunes 20 de diciembre.

Publicaciones póstumas

- 2001 La Fundación Corripio, Inc., publica *Antología mayor de la literatura dominicana. (Siglos XIX y XX). Poesía y prosa* (en colaboración con José Alcántara Almánzar).
Arístides Incháustegui reúne sus *Comentarios musicales*, cuyo editor es monseñor Rafael Bello Peguero, Pbro.
La Fundación Corripio publica *Una voz (Vol. I: Temas literarios; Vol. 2: Temas musicales y diversos)*. Selección de Andrés Blanco Díaz.
- 2005 La Fundación Corripio publica *Luz no usada*, libro de poesía con estudio preliminar de José Alcántara Almánzar.
- 2006 La Fundación Corripio publica en su Colección «Premio Nacional de Literatura», el volumen *Manuel Rueda. Premio Nacional de Literatura 1994*, con estudio preliminar de José Alcántara Almánzar.
- 2015 El Ministerio de Cultura le dedica la Feria Internacional del Libro.



COLECCIÓN
PRISMA